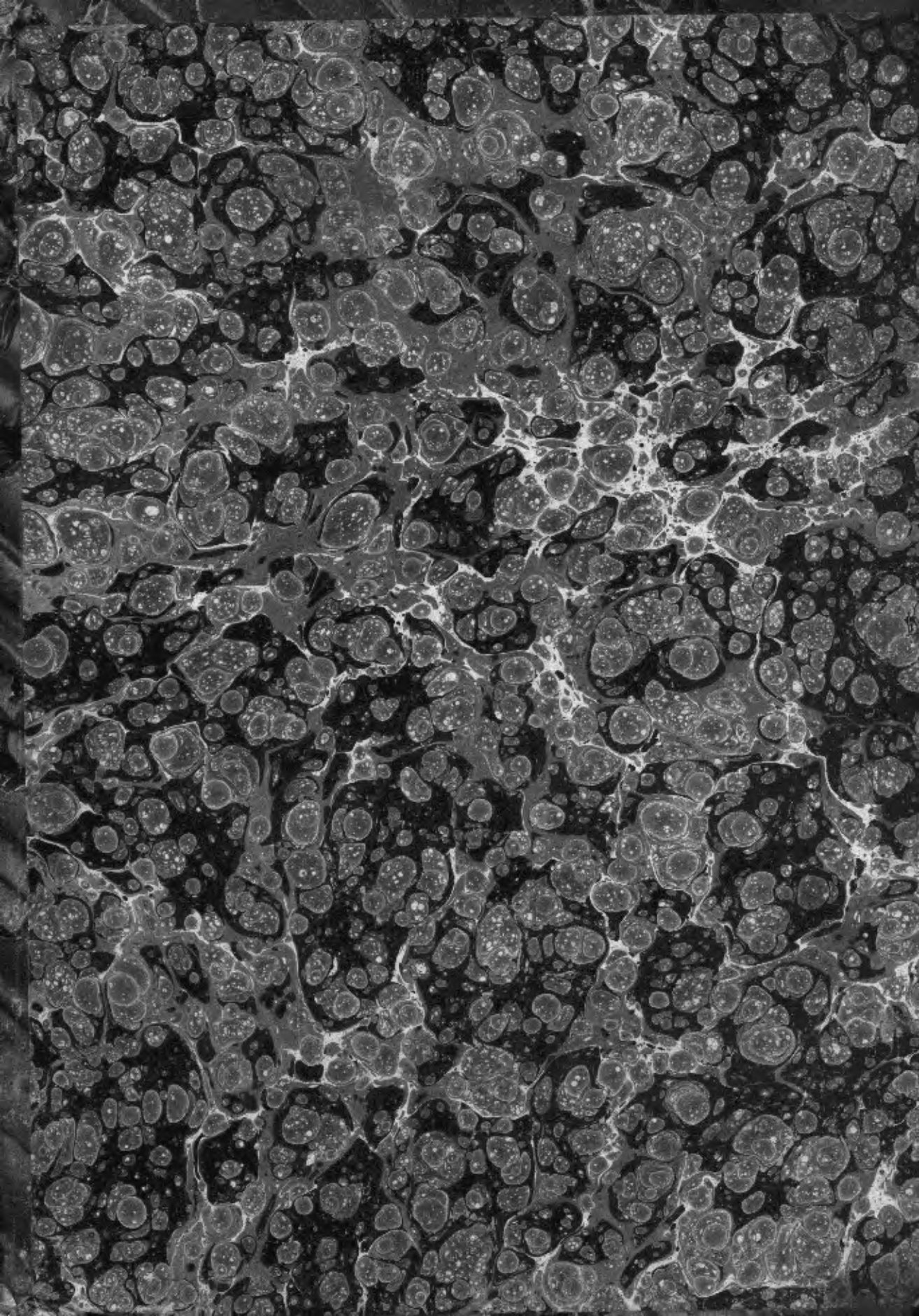


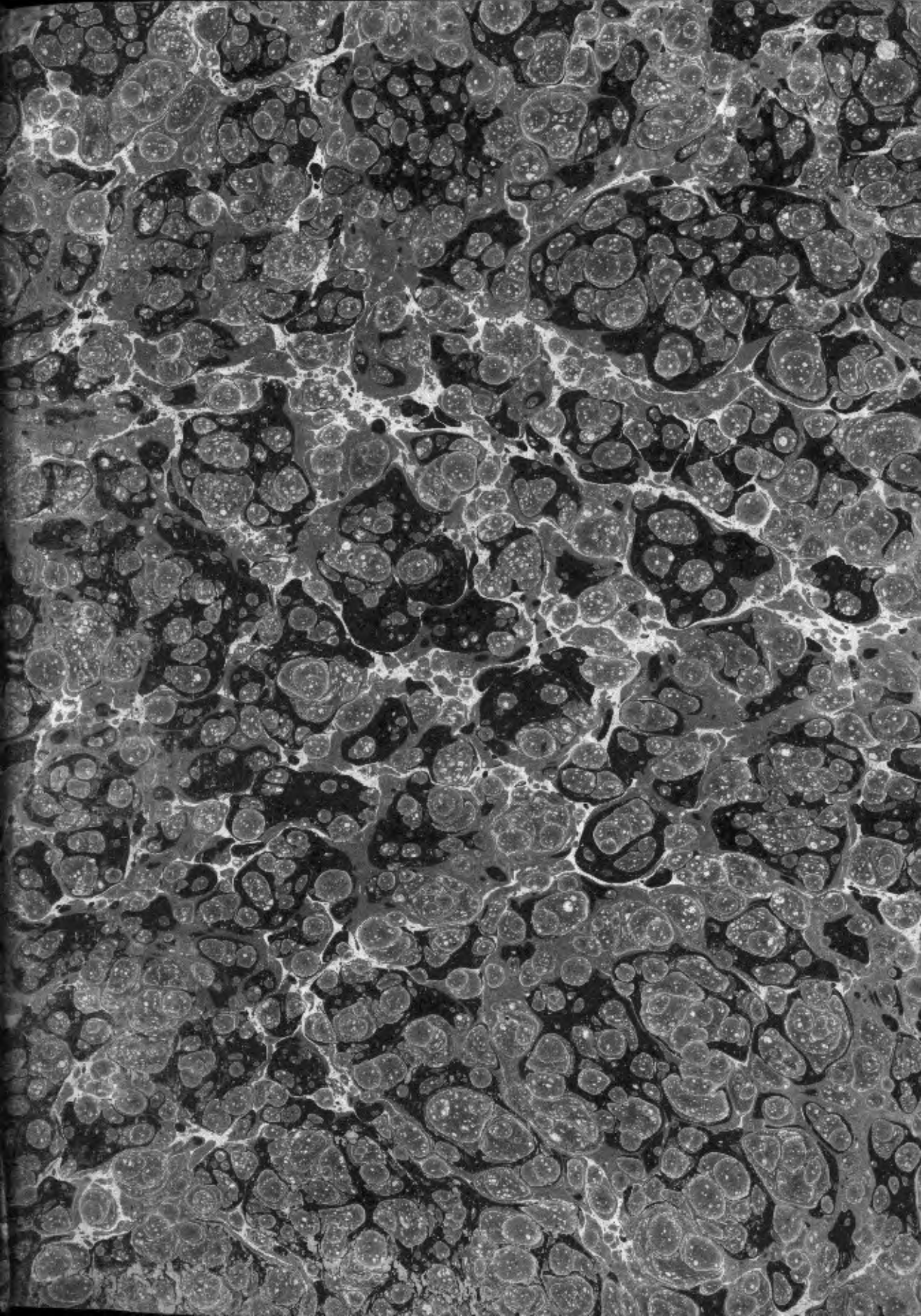


GUÍA
MILITAR
Y POLÍTICA
DEL EXCMO. S.
DON FRANCISCO
CRESPO.



ATV
AA 190



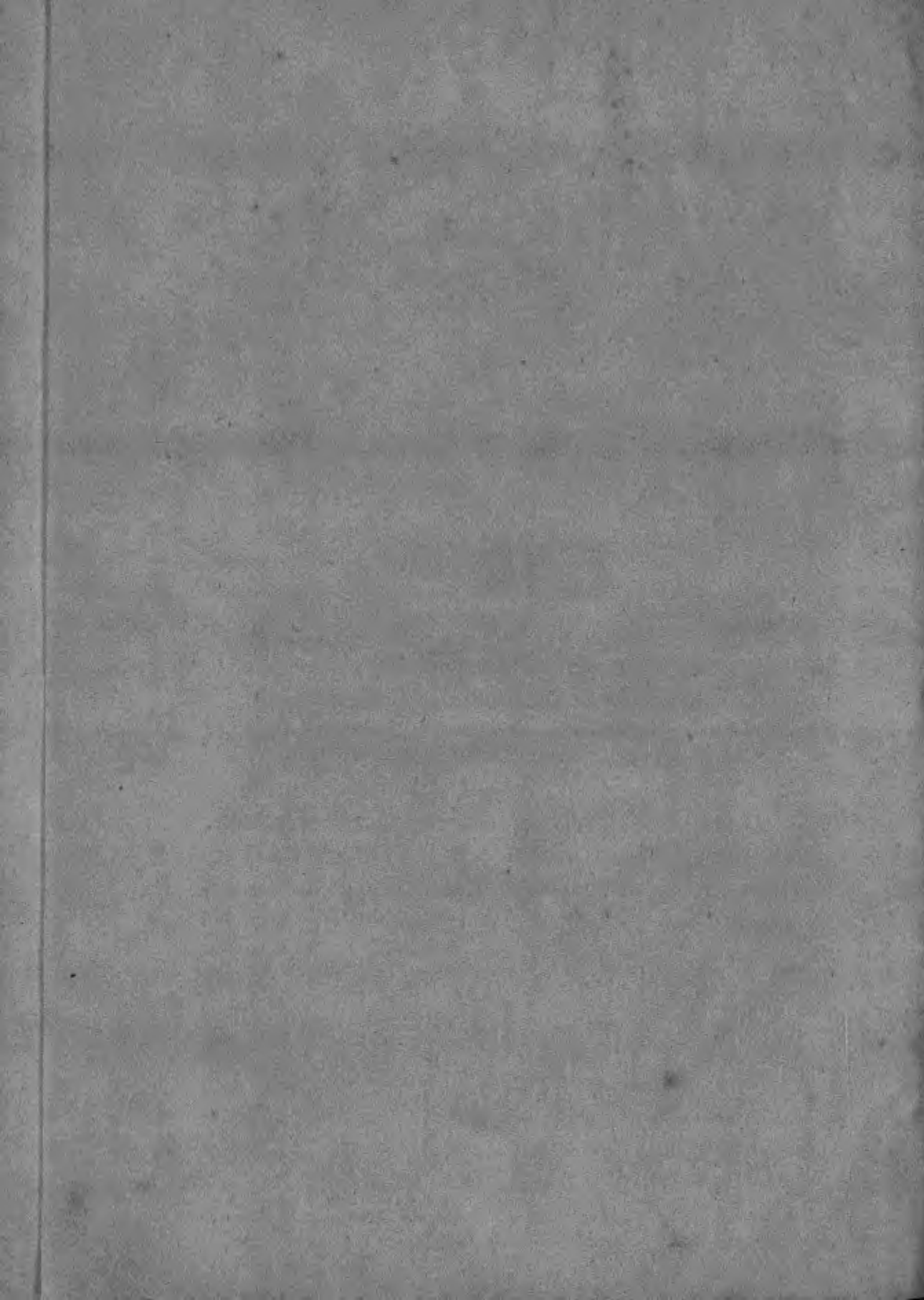


2. Petrucci
60. prahodit

1932

RECEIVED

RECEIVED



VIDA

POLITICA , MILITAR Y PUBLICA

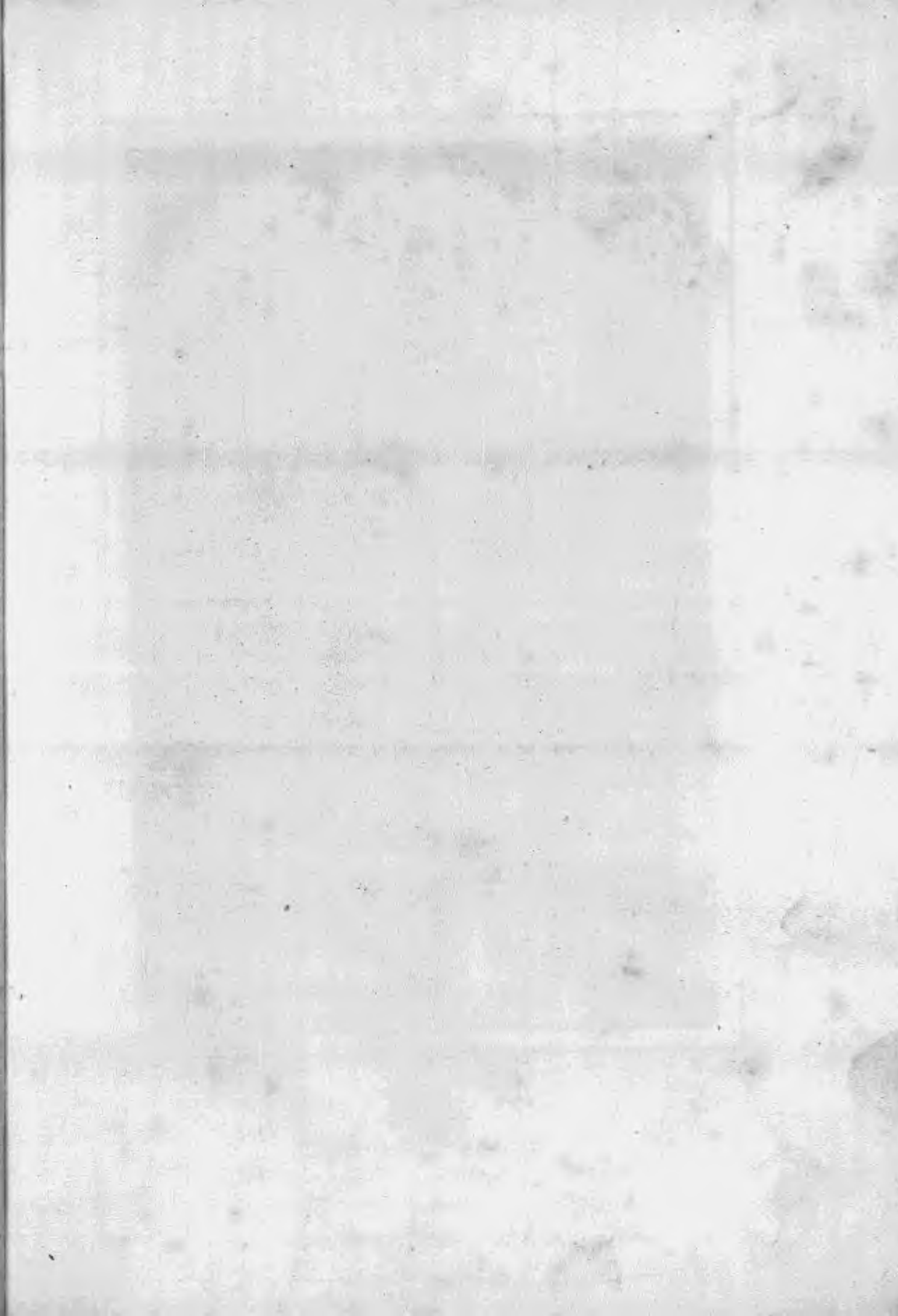
DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO LLISTEY.

VIDA

ADRIANA Y RAFAEL SANTANA

BOGOTÁ, D. C. EDITORIAL BASTIONES





Q. Nessi lit.

Lit. de Martinez y C. Madrid



Francisco de Sersanis

M-34564

R-35767

ATV
11.190

VIDA

POLÍTICA MILITAR Y PÚBLICA

DEL EXCMO. SR.

DON FRANCISCO LERSUNDI,

ACTUAL MINISTRO DE LA GUERRA.

DEDICADA AL EJÉRCITO ESPAÑOL.

ESCRITA POR

DON FRANCISCO VARGAS MACHUCA.

MADRID: 1851.

— — —
IMPRENTA DE EL LIBRO DE LA VERDAD, Á CARGO DE D. S. MONTERO,
CALLE DE LA ENCOMIENDA, NÚM. 11.

ADIV

WILLIAM WILSON & CO. LONDON

HOW FRANKISCO FERNANDEZ

WILLIAM WILSON & CO. LONDON

WILLIAM WILSON & CO. LONDON

WILLIAM WILSON & CO. LONDON

HOW FRANKISCO VARGAS RECHUELA

WILLIAM WILSON & CO. LONDON

WILLIAM WILSON & CO. LONDON



ESTA OBRA ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

THE END OF THE WORLD

AL EJÉRCITO ESPAÑOL.

LA historia del Excmo. Sr. D. Francisco Lersundi es una de las mas dignas de llamar la atencion, y de estudiarse, principalmente por todos los que se dedican á la honrosa carrera de las armas.

Si la fiel é imparcial relacion de los hechos esclarecidos que elevan al hombre público á la altura que lo contemplamos, sirve para escitar en los nobles corazones los sentimientos patrióticos, la del jóven Ministro de la Guerra, es el mejor ejemplo que puede ofrecerse á los que intenten seguir la huella del honor y de la gloria.

A la edad de treinta y cuatro años, puede contemplar el ejército español á un General, representante de la Nacion y consejero de la Corona, que ostenta sobre su pecho condecora-

ciones distinguidas; y como al escribir estas líneas, hemos visto ya muy de cerca y admirado el cuadro en bosquejo que simboliza los hechos y vicisitudes de su vida, creemos que la descripción que hemos de hacer, pertenece y solo debe pertenecer al ejército, á quien tenemos la honra de dedicar este libro.

Fiel apreciador de las virtudes militares, del valor y del heroismo, ya que ni la ciega fortuna, ni la lisonja hayan sido los medios de elevación que han colocado en breve espacio al joven General en un puesto tan culminante, sabrá apreciar en su valor nuestra oferta, que esplicita y francamente hacemos á todas las clases de la milicia, dedicándole una crónica, cuyo mérito, si no lo tiene en su brillante descripción, lo encontrarán al menos en el fondo de verdad que revele á primera vista la pureza y la imparcialidad del que ha concebido el pensamiento de escribirla.

Hechos que por sus circunstancias notables se recomiendan á sí mismos, no necesitan los escritores que los detallen, infestar la atmósfera con nubes densas de humo que el aire evapora, quemando inciensos en las aras de la adulación y de la lisonja: hechos que por sí solos han alzado la figura del guerrero á una altura suficiente para que la fama de su nombre resuene por los ámbitos de la nación que lo contempla con orgullo, tienen en su fondo un verdadero aprecio, y para que resalten, basta su relato imparcial.

Nosotros no somos bastante; no presumimos de escritores de nota; desprendiéndonos sencillamente de nuestro amor propio, conocemos que á una pluma mas aventajada que la nuestra

debiera haber cabido la gloria de ser los primeros en formar el testimonio que ha de quedar patente para las generaciones, de los sucesos y vicisitudes de la vida de este General: si al renunciar á nuestro trabajo, no renunciáramos la gloria, la convicción de nuestras débiles fuerzas, nos hubiera tal vez inclinado á sustituirlo en escritores de mas poder, pero no de mas conciencia. Valga lo que quiera nuestra obra, repetimos con entereza, que al menos, no vamos á sacrificar por la adulacion el mérito de la verdad; y el ejército español á quien la dedicamos, sabrá discernir entre las apreciables cualidades del héroe, y los defectos del historiador.

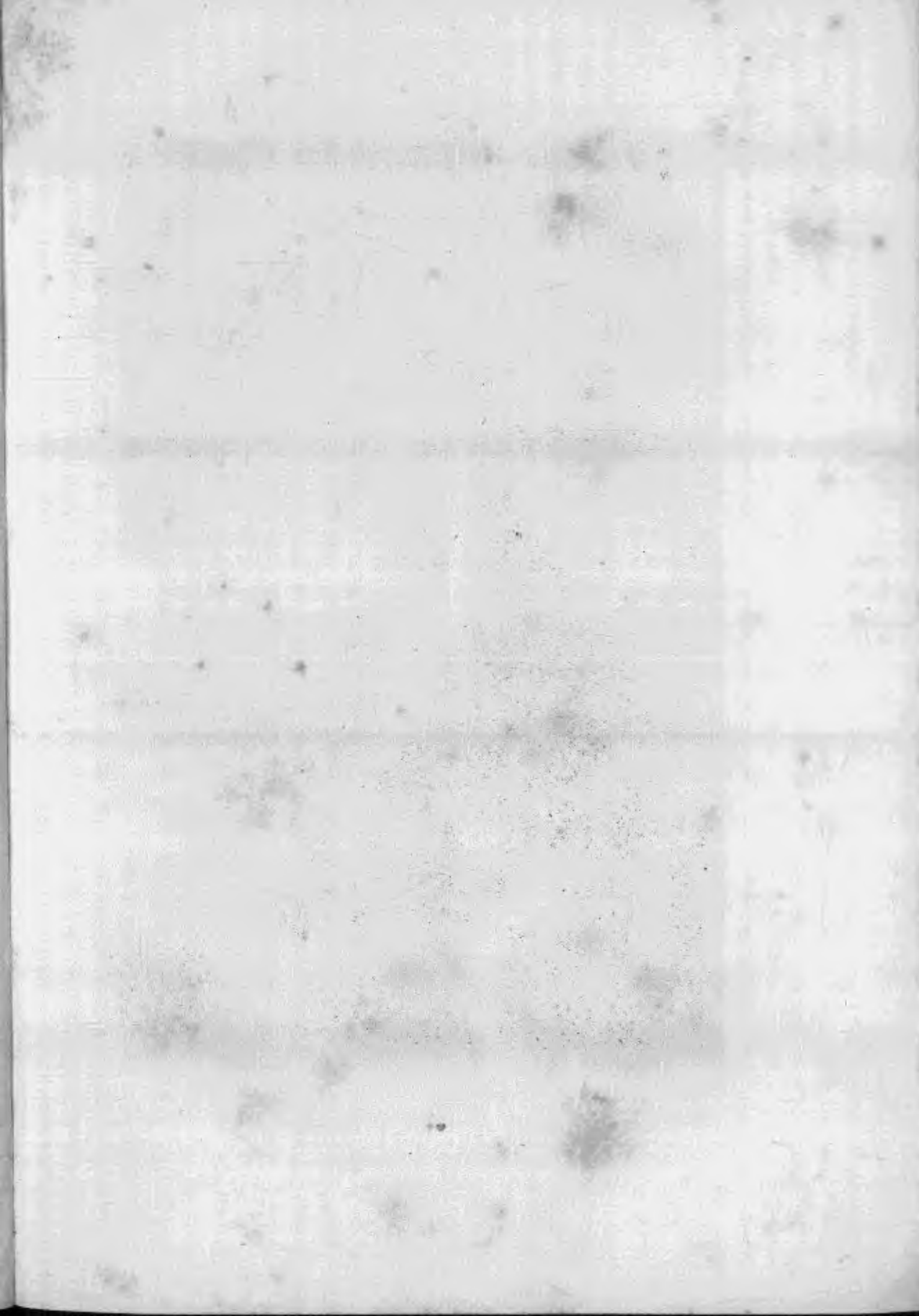
Pocas escitaciones merece el bello cuadro que describen los rasgos históricos de la vida de este General, para ser aceptado como intachable modelo del ejército, que contemplará gustoso, dirigiendo la vista hácia su orizonte esclarecido, en donde reflejan en diversas faces los sucesos de mas magnitud, teniendo ocasion en él, de examinar, ora á un valiente soldado, á un representante del pueblo, á un consejero de la Corona.

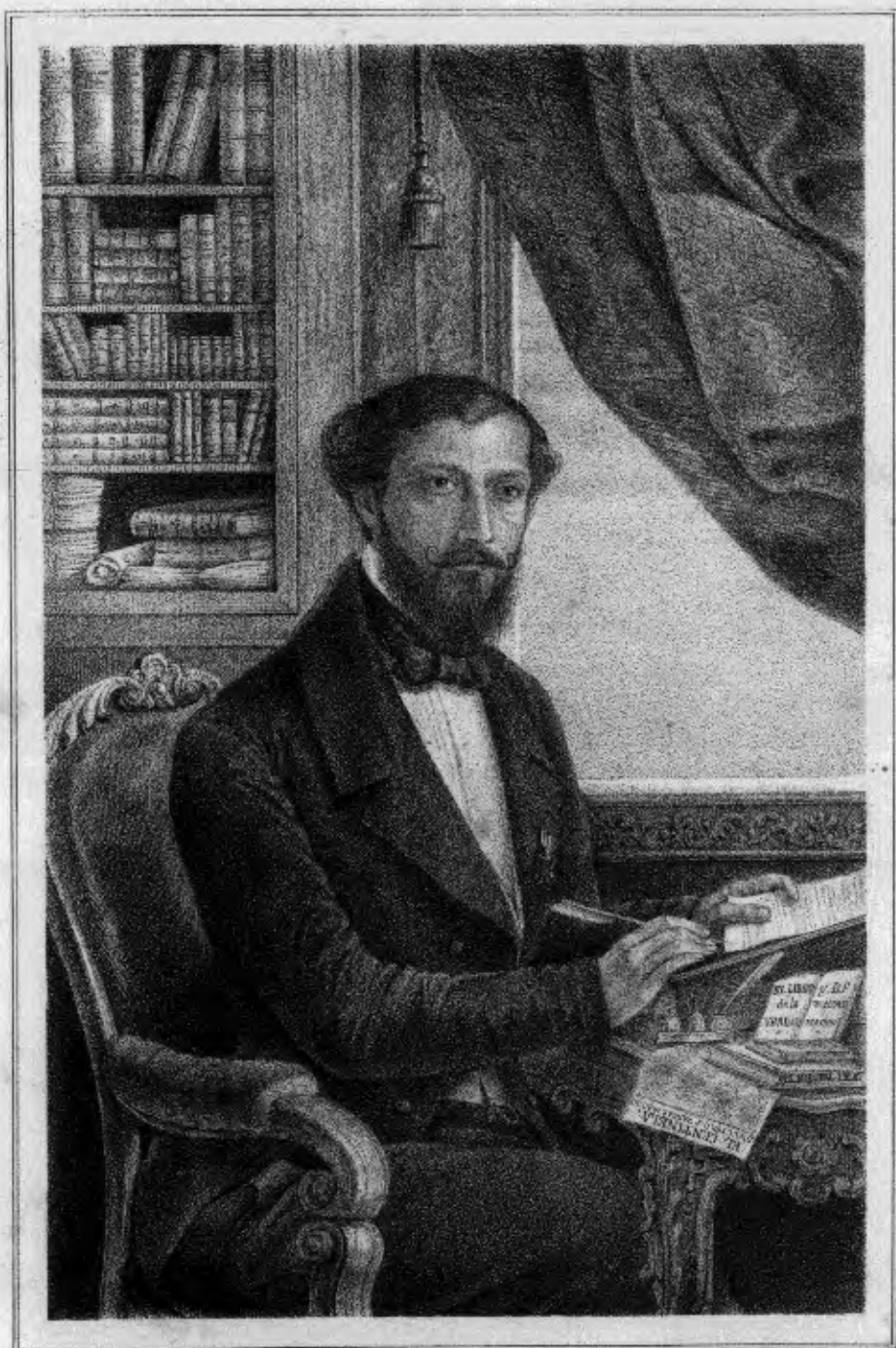
Si conseguimos escribir su crónica con el ennoblecimiento de tan eminentes sucesos y trasmisiones como distinguen á este jóven General, será el afecto mas sincero de nuestro corazon; y al dedicar al ejército español este libro, no busca mas, ni apetece de él otra recompensa, que la de que acepte este homenaje como prueba de distincion á su autor

Francisco Vargas Machuca.

Introduccion.

Ergebnisse





J. Maza 137

En. Maza y C. Maza

Francisco Xerardo Machuca



INTRODUCCION.

¿Para que sirve la Historia?—Cualidades del cronista.—

El nombre del autor, y la política segun se comprende en el siglo XIX.—Una rápida ojeada á la fisonomía del General.—Boceto moral.

LA historia es un libro que queda patente para las generaciones y para el mundo: si en sus páginas se consigna la verdad, y se relatan los hechos fielmente de la vida del hombre que sirve de norte, el siglo en que se escribe lo contempla estasiado, si merecen admiracion los títulos de su grandeza, los siglos venideros respetan tambien su nombre, que jamás se pierde en el trascurso de los tiempos.

En vida del hombre, puede escribirse una apologia que pretenda transmitir, aunque confusos con matizados y floridos rasgos, la inexactitud de los sucesos, que formen una historia de un personaje cuyo cronista intente sacrificar en holocausto de la lisonja, la sacrosanta verdad: tan sagrada es la mision del escritor, que ni tendria conciencia ni corazon, si con la mentira en los lábios tratase de consignar lo que no existe, llevando *su pensamiento fijo á un fin siniestro*: por el momento, lograría su objeto: el mundo despues los despreciaría á su tiempo; y los hombres que todo lo inquietan, buscarían la verdad arrojándosela á la cara con ignominia. La verdad puede confundirse, y desfigurarse con el arte del escritor; pero luego se busca, luego se encuentra la mentira, y en su dia se descubre la idea del cronista que infielmente ensalza al que no merece gloria.

Los títulos de grandeza, que enaltecen, que dan glorias al hombre de poder, no se pueden improvisar; y si en la historia se improvisan, no es duradero el laurel que le coloque en la frente el historiador á su héroe, que mas despues es la víctima del sarcasmo: tan importante es la conciencia en el corazon del escritor, como importancia tiene el verdadero mérito realzado por el mismo con solemne justicia.

La imparcialidad, en la esposicion de los sucesos, que propendan á la elevacion de otros hombres, es la que solo vale; y no faltando á estas condiciones, hé aquí, *=esa es la historia, que sirve para testimonio irrecusable de las hazañas de un héroe ó de un hombre que valga mucho en otra linea, ó considerado bajo otro aspecto.*

El hombre al nacer no es nada: se forma cuando empieza á pensar, y cuando sus facultades intelectuales toman cuerpo y se crecen. Juzgan los frenólogos que el hombre nace bajo la influencia de una organizacion mas ó menos desfavorable, y ésta que es una cuestion aparte de nuestro propósito, nos atrevemos desde luego á sentar nuestra opinion, poniendo un signo de negativa, ó unas cuantas palabras que digan *eso no es verdad*: las razones de esta negativa prestarían un basto campo para nosotros, y nuestra pluma seria incansable antes de dar por terminada esta cuestion; pero ni lo intentamos, ni quisiéramos dar á entender que nuestro silencio en esta materia indicaba ignorancia, por mas que nos encontremos decididos á formar esta sospecha á trueque de no alejarnos de nuestro objeto, asi como dispuestos tambien nos encontrarían á debatir esta cuestion en otro lugar.

Decimos esto, porque solo debemos, consiguiente al epígrafe puesto á la cabeza de este prólogo, tratar de inquirir cuales son las cualidades de un buen historiador. Por eso hemos dicho tambien que el hombre se forma cuando sus facultades intelectuales toman cuerpo y ayuda á su razon. Si estas se inclinan y con aficion al estudio y á la meditacion, guiando su razonamiento y su conciencia por la senda mas rigida, no saliéndose de la esfera que marcan las buenas costumbres y las leyes de la sociedad, el que bajo estos auspicios se alimenta de estas ideas, con el tiempo sirve para ser un buen historiador, si con su incansable actividad para beber en las fuentes del saber, además, llega á perfeccionar las ideas y los conceptos de su mente.

Así vemos, que siendo la educacion el norte y guia de los pensamientos del hombre, al que se le educa bajo la influencia de unas ideas morales y religiosas, mas se inclina á la moralidad que al vicio: el que se eduque con prodigalidad, será siempre espléndido, como no sea disipado; y aquel cuya razon, cuya forma de pensar se haya cimentado en discernir con madurez, con criterio, con calma, y siempre con un fundamento para escudar en él sus ideas, al formarse del todo, al terminar su carrera, pasando desde la niñez al estado mas perfecto, queda formado un hombre de razon, un hombre de conciencia, un hombre puro en sus costumbres, y que vé por el único prisma que deben verse las cosas; por el prisma que trasmita á través de sus planicies transparentes, la verdad esclarecida.

Cualidades indispensables en el historiador, que dignamente merezca este noble título: la fè y la conciencia formadas bajo cimientos indestructibles, que dan por resultado el desprendimiento, la imparcialidad: dotes grandes, recursos sublimes para que el mundo, los hombres, las generaciones, respeten al escritor cronista y al héroe que ensalza, ó al hombre grande que encumbra con la narracion verdadera de sus heroicidades, ó con la esposicion de los sucesos notables que formen brillantes páginas.

Confundidos entre el torbellino social de la *politica palpitante*, han pasado en silencio, si no en los siglos, en épocas no muy lejanas, la vida y el nombre que ¿pudieran ser célebres por mas de una causa, por mas de un suceso de magnitud, de hombres que merecieron el título de celebridades.

El prisma bajo el cual se consideraron los títulos de grandeza y de poder, que han servido para conceder timbres y blasones á ciertos públicos magnates, empañado á veces, ha dejado ver las cosas de una manera poco exacta y verídica, porque las afecciones, el espíritu de partido y las pasiones, han dirigido la vista á contemplarlos para consignarlas en el álbum de las notabilidades mas célebres, hácia un punto en donde no refleja ni una ligera y remota ráfaga de verdad.

Siempre sucedió esto en el mundo: siempre hubo hombres grandes y hombres pequeños: los primeros no fueron gigantes: no fueron todo lo célebres que dijeron sus apologistas; y los segundos, por el solo hecho de serlo, no fueron tan grandes como los primeros, y fueron tan pequeños como ellos mismos, sino caminaron con la verdad.

Véase la crónica de D. Pedro I de Castilla trazada por Ayala, y véase la opinion de Isabel la Católica y de otros que, como escritores, tomaron á su cargo la defensa de este monarca, cuyo reinado está en problema. El primero no tuvo reparo en apellidarle *el Cruel*: la segunda quiso desmentir esta opinion con ser la primera en llamarle *Rey justiciero*.

Nosotros, que ni en esto nos parecemos á Ayala, ni vamos á escribir un ensayo crítico de la vida del General Lersundi, consignaremos los hechos tales cuales los adquirimos, fidedignos, y comentados con razones fundadas en nuestro juicio y en nuestra conciencia, y sobre todo y ante todo, sin que ni opiniones, ni sistema, ni idea fija bajo ningun aspecto, abriguemos al escribir la vida de este Ministro de la Corona.

Pero los hombres todos no son iguales, y la marcha de los

cronistas estuvo siempre en razon directa con la política de las naciones: motivos y causas por las qué, se han desfigurado los hechos, se han aumentado con descrédito las celebridades (que no fueron célebres) se han desvirtuado el prestigio de algunos dignos de alabanzas, y se han hecho pálidos los cuadros que debieran haber aparecido terminantes y con otros mas decididos colores. ¡La política: hidra de cien cabezas!.... que ha bastardeado las opiniones mas acrisoladas, que ha rebajado el mérito de las capacidades, que barrenando su esencia ha confundido en el torbellino social todos los elementos de saber y de grandeza, con la impericia y la insuficiencia, aparece principalmente en el presente siglo XIX, mas boyante en su manía de desfigurar las cosas, de rebajar el talento, de oscurecer el mérito, de consentir en una palabra, que triunfe la mentira, sacrificando la verdad en las aras de los partidos y las encarnizadas opiniones.

El hombre público, que no se pertenece á sí mismo desde que gira en una esfera de engrandecimiento, desde que sube á la cima del poder, es la víctima de los hombres políticos: ¡á cuántos no hemos visto de indudable mérito, de incuestionable y precoz talento, dibujados por sus enemigos sin conciencia, con caracteres bruscos que demuestran lo que ellos intentan que sean, y no lo que son!.... ¡cuántas veces vemos á estos mismos públicos hombres deprimidos por unos, arrojada por el suelo su fama, y ensalzados, y preclaros sus timbres por otros!.... ¿Y quién es capaz de averiguar la verdad de estas cosas?.... ¿quién en medio de tanta confusion de las ideas, envuelto entre las debilidades de tanta diversidad de pa-

receres y de creencias tan encontradas, tiene aliento para coger la pluma y escribir tan solo el título de una obra que empieza *Vida pública, militar y política*, que al llegar á esta palabra no retroceda espantado de su pensamiento, cuando nada menos se trata que de un hombre tan *político* como lo es un Ministro de la Corona?.....

¿Quién al escribir la crónica de un hombre que está en lo mas elevado del poder, no teme los tiros de la maledicencia, ó sea de los *políticos*, que ven en todo una idea equivocada, un pensamiento torcido, una mira de egoismo ó de interés propio?.... ¿Y por qué razon falta la fé, y las creencias mas se inclinan á pensar lo malo que lo bueno?—*Por qué ésta es la norma, el curso fatal de la política del siglo XIX!*

Valor se necesita para acometer una empresa como la nuestra; pero valor nos sobra, porque creemos, y protestamos hacerlo así, que no nos deslumbren ni entorchados, ni fausto, ni posiciones encumbradas, ni de ninguna otra especie de oropeles frívolos que con sus falsos resplandores han guiado la pluma de otros hombres. Somos los cronistas del General Lerundi, Ministro de la Guerra; y si de pronto la idea, el pensamiento nos asusta, muy luego recobrando nuestro ánimo, tenemos valor sobrado lo repetimos, para enseñar al mundo nuestro nombre al frente de su historia. Como caminamos con la verdad, como al escribir lo hacemos siempre, y muchas pruebas hemos dado ya de esto, con fé, con convicción y sana conciencia, no escondemos con cifras, valga poco, ó valga mucho, nuestro nombre: estamos prevenidos: sabemos que la política que escuda la crítica, no es la razon que habla; y cuando se quiere

que triunfen por solo las opiniones, las palabras, si lo consigue alguno valiéndose de emponzoñadas saetas, será tan solo por muy pocos momentos; por los precisos instantes que median desde el disparo de su dardo, hasta que se despliegue una bandera en defensa de la víctima. La política todo lo puede: todo lo consigue: todo lo vence; pero su triunfo es de momento; y la gloria, la recupera con creces; el hombre que recibe un ataque desde el baluarte de la política, que ha tremolado su pendon como emblema de la injusticia.

Mas claro: si algun escritor público, conocido con el sobre escrito de periodista, sinónimo de hombre político, no respeta nuestro nombre que vá al frente de la historia del General Lersundi, será en dos sentidos que queremos queden en este lugar consignados. Si la crítica hecha de nuestra obra se funda en el poco mérito de su fondo literario, quizás sea un tanto equitativa, porque desde luego concedemos que no es grande nuestra fama, por lo que no presumimos de sábios: la casualidad nos ha proporcionado la gloria que pueda cabernos al ser los primeros en ocuparnos de la vida de este General: no porque hayamos, para conseguirlo, blasonado ante su presencia de eruditos; y en tal caso disculparémos al critico, si lo hace de buena fé. Si en otro lugar la crítica se convierte ó se cimenta en que los hechos que espongamos, comentados á nuestra manera, son inexactos, ó llevan una idea á un punto fijo, desde luego diremos, —*que es una arma la suya vedada, y que mas juega la palpitante politica, que la conciencia del escritor que critique por ese franco nuestro libro.*

Nuestra desconfianza en esta parte se vé que está basada

en la poca fé que abrigamos en la política que siguen los hombres del siglo presente; y no nos falta razon, como nos proponemos demostrar, fundando la causa que nos impulsa á que concibamos estos temores: hé aquí en el siguiente ejemplo la distinta manera de esponer los escritores sus juicios críticos, tratándose de una misma persona y de un mismo asunto, el cual nos sirve de escudo y defensa en caso que la prensa se quiera apoderar de nuestro nombre, para solo en él atacar el pensamiento que hemos tenido al escribir la historia del jóven General Lersundi.

En la Galería de la Literatura Española, escrita por don A. Ferrer del Rio, biógrafo imparcial y de conocida reputacion, al ocuparse de las obras literarias del señor Martinez de la Rosa, dice lo que copiamos del drama titulado, la *Conjuracion de Venecia*.

»Es la *Conjuracion de Venecia* un drama bien ideado y sostenido con verosimilitud y enredo: revela allí el autor su profundo conocimiento del corazon del hombre y del teatro: nada mas dramático que colocar en medio de tumbas una escena de amores, y colocarla produciendo encanto en vez de disgusto, y enlazándola con los tenebrosos planes de los conjurados: asi resultan situaciones de mérito y un interés creciente de una en otra. Abundan la pasion y el sentimiento en el diálogo, manejado con facilidad, frescura, entereza y sublimidad en diversos casos. El desenlace es terrible; por eso al caer el telon, no sueñan aplausos; por eso ha habido necesidad en algunas provincias de variarlo, á fin de evitar cada noche un alboroto. ¿Qué mas gloria puede apetecer un autor

»que hacer sentir de ese modo con los efectos de un drama?
»Sus primeras representaciones duraron un mes consecutivo: cada
»vez que se anuncia, vemos pobladas todas las localidades del
»coliseo: siempre escita en los ánimos las mismas sensaciones.»

Este escritor tan concienzudo, tan razonado, el Sr. Ferrer del Rio, al esponer su juicio crítico á continuacion, acerca de la tragedia tambien original, de Martinez de la Rosa titulada *El Edipo*, se espresa en los términos siguientes:

«Es *El Edipo* una tragedia modelo, con su sencillez severa, sus coros y su fatalismo, á semejanza de las tragedias de la antigua Grecia: es una obra de arte y de estudio completa; y por muchas alteraciones que imponga la moda al gusto, arrancará aplausos en todos tiempos, con tal que los actores sepan interpretarla.»

En el segundo tomo de la obra titulada *Los Políticos en camisa*, escrita por Villergas y el Jesuita, se lee un juicio crítico de las anteriores producciones dramáticas de Martinez de la Rosa, cuyo contenido, por extraordinario lo transcribimos íntegro á continuacion; dice así:

«¿Cuál es la obra maestra del Sr. Martinez de la Rosa? *La Conjuracion de Venecia*. Hé aquí la obra dramática en que algunos suponen bien fundada la reputacion del autor tan celebrérrimo, y esta es en nuestro concepto de las obras de menos importancia, si atendemos á la facilidad de producir ciertos efectos.

»Pero despojando á la obra del Sr. Martinez de todo su aparato, y de los pensamientos liberales que tanto halagan al pueblo ¿podrá prometer un éxito mediano? Una albarda ofre-

»cemos de premio al que tenga la paciencia de no dormirse
»durante la representacion. »

Los autores de *Los Politicos en camisa*, se ocupan en seguida de la tragedia *El Edipo*, creacion del poeta granadino, espresando su parecer de la manera que cumple á nuestro propósito copiar,

« Otra de las obras que se celebran en el Sr. D. Francisco, es el famoso *Edipo*, esa imitacion de tantas imitaciones, ese plagio de tantos plagios, que se puede llamar traduccion, aunque no se pueden enumerar los idiomas de que está traducida, y cuya tragedia no tiene otro mérito que el de estar en verso, si bien puede decirse que está es su mayor falta, por ser los versos del Sr. Martinez tan malos, que no caben peores: siendo los peores de sus peores versos los que tuvo la desgracia de poner en el *Edipo*. »

»Ya le causaba alguna vergüenza al Sr. Martinez de la Rosa el decir que el *Edipo* fuera todo suyo, y nos dice que ha leído el *Edipo de Sófocles*, el de Voltaire y otros muchos, para darnos á entender que ha tenido modelos presentes al hacer su obra, que está muy lejos de ser modelo. »

¿ Qué significa esta divergencia de ideas sobre un mismo pensamiento, sobre un mismo asunto dado, acerca de una misma persona, y por distintos criticos escritores? Alguno de los dos es claro que dirá la verdad; que será concienzudo en su juicio, en su manera de pensar; y creemos no será muy difícil señalar con el dedo al crítico razonado, y al crítico por solo el vicio de criticar, pero de criticar con injusticia: mas dejemos al criterio de nuestros lectores, que habrán te-

nido mas de una vez ocasion de ver en escena las producciones citadas, que á su modo busquen el misterio que encierra estos dos diferentes pareceres, ínterin nosotros con nuestra manía apuntamos como móvil de esta sinrazon, que de todo ello son responsables los hombres que tienen por norte y guía ciegamente seguir la senda de *la politica, segun se comprende en el siglo XIX.*

Los hombres matan sin embarazo las reputaciones de otros hombres, que sacrifican á sus ideas en opiniones políticas. ¡Vaya una flamante moda introducida á influencias de ambiciosos que pretenden confundir con las opiniones basadas en el íntimo convencimiento sus miras de egoismo!.....

No se crea por esto que nosotros abrigamos el temor de ser censurados por la concepcion de nuestro pensamiento, ni menos que el tipo que ha de servirnos para formar las páginas de nuestra historia, invulnerable á los tiros de la maledicencia, ha de servir tambien de blanco para esgrimir la saña de esos hombres que se ocupan solo de una idea esclusiva: ni lo tememos, ni en su caso, podria sorprendernos: estamos prevenidos: descansamos en la pureza del fin que nos proponemos al escribir la crónica de un Ministro de la Corona.

Sabemos con todo, que es difícil la tarea que acometemos, y doble mas difícil cuando nuestro nombre se explica francamente con todas sus letras, sin valerse de iniciales; y al hacerlo, formamos nuestro cálculo, y además del deseo que nos mueve de adquirir la gloria de escribirla, decimos, opinando con un historiador contemporáneo, que se expresaba en los términos siguientes:

«Es empresa árdua escribir la historia de un hombre, cuando él mismo la ha de leer: pero ¿habríamos de dejar que muriese, para que conociendo entonces lo que valia, buscasen otros su vida y sus actos? ¿Dónde los encontrarían? ¿En la prensa? ¡Oh! ¡Seguro es que iban á beber en buenas fuentes!»

(*Fijen nuestros lectores la atencion en esta idea*).

«El periódico no lo redacta el hombre sino el escritor; y el escritor al ofrecer su colaboracion, vácia su fé, sus convicciones y su conciencia en el molde del órgano que va á defender; sus doctrinas y su razon las deja á la puerta de la imprenta, porque son armas inútiles: corazas del entendimiento, que como en sus combates políticos pelea con la *maña*, le estorban é imposibilitan. Escribe, sí; pero escribe para su partido. Los actos de sus adversarios, buenos ó medianos, son el objeto del artículo de fondo; reconoce su mérito, si lo tienen, pero es preciso cumplir con su *obligacion*, y desarrolla en las cuartillas el *sofisma periodistico*. Veinticuatro horas despues, el pueblo brama contra la nueva reforma ó nuevo decreto: ¿por qué? porque lo lee así. Tan servil es la crítica de la oposicion como el entusiasmo de los panegiristas: tanto daña la abispa al dejar el veneno, como al extraer la miel. Y tienen razon: la buena fé en política es una cantidad negativa, ó segun Rarr, una *necedad*: es la torpeza de un hombre que quisiera combatir desnudo contra muchos hombres cubiertos con corazas. Esa es la prensa de todos los partidos: esa es la *imparcialidad* que juzga á los hombres públicos: ese es el manantial que surtirá á las ge-

»neraciones venideras de materiales para nuestra historia contemporánea..... ¡Pobre historia!.... ¡Pobres hombres!...»

Ascendamos ahora de escritores á pintores, para dar *una rápida ojeada á la fisonomía del General*: troquemos por nuestra mesa de escribir, la paleta del artista salpicada de colores, y maticemos el cuadro que sirva de bosquejo fiel, exacto y parecido: á toques grandes, á pinceladas brillantes, formemos un boceto que detalle á grandes brochazos, como imitadores de todo lo bueno, porque en buena linea contemplamos los cuadros de Goya, el retrato del General: somos enemigos de lo minucioso, que solo presta un círculo muy estrecho; y no participamos de esa manía reinante de los escritores y artistas modernos, que describen los sucesos, para que abunden las líneas, con retazos prolongados y monótonos, como los otros llenan de pintura sus lienzos, para representar un gran trabajo del arte, que revela á nuestros ojos (quizás profanos) sino el génio del pintor, el incansable modo de plumear para conseguir la verdad, que otros presentan con cuatro pinceladas. No queremos que de nuestro retrato se diga lo que con razon dicen profanos é inteligentes de los cuadros de nuestros artistas contemporáneos: los primeros dicen «*está muy manoseado*»: los segundos, valiéndose de términos mas técnicos, se lamentan, diciendo en distintas frases lo que significa lo mismo: «*no hay rasgos de valentía.*»

El retrato que vamos á hacer del personage que delineándolo, queremos presentarlo como en un lienzo, de cuerpo entero, no tendrá ni medias tintas, ni matices variados de mil colores: solo tendrá claro y oscuro: contemplen nuestros

lectores la siguiente pintura original que trazamos á continuación.

Su estatura alta, su fisonomía enjuta, la mirada serena de sus ojos que aparecen siempre un tanto tristes y pensativos presta á su figura un cierto aire de magestad: su continente á veces grave, en ocasiones risueño, pero con pasibilidad, transmiten á la vista del hombre pensador que lo contempla, que se esfuerza para no demostrar su corta edad: esto dimana de que le hierve aun la sangre en las venas, y de que la viveza de su carácter contrasta, pero favorablemente, con el puesto elevado que ocupa: cuando se acuerda ó piensa que es tan joven, redobra mas entonces su seriedad, y comunica á su rostro para conseguirlo, con esta contraccion, un viso marcado de melancolía espresiva; y cuando olvida que es Ministro, se anima su figura toda, da un aire á sus maneras mas libres y demuestra la franqueza de un joven de las Provincias Vascongadas, suelto en sus modales, ligero en sus gesticulaciones para hablar, y en estos casos es cuando mas se anima su semblante, y cuando mas agrada su conversacion.

Su cabeza, es la cabeza de un artista, si se estudia con detencion: en la parte superior de las cejas, se observan dos prominencias que indican segun las reglas de frenología, y de conformidad con el arte fisonómico de Orfila y Lavaitté, propension al de la pintura: si hubiera entrado de lleno en esta carrera, si se hubiera despertado en su mente la idea de ser pintor, aunque en el presente siglo no encontrara un Carlos I como el aventajado discípulo de Rubens (Van-Dick) su fama hubiera volado por Europa, como la de Rafael, Urbino y Cor-

reggio, sin la proteccion de aquel monarca tan grande. Esta cualidad que parece agena á influir en la progresion de la carrera militar, es cualidad muy precisa á veces, ó vale mucho para formarse con ella un buen oficial general de campaña. Al artista naturalmente le basta una mirada para fraguarse en su mente un cuadro que trasmite luego al lienzo: el militar, con un golpe de vista en el campo de batalla, consigue en ocasiones una victoria: vence á su enemigo, y aumenta un laurel mas á sus laureles: el génio artista y el génio militar son emprendedores: se parecen como una gota de agua á otra gota: guardan identidad en sus pensamientos: el artista es sin violentarse libre en sus ideas: el militar es naturalmente franco y libre.

Lersundi, por esta y otras cualidades de su peculiar carácter, será un buen general de campaña; y aunque nuestro aserto tiene los honores de la profecía, el tiempo en esta parte, si la ocasion le presta campo alguna vez á Lersundi, se encargará de calificarnos de buenos profetas. *Este que sigue es su boceto moral.*

Sentado en su despacho de Ministro: su figura parece inspirada para aquel puesto: revela al militar y al consejero de una Reina. Habla muy poco, pero piensa mucho; y en sus miradas puede leerse su pensamiento: siendo á veces mas grato este estudio al contemplarlo en su silencio, que el que ofreciera una alegre y variada conversacion.

No parece posible que en su viveza de génio, en su carácter que conviene con sus pocos años, fuera del desempeño de sus cargos, pueda pensarse como él piensa sentado delante de

su mesa de escribir: da cien vueltas á una idea: la formula de diferentes modos, y antes de darla por vaciada completamente, aun reflexiona sobre la manera que ha elegido de ponerla en práctica. Si alguno de los que le conocen á fondo, como nosotros, le sorprende en aquel estado, le parece una profanacion penetrar en aquel recinto y turbar aquella enagenacion de la mente, que se difunde y eleva para coordinar una idea aventajada, y retrocede magnéticamente por no interrumpir el giro de sus pensamientos.

Lersundi es completamente diverso considerado como hombre particular, que como hombre Ministro: personifica en el último rango al génio mas pensador, y parece que se entusiasma cuando discurre sobre un motivo que dé por resultado hacer un bien. No es extraño: «el entusiasmo es á veces la glorificacion suprema. Quitad á Meyerbéer (1) el que avivaba su espíritu. Cortadle el vuelo en la carrera ideal á que su entusiasmo le guiaba, y vereis al hombre máquina que traslada al papel una concepcion sin vida ni animacion. Su música sería lo que los sonidos acordes de un clarin en una revista, porque hasta en esta degradacion de la armonía se conoce el entusiasmo, cuando timbra en una batalla que presiden los Césares.

Lersundi es compasivo, y severo al mismo tiempo: esta idea, mas parece un contraste que un concepto: mas sin embargo, se comprende muy bien y se esplica: es compasivo como hombre, es severo como militar.

(1) Célebre músico compositor.

Su norte es el orden, y el arreglo en sus acciones lo forma en gran parte su amor propio; pero amor propio que debe tener todo hombre que pretende con razon, como él, no ser vilipendiado por sus injustos enemigos.

Tiene mucha aversion y siempre ha repudiado la idea de verse descrito en historia, por eso hemos tenido casi que apoderarnos de los datos con que contamos para escribirla: como cree, por un exceso de modestia, que no la tiene, mas de una vez le ha robado el sueño nuestro pensamiento.

No se conoce ni presume Lersundi lo que vale, porque flaco de memoria en cuanto atañe á su persona, ha olvidado su brillante carrera militar, sus hechos de guerra, su hoja de servicios, sus muchas campañas, las diferentes y buenas dotes que encierran las vicisitudes y sucesos de su vida, que describimos á continuacion.



PRIMERA EPOCA.



PRIMERA EPOCA.

Una protesta.-Nacimiento de Lersundi.-Sus títulos de nobleza.-Juicio crítico é imparcial acerca de la supuesta creencia de su origen, y voces que han circulado sin concierto y sin fundamento.-Causas originarias de estas voces consideradas filosóficamente.-Principio de su aventajada carrera militar.

CAPÍTULO I.



ENOS dicho en otro lugar, que la historia del General Lersundi será un libro digno de leerse, porque con el relato solo de los sucesos que formarán sus páginas, con la descripción sucinta de los hechos de su vida, bastará á poder pertenecer á la Biblio-

teca de cualquier hombre dedicado al estudio de la historia contemporánea. La historia, así antigua como moderna, no solo recrea y entretiene, sino que ilustra: el hombre estudioso al abrir las páginas de un libro histórico, no lo hace solo por mera distracción: las mas veces, busca en él, hechos, sucesos, épocas que revelan tendencias ó sistemas en la marcha política de las naciones, y en la historia de un personaje colocado á la altura de Ministro, se encuentran, no solo las vicisitudes que forman su vida, sino la época en que se escribió, pero la época fielmente presentada, con todas sus escisiones, con todos sus trastornos si los ha habido, con el carácter peculiar ó índole de la política reinante en que se escribiera, y con otro cúmulo de circunstancias que quedan consignadas y patentes para que en la crónica general del mundo, en su día, se forme el croquis parcial de cada Nación, de cada gobierno, y de cada sistema que le haya precedido.

«Que cada época tiene su hombre, es cosa muy probada: la época no es mas que el espejo que retrata los actos públicos de sus prohombres; cada uno sabe poner un sello especial á su época, sello que debe distinguir siempre la mirada penetrante del historiador. Roma podrá presentar á su tigre Neron, Inglaterra á su revolucionario Cromwell, Francia á su galante Luis XIV, Suiza á su arrojado Tell, España á su pusilánime Carlos II, ó á su mal juzgado D. Pedro, etc.: cada época es un hombre. Ninguno para marcar la prostitucion romana como distintivo de su tiempo, dirá á la *Mesalina de Roma*: sino la *Roma de Mesalina*. El gobierno es un sol colo-

cado á cierta altura que estiende sus rayos sobre las aguas de un rio, que las copian fielmente. Los hombres pertenecen á la historia, y pertenecen mal de su grado, porque la posteridad, inexorable juzgadora, llega á desenterrar al hombre moral para pedirle cuentas, y presentarle en toda su belleza, ó en toda su deformidad: entre el polvo de los archivos viven los hombres; y aunque el polvo de los archivos es el polvo del olvido para el mundo que no se cuida de ir á estudiarlos, no faltan algunos seres estudiosos que representando al juez de la conciencia, van á estudiar sus actos sobre el mismo cadáver; porque los actos guardados en el archivo, son el cadáver del hombre público, son sus restos inmortales, son su nombre y su reputacion. Es deleitable llegar á las crónicas, conocer á los hombres notables, identificarse con ellos, vivir con su vida, gozar con sus triunfos y morir con su muerte, porque algo de grande tienen los héroes, que siempre hiere su recuerdo las fibras del entusiasmo: es deleitable conocerlos despues que han desaparecido de la escena, cuando ya no se oye mas que el eco lejano de los aplausos que los despiden, ó cuando no queda en el mundo mas que su nombre: los héroes del pasado, muertos viven: en cambio, los héroes del porvenir viven muertos: nadie los conoce, y sin embargo, la gloria les está fabricando el trono que han de ocupar: el mundo no los vé mientras no están sentados, y pasan desapercibidos, confundiéndose cada cual entre las masas vulgares como un ser mas. ¿Quién reveló al mundo lo que sería aquel niño que nació en Córcega en 1769? — Para su cuna bastaron tres pies de tierra: para su sepulcro pa-

recia estrecho el mundo. Esta es la condicion humana.»

El hombre historiador busca con afán hombres que tengan historia: unos tienen mas fortuna que otros; pero todos buscan notabilidades. Nada mas grato, nada mas halagüeño que erigir una estatua á un gran poeta, á un génio ó un guerrero que vió sin admiracion del siglo que le dió su cuna y le abrió su tumba: cuando pasó en el silencio y el olvido á influjos de la ignorancia, los hombres que lo resucitan en efígie, se engrandecen tributándole este homenaje. Nada mas encantador, nada mas que exalte la mente y la ilusion del escritor, que dejar á su muerte una página escrita para gloria de una celebridad del siglo en que naciera: la primera piedra del templo en donde se santifican las notabilidades, la pone con su conciencia el cronista. Si su libro es una fiel copia del tipo que le ha servido para confeccionarlo, y si en él, consigue esculpir con caracteres indelebles, la época y la marcha uniforme ó borrascosa de su nacion, indudablemente ha hecho un servicio á su pátria por el que merece un estimable recuerdo.

¿Pero podremos nosotros alcanzar este triunfo, este laureo, formando con el nuestro un volumen que merezca ser leído por unos, y estudiado por otros? Soberbias serán nuestras pretensiones: quizás nos ciegue nuestro amor propio con la sola idea de pretenderlo, mucho mas con la realidad de conseguirlo. Este amor propio y estas nuestras pretensiones, parece que están lanzadas en este lugar en contraposicion y discordancia de lo que digimos en otro, al principio de nuestro prólogo.—«*Que no presumiamos de sábios.*» Pero téngase muy presente, que no queremos, porque no podriamos tal

vez conseguirlo, dar á nuestra obra ese mérito literario que bastára á formar un tipo con ella, que mereciese ser estudiada: su valor todo, ha de consistir en la buena fé con que *protestamos*, terminar todo nuestro trabajo, describiendo á la par que los hechos relevantes de la vida pública de este General, las circunstancias, las tendencias de la política dominante al final de la mitad de este siglo, sino con grandes rasgos de erudicion, con sobrada conciencia, y con rectas intenciones, apartándonos de los partidos y del espíritu de pandillaje, porque con la pluma en la mano, ya no tenemos opinion.

Si nos equivocamos, será porque nuestro juicio, nuestro modo de pensar, sea errado: somos hombres, y no estamos libres como todos, de cometer errores: pero siempre *protestamos* que en uno ú en otro caso, en un sentido ó en otro, favorable nuestra opinion de las cosas políticas, á unos, desfavorable á otros, siempre y en todas ocasiones guiará nuestra pluma, nuestra razon, la buena fé; y cualquiera idea que emitamos, si es original, será abortada por nuestro modo de ver las cosas.

Sigamos ahora despues de esta esplicacion franca y explícita, nuestro trabajo.



CAPITULO II.

CAPITULO II.

CAPÍTULO II.



En la ciudad de Oñate, el día 28 de enero de 1817 vino al mundo el que estaba destinado á ser un valiente guerrero, defensor del Trono de una inocente Soberana, y un Ministro de la Corona: fausto día para una ciudad que mecía la cuna del que habia nacido para ocupar uno de los primeros puestos de la nacion.

Fueron sus padres, el Coronel de infantería D. Benito, y doña María Ignacia Ormachea de Olave, descendientes de dos familias de las mas ilustres de Guipúzcoa: ni aun en sueños pudieran abrigar sus padres la idea de lo que aquel vástago tan querido seria en el porvenir, y así fué, que le dedicaron desde luego á la carrera literaria, sin pretensiones de buscar

en ella para la suerte de su hijo una faja de General, que en sus misteriosos arcanos el destino le ha deparado, porque en la mente de Lersundi bullia mas la idea de ser un buen soldado, que un buen jurisconsulto. «Nadie puede rasgar el velo del porvenir, porque el porvenir es impenetrable, porque el porvenir es la idea de Dios.»

La viveza de su carácter, la libertad franca y esplicita de sus pensamientos, no pudieron acomodarse, llegado un dia, á permanecer impasibles, cuando la flor de la juventud se lanzaba en medio de una guerra civil en defensa de la legítima causa de una reina querida y adorada de los españoles: el quietismo de las aulas era impeculiar al carácter de Lersundi: en vano hubieron pretendido cortar el vuelo de su imaginacion: era muy limitado el círculo que prestaba la carrera de las leyes, y Lersundi necesitaba respirar en otra esfera mas amplia: quizás en lo mas escondido de su pensamiento, soñara Lersundi con el laurel del guerrero, que vino en su dia á orlar su frente, recompensando tantos hechos heróicos, dignos de alabanzas, y bastantes por sí solos á fabricar una corona que simbolice el premio concedido á su arrojo en los combates y á su decision en la lucha.

Si noble fué Lersundi en la carrera de las armas que eligió, noble habia sido Lersundi en su nacimiento: no han bastado á desvirtuar los timbres de su noble progenie, ni las voces circuladas por los émulos de su engrandecimiento al poder, ni las versiones mal esplicadas que en ciertos círculos han pretendido con ellas envolver en la oscuridad su ilustre linage.

En su lugar correspondiente insertamos los documentos

inéditos que deben servir de irrevocable prueba para testimonio del mundo, de que Lersundi pertenece á la nobleza mas encumbrada de España: sería suspender el curso de nuestra narracion, transcribiéndolos en este lugar intercalados en el texto, y por eso los señalamos con el número 1.º á la conclusion de esta obra, en donde debe constar y consignarse la verdad y las pruebas que le dan el mas positivo valor.

¿Qué triunfos y qué glorias, qué blasones alcanzaron aquellos que hicieron correr de gente en gente la voz, apenas subió al poder el jóven General, con decir: *Lersundi no pertenece á la nobleza de España, y es un fenómeno su rápida subida al elevado puesto de Ministro?* Dos versiones enteramente distintas, y que corrieron con siniestros deseos de empañar el brillo de sus armas y blasones, y que nuestra pluma se encarga á su vez de desvirtuar cumplidamente, de una manera que haga resaltar la idea fija y el pensamiento culminante que tuvieron los que han pretendido revelar, engalanada con las armas de la astucia, una mentira ni aun con visos remotos de verdad.

No fuéramos exactos, no fuéramos fieles narradores, si sacrificando á la concision de nuestro libro el esclarecimiento de ciertos hechos, dejáramos en el silencio, y rápidamente pasáramos la vista por este punto de partida, que tomaron los mal avenidos con los lauros conseguidos á fuerza de desvelos, de sacrificios, y de pruebas de su valor por el General Lersundi.

Los que circularon estas voces, desconocian además el espíritu que está incrustado y reina en las ideas del siglo. El

noble de hereditaria gerarquía no es noble en esta época, si no reúne á sus timbres y preclaro origen nobleza de corazon, y esto, sea dicho de paso, está muy bien entendido: para ser noble Lersundi, no ha necesitado heredar los títulos que acrecientan su nobleza adquirida: la sed de gloria con que emprendió su carrera, ha colocado un escudo mas en sus escudos de armas, porque ha sabido pelear con entusiasmo en defensa de su soberana.

¿Dejaría de ser noble Juan sin tierra, rey de la Gran Bretaña? ¿Su hereditaria nobleza le impidió la innobleza de su infamatoria muerte? ¿Por qué descendió al sepulcro lleno de vergüenza y de ignominia? Porque los sentimientos de su pervertido corazon no proporcionaron lustre á los oropeles de sus timbres y de sus blasones. Porque creyó que usurpando el trono á su legítimo heredero, y concluyendo por matar á puñaladas, con sus propias manos, al rey legítimo, arrojando su cadáver ensangrantado á los pies del pueblo que pedia su coronacion, seguiria poseyendo la encumbrada nobleza que presta la gerarquía de sentarse en un trono. Mentida nobleza y engañosa ilusion la de esos hombres que creen echar por tierra su verdadera gloria, del noble que ha sabido ser noble, *aunque su nombre no esté escrito en grandes y dorados pergaminos.*

Nosotros concedemos títulos de consideracion á los que por su clase heredan una nobleza justamente adquirida. Pero ¿cuáles fueron los cimientos que dieron nombre á su nombre? ¿cuál fué el origen de este testimonio de grandeza? Los mas fueron adquiridos por hechos de guerra memorables, por ser-

vicios prestados á su pátria, y que su pátria y los Reyes justamente han recompensado, llamándoles sus hijos predilectos. Luego Lersundi, si no hubiera sido noble, de nacimiento ilustre, sobradamente habia adquirido su nobleza, combatiendo por salvar de la usurpacion un trono, y regando en su defensa el campo de los combates con su propia sangre. Lersundi hubiera sido el guerrero que conquistaba títulos de nobleza á sus progenitores, y en este caso á mayor grado, á mas elevada altura se hubiera encumbrado para él la gerarquía, de la que él fuera su origen. ¿Quién duda que Guzman el Bueno fué mas grande, fué mas héroe, fué mas noble, sacrificando por su honor y por su patria la vida de un hijo, cuyo último suspiro era la última gota de sangre de su corazon, que los que heredaron sus glorias y su eterno recuerdo? ¿Cuántos escudos y blasones no pudo esculpir en sus blasones, y mas preclaros, con la heroica abnegacion de la pérdida de la mitad de su alma, por mantener ileso el nombre de los Guzmanes, y por legar á su pátria y á la historia el suyo sin mancha con el sobre-nombre de Guzman el Bueno?

Aun hay mas: Lersundi, queda completamente probado por nuestras razones espuestas y por los documentos originales que en su lugar insertamos, que es noble de nacimiento y noble tambien por sus méritos contraídos en servicio de su pátria; pero aunque así no fuera, ¿no puede ser un hombre grande, sin ser de cuna elevada, y sin pertenecer á la gerarquía de la mas encumbrada aristocrácia? Cumplidamente hemos probado que Lersundi puede ser un tipo de nobleza, y en el curso de los sucesos de su vida, que formarán su histo-

ria, quedará aun mas probado de una manera incuestionable.

¿Qué fué Napoleon antes de ser Emperador de los franceses? ¿Cuáles fueron sus títulos? ¿Cuál su nobleza hereditaria? Por ser descendiente de una familia oscura de Córcega ¿dejó de ser un gran Capitan, el fenómeno del siglo, y un Emperador modelo y tipo de reyes si hubiera tenido menos ambicion? La gloria que con su especial talento militar alcanzára, y con su erudita diplomacia ¿no fué esparcida por el Universo, luminosa como los brillantes rayos del sol?

Esas estátuas de piedra inanimadas, tan colosales en su forma como el mismo pensamiento que representan, ese recuerdo eterno de su nombre, ese respeto que infunde todo cuanto de él procede, fué hereditario, ó fué conquistado en el mismo siglo en que le admiramos? Josefina, su esposa, el emblema de las grandes Emperatrices de Europa, y aunque digamos del mundo, hija de una estanquera, Criolla de la Martinica, ¿necesitó para hacerse célebre con su talento y con la nobleza de su alma tan elevada y sublime, mecerse en la cuna de la clase elevada?

El último rey de Suecia, Bernardotte, vestia el uniforme de sargento de la guarnicion de la Martinica en tiempo que conquistaron los ingleses aquella isla. ¿Se le cayó, por ventura, la corona de las sienes interin su reinado, por falta de pergaminos hereditarios? ¿No compartió el trono y las glorias con su esposa, aunque fuera hija de una lavandera de París?

El célebre Bolivar fué un droguero, y no dejó por eso de ser célebre.

Astor vendió manzanas por las calles de Nueva-York, y

supo con su colosal entendimiento hacerse el hombre mas rico del Nuevo-Mundo: pródigo en hacer bien, ha demostrado la verdadera nobleza, la del corazon.

¿Soñaría Luis Felipe cuando daba lecciones de francés en Suecia, Boston y la Habana, que habia de ocupar por diez y ocho años el trono de la Francia?

¿La emperatriz de Rusia, Catalina, que fué una vivandera, dejó de ser una reina que adquirió por primeros blasones un escudo real?

¿Cuáles fueron los timbres de la familia del actual Gobernador de la isla de Madera, que fué sastre antes que Gobernador?

Cuando Cincinato estaba cultivando sus viñas, el Imperio mas colosal, la soberbia Roma, le brindaba con la Dictadura: ¿buscaba nobleza esa poderosa nacion, la primera en ostentacion, del Universo, en su pretendido dictador?

No se crea que nosotros, al esplicarnos de esta manera, lo hacemos, porque no perteneciendo á esa clase, cuyo origen es grande, tratamos de oscurecer y confundir las gerarquias; nuestro apellido es sobradamente conocido, y no necesitamos explicar su elevada procedencia: queremos las cosas en su lugar, y á fuer de francos y de imparciales, hemos trazado al anterior cuadro sin otro pensamiento que el de desvirtuar ciertas versiones circuladas al advenimiento al poder de Lersundi, que aunque fueron injustas, dado caso fueran ciertas, ningun valor para nosotros ni para las personas sensatas pudieran haber tenido, porque sobradamente noble aparece este General con el mero relato de los hechos de su

vida, que seguiremos trazando, sin que necesite para figurar en primera linea la procedencia de su ilustre apellido. No se crea tampoco que nuestras ideas políticas pueden rozarse ni tener parte alguna de contacto con esta cuestion: no somos de ideas disolventes: ni necesitamos esta protesta, que solo hacemos para que ninguno se prevenga mal con la lectura de ciertos párrafos de nuestra obra, y quede consignado *que respetamos y apreciamos en todo su valor el origen ó procedencia de la clase noble que se ha elevado por las glorias de sus mayores á la altura que merecen*; pero tampoco damos como exclusiva esta nobleza hereditaria, siempre que el hombre, al elevarse á la cima del poder, haya adquirido esta distincion por hechos gloriosos que enaltezcan en sumo grado el recuerdo de su nombre.

Pero la *maledicencia* que siempre anda vagando en derredor de los hombres que valen, para arrojarlos despojados de sus virtudes por el suelo, está siempre alerta para buscar en los génios un génio que sirva de blanco á sus tiros, asestados á influjos de la mas refinada emulacion. ¿Justificará ni por asomo sus invectivas amargas y crueles contra él, la posicion elevada que el hombre ocupa en el mundo? Nó, mil veces nó: la virtud puede vivir aislada, solitaria y triste; pero si la virtud vá unida con la publicidad que tiene el magnate público, entonces, dirigiéndose hácia el la atencion de los demás hombres, intentan socabar el cimiento del altar donde le rinde homenaje ciego, y acaban por convertirlo en ruinas, aunque solo sea por pocos momentos.

¡Injustificable conducta de la sociedad!.....

« Pueden existir purísimas flores ajenas á las miradas siniestras de los hombres, que brillen, vivan, y perezcan ignoradas: su perfume será delicado y esquisito como el de la rosa, reina de los jardines; pero solo se ofrecen á los ojos del filósofo contemplador. » Mas cuando el hombre es público, cuando lo eleva su talento, su gloria, sus particulares circunstancias..... ¡hé aqui todo su delito!..... ¡hé aqui entonces colocada en su trono á la maledicencia, dictando leyes al mundo.

Si por su carácter inflexible el hombre que ejerce el poder, por su virtud, por su heroísmo, ha elevado á su alrededor un antemural donde se estrellen las viciosas pretensiones del vulgo, que lo respeta al mismo tiempo que lo repudia, y de la sociedad entera que lo contempla en su línea para herirlo en su reputacion, basta esto solo, y se comprende muy bien que se haya convertido en punto para dirigir sus tiros.

La emulacion, al par que anhela y envidia aquellos homenajes que se le rinden al hombre que represente algun poder en la social masa comun, se encarga de labrarle una reputacion dudosa, ó un origen misterioso, que le colocan en una situacion escéntrica, revistiéndola de mil particularidades y accesorios para esplotarlos en perjuicio suyo, y que algunas veces consiguen elevar á la altura de la verdad, santificando y erigiendo un altar á la hipocresia.

« *Lersundi* empezó su carrera de soldado, y llegó á Ministro, dijo un mal escritor en una obra que le dió el nombre de *Fisonomía del Congreso* »; y el vulgo lo creyó, y circuló por entre el vulgo esta falsa suposicion, pero no con la idea de que le sirviera de honra el mérito de haber sido soldado, y

despues Ministro. En varios circulos de la Corte se repitió esta version, añadiendo que Lersundi no se habia mecido en la cuna de los nobles..... La historia que escribimos se encarga de desmentir uno y otro; y se encarga de una manera irrecusable: véanse en su lugar las pruebas mas cumplidas de la inexactitud de estas voces.

—«En otro tiempo teniamos fé en la sociedad: en otro tiempo teniamos creencias: eramos confiados, y nuestra juventud nos hacia ver las cosas por un prisma purísimo y luciente: vírgenes en nuestras doradas ilusiones, creimos en la emanacion del espíritu y del pensamiento, y considerábamos como parte accesoria la materia, y secundaria en la resolucion de ciertos problemas que se presentaban á nuestra vista: todo ya lo perdimos: unos cuantos momentos bastaron para derribar el edificio levantado y sostenido por espacio de algunos años: una mirada escudriñadora, que la esperiencia nos ha hecho dirigir hácia la sociedad para estudiarla, secaron nuestro corazon, mataron nuestras ilusiones, y materializaron nuestro pensamiento, que, á juicio nuestro, es de los mayores males que pueden suceder al hombre. Desgraciadamente hemos conocido en tiempo á esa misma sociedad que se venga injustamente de la reputacion de un hombre, que convierte en víctima sacrificada inhumanamente al fastidio de unas cuantas personas que juegan á sus expensas; que matan su ocio con la muerte moral de otro, para quienes el sarcasmo y la critica no es mas que un pasatiempo, sin ver que llevan trás si la honra, la vida moral de un hombre que inmolan al ridiculo placer de entretener *une soirée*, ó regalar el oido donde

no tienen cabida mas que las punzantes y malignas espresiones que hieren y ofenden, sin ver que envuelven en el lodo un nombre esclarecido con su emponzoñada saliva..... *¡Esa es la sociedad!... ¡Esa es la que ha servido de exploradora al cortejo fúnebre en el entierro y la muerte moral de nuestras castas creencias!...*—Mas luego viene un rayo de sol que ilumina y hace aparecer inmaculada la gloria del héroe á quien intentaban sacrificar.—*¡Esa es la historia!*

Decia el mal aventurado Larra que: «*las verdades de este mundo podian consignarse en un papel de cigarro.*» Las palabras se anatematizaron y tuvieron por una blasfemia social; y sin embargo ¿quién sabe si habia llegado antes de escribirlas al convencimiento de la verdad que encerraban? Larra no creia en efecto. Larra tenia el corazon desgarrado, y con el traje del festivo Figaro desahogaba en *amargas y risueñas sátiras* el dolor y las creencias de su corazon: era el Quevedo del siglo IX; en sus páginas se revelaban solo desengaños de la sociedad.

Aquellas páginas que *hacian reir llorando*, eran el reflejo vivo de lo que pasaba en su alma. ¡Triste y melancólica misión la del escritor, que semejante al mendigo que enseña sus llagas para escitar la caridad, tiene que mostrar á cada paso las úlceras que lastiman su corazon, y presentar descarnado y frio el esqueleto de la sociedad, que se atavia con impúdicas galas, para ocultar su vergüenza y miseria!.....

Cesemos en nuestras consideraciones, que hemos calificado sin pretensiones de ningun género, de filosóficas, ya que concluimos por manifestar explicita y detenidamente, que hemos

averiguado las causas originarias de las voces esparcidas por unos y por otros acerca de la persona del general Lersundi, de quien nos ocupamos; y continuemos nuestro relato, interrumpido con tan necesario motivo de dejar las cosas consignadas en su verdadero lugar, puesto que escribimos una historia, que como todas, ha de quedar patente para las generaciones presente y venideras.



CAPITULO III.

El 15 de mayo de 1864, el papa Pío IX, en un breve apostólico, declaró que la herejía de la infalibilidad papal era una herejía, y que el papa no era infalible en sus enseñanzas privadas. Este breve fue una respuesta a la herejía de la infalibilidad papal, que había sido proclamada por el papa Pío IX en su encíclica *Quanta Cura* en 1864. El breve declaró que el papa no era infalible en sus enseñanzas privadas, sino que solo era infalible cuando hablaba en su calidad de papa y cuando enseñaba sobre fe o moral. Este breve fue una importante declaración de la Iglesia Católica sobre la infalibilidad papal, y fue una respuesta a la herejía de la infalibilidad papal, que había sido proclamada por el papa Pío IX en su encíclica *Quanta Cura* en 1864.

principal de cada compañía de las que se han formado en
este y por otros años de la primera del siglo de fundación de
estas compañías y continúan en ellas. Se arrojan
que las compañías de esta clase de dejar la tierra que están en
su territorio legal, puesto que, según las leyes, que
estas leyes, las de donde quisiere para las personas que
quieran y desearan.

DEE OCEANIC CO

pañola, prestándose volutariamente á defender con su valor y su sangre los legítimos derechos de la reina Isabel. Glorioso recuerdo para una Soberana y para la Nacion entera que regia, al contemplar el entusiasmo de sus hijos que corrian á buscar los peligros y quizás la muerte, sacrificándose en aras del amor á su Reina y á su pátria. El belicoso estruendo de las armas exaltaba entusiasmando á los hijos mas nobles de la nacion española, y desiertas las ciudades, abandonados los pueblos, corrian á la guerra por una inspiracion de espontánea voluntad, sedientos de gloria, para convertirse en héroes, en guerreros, en bravos adalides, y en afanados campeones, buscando en pós de la muerte un recuerdo glorioso de sus gloriosas hazañas. La historia de la guerra civil ha consignado en sus páginas innumerables nombres que la posteridad jamás podrá olvidar; y ya que tan infortunados fueron algunos valientes campeones, sirvales al menos de memoria á su tumba, la memoria eterna de los hombres que les sobrevivieron.

El Lersundi, jóven tambien, en aquella época, participando de la animacion general que dominaba á todos ó la mayor parte de los españoles, y abandonando su carrera literaria que habia emprendido en el año de 1855 en la Universidad de Oñate, con los mejores auspicios y dando á conocer su capacidad y aprovechamiento en las notas de sobresaliente que obtuvo en casi todos los ejercicios literarios, no podia mostrarse impasible á la voz que se habia esparcido por todos los pueblos, villas y ciudades de España, para llamar en defensa del trono á los hijos de su pátria.

Lersundi no hubiera podido mantenerse en el silencio escondiendo en su pecho los nobles sentimientos de su corazón que respondían al llamamiento general; y el eco de la guerra, y el deseo de adquirirse gloria, y la gloria de defender una causa tan justa, tan legítima, inclinaron su ánimo á presentarse también voluntario en el ejército que tremolaba la bandera de la reina.

Lersundi deseaba ser militar: esa era su inclinación; y Lersundi consiguió sus deseos.

«Apenas tuvo principio la guerra civil, se presentó el valiente joven escolar, Lersundi, al bizarro general Jauregui, ofreciendo sus servicios á la causa de Isabel II y la libertad.

«La Diputación Foral de Guipúzcoa, en atención á la distinguida clase de la familia de Lersundi, le nombró el día 21 de enero de 1835, subteniente del Batallón sostenido por la Provincia, cuya brillante oficialidad se componía casi totalmente de antiguos militares procedentes de la emigración liberal, y que ingresaron voluntariamente en dicho cuerpo, llenos de entusiasmo y decisión por defender el trono constitucional de Isabel II.

«El actual duque de San Carlos, siendo oficial de la Guardia Real, tuvo participación en uno de los primeros hechos de armas de dicho batallón en Tolosa.

«También pertenecía al mismo, el tan bizarro cuanto malogrado Malebran, ayudante de campo del general D. Luis Fernandez de Córdoba, joven de entusiasmo y de una fortuna colosal, que sostuvo á sus espensas alguna parte de la fuerza

de su batallón, y que después de haberse distinguido por su bravura y clarísima inteligencia en varias acciones de guerra, encontró una muerte gloriosa en las jornadas de Arlaban, al lado del general en jefe mencionado.

«Compañero de aquellos excelentes oficiales y de otros no menos distinguidos, ha sido el general Lersundi, cuyos buenos servicios tenemos ocasión de apreciar.»

La carrera que había emprendido el joven, actual Consejero de la corona, le proporcionaba ocasiones favorables de acreditar su valor en los combates; su decisión por la causa que defendía y un vasto campo en donde esplanar sus libres pensamientos y las ideas de su imaginación, que tal vez hubiera sofocado, para morir olvidado del mundo en la noble también carrera de la legislación: cualquiera que conozca á Lersundi, cualquiera que se haya honrado con su amistad, cualquiera que haya estudiado á fondo su carácter sus inclinaciones, su génio, sus tendencias, y haya podido comprender hasta sus pensamientos como nosotros, lo cual es precisamente muy sencillo, porque es en extremo muy franco en su trato particular, y está muy lejos de envolver ni en sus palabras ni en sus acciones la mentida cortesanía, se convencerá, que Lersundi no hubiera supuesto en la judicatura tanto como supone y está llamado á suponer en la milicia: su natural inclinación repudiaba otra carrera que no fuese la de las armas.

Su carácter emprendedor, su intrepidez natural, su génio fogoso para la guerra, hubiera sido ahogado desventajosamente para su porvenir, si Lersundi, siguiendo el primer

giro de su educacion literaria, que tal vez emprendiera por rutina, correspondiendo á los deseos y voluntad de sus padres, se hubiera convertido en un abogado, gefe no mas de su bufete, plegando al rededor de la esfera de tan estrecho circulo, las ideas abiertas de su precoz imaginacion, propias para mandar soldados y conducirlos al combate, y mas propias para ensanchar el limite de su suerte, corriendo tras la gloria y los laureles que ciñen á su frente los guerreros.

En los insondables arcanos del destino del hombre estaba escrito con caracteres indelebles, y su porvenir habia fijado su suerte para Lersundi, desde que corrió veloz en pós de su entusiasmo por la gloria de defender á su Reina; y su destino y su porvenir, marcándole la senda que debia seguir, supo guiarle por el camino del honor, para hacerle aparecer como un valiente oficial, como un gefe distinguido, como un digno Ministro de la Guerra.

Con su talento propio, con su propension al estudio, con sus dotes para haberse adquirido títulos de sobresaliente, notas de aplicacion en todos los ejercicios á que asistió en los primeros años de Legista, no puede dudarse que hubiera llegado Lersundi á ocupar uno de los primeros puestos de la magistratura, porque Lersundi siempre estuvo adornado de la excelente cualidad de reunir á su amor propio bien entendido, el deseo de sobresalir que vá siempre unido á esta cualidad, ó que es inherente á la misma: de suponer es que no se hubiera contentado con hacer el papel de un simple abogado para defender pleitos, y de suponer es que el oficial que no ha parado en su veloz carrera hasta llegar á ser Ministro de la

Guerra, no se habria tampoco detenido como jurisconsulto en su vuelo hasta llegar á ser magistrado de inteligencia no comun, cultivando con el estudio las dotes reconocidas de su talento.

Pero Lersundi habia nacido, ya lo hemos dicho, para militar, y llegó á un puesto elevado de la brillante carrera de las armas, y tuvo ocasiones de salvar el trono de su Reina, volviendo la tranquilidad y el reposo á su pátria, y tuvo ocasion de mostrarse como un héroe, y tuvo ocasion de abrirse un vasto campo sembrado de flores, para subir á la cima elevada del poder, y subió á la cumbre por el camino mas estrecho y limitado, es decir, á costa de su sangre, á costa de muchos y particulares servicios, á costa de un largo trascurso de vicisitudes militares, y despues de irrecusables pruebas de valor y de adhesion al trono de su Reina.



SEGUNDA EPOCA

SEGUNDA EPOCA.

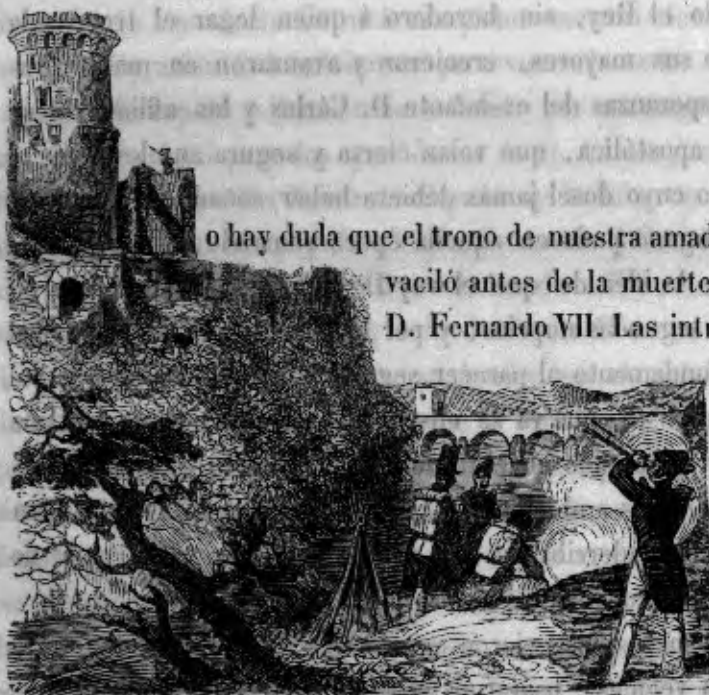


2025 RELEASE UNDER E.O. 14176

SEGUNDA EPOCA.

Origen y espíritu en compendio de la guerra civil.-
Campaña especial de las Provincias Vascongadas.
-Hechos de guerra de Lersundi en esta campaña
siendo oficial.-Sus ascensos.-Heridas que recibió en
el campo de batalla.-Cruces de distincion con que
premiaron sus heróicos servicios.-Pormenores de
su vida militar hasta la conclusion de la guerra.

CAPÍTULO IV.



o hay duda que el trono de nuestra amada Reina
vaciló antes de la muerte del rey
D. Fernando VII. Las intrigas pa-

laciegas
desple-
gadas
con la
mas re-
finada
astucia
y cor-

tesanía, la resolucion que tomaron los partidarios del infante

D. Carlos: las habituales dolencias de aquel: el síntoma de muerte fijo ya en su semblante: las graves reacciones que experimentó la reina doña María Josefa Amalia en su enfermedad, hasta el 17 de mayo de 1829 en que espiró, sin dejar sucesor al trono de España: la agitacion de la Corte en aquellos precisos momentos en los que se jugaba un trono: todo, aumentando la incertidumbre y la zozobra, contribuia á que vacilante la corona que ciñe hoy felizmente la reina Isabel, se hiciese temer un trastorno general y una conmocion precursora de males de suma trascendencia, que sucedieron despues á través de escenas palpintantes y sangrientas.

Viudo el Rey, sin heredero á quien legar el trono y la gloria de sus mayores, crecieron y avanzaron en mayor grado las esperanzas del ex-infante D. Carlos y los afiliados á su bandera apostólica, que veian cierta y segura su elevacion al sòlio bajo cuyo dosel jamás debiera haber soñado cubrirse.

A ninguno pudo en aquella época ocurrirle, ni aun remotamente, la idea de que el rey D. Fernando VII pensára en contraer segundas nupcias; y por lo mismo fueron concebidas con un fundamento al parecer seguro y fijo las esperanzas del partido carlista, que ya se enseñoreaba con la sola y próxima idea de ver sentado en el trono á su predilecto Soberano.

¡Miserables ambiciones y mezquinas esperanzas que bien pronto fueron derribadas del altar de las ilusiones, para no verlas jamás convertidas en realidad!....

Siete meses sostuvieron aquellas; y siete meses que trascurrieron veloces, bastaron para poner término á sus anhelantes descos, porque el dia 11 de diciembre del mismo año

entró en la Corte la reina doña Maria Cristina de Borbon con los títulos de esposa del rey D. Fernando VII, por cuya razon ocurrió para ellos un obstáculo grande é insuperable que vencer.

Aun veian á lo lejos, en el horizonte del mundo politico, y como en profecía, una ráfaga de luz consoladora, ese partido que avanza mas que el porvenir, y que vuela mas que el tiempo, y aun con sus maquinaciones, no oscureciéndose para ellos los brillantes colores del iris de su salvacion, alentaban á los afiliados al pendon de la fé y de sus creencias, para que no abandonasen un campo cuyas dilatadas dimensiones podia sin embargo, producir frutos á sus planes concertados con la constancia y asiduidad suficientes para vencerlo todo.

Un velo tupido y denso vino á cubrir por momentos, de una manera fatal para los partidarios de D. Carlos, el altar de sus esperanzas. La Reina de España se hallaba en estado interesante: bien aconsejado además Fernando VII, acogió la idea de establecer la pragmática sancion de 1789, única ley provechosa que produjo en su reinado Carlos IV, con anuencia y á consulta de las Cortes celebradas en el palacio del Buen Retiro, pragmática que derribó el espíritu de la promulgada por Felipe V, por la cual quedaba estinguida la sucesion directa á la corona de España « *con preferencia de mayor á menor y de varon á hembra dentro de las respectivas líneas por su orden* » no admitiendo el principio de que la dignidad del trono no es electiva ni hereditaria, como conviene al carácter de las sociedades modernas.

Felipe V consumó el atentado mas deformé que puede con-

certarse, y quizás el de mas bulto que ha podido verse en los anales de las monarquías: cediendo á las sugestiones de su familia, pues no se esplica de otro modo, ni se encuentra el fundamento de esta determinacion, sino en que quiso manifestarles su afecto, vinculando su inesperado cetro en manos de sus parientes: este motivo, esta sola la causa que encontramos en apoyo de un error de tanta trascendencia, revelado en una ley que mandaba escluir de la sucesion al Trono á las hembras; y ni el reinado que le sucedió, ni el de el grande y memorable Cárlos III se inclinó á atajar un mal de tan funestas consecuencias para la nacion, que escudando una parte de sus hijos en ella sus insignificantes derechos, solo ha proporcionado salpicar de sangre el campo de los combates, y alentar á los mal avenidos con la paz y tranquilidad de las monarquías.

A Cárlos IV le estaba reservada la gloria de destruir la obra del célebre principe Felipe V, y á Fernando VII la de consumarla.

El partido carlista en vez de retirarse acobardado de la lucha, desplegó mas brios en sus maquinaciones, y todas sus desiguales fuerzas las puso en movimiento para no aparecer vencidos en la contienda que hasta entonces sostenia, sirviéndole de campo de batalla la corte, y de armas las intrigas y los manejos que con tanto acierto y diplomacia supieron desplegar en el interior de los salones de la mansion régia.

Hubo una especie de interregno en estas tramas de los apostólicos, interin veian el resultado del alumbramiento de S. M. la Reina, interregno que finalizó el dia 10 de octubre

de 1830 con el nacimiento de doña María Isabel Luisa, heredera del trono y Reina legítima hoy de la nacion, declarada como tal soberana por la citada pragmática sancion de 1798, que restableció Fernando VII.

La salud de Fernando se habia debilitado con sus reiterados ataques de gota que eran su enfermedad crónica: mas intensos y mas repetidos, habian hecho perder al monarca su antigua agilidad y robustez, y cada vez los síntomas se agravaban en disposicion de temer mucho por su vida. En esta época, en la jornada de Aranjuez, por el mes de agosto de 1832, recayó con inefables señales de muerte, y á pesar de los infinitos cuidados que se le prodigaron por los encargados de ejercer la ciencia de curar y de los desvelos y tier-nas solitudes de su esposa la reina, fué deshauciado de los facultativos y llegó á tal extremo su estado de abatimiento que circularon por el Real Sitio y por la córte la noticia de su casi repentina muerte, cuya noticia con tantos mas visos de verdad, que se hicieron todos los preparativos para el servicio de esponer á la espectacion del pueblo su cadáver.

Llegó á Francia esta voz trasmitida oficialmente por el embajador de aquella nacion en esta córte, la cual nueva como era consiguiente, produjo una alteracion en los ánimos de los políticos y una sorpresa considerable en el gobierno francés, si bien duró poco tiempo, porque fué desmentida, tan luego como S. M., repuesto de aquel estado de postracion que tanto se asemejaba á la muerte, dió señales de respirar: señales que parecieron milagrosas, si bien en lo sucesivo dieron á conocer, que aquellos prodigiosos síntomas de vida...

eran los últimos días que le restaban, y que semejante á una luz cuando está próxima á apagar sus resplandores brilla en el último con ráfagas claras y relucientes, así en el último periodo de su existencia, recuperó el monarca alguna mas vitalidad para hacer concebir unas esperanzas que bien pronto fueron defraudadas.

Parecia que en este fatal trance, y que en el profundo silencio que se notaba en los pacíficos salones del palacio real, no hubiera podido hallarse un hombre que osára alterar el reposo la calma y el sosiego que dominaba en todo aquel recinto, que respiraba solo tristeza y melancolia, auyentando con tal aspecto hasta la sombra de los intrigantes Palaciegos que dormían al parecer en sus maquinaciones y sus planes egoistas: parecia muy natural la tregua de los cortesanos y mas propio este respetuoso silencio en que yacian todos los artesonados salones del alcázar, y sin embargo no faltó un hombre que aprovechándose de aquellos tristes y funestos momentos, concertase una intriga para destruir todo el plan de los enemigos de los carlistas.

El ánimo de la Reina y de todos sus parciales habia decaído sobre manera en la situacion deplorable en que se encontraba el Rey, el cual, á pesar de su alivio, estaba postrado en el abatimiento mas profundo, quedando solo por toda esperanza, un funesto desenlace por término de sus dolencias: cubiertos bajo el velo del misterio quedaron por entonces los nombres de las personas que atrevidas y maliciosas pretendieron acercarse al lecho del moribundo Monarca para arrancarle concesiones favorables al partido apostólico que re-

presentaban; pero es lo cierto, que no cejando un paso atrás de sus empresas, eligiendo para dar cima á sus intentos, *al enviado en nuestra corte de las Dos Sicilias, Antonini*, con el fin de que acercándose á la Reina Cristina le hiciera una pintura con colores vivos y sangrientos para mostrarle el estado fatal de las cosas de España, con la enfermedad y cercana muerte de su esposo el Rey.

Con efecto, desempeñó Antonini su comision cual cumple á la audacia de un intrépido cortesano guerrillero amaestrado en las lides de los campos Palaciegos, y tales fueron sus razones, y tales sus palabras, que convenciendo á la Reina, inclinó ésta el ánimo del Rey, cada vez mas agravado en su dolencia, á que revocase la pragmática sancion de Carlos IV, reproducida por Fernando VII.

Cristina conmovida al ver delante de sí el cuadro que le habia trazado Antonini de su situacion para el porvenir de España, aterrada con tan triste pintura, vacilante en aquellos momentos de turbacion y sobresalto por la próxima pérdida de su esposo, y convencida de que sacrificando los derechos al trono de su hija, á quien despojaba con su concesion, hacia la felicidad de los españoles, aconsejó al Monarca que derogase aquella ley, con la cual los carlistas á la muerte de Fernando, veian llegado el instante de su dominacion.

Nada mas conforme con la sagacidad de Antonini enviado de las Dos Sicilias, que convencer á una Reina en favor de sus miras: asáz astuto y malicioso, interesado en el bien del Infante D. Carlos y sus secuaces, más que en la felicidad de una nacion para él estraña, se presentó con semblante me-

lancólico ante la Reina, para poder arrancar de sus labios y de los del Monarca, el mandato que correspondía al fin de sus ilusorios planes. Tan cumplidamente desempeñó su papel, y fueron manejadas con tal arte sus palabras, que consiguió el embajador sus deseos.

Antonini había alcanzado sin duda un triunfo, y por él quedó sin derecho de sucesión nuestra actual legítima Reina Isabel, que parecía sin embargo, predestinada por la Providencia á ocupar el sôllo que cercaban tantos audaces y atrevidos enemigos de la libertad.

Las victorias alcanzadas con las armas innobles, de la astucia, la audacia y la refinada intriga dentro de los palacios de los reyes, pocas veces son duraderas; y pocas veces se prolonga la innmerecida gloria de su triunfo: arcanos de la Providencia: secretos reservados al conocimiento de los hombres, suelen descubrir como por arte de nigromancia la mano astuta introducida para atizar la discordia; y este fin de todos los planes cortesanos, que siempre será un secreto el cómo se descubre el hilo de las tramas urdidas bajo los auspicios de maléficos intentos, es el fin que tuvo la concesión arrancada por Antonini de los labios del moribundo soberano.

El cielo no podía consentir que fueran sacrificados á los designios de los enemigos del reposo público, los sagrados derechos de una inocente Reina, que debía y estaba destinada á regir el gobierno de los pueblos, para colmo y felicidad de su nación y gloria al trono de sus mayores.

Tal sacrificio, inaudito, traspasando por sobre las leyes, contrario á las intenciones del Monarca y arrancado á la som-

bra del abuso, no quiso el cielo que se perpetrara, usurpando de esta manera un legítimo derecho á nuestra Reina.

Corrió el tiempo, y al parecer de los apostólicos partidarios de D. Carlos, trascurría en la creencia de llevar á efecto el decreto arrancado á Fernando VII en los momentos que sufría un trastorno intelectual, por medio del cual quedaban desvanecidos todos los cálculos del partido liberal enemigo del carlista; pero éste, que ageno á la intriga hizo ver por medio de las personas mas próximas á la Reina Cristina la verdad de las cosas, pudo tambien tener una buena acogida en el ánimo de S. M., hasta el punto de servir de baluarte ó antemural, á la realizacion de los planes de aquellos.

La enfermedad del Rey no cedia un momento: mas desfavorables los síntomas que cada vez se presentaban, en su última dolencia, avivaba el espíritu de los unos y los otros, liberales y carlistas, para vencer cada cual á su enemigo, que por aquella época estaba reducida su lucha á los combates palaciegos, ensayo ligero, de otra mas sangrienta lucha que se disponia con las armas de la guerra, cuando le ocurrió al Monarca delegar sus poderes en manos de su esposa la Reina, habilitándola para el despacho de los negocios.

Cada partido beligerante, vió como por encanto un dilatado campo á sus esperanzas, en las circunstancias de este suceso: cada cual á su vez esgrimió el arte de la diplomacia, el uno con la verdad franca, y el otro con la astucia y la sagacidad, para vencerse recíprocamente colocándose alrededor del trono de la Reina, para á su modo cada cual inclinar los efectos de las disposiciones en favor de los suyos.

La Reina Cristina que siempre ha manifestando un talento nada comun para conocer la indole de las cosas en política, que ha sabido siempre estudiar con una rápida ojeada la marcha de las naciones y comprender la inclinacion y propensiones de los súbditos del pais que empezaba á gobernar, dando una irrecusable prueba de su acierto y tino en el manejo del gobierno de su nacion, viéndose asediada por los dos enemigos que se disputaban el campo, revistiéndose de la serenidad necesaria para sobrellevar el peso que habia recaido sobre sus hombros, se mantuvo por entonces neutral, sin alimentar ni destruir las ilusiones de los unos, ni corresponder abiertamente á las esperanzas de los otros.

Cúmplenos aquí manifestar que en aquella ocasion parecia versada en los negocios del Estado, cual si no fuera la primera vez, que aunque provisionalmente, empuñaba el cetro de una nacion: en aquellos criticos momentos, cualquiera rápida iniciativa hubiera sido prematura, y esto que lo comprendió perfectamente la Reina Cristina, le hizo mantenerse indiferente, en los primeros instantes de su habilitacion para el manejo de los negocios públicos.

Poco se hizo esperar en su decision y en la manera y marcha que empezó á seguir una vez precisada á inclinarse á las sugestiones é intrigas del partido carlista, ó á arrojar-se en los brazos del partido liberal, que le demandaba su apoyo para colocar, cual era de derecho, en el trono á su legítima hija, heredera del cetro de las Españas.

Un cataclismo político debia suceder en la nacion, porque las cosas habian tomado un giro particular, giro que no podia

mantenerse en aquel mismo estado, por mas que la penosa enfermedad del Rey paralizase un tanto la marcha de los partidos, y este cataclismo tuvo lugar empezando por derribar al suelo el poder del *funestamente célebre Calomarde*, Ministro de la Corona, y demas sus compañeros, sustituyéndole otro Ministerio presidido por Cea Bermudez, no calificado de tan acérrimo realista como su antecesor.

A este suceso, que tuvo efecto antes de la habilitacion de María Cristina para los negocios del Estado, como precursor de la nueva era política que iba á desarrollarse ínterin gobernára la Reina provisionalmente, sucedieron otros de grande consideracion y no de menos entidad política, que fueron poco á poco desconcertando los planes de los apostólicos, al paso que aumentaban las fundadas esperanzas del partido liberal.

El primer célebre decreto que espidió la Reina, fué el de amnistía á los liberales que se hallaban proscriptos en naciones extranjeras por los anteriores sucesos políticos: esta determinacion inesperada, que no pasó desapercibida al partido carlista, le hizo ponerse en guardia y constituirse en centinela alerta del torreón, bajo el cual se custodiaba la bandera apostólica, y ya un tanto repuestos de sus sorpresas, alentados con la idea siempre constante de no ceder en su propósito sino por la fuerza, ó vencidos por la resistencia, discurrían la manera mas conducente á la consecucion de sus intentos.

Pero cuando se encontraban mas animados los carlistas, cuando mas incremento iban tomando las medidas que adoptaban, con la ilusion de que les produgera un efecto positivo,

espidió la Reina Cristina su tercer decreto, suprimiendo la Inspeccion General de *Voluntarios Realistas*, instalada en esta Côte, y delegando los poderes, que hasta aquella fecha se encontraban reunidos en aquel foco de maquinaciones, en los Capitanes Generales de las provincias.

Esta determinacion, que fué de una entidad incomprensible, alentó el ánimo de los liberales, en manos de quien la Reina, al parecer dictando estas disposiciones tan favorables á este partido, deponia el cargo honorífico de contribuir con sus fuerzas y su poder á sentar en el sόlio de España á su hija, legítima Reina, que hasta entonces estaba despojada de tan preciosos derechos. No fueron estériles los sacrificios que en circunstancias tan peligrosas hiciera la Reina por volver la vida á este partido que yacia sumido en el desprecio, y que habia atravesado una época tan prolongada de persecuciones y destierros: mas adelante con las armas en la mano supo fielmente corresponder á la distincion de una Reina que le habia abierto esplicita y voluntariamente las puertas de la libertad: mas adelante supo luchar con denuedo y con valor hasta poseionar en el trono á la Princesa, legítima heredera, aceptando la lucha que los carlistas apostólicos provocaron en los campos de batalla.

Cualquiera partido se hubiera desalentado á la vista de unos decretos que minaban el cimiento sobre el que fundaron los realistas su palacio ó templo de la victoria, que jamás dudaban alcanzar, bajo el cual veian en sus imaginarias ideas sentado en el trono al Príncipe su idolo y su norma: muy digna de ellos, sino de memorable recuerdo, de elogio, era

esa constancia de estos ilusos, que querian lo que no podia ya ser realizable: decimos digna, porque la firmeza y la perseverancia siempre pueden considerarse como una virtud.

Pero la Reina Cristina, que observaba el aliento del partido liberal, y el valor que desplegaban los carlistas, siguiendo la máxima de no desistir de su constante propósito, supo con su aventajado tino en aquellas circunstancias, aplacar los ánimos que se iban acalorando de los unos y los otros, mandando espedir á su Ministro Cea Bermudez una circular con fecha 3 de diciembre de 1852, en la que manifestaba, *que no propendia á inclinarse en favor de ningun partido político de España, ni tenia por intento halagar á ninguno, siendo solo su real ánimo el de contribuir por su parte con todas sus fuerzas al sostenimiento del orden, y á trazar, si le era posible con su conducta franca y tolerante, la marcha que debia seguir toda la nacion para hacer su felicidad, único anhelo de su Reina.*

En esta circular, dictada con mucha sabiduría y no menos conocimientos de la profesion diplomática, se espone la marcha que se habia propuesto seguir el Gobierno. Sin hacer por entonces frente á ningun partido, indicábase en ella esplicitamente una forma nada comun de girar los negocios, forma que por de pronto satisfizo á los amigos y enemigos de de las instituciones; y no queremos dejar que nuestra opinion emitida acerca de este importante documento, sea exclusiva, sin que nuestros lectores, con la copia que les damos á continuacion de algunos de sus párrafos, tengan ocasion de poder unir su juicio imparcial al nuestro.

« La linea política (decia) interior y exterior que el Rey
»nuestro señor tenia trazada á su Gobierno, habia producido
»ya algunas ventajas á la monarquía, é infundido á toda la
»Europa una justa confianza en los principios que guiaban
»á S. M.

»Adherido á ellos por deber y por convencimiento, es bien
»notorio que los tomé constantemente por norma en el ejer-
»cicio de mis funciones, cuando por la vez primera se dig-
»nó S. M. elevarme al importante puesto que hoy me confia
»de nuevo. Parecia pues ocioso volver ahora á esponerlos
»á V.; pero habiendo llegado á noticia de la Reina nuestra
»señora, que de poco tiempo á esta parte han cundido en los
»países extrangeros ideas equivocadas acerca del actual esta-
»do de cosas en España, atribuyéndose á su Gobierno miras
»que nunca ha tenido, y suponiéndole la intencion de variar
»de sistema, S. M. deseosa de desvanecer por los medios que
»están á su alcance estos errores, para evitar las funestas
»consecuencias, que si se acreditasen, pudieran acarrear, se
»ha servido ordenarme haga á V. una clara y sencilla mani-
»festacion de la marcha invariable que de conformidad con la
»espresa voluntad del Rey, su augusto esposo, está firme-
»mente resuelta á seguir, así en la administracion del Reino,
»como en las relaciones con nuestros aliados y amigos.

»De los actos recientes del gobierno, el que mas parti-
»cularidad ha sido objeto de falsas ó exageradas interpreta-
»ciones, es precisamente el que mas realza la innata piedad
»de nuestros amados soberanos; aquella virtud en cuyo ejer-
»cicio mas se complacen, y á la que no ponen otros limites

»que los que exigen la vindicta pública y la seguridad del Estado. Habrá V. ya colegido que hago alusion al real decreto de amnistia de 5 de Octubre último.

«La Reina nuestra señora está decidida á llevarle á debido y cumplido efecto, con una perseverancia igual al espíritu de generosidad que le ha dictado; y al paso que halla la mas dulce recompensa en enjugar las lágrimas de aquellos á quienes abre las puertas de la patria, no duda que corresponderán á su maternal bondad agradecidos y leales.

«Ni se han circunscrito á esta medida las imputaciones infundadas. La censura se ha extendido á otras providencias dictadas por S. M. con solo el designio de promover la union, la concordia y la felicidad de sus pueblos. Y aun el terror de algunos hombres bien intencionados ha llegado hasta el extremo de recelar que la forma y las instituciones de la monarquía iban á sufrir un cambio total; que la España en fin, habia hecho alianza con la revolucion.

«Como nada está mas lejos de su real ánimo, la Reina nuestra señora no podia mostrarse indiferente á este extravío de la opinion pública. S. M. no ignora que el mejor gobierno para una nacion, es aquel que mas se adapta á su índole, sus usos y costumbres, y la España ha hecho ver reiteradamente y de un modo inequívoco lo que bajo este respecto mas apetece y mas le conviene. Su religion en todo su esplendor: sus Reyes legítimos en toda la plenitud de su autoridad: su completa independencia política: sus antiguas leyes fundamentales: la recta administracion de

»justicia, y el sosiego interior, que hace florecer la agricultura, el comercio, la industria y las artes, son los bienes que anhela el pueblo español, etc. —Firmado = Francisco »Cea Bermudez.»

Suspensos quedaron en sus hostilidades en vista de esta circular todos los partidos, si bien no por mucho tiempo, porque los liberales ya que habian obtenido algunas concesiones, deseaban como era natural, que se diese mas amplitud y ensanche á las ideas, prometiendo en remuneracion la mas decidida lealtad, la mas constante defensa para salvar el derecho lejítimo de nuestra Reina á la corona, derecho que parecia hasta entonces un tanto cuestionable en vista de la declaracion que arrancaron los carlistas á Fernando VII en los momentos de peligro y en los que mas agravado se hallaba en su enfermedad. Por otra parte, el partido apostólico, receloso al ver el giro que iban tomando las cosas y la índole de los decretos dictados por la Reina Cristina, procuraba con todas sus fuerzas, utilizando todos los medios posibles, en que se publicase la derogacion de la pragmática de Cárlos IV, con la cual se confirmaban sus deseos de impedir la sucesion directa, escudando sus pretensiones conforme á lo prescrito por S. M.; pero el Consejo Real, en quien residia la facultad de circular aquel documento, inválido por todos conceptos, porque no descubria sana razon ni voluntad libre en el Soberano al prestarse á dictarlo, se oponia abiertamente á darle publicidad, evitando de este modo el escándalo que hubiera producido semejante resolucion que era contraria á todo lo razonable y á todo lo que por un incuestionable derecho no

podia disputársele á la Reina Isabel, porque á ella solo pertenecia el trono.

Calificaban los carlistas de indebido aquel silencio, y aquella ocultacion, y por sobre la negativa y discordancia que revelaba este silencio del consejo al no dar publicidad á aquel documento que era su mas fuerte escudo para apoyar sus ideas y combinaciones, pugnaban porque circulára por todos los ámbitos de España y de Europa, estendiendo la voz de que Calomarde, en cuyo poder obraba el decreto original, iba á ponerlo en conocimiento de las córtes estrangeras, con el fin de hacerlo público y desvirtuar el valor de cualquiera otra posterior resolucion. Pero la Reina Cristina, de conformidad y esplicita anuencia de su esposo el Rey, que pudo comprender cuanto valia esta voz que se propalaba y corria de gente en gente, para evitar los comentarios desfavorables, y descorrer ese misterioso velo en que aparecia envuelto el contenido de aquel decreto, y desvirtuar de una vez la fuerza del partido carlista que se apoyaba en el mismo para hostilizar su poder y el de los que gobernaban bajo sus auspicios, decidió hacer una pública y solemne declaracion de la última y esclusiva voluntad del Soberano, en la que se manifestaba, *«que habian abusado vilmente de su trastorno intelectual para arrancarle un consentimiento enteramente contrario á sus intenciones, y á lo que sus soberanos deberes le dictaban.»*

Efectivamente tuvo lugar en debida forma, reuniendo al efecto en su Palacio á los individuos de las diputaciones de los reinos, Cónsules, del Consejo Real, Ministros y demás

altos funcionarios públicos, y convocádoles para que á presencia de todos se leyera en alta voz por el Secretario de Estado y del despacho universal de Gracia y Justicia el siguiente manifiesto, escrito todo de mano de S. M. el Rey, y es como sigue:

«Sorprendido mi real ánimo, en los momentos de agonía
»á que me condujo la grave enfermedad de que me ha salvado prodigiosamente la Divina misericordia, firmé un decreto derogando la pragmática sancion decretada por mi augusto padre á petición de las córtes de 1789, para restablecer la sucesion regular en la corona de España. La turbacion y congoja de un estado en que por instantes se me iba acabando la vida, indicarian sobradamente la indeliberacion de aquel acto, sino la manifestasen su naturaleza y sus efectos. Ni como Rey pudiera yo destruir las leyes fundamentales del reino, cuyo restablecimiento habia publicado, ni como padre pudiera con voluntad libre despojar de tan augustos y legitimos derechos á mi descendencia. Hombres desleales ó ilusos, cercaron mi lecho, y abusando de mi amor y del de mi muy cara Esposa á los españoles, aumentaron su afliccion y la amargura de mi estado, asegurando que el reino entero estaba contra la observancia de la pragmática y ponderando los torrentes de sangre y la desolacion universal que habria de producir sino quedaba derogada. Este anuncio atroz hecho en las circunstancias en que es mas debida la verdad por las personas mas obligadas á decirme la verdad, y cuando no me era dado tiempo ni razon de justificar su certeza, consternó mi fatigado espíritu, y absor-

»vió lo que me restaba de inteligencia, para no pensar en
»otra cosa que en la paz y conservacion de mis pueblos, ha-
»ciendo en cuanto pendia de mí, este gran sacrificio como
»dige en el mismo decreto, á la tranquilidad de la nacion
»Española.

«La perfidia consumó la horrible trama que habia princi-
»piado la seduccion, y en aquel dia se estendieron certifica-
»dos de lo actuado con insercion del decreto, quebrantando
»alevosamente el sigilo que en el mismo y de palabra mandé
»que se guardase sobre el asunto hasta despues de mi falleci-
»miento.

«Instruido ahora de la falsedad con que se calumnió la
»lealtad de mis amados Españoles, fieles siempre á la des-
»cendencia de sus Reyes, bien persuadido de que no está en
»mi poder, ni en mis deseos derogar la inmemorial costum-
»bre de la sucesion, establecida por los siglos, sancionada
»por la ley, afianzada por las ilustres heroínas que me prece-
»dieron en el trono, y solicitada por el voto unánime de los
»reinos; y libre en este dia de la influencia y coaccion de
»aquellas funestas circunstancias, declaro solemnemente de
»plena voluntad y propio movimiento, que el decreto firmado
»en las angustias de mi enfermedad fué arrancado de mí por
»sorpresa: que fué un efecto de los falsos terrores que so-
»brecogieron mi ánimo; y que es nulo y de ningun valor,
»siendo opuesto á las leyes fundamentales de la monarquía, y
»á las obligaciones que como Rey y como Padre, debó á mi
»augusta descendencia.—En mi palacio de Madrid á 31 dias
»de Diciembre de 1832.»

Este último golpe que recibió el partido Carlista, fué un golpe de muerte para sus esperanzas: derruidas cayeron por el suelo todas sus ilusiones, y con él, perdió su corona el Infante que soñaba con la corona de España.

La manifestacion hecha tan franca y esplicita del soberano, en la cual se esplicaban bien terminantemente los cortesanos manejos de los carlistas que tenian mas proximidad al Rey, el prolijo cuidado que exigia la delicada salud de S. M. y los rumores que se esparcian y los síntomas de revolucion que se notaban en algunos puntos de España dieron lugar á producir una inquietud general, mucho mas desde que en Portugal se habia levantado la enseña precursora de la guerra.

Una circunstancia particular, la identidad que presentaba en aquella misma época nuestra nacion y la Portuguesa, parecia que hacian comun la misma causa: los dos Tronos eran combatidos por dos hermanos; para las dos Coronas se disputaban una sucesion legitima que debia recaer en las dos infantas á quienes se intentaba usurpar sus derechos: á un mismo tiempo el grito de guerra iba á sonar por los espacios de los dos reinos vecinos: este grito iba á romper los lazos fraternales para convertir respectivamente á dos príncipes hermanos, en dos enemigos irreconciliables; y la bandera que iba á desplegar por el viento el partido de la libertad en ambas naciones, llevaba escrito entre sus pliegues el lema de *«Isabel II en España. Maria de la Gloria en Portugal.»*

Poco se hicieron esperar los trastornos en España: la causa de los liberales progresaba, y la de los carlistas,

si no en buenos pronósticos ni en felices resultados, en animacion y realidad de sus pertinaces planes: así que en algunas provincias se notaron síntomas de levantamientos, que indicaban por la uniformidad de ideas que prevalecia en los revoltosos, combinaciones y tramas concertadas de antemano para lograr un mismo fin. En Cataluña, Galicia, Valencia, Castilla, Burgos, Leon, Toledo y Andalucía, se conspiraba de una manera audaz, y demostrando el mayor arrojo, para poner en inminente peligro el trono y la tranquilidad de la nacion; y el Infante D. Carlos, en vez de repudiar los consejos de los ilusos que le rodeaban, escitando los ánimos de sus partidarios, ensanchaba los limites del campo donde pretendian enarbolar su estandarte los enemigos de la Reina y de la patria.

Ya mas restablecido el Rey de su enfermedad, aunque siempre en un estado que no podia hacer concebir grandes esperanzas de su completa mejoría, volvió á dirigir los negocios del Estado, espresando en una manifestacion que hizo á la Reina su augusta esposa, lo satisfecho que se hallaba por el tino que habia mostrado durante su habilitacion en el manejo de los asuntos públicos, y la inteligencia y acierto en la expedición de los mismos.

El Gobierno y aun el mismo Soberano hubiera comprometido y hubiera hecho vacilar su poder manteniéndose impasible al giro que iban tomando las cosas en España; pero solícitos por conservar los derechos de la presunta Soberana, celosos por la paz del reino, desplegó todas sus fuerzas el primero para inutilizar los planes de los revoltosos de las Pro-

vincias, así como el segundo, comprendiendo lo incompatible que era la estancia de D. Carlos en España por mas tiempo con la tranquilidad de la nacion, espidió con fecha 13 de marzo un decreto simulado de destierro para el príncipe y su familia, en cumplimiento del cual debia salir para el vecino reino de Portugal en el término de tres dias.

Tuvo efecto desde luego este mandato, que produjo al parecer los efectos propuestos en esta disposicion, notándose al momento de haber marchado el Infante, mas animacion en el partido que habia hecho causa comun para sostener á la heredera legitima en su trono, y mas pasibilidad y quietud en el que intentaba cooperar con el príncipe para disputárselo.

El dia 4 de abril de 1835, deseando S. M. el Rey colocar á su alrededor á todas las personas que manifestaban afecto hácia la suya, mandó jurar á la Infanta Isabel heredera de la corona de España, Princesa de Asturias, ligando de esta manera á los que, afectos á S. M., juraban defenderla del enemigo que intentára sostener lo contrario.

Esta ceremonia que tuvo lugar, celebrándose con la mayor ostentacion y pompa en el monasterio de San Gerónimo del Prado, fué acogida por todos ó la mayor parte de los españoles con marcadas señales de júbilo y complacencia: presurosos se presentaban en el templo lo mejor de la grandeza y de la corte, colocando las manos sobre los evangelios para jurar y reconocer como Princesa heredera de la corona á la infanta Isabel: el gozo en aquel tan fausto y solemne dia rebosaba en el corazon de los leales y fieles al trono de la Rei-

na, y no parecia dable que hubiera uno capaz de negar la concesion de su juramento, no asi tan solo lo hiciera, respetando una ley aprobada y sancionada por S. M., sino porque el candor y la inocencia de la princesa Isabel personificaban el simbolo de la ternura y la bondad de su corazon, que ya como Reina ha mostrado en varias y repetidas ocasiones en prueba de sus nobles y generosos sentimientos.

No bastaba, como era bien entendido, para dar por terminado este acto, el que un inmenso número de personas de la grandeza y altos funcionarios hubieran, como lo hicieron, jurado Princesa de Asturias á la Infanta Isabel sobre los santos evangelios, ni que todo el pueblo de Madrid unánime y de corazon, jurase en el fondo del suyo sostener en el Trono de España á la inocente soberana: era preciso para la tranquilidad de todos y para evitar los horrores de una guerra, exigir el mismo juramento al infante D. Carlos, que desde Portugal contemplaba impasible el júbilo de los españoles en tan augusta ceremonia. Al efecto se dirigieron por S. M., ya directamente, ya por medio del Embajador español en Portugal, las mas vivas gestiones para conseguirlo, cuyo resultado fué obtener del infante pretendiente á la corona una determinada y esplicita manifestacion, que por su original contenido, en el que se revela todo el fondo de sus sentimientos, la copiamos íntegra: es como sigue.

El Infante D. Carlos á S. M.:

« Mi muy querido hermano de mi corazon, Fernando mio
» de mi vida: he visto con el mayor gusto por tu carta del 25

»que me has escrito, aunque sin tiempo, lo que me es motivo
»de agradecértelo mas, que estabas bueno, y Cristina y tus
»hijas: nosotros lo estamos, gracias á Dios. Esta mañana á
»las diez, poco mas ó menos, vino mi Secretario Pazaola á dar-
»me cuenta de un oficio que habia recibido de tu Ministro en
»esa Côte, Córdoba, pidiéndome hora para comunicarme una
»real orden que habia recibido; le cité á las doce, y habiendo
»venido á la una menos minutos, le hice entrar inmediata-
»mente, me entregó el oficio para que yo mismo me enterase
»de él, le leí, y le dije que yo directamente te respondería,
»porque así convenia á mi dignidad y carácter, y porque sien-
»do tú mi Rey y Señor, eres al mismo tiempo mi hermano,
»y tan querido toda la vida, habiendo tenido el gusto de ha-
»berte acompañado en todas tus desgracias.—Lo que deseas
»saber, es, si tengo ó nó intencion de jurar á tu hija por
»Princesa de Asturias: ¡cuánto desearía poder hacerlo! Debes
»creerme, pues me conoces, y hablo con el corazon; que
»el mayor gusto que hubiera podido tener, sería el de jurar
»el primero, y no darte este disgusto, y los que de él resul-
»ten, pero mi conciencia y mi honor no me lo permiten; ten-
»go unos derechos tan legítimos á la Corona, siempre que te
»sobreviva, y no dejes varon, que no puedo prescindir de
»ellos, derechos que Dios me ha dado cuando fué su voluntad
»que yo naciese, y solo Dios me los puede quitar, concediénd-
»dote un hijo varon que tanto deseo yo, puede ser que aún
»mas que tú: además en ello defiende la justicia del derecho
»que tienen todos los llamados despues que yo, y así me veo
»en la precision de enviarte la adjunta declaracion que hago

»con toda formalidad á ti y á todos los Soberanos, á quienes espero se la harás comunicar.—Adios mi muy querido
»hermano de mi corazon, siempre lo será tuyo, siempre te
»querra, siempre te tendrá presente en sus oraciones este tu
»mas amante hermano

M. Carlos.

Documento que acompañaba á esta carta.

« Señor.—Yo Carlos María Isidro de Borbon y Borbon, Infante de España;—Hallándome bien convencido de los legítimos derechos que me asisten á la corona de España, siempre
»que sobreviviendo á V. M. no deje un hijo varon, digo que
»mi conciencia ni mi honor me permiten jurar ni reconocer
»otros derechos, y así lo declaro.—Palacio de Ramalhao 29
»de abril de 1855.—Señor—A L. R. P. de V. M.—Su mas
»amante hermano y fiel vasallo—M. El Infante D. Carlos.»

Hé aquí la enseña de la mas cruel guerra civil ondulando ya por el viento, que como una bandera enemiga del Trono y de la nacion se levantaba para llamar á los ilusos defensores de los pretendidos derechos del Principe que se declaró rebelde, siendo el escándalo de las naciones y el *origen de la guerra civil.*

Desde el instante que circuló el contenido de la anterior manifestacion, empezaron los síntomas mas alarmantes de revoluciones, los trastornos y los desastres: tras esta protesta del infante iba su misma conciencia encargándose de levantar el grito de guerra, que resonando como la velocidad de una comunicacion eléctrica, se extendió por todos los pueblos de

la nacion, haciendo trasmitir su eco por toda la Europa, que necesariamente no podia manifestarse impasible á un suceso de tanta consideracion y latitud, como despues hemos tenido lugar de ver por el tratado de la cuádruple alianza.

La bandera sangrienta que tremolaba el Príncipe D. Carlos en esta declaracion, bajo cuyos pliegues debian agruparse un sin número de amigos que le habian jurado eterna fé, y una porcion considerable de descontentos, que irreconcilados con la marcha que iba dándose al sistema político que habian explotado los mismos por largo tiempo, no podia en aquellas circunstancias dar otro resultado que un alzamiento, si no general, mas ó menos estenso, llevando al terreno de la lucha la cuestion de sus aparentes derechos á la corona de España, como en efecto fueron conocidos para su tiempo oportuno los partidarios que se mostraron propicios en su defensa.

La idea de la guerra que debia haber asombrado al Príncipe que llamaba *«hermano mio de mi corazon,»* al que como Rey pretendia hacerle dictar leyes honerosas contra los derechos verdaderos de su hija, no debia causar el menor cuidado á ese Infante tan humilde y tan cariñoso, á juzgar por el contenido de sus cartas, en las que resaltan palabras y expresiones que no debian salir del fondo de su corazon, y si solo de sus lábios.

«¡Oh si fuese dado al hombre descifrar el arcano del porvenir!.....» (decimos con un historiador contemporáneo.)—
«¡Cuánto no hubieran horrorizado á aquel insensato Príncipe la plaga de males que iba á traer sobre nuestro suelo!—Hubiera visto desatadas á una contra la desventurada España la

muerte y la persecucion, el hambre y la desnudez, las banderías y las venganzas, el séquito en fin de funestas calamidades que van en pòs de una guerra, y no legítima y noble, sino injusta y desastrosa, sostenida con la mas grande desesperacion entre los hijos de una misma pátria, que es la mayor maldicion del cielo.»

La nacion Española, en otro tiempo tan feliz, tan grande, tan poderosa, tan respetada, iba á descender de la elevada altura á que se habia colocado: sus hijos debian purgar algun delito comun cometido en la tierra, cuando con tal furia el cielo contra ellos desplegaba sus iras: no era bastante sufrir con escuchar el grito de la guerra que iba á esparcir su eco por todo el espacio de su prolongado círculo, llevando tras sí el horror de la miseria: no cumplia bastante al cielo para tomar venganza de los hijos de la Pátria Iberia, el enviarles una peste desoladora, el cólera morbo, cuyos terribles estragos recorriese las ciudades mas populosas y las aldeas mas solitarias, para dejar desiertas y llenas de espanto las primeras, é inhabitadas tristes, y en el silencio mas horroroso las últimas: era preciso que aun mismo tiempo, una confluencia de males, sembrara la desventura en toda España, y para colmo de las infinitas calamidades, dejase huérfana á un ángel cuyo escelso trono debia costar á los españoles torrentes de sangre: era preciso en fin, que el Rey Fernando, pagase el comun tributo á la ley de la naturaleza cubriendo con su purpúreo manto la tumba á donde descendió para siempre gozar del eterno descanso.

El dia 29 de setiembre de 1833, todos cuantos rodeaban

el moribundo lecho del Monarca tan querido de sus vasallos, quedaron como inanimados y sin accion, suspensos por largo rato, al contemplar el triste aspecto de la muerte representado con la verdad en su Rey: la corte toda se consternó al escuchar tan triste nueva, y la nacion entera vertió la última lágrima, de las muchas que habia vertido por su Soberano.

La muerte de Fernando VII rompió los vinculos y lazos que sujetaban á los unos y á los otros, y pasado el interregno preciso para tributarle el debido homenaje á los últimos restos ilustres del Soberano que iban á depositarse en la régia eterna morada, se provocaron los partidos beligerantes, para decidir cada cual sobre el terreno ya sin trabas de ningun género con la fuerza, sedientos de sangre, el uno, los legítimos derechos de la inocente Isabel, el otro, los supuestos del Pretendiente don Carlos.

Nosotros, y con nosotros toda la parte sensata de la nacion ha calificado siempre de injusta la declaracion de don Carlos á obtener derechos al trono de España; y mas injustas fueron sus pretensiones despues de publicada la pragmática sancion de Carlos IV de 1789, y despues de jurada y reconocida en toda la nacion como Princesa de Asturias la Infanta Isabel; y con estremo mas injustas fueron sus reclamaciones y el sostenimiento de la guerra civil despues de publicadas algunas de las cláusulas del testamento de Fernando VII que decian asi:==

«Declaro que estoy casado con doña Maria Cristina de Borbon, hija de D. Francisco I, Rey de las Dos Sicilias, y de mi hermana doña Maria Isabel, Infanta de España.»

«Instituyo y nombro por mis únicos herederos universales á los hijos ó hijas que tuviere al tiempo de mi fallecimiento, menos en la quinta parte de todos mis bienes, la cual lego á mi muy amada esposa doña María Cristina de Borbon, etc., etc.»

D. Carlos y sus secuaces debieron reconocer ya sancionados por la nacion entera los derechos que Fernando VII habia reconquistado para su hija la Infanta Isabel.—¡ Triste leccion el tiempo ha podido darles, y grandes desengaños han recibido los ilusos que luchando y reluchando, jamás pudieron ceñir la corona de España á su pretendido Rey !.....

Fernando VII habia muerto, dejando abierta la tumba á millares de campeonos que debian decidir la suerte reservada á esta nacion.



CAPITULO V.

APPENDIX A.

CAPÍTULO V.



FÁCIL es comprender que no era en un principio el espíritu de la guerra civil el mas apropósito para dar cima á los planes y concertadas miras de los que aspiraban á derrocar el poder de la Reina, que ya estaba declarada legítima heredera del trono: tampoco eran colosales las fuerzas con que contaban para ello, ni estas, en número corto como hemos dicho, podían componerse de veteranos aguerridos ni aparentes para la lucha. Un puñado de hombres ilusos, alentados con promesas, soldados improvisados y visoños eran los que coronaban las montañas

de las provincias que levantaron el grito de Rey, Religion y Fueros. La guerra en su nacimiento, en sus primeros instantes no podia ser otra cosa que un remedo de una campaña, ó un ensayo con auspicios poco favorables de parte de los enemigos del trono de nuestra Reina, que si bien no tenian por contrarios soldados acostumbrados á la lid, podian al menos contar sin duda con una tropa subordinada y dispuesta, entusiasta por su Reina, y deseosa de adquirir la gloria de afirmar el poder y el cetro de su Soberana.

¿Qué hubiera sido del Infante Pretendiente y sus incautos defensores, si en un principio se hubiera manejado con acierto la direccion de los negocios políticos de la nacion por parte del gobierno de la Reina, en aquella época tan aparente para terminar y concluir en un solo dia con los enemigos, que ciegos y sin guia y sin concierto, se presentaron á levantar una bandera que ni aun podian sostener entre sus manos?

La guerra civil que duró siete años desolando la nacion, sacrificando á tantas víctimas, cubriendo el campo de las lides, de cadáveres, no hubiera traspasado de la linea de un ligero simulacro, bastante á dar un desengaño á los amigos y defensores de los pretendidos derechos del Infante, si el gobierno con mano fuerte hubiera sabido reprimir en sus primeros síntomas, los desafueros de ese partido que se presentó como un bando ó un grupo de hombres mal aconsejados y peor dirigidos, á sostener con las armas empañadas una causa que desde su origen habia nacido sin vida.

Una convincente razon, una prueba irrecusable de esta nuestra opinion, que aclara el insignificante poder de los sol-

dados que al empezar la guerra tomaron la defensa de D. Carlos y que ponen de manifiesto cuál era el espíritu de los mismos; se encuentra á primera vista al hacerse cargo de los hechos de armas que tuvieron lugar en las Provincias Vascongadas por los dos ejércitos combatientes. En las alturas, en las eminencias de aquellas elevadas montañas, se dió á conocer la calidad de ambos ejércitos, y hubo sobrado motivo para calificar el poder, la fuerza y organizacion de los dos enemigos. Un regimiento no completo de infantería compuesto de unos dos mil hombres aproximadamente, dió la primera accion batiendo y arrollando á las fuerzas contrarias que en número triple se presentaron en posicion para inaugurar los desastres de la guerra civil, guerra de sucesion.

Este hecho de armas, por si solo basta á presentar el cuadro que formaba tan triste y poco lisongero para el Principe proclamado entre los suyos por Rey, y el aspecto y fuerza moral de la campaña en su nacimiento; pero la guerra que habia tenido su origen y habia mantenido en silencio su foco en la córte, y muy cerca del Palacio real, tenia establecido su cuartel general en la misma Córte: la guerra no habia salido del Palacio de Oriente y era mas dañina, que la que fomentaban con las armas en la mano en las montañas, los partidarios del presuntuoso Principe: mas temible la primera que la segunda, impedia el paso al triunfo y á la victoria que hubieran obtenido nuestros valientes y decididos soldados del Norte, si una mano oculta que manejaba el timon de la nave que debia vogar por un mar proceloso á impulso de los vien-

tos y las tempestades, no hubiera desplegado todo su arte para sofocar y anteponerse al total esterminio de los enemigos del trono de nuestra Reina.

La guerra estaba declarada: la mayor parte de las Provincias se vieron de pronto invadidas por bandadas de carlistas, que aunque en número poco crecido, eran bastante para distraer muchas fuerzas del ejército de la Reina, dando así lugar por no poder con premura acudir á todas, á que se organizaran y se aumentasen, con lo cual fué tomando incremento, y unas proporciones mas regularizadas y por lo mismo mas colosales, la lucha que debia sostenerse entre hermanos contra hermanos.

¡Fatal condicion de las guerras civiles !....

Los carlistas cobraron mucho aliento y mas decision para la contienda desde el momento que Zumalacárregui, se lanzó á organizar el ejército de las Provincias del Norte: el ejército de la Reina que habia vencido tantas veces y tan fácilmente á su enemigo, empezó á encontrar una resistencia superior desde que el gefe carlista se puso al frente de la guerra, porque Zumalacárregui, de génio militar, emprendedor y que sabia organizar, utilizó todos los medios que estaban á su alcance para hacer su nombre memorable por lo valiente y lo arrojado, por lo entendido y previsor.

La victoria mas completa y el triunfo mas digno de mencion que obtuvieron ambos ejércitos en el principio de la campaña, fué el que alcanzaron el día 29 de diciembre del mismo año en los pueblos de Nazar y Asarta, mandando como General en gefe de los carlistas, Zumalacárregui, y el

General Lorenzo á cuyas órdenes estaba la columna de operaciones que hostilizaba al enemigo.

Desde esta época, el espíritu de la guerra tenía un aspecto mas imponente, y los enemigos de la Reina luchando con mas brios y entusiasmo por su causa, no solo cimentaron mas sus esperanzas, sino que se creyeron en su ilusion dueños ya de todo el campo.

Ilusiones y esperanzas que el tiempo y la realidad se ha encargado de destruir, haciendo que triunfe la justicia y la buena causa de los defensores de la Reina, que felizmente ocupa hoy el trono de España.



CAPITULO VI.

IV - 01011960

CAPÍTULO VI.



En las Provincias Vascongadas, en aquellas eminencias tan elevadas cuyas cimas se confunden con las nubes, la campaña era enteramente diversa á la que se hacía en otras provincias: el espíritu de los naturales de aquel país, sus intereses ligados con los de la guerra desde el momento que se vió escrito en la bandera que tremoló el partido apostólico el lema de *Rey, Fueros y Religión*, dió un carácter especial á esta campaña, una fuerza positiva y moral á los que la sostenían con las armas en la mano, que podemos asegurar desde luego sin temor de equivocarnos, que allí se hicieron siempre mas difíciles las glorias adquiridas por el ejército de la Reina que en

los demás puntos de la nacion. El terreno muy apropiado para la clase de guerra que allí se hacia, el conocimiento del mismo que poseian los carlistas, el entusiasmo de los naturales para la conservacion de las preeminencias concedidas á sus fueros, todo hacia insuperables los obstáculos que se anteponian á las tropas de la Reina, cada vez que en él intentaban penetrar. Siempre se hizo allí la campaña con una ventaja grande por parte de los enemigos.

Cada vez que el ejército de la Reina penetraba en aquel territorio, que lo hizo muy pocas veces, la única victoria que alcanzaba, era la de á costa de millares de víctimas desalojar al enemigo de sus posiciones, donde confiado le esperaba, no sin haber disputado antes palmo á palmo el terreno que perdieran; y despues de grandes hechos, heróicos y de arrojo por parte de nuestras tropas y de las contrarias, resultaba al final de la jornada haberse internado una ó dos leguas dentro de aquel pais inconquistable, para acuartelarse en pueblos desiertos y abandonados de sus habitantes, ó en aldeas y lugares donde daban hospitalidad á nuestros soldados por la fuerza, y cada hombre se convertia en un centinela ó espía para tener al corriente al enemigo hasta de los menores movimientos del ejército conquistador.

Nosotros hemos sido fieles testigos de las operaciones que se dispusieron por varios de los Generales que mandaban en gefe las tropas de la Reina en épocas distintas: recordamos que en una ocasion el bizarro General Espartero combinó una de estas operaciones, ordenando al General Sarsfield en 1837 que saliera desde Pamplona con una division compuesta de

8000 hombres y alguna caballería y artillería, penetrando él por la parte de Bilbao, y por Vitoria al propio tiempo otro cuerpo de ejército considerable de la legión Anglo-Española, al mando del General Lacy Evans: el movimiento en combinación tuvo efecto en un mismo día por los tres diferentes puntos á la vez. El General en jefe, Espartero, á los pocos días de haber tomado algunos fuertes, y después de haber penetrado en las Provincias, si bien no fué derrotada tanto por lo acertado de su marcha y lo bien dispuesta que fué esta expedición, conociendo que nada adelantaba con internarse en un país que todo le era enemigo, y que cada movimiento que hacía para avanzar, le costaba una lucha ostensible, sembrando de cadáveres el campo de batalla, emprendió su retirada en orden, dejando como inconquistable aquel terreno, retirada que le costó un considerable número de soldados y oficiales que encontraron en su arrojo la muerte.

El cuerpo del ejército de operaciones que secundó este movimiento combinado por Vitoria, sufrió la misma suerte que el que mandaba el General en Jefe de los ejércitos: desalojó de algunas posesiones al enemigo: cada palmo de terreno que conquistaba, le costó una reñida acción; y cada movimiento que hacía, una batalla: decidiendo la retirada por último en orden, en la que tenazmente perseguido, demostraron los Alaveses lo ventajoso para ellos de la campaña en aquel país.

Menos afortunado el General Sarsfiel, emprendió su marcha por las dos Hermanas, según las órdenes superiores, y á muy pocas leguas de Pamplona, ya empezó el enemigo á

hostilizar al ejército que le invadía su cuartel general. El día 11 y 12 de marzo sostuvieron los carlistas un combate con la decisión é intrepidez mas extraordinaria, el que produjo por todo resultado avanzar solo una legua en aquel día, conquistando á la bayoneta las alturas que servian de posiciones al enemigo, y vimos en aquella jornada, posesionarse de una montaña ambos ejércitos rivales, cuatro veces, y perder un mismo terreno unos y otros, arrollados al impulso del mas encarnizado combate, y del mas decidido arrojo.

Noticioso el General que mandaba esta expedicion de la retirada del ejército del General en jefe, y del que penetró por la parte de Vitoria, emprendió su marcha para Pamplona el día 19 del mismo mes, siendo tenazmente hostilizado en este movimiento por el enemigo: el día 22 casi á la vista de Pamplona, despues de un día entero de combate, y al aproximarse la noche, el orden con que se habia hasta entonces retirado el ejército invasor, se convirtió de pronto en un desorden espantoso. Las tropas carlistas cargando á cada instante á la bayoneta á las de la Reina, dieron muestras de un arrojo y decision nada comun, llegando á tal punto, que vimos mas de una vez envueltos á ambos ejércitos, luchando á bayonetazos, hasta producir una completa dispersion en las tropas del General Sarsfield, dispersion que duró dos días, hasta cuyo tiempo no pudo verse reunida completamente la division expedicionaria otra vez en Pamplona.

En ocasiones repetidas el ejército de la Reina invadió por las Provincias Vascongadas, que eran el cuartel general de las tropas carlistas, sin que lograran vitorias decididas, ni ven-

tajas para la guerra. El General Espartero el año de 1838, á la cabeza de treinta y dos mil hombres, penetró por la parte de Balmaseda, con decidida intencion de internarse esta vez, en el centro de las Provincias; pero el ejército carlista reunido lo esperaba en sus posiciones fortificadas, íntimamente convencido de llevar la mejor parte en los combates: el día 30 y 31 de Enero, (nos hallamos presente:) despues de algunas acciones parciales, se dieron en las cercanias de Medianas y Bortedo, dos batallas, pues que en ellas tomaron parte todas las diferentes armas de infantería, caballería y artillería, quizás las dos mas sangrientas, que presencié el ejército durante los siete años de guerra civil: cuarenta y ocho horas casi sin interrupcion, duró el fuego sostenido en las líneas atrincheradas de Medianas y Bortedo que rompieron asaltándolas á la bayoneta con denuedo y arrojo inaudito las tropas de la Reina: la gloria de este combate, las hazañas de estas dos brillantes jornadas, indescriptibles por sus proporciones, ¿qué resultados produgeron á la causa de la Reina? Solo presentar un simulacro real y positivo ámbos ejércitos, en el que ostentaron respectivamente sus fuerzas y su poder, la organizacion de las tropas de ámbos lados, y la inteligencia de los Generales gefes de las dos batallas, para despues replegarse cada cual á sus cantones.

El centro de las Provincias Vascongadas, pertenece y pertenecerá siempre al ejército que primero tome posesion del país, toda vez que además cuente con las simpatias de sus habitantes, como contaban con ellas los carlistas: semejante á una plaza fuerte la mas inexpugnable, le sirven de murallas

sus montañas, y lo escabroso del terreno; y así vimos á Don Carlos elegir por su cuartel general el centro de aquellas Provincias que servian además para reponerse el ejército, equiparse, y organizarse en posesion tranquila y pacífica, desde cuyo punto partian provistas de todo lo necesario las expediciones que hemos visto esparcirse por Castilla, Andalucía y otras provincias.

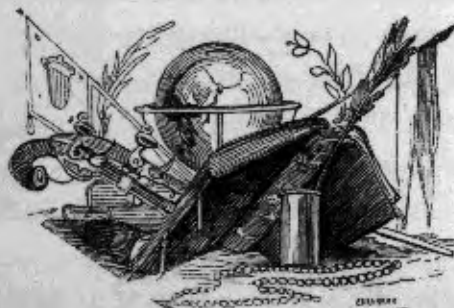
Los naturales del pais participaban de un entusiasmo grande por la causa de D. Carlos, y eran aunque en corto número muy escogidos los provincianos, comparativamente que se lanzaron voluntarios á defender la causa legítima de la Reina; bien avenidos con la distincion que les proporcionaba sus venerandos fueros, obstinados, se afiliaban á la bandera que les ofrecia mas seguridad y garantías de conservárselos: sin embargo, un escogido número de jóvenes de brillante porvenir, desalucinados, y por puro amor y adhesion á la Reina, reconociendo legítima su causa, se prestaron voluntarios á tomar las armas para defender con entusiasmo y denuedo tan sagrados derechos. Encrespada la guerra, en toda su fuerza de poder, connaturalizada la juventud española con los triunfos fantásticos alcanzados en los gloriosos combates de la campaña, que llamaba á los hijos de su patria en defensa del trono de su Soberana, corrian presurosos en busca de laureles y de glorias para hacerse memorables por sus hazañas, los mas valientes, dando así un testimonio patente de adhesion y afecto á la causa de la Reina y de la libertad.

Entre estos aparecia el joven General Lersundi, presentándose voluntario, lleno de ardor y de entusiasmo para conquistar

con su heróico arrojo un elevado puesto en la carrera militar, al que por sus hazañas le vemos sobresaliendo en primer término.

La honrosa ambicion con que Lersundi tomó las armas en defensa del trono de su Reina, le hizo, paso á paso, figurar como un valiente militar entre sus compañeros, y en todas las acciones, en todos los combates, por su valor y por su denuedo se hizo memorable; así vemos, que Lersundi, si rápido ha sido su progreso en los ascensos, si ostenta en su pecho tantas cruces de distincion, si tan jóven ha llegado á un grado en la milicia, que costó á otros, muchos años de servicios, todo lo debe á sus hechos de armas, que justamente premiados han sido por sus gefes en el campo de batalla: nada debe Lersundi al favoritismo.

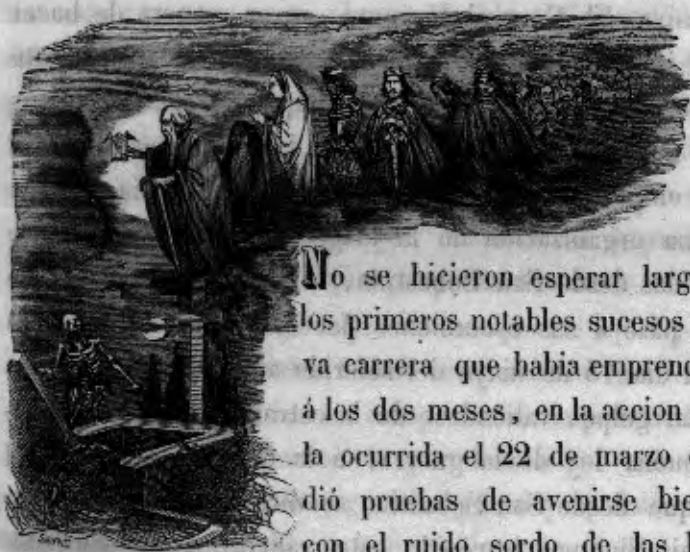
En los primeros ensayos de la carrera que habia emprendido Lersundi, dió á conocer que nació para guerrero: ninguna sorpresa le causaban los preparativos de una accion, ni le suponía la confusion del combate: su vivacidad, su fuerza de carácter y energia que constituyen las mejores dotes para el mando, son las cualidades inherentes que reúne Lersundi.



CAPITULO VII.

LIBRARY

CAPITULO VII.



No se hicieron esperar largo tiempo los primeros notables sucesos de la nueva carrera que habia emprendido, pues á los dos meses, en la accion de Arzuela ocurrida el 22 de marzo de 1855, dió pruebas de avenirse bien pronto con el ruido sordo de las balas, sin que le arredrase el estruendo de la guerra.

En aquella accion defendió su batallon el paso de un convoy que custodiaba hasta introducirlo en Vergara, el que fué vigorosamente atacado por los carlistas: diferentes veces sos-

tuvo como oficial de filas mandando una cuarta de compañía, los ataques vigorosos del enemigo que en vano intentaba envolverlo por todos lados, dando muestras de su serenidad y valentía. Después que salvó su batallón el convoy, volvió á perseguir al enemigo saliendo desde Vergara, en cuya expedición tomó parte Lersundi en algunas escaramuzas.

Por aquella época habia cambiado el espíritu de la guerra en favor del ejército de D. Carlos: los gefes que mandaban, disponian operaciones que casi siempre producian un resultado ventajoso para ellos, y todo lo que hasta entonces se habian mantenido en una actitud defensiva, se cambió de repente en ofensiva. El General Jáuregui, en su manera de hacer la guerra, incansable para perseguir al enemigo, constante siempre en su busca, y dispuesto siempre á batirse con sus aguerridos soldados á los que conducía la mayor parte de las veces que empeñaba la acción á la victoria, no podia esperar la repentina organizacion de la brigada que exclusivamente en sus salidas desde San Sebastian, le hacía frente para impedirle el paso á sus escursiones por el centro de las provincias. El día 15 de mayo del referido año, prepararon los carlistas un golpe, valiéndose de la estrategia legal y permitida en buena ley de la guerra, á la division del General Jáuregui que desde San Sebastian se dirigia hácia el pueblo de Hernani. Siempre intrépido este valiente gefe, buscaba frente á frente al enemigo para medir sus fuerzas con las suyas; pero este día no lo encontró sino emboscado al abrigo de las montañas elevadas de Hernani, á cuyo paso fué sorprendido repentinamente por el enemigo, y solo la serenidad

de aquel General y el valor y bizarría de las tropas que mandaba, pudieron salvarle en aquella jornada de la completa y total pérdida de su division.

Acometido por todas partes y en todas direcciones por fuerzas superiores en número, se vió precisado á emprender una precipitada retirada, pero con el mayor orden, para no ser envuelto en aquel ataque tan brusco de los carlistas. Lersundi, á retaguardia de toda la division, fué el oficial destinado á contener en medio de la confusion de una emboscada, que no pudo preverse, el impetuoso arrojo y fogosidad de los reveldes: la division de Jáuregui, rehaciéndose de aquella instantánea sorpresa, y convencido el General de que podrian ser derrotados por el refuerzo considerable de las tropas del enemigo admitiendo el combate, retrocedia con bastante precipitacion confiado sobradamente, en el valor y serenidad del oficial Lersundi, que sostenia aquel puesto con un corto número de soldados que imitaban su impassibilidad en aquel trance: inmóvil aquel grupo de hombres, en medio del enemigo, mandados por Lersundi, fijos en aquel punto capital que debian defender á toda costa, hasta perder la vida, por salvar al resto de sus compañeros, supieron defenderlo, hasta que viéndose envueltos y rodeados por todos los flancos, por el frente y retaguardia y casi ya prisioneros, decidió Lersundi haciendo un esfuerzo, romper por medio las filas de los enemigos con su gente, sufriendo un fuego á quemarropa, para incorporarse al resto de su division, lo que pudo conseguir perdiendo bastante número de la fuerza que mandaba: unido al resto de la division, siguió sosteniendo

Lersundi la retirada hasta las inmediaciones de San Sebastian. Por este hecho de valor, por este primer ensayo de arrojo y decision, Lersundi no obtuvo otra recompensa que el aprecio de sus compañeros y la distincion de su gefe.

El ejército de la Reina, suspendió por entonces sus operaciones por esta parte del Norte; y otros sucesos de mas entidad que exigian toda la prevision de los Generales que mandaban, se abocaron en contra de las tropas carlistas, cuyos resultados les fueron muy desfavorables. Tenian los enemigos puesto sitio á Bilbao hacia ya algun tiempo por aquella época: todos los dias se presentaban en aquellas alturas que circundan la poblacion, combates provocados por ambas tropas, sitiadoras y sitiadas; y se hacian insuperables las fatigas que sufrían unos y otros, anhelando salir de una vez vencidos ó victoriosos de aquella situacion. La mirada escudriñadora de Zumalacárregui, General carlista que mandaba las tropas leales á su pretendido Rey, le hizo bien pronto comprender que aquel estado de incertidumbre y de penalidades, no debia prolongarse por mas tiempo: una vez que Zumalacárregui se convencia de una idea que le asaltaba, era constante en poner los medios para que prevaleciera su pensamiento; y como poseido estaba de que no debia seguir en tal estado de inercia, estado pasivo digámoslo así, porque ni avanzaba ni retrocedia, y con lo cual iba decayendo el espíritu de sus soldados, resolvió tomar el partido de atacar á los sitiados con todas sus fuerzas para concluir aquella jornada, fuera su resultado ventajoso ó adverso: con efecto, el dia 15 de junio salió Zumalacárregui á practicar un reconocimiento.

y hubo con su inaudita serenidad de aproximarse tanto á la plaza, que fué herido por una bala de fusil disparada desde las aspilleras de la batería de Larrinaga, en una pierna. Por el momento, la herida no presentó carácter de gravedad, y en la opinion de los facultativos, una vez estraída la bala, quedaria en breves dias completamente bueno. Dispúsose al efecto la operacion, y cada dia iba agravándose mas en su enfermedad, de modo que el dia 24 del espresado mes, falleció dejando en la mayor consternacion á las tropas de su mando, porque le consideraron siempre, y le tuvieron con sobrada justicia, por uno de los generales mas valientes y arrojados de los defensores de D. Carlos, cualidad que sabe apreciar y darle todo su mérito el soldado.

«Un escritor carlista, el mismo que acompañó al Pretendiente en sus viajes por Inglaterra, aseguraba haber sido inglesa la bala asestada al caudillo de la insurreccion, pintándole con este motivo como una de las mas ilustres victimas de la *Cuádruple Alianza*.»

La pérdida de este General era irreparable: con todo, los sitiadores siguieron hostilizando constantemente la ciudad, sin embargo de no contar ya con tan digno gefe; pero la suerte habia ya dado fin á este bloqueo en favor de los que ocupaban la ciudad, porque los generales Latre y Espartero hicieron además un movimiento en su socorro que produjo el apetecido resultado, porque apenas tuvieron noticia los que mantenian el cerco de la aproximacion del refuerzo de estas divisiones, mandadas por aquellos valientes Generales, emprendieron su retirada el dia primero

de julio, quedando la villa en la mayor alegría y contento.

Los carlistas que habian mantenido el bloqueo á Bilbao, apenas se retiraron, concibieron la idea de poner sitio á Puente la Reina, punto de bastante importancia, no solo por su proximidad á Pamplona, sino por lo que domina todo aquel pais: mientras el ejército sitiado y el que fué en su socorro, descansaban de las penalidades, gozando de los triunfos y victorias obtenidas sobre las tropas de D. Carlos, estas caminaban con su incansable afán á llevar á efecto su decision, dirigiéndose hácia Navarra.

Con efecto, cercaron á Puente la Reina con un número considerable de fuerzas, pero los sitiados se mantuvieron firmes y decididos á no entregarse, y otra nueva gloria obtuvieron los soldados de la Reina. El general Córdova pasó desde Vitoria, atravesando por Peñacerrada todo el pais intermedio á Logroño, y desde aquel punto se dirigió por Lerin y Lerma á Larraga, en donde se situó con su division el dia 15 de julio. Este dia recibió un golpe fatal el ejército enemigo, á cuyo frente se hallaba el mismo D. Carlos: las tropas de la Reina emprendieron sus bien combinados movimientos al amanecer, los que dieron por resultado hacer que levantáran el sitio que habian puesto los carlistas á Puente la Reina; pero con la idea de reunir sus masas, y presentar la batalla en forma. Orgullosos con tener á la cabeza á su Rey, no pudieron concebir otra idea que la de alcanzar una extraordinaria victoria, presidida por su soberano, y ganada por los valientes y entendidos caudillos Villarreal, Eraso y otros que asistieron como gefes del combate. Empezó éste á las doce: la lucha fué

sangrienta; y de ambas partes hubo pruebas de valor y hazañas que patentizaron la arrogancia de los unos y la serenidad de los otros; mas las tropas que defendian la mejor causa arrebataron sus posiciones á los carlistas, cargando ciegamente á la bayoneta, y envolviendo á sus contrarios, que no podian hacerse superiores á los embates de un arrojo el mas determinado: vencido el Pretendiente, y los suyos que habian reconcentrado sus fuerzas en Mendigorria, arrollados en todas direcciones, se vieron precisados á reconocer que ni la presencia de su caudillo real, ni el espíritu que éste pudiera infundir á sus secuaces, podia darles la fuerza suficiente para recoger un laurel, teniendo por enemigos á los valientes soldados que con entusiasmo y fé peleaban en defensa de su Reina.

Efectivamente, el triunfo se redobló por esta circunstancia, pues no era comun que D. Carlos, imitando á los Príncipes que en épocas mas felices eran los primeros soldados para la guerra, se hiciera presente, como en esta, en las demás acciones que por él y en su defensa empenaba frecuentemente su ejército.

El Conde de Toreno, Presidente del Consejo de Ministros por entonces, vió llegado el momento oportuno de volver á reincidir en la pretension con la corte de Francia, Inglaterra y Portugal, de solicitar que intervinieran en la guerra civil que asolaba nuestro pais, con el doble objeto de ver si lograba acallar los tumultos que á cada instante se levantaban en la nacion contra el sistema de gobierno introducido, y aunque ya en vano lo habia igualmente intentado su antecede-

sor Martínez de la Rosa, por medio del Embajador de nuestra Corte en París, el Duque de Frias, no vacilaba en sus ideas, seguro de conseguirlo esta vez, puesto que las victorias alcanzadas en Bilbao y Puente la Reina contra los enemigos del trono y de nuestra soberana, eran una evidente prueba de la poca fuerza positiva y moral que reunia el Príncipe pretendiente: con efecto, si bien no pudo conseguirse la intervencion directa de un cuerpo de ejército de cada nacion, por razones que no son de este lugar, pudo conseguirse un tratado que se firmó en París con fecha 28 de junio, en el cual enviaba el gobierno de Francia en nuestro auxilio una legion compuesta de siete batallones, procedentes de la expedicion de Argel unos, y los otros de polacos é italianos, todos á las órdenes del General Bernelle. Igual conducta siguió la Gran Bretaña, aliada fiel á la causa de nuestra Reina, no solo abasteciendo al ejército de armas y municiones, sino que puso á nuestra disposicion sus buques y cruceros, consintiendo en formar una legion de diez mil soldados, que al momento se presentaron en España con su General Lacy Evans á la cabeza, alzando por último el *foreign enlistement bill* (1). Portugal tambien á su vez hizo que penetrara una division por Zamora, mandada por el General Baron Das Antas, queriendo dar una muestra inequívoca de reconocimiento á los servicios que nuestro gobierno le habia prestado en su auxilio, para colocar en el trono á D. Pedro, Duque de Braganza, que gobernaba en nombre de su hija doña María II, durante su

(1) Ley espedita en Inglaterra para prohibir el alistamiento de tropas para el extranjero, que tuvieron necesidad de derogar para intervenir en España.

menor edad, segun el contrato celebrado en Lóndres el dia 22 de abril de 1854, ratificado el dia 51 de mayo entre la Côte de España, Inglaterra, Francia y Portugal, y cuyos derechos le disputaba el infante rebelde, su hermano D. Miguel.

La causa de la Reina habia tomado un aspecto muy lisonjero con el triunfo alcanzado en las anteriores gloriosas jornadas, en las que tan buena parte llevaron nuestros valientes soldados, y con la intervencion indirecta que prestaron las tres potencias aliadas.

Apenas empezó á estenderse por ambos ejércitos de la Reina y carlista la noticia de la aproximacion de las legiones destinadas á operar, unidas á nuestras tropas, en las Provincias del Norte, el desaliento de los enemigos fué grande, y el encono contra los aliados fué mayor, llegando hasta el extremo de no dar cuartel en lo sucesivo á ningun prisionero procedente de las legiones citadas, que tenia la desgracia de caer en su poder, á quienes no les comprendia el tratado de Elliot, segun convenio de las tropas de D. Carlos con las de la Reina, para hacer mas soportables los horrores de la guerra.

Llegó por último el momento de desembarcar en San Sebastian una brigada inglesa al mando de Chichester, y tanto para probar sus fuerzas al frente del enemigo y su valor, como para reanimar el espíritu de los pueblos, dispuso una expedicion el General Jáuregui que mandaba en aquellas Provincias, con direccion á Hernani, para buscar al enemigo y presentarle la batalla dó quiera le encontrase.

Con efecto, el dia 30 de agosto emprendieron el movimiento, y en las montañas de Santa Bárbara, que dominan el valle



en que está situado este pueblo, aguardaban los enemigos en sus posiciones, ya dispuestos al combate, á la division Anglo-española, para mostrar en su arrogancia y orgullo que no rehusaban la lid apesar del refuerzo de las tropas inglesas, y que nada podia suponerles. Aparapetados los carlistas en aquellas inespugnables alturas, fiados en la desigualdad que naturalmente les ofrecia en su favor el terreno, el que habian preparado de antemano para la defensa, sostuvieron la lucha con un arrojo y decision nada comun, sin abandonar del todo sus ventajosas posiciones, y despues de un combate de ocho horas sin interrupcion, que no tuvo otro objeto que el ya manifestado, se replegó la division otra vez á sus cantones de San Sebastian sin ser apenas hostilizada por los carlistas. En esta accion estuvo Lersundi todo el dia con su batallon sufriendo el nutrido fuego que disparaban los enemigos desde sus parapetos; mas como fuera un combate parcial, y con un objeto dado, no permitió á nadie en aquella jornada obtener hechos de resultados, mucho menos atendiendo la desigualdad del terreno en aquellas elevadissimas cumbres, y lo ventajoso de las posiciones donde esperaba cubierto el enemigo.

El resto de la legion inglesa desembarcó en Portugalete pocos dias despues de haber llegado á San Sebastian la brigada que mandaba Chichester. El General Lacy Evans, gefe de las tropas inglesas, recibió órdenes de trasladarse con todas sus fuerzas á Vitoria, y unido á estas el batallon ligero de Guipúzcoa, al que pertenecia Lersundi, emprendieron su marcha para dicha ciudad, en donde quedaron acantonados.

En el mes de marzo del año de 1856 fué destinado Ler-

sundi en la misma clase de subteniente al regimiento infantería de Aragon, 2.º de ligeros, que se hallaba en la línea de Zubiri, en Navarra, línea de acantonamientos que se estableció desde Pamplona hasta la Borda de Iñigo y Valcárclos, pueblo este último fronterizo de Francia. La guarnicion que cubria estos cantones, se hallaba siempre al frente del enemigo; pocos dias pasaban sin que hubiera escaramuzas y acciones parciales, sostenidas entre las tropas de la Reina que cubrian el servicio penoso de la línea y las partidas carlistas, que no tenian otro entretenimiento que el de molestar á cada momento, y poner en alarma á la division destinada á los cantones de dicha línea. En varios encuentros tomó parte Lersundi, ya en las descubiertas que se hacian todos los dias al toque de diana, ya en las diferentes y repetidas veces que los enemigos atacaban los diversos cantones de la misma.

En Navarra se hacia la guerra con igual desventaja que en las Provincias Vascongadas: todo aquel pais era enemigo decidido de la causa que defendia el ejército de la Reina: la mayor parte de los jóvenes y de los hombres útiles para la campaña, habian tomado las armas en contra, y los pueblos desiertos, abandonados de sus habitantes, no ofrecian el menor auxilio á nuestros soldados: de modo que cuando se estableció esta línea, con el objeto de tener abierta y conservar una comunicacion desde Pamplona por Villaba, Urdaix, Zubiri, Burguete y Roncesvalles hasta Francia, y estar al propio tiempo á la vista de las operaciones del enemigo por aquella parte, hubo necesidad para establecerla, de vencer muchos y grandes inconvenientes, siendo el de no poca importancia, el

subvenir á las privaciones de todas clases que producía la total desercion de todos los vecinos de los pueblos donde se situaban los cantones; y si bien este considerado era un mal bien grande, despues que ya quedó estendida la línea, y que los habitantes que habian abandonado sus hogares, se convencieron de que nuestras tropas no pensaban hostilizar mas que á los enemigos que se encontráran con las armas en la mano, no dejó de ser peor la vuelta de aquellos á sus aldeas, porque cada uno se convertia en un espia ó centinela vigilante para avisar con tiempo oportuno á los carlistas del menor movimiento de nuestras tropas, que jamás encontraron al enemigo sino muy alerta, y siempre esperando en ventajosas posiciones, cada vez que se presentaba el combate y se empezaba una accion.

La manera de hacer la campaña en Navarra era por cierto muy particular y de muy pocos felices resultados para el término ó adelanto en la conclusion de la contienda: el gobierno de aquella época, ó mejor dicho, la parte integrante y de entidad que componia de este el Ministerio de la Guerra, durante la lucha de siete años consecutivos, no desplegaba grandes conocimientos en la direccion de la que se estaba sosteniendo á tanta costa y con tan insignificantes ventajas en aquel pais. Para contrarestar á la division que en la línea de Zubiri se habia establecido como hemos dicho, desde la capital de Navarra hasta la raya de Francia, tenian los carlistas situados á muy poca distancia frente á nuestros cantones, los suyos: esto originaba una accion digámoslo así, no interrumpida por parte de ambos ejércitos, todos los dias al

menos al verificar unos y otros la descubierta que se hacia al romper el alba. Al mismo tiempo que nuestros soldados pasaban las elevadas cumbres que dividian nuestra línea de la situada por el enemigo, se veian coronadas las montañas de la otra parte, de carlistas que hacian igual operacion que nuestras tropas: necesariamente se provocaban, y necesariamente sino se empeñaba un combate formal, se saludaban las guerrillas con disparos que tenian en una continua alarma al resto de la division, que durante la descubierta permanecia sobre las armas y preparada siempre á venir á las manos, retirándose despues cada cual á sus respectivos cantones. La proximidad de éstos, que guarnecian los dos ejércitos contendientes, producía á cada momento un combate mas ó menos sostenido, por que los carlistas, seguros como estaban del sigilo que precedia á todos sus movimientos, se reunian por las noches reconcentrando parte de sus fuerzas, y cargaban al dia siguiente en número considerablemente mayor sobre cualquiera de los puntos que cubrian unos cuantos soldados, á quienes sino sorprendian todas las veces, siéndolo la mayor parte de ellas, al menos los cercaban por todos lados, hacian poner en marcha á casi toda la division que iba en socorro de la fuerza acantonada, que se defendia con el mayor arrojo de aquel ataque, y puede decirse que por esta razon era la guerra en Navarra una campaña continuada. No era este solo el mal que producía la poca inteligencia en dirigir las operaciones por esta parte en donde se sostenia con tan poco acierto la constante lucha con el enemigo: habia otro mayor que no tenia objeto de ninguna clase, pero que al propio tiempo redoblaba, dándole el carácter de

insuportable, el servicio que prestaban nuestros sufridos soldados en el sostenimiento de aquella línea de Zubiri, cuyo nombre y su recuerdo, aun hoy se vienen á la memoria, con disgusto y con horror, porque á la vez recuerda así mismo las innumerables víctimas que sucumbieron en aquellas dilatadas montañas: no era este solo el mal decíamos, porque se notaba otro mayor: efectivamente, de vez en cuando, salía una división desde Pamplona, para incorporarse á la que cubria los puntos de su línea, con el fin de atacar al enemigo: antes de hacer los preparativos para la salida, ya los carlistas tenían noticia del movimiento de la columna, del número de batallones que la componian, y hasta de la manera ó modo con que se pensaba dar el ataque: el espionaje de los carlistas inutilizaba á veces los mejores planes de nuestros entendidos Generales, y jamás eran sorprendidos en sus cantones: de modo que en cualquiera ocasion que se les buscaba, preparados de ante mano á su defensa, se aseguraban en sus posiciones, posiciones que antes de perderlas al impulso del arrojo de nuestros valientes soldados, pagaban su decision y denuedo con la vida, lo cual constituía un triunfo positivo para los defensores del Pretendiente, con la pérdida de tantos héroes, cuya única victoria por nuestra parte consistia en tomar posesion por unos momentos de algunas montañas que despues se abandonaban, en sembrar el campo de la lucha de cadáveres, y en replegarse cada columna á sus respectivos cantones con una considerable baja en el número de combatientes de una y otra parte, poniendo á prueba el valor de nuestros soldados.

Estas operaciones en las que no se alcanzaron mas victo-

rias que las enumeradas, desgraciadamente, se reproducian con bastante frecuencia. Testigos presenciales hemos sido de algunas:—El dia 24 de Junio de 1836 en *Larrasuaña y Zubiri*, el dia 4 de Julio del mismo año en Burgete, y las continuadas defensas de los fuertes de la *Borda de Iñigo*, fueron dias, en los cuales con la sangre vertida á torrentes en el campo de batalla, quedó indeleble sellado el valor y entusiasmo por la causa que defendia el valiente Ejército Español.

Los que hayan tenido la gloria de pertenecer á él, pueden decir como nosotros, que mientras mas obstáculos se presentaban á la vista de nuestros soldados, mientras mas inconvenientes habia necesidad de vencer, mientras mas privaciones, mas escaseces y con mas frecuencia se les enseñaba el camino para arrancar triunfos al ejército de don Carlos, mas sufridos y mas firme era la adhesion de aquellos para consolidar los legitimos derechos que injustamente se intentaban usurpar á nuestra Soberana.

El Ejército español en la campaña podia servir de tipo á las naciones: á este ejército pertenecia lo mas escogido de la nuestra, incorporado á sus filas: nombres que valen mucho hemos citado en otro lugar, que figuraban en aquella época como oficiales dignos de la suerte y de la elevacion á que han ascendido en justa recompensa de sus especiales servicios y los cuales tenemos la satisfaccion hoy de contemplarlos colocados en los primeros puestos de la milicia, cuyos grados, cuyos ascensos, y cuyas condecoraciones que llevan prendidas en sus uniformes de generales, son la prueba mas patente de su distinguido comportamiento en aquella encarnizada lu-

cha sostenida solo con el valor y el sufrimiento de los mismos.

No como modelo queremos citar al General Lersundi, objeto de las páginas que escribimos, sino como uno de estos brillantes oficiales que tantas y repetidas veces fueron premiados por su decision y arrojo sobre el campo de batalla, y que no una vez sola vertieron su sangre haciendo patente el proverbial denuedo del ejército que tremolaba su bandera en defensa de la mas justa causa.

Lersundi era uno de estos oficiales: Lersundi, como hemos dicho, se hallaba dando el servicio penoso en la línea de Zubiri y Larrasuaña en Navarra: nueve meses se halló en aquel punto y asistió á todos los encuentros y defensa de los cantones fortificados, incorporado á su Batallon, hasta que hallándose por aquel tiempo sitiada por los carlistas la plaza de San Sebastian, uno de los cuerpos que concurrieron por mar al levantamiento del sitio, fué el Regimiento infantería de Aragon, 2.º de ligeros, al que pertenecía.

Los carlistas habian reconcentrado un considerable número de sus fuerzas, para hacer rendir la plaza, que fueron resistidas con la mas singular constancia por parte de los sitiados, haciendo frente á los embates de los sitiadores, que tocando en la desesperacion se lanzaban briosos para ganar sus muros que jamás pudieron asaltar, y mucho menos al presentarse á su defensa la division que llegaba de Navarra, haciendo perder toda esperanza á los rebeldes de conseguir su intento, en la que unido á su Batallon iba Lersundi.

El día 5 de Marzo, hicieron las tropas leales una salida de la plaza, acompañadas de todas las que habian llegado á su so-

corro: al romper el alba todos los preparativos que se notaron en el campo de los sitiados y sitiadores indicaban que iba á emprenderse un movimiento para decidir en aquel dia un triunfo á favor de una ú otra parte: en ambos ejércitos se observaba la mayor agitacion, y el confuso ruido de las armas, y el toque penetrante de las cornetas llamando á los soldados á sus puestos, daban muestras y señales fijas de que en aquel dia, al nacer la luz, debia nacer presidida por el Dios de los combates. Los primeros resplandores de la aurora aumentaron su claridad con el vivísimo fuego que despedian las guerrillas de las dos columnas que se preparaban á la lucha: travóse con efecto en el glásis de la plaza uno de los combates mas encarnizados que han tenido lugar en las Provincias Vascongadas.

Rivalizando en denuedo los dos cuerpos del ejército que batallaban con bizzarria, sedientos de gloria, llenos de ambicion y de orgullo por alcanzar cada cual el triunfo de aquella jornada y poder coronarse con el laurel de la victoria, rindiendo á las plantas de sus respectivos soberanos, la bandera con el lema inscrito de *los vencedores*: era admirable el arrojo que desplegaban en aquella accion decisiva amigos y enemigos de la buena causa del trono y de la libertad.

Diez horas consecutivas de un fuego vivísimo y no interrumpido: repetidas é innumerables cargas á la bayoneta: hechos de armas heróicos y brillantes de una y otra parte, atestiguaban el entusiasmo y adhesion de los defensores de su Reina, y la tenacidad y obcecacion de los ilusos partidarios del infante pretendiente, que aspiraba á ceñir la real diadema; mas de

una vez y en mas de una ocasion, fué dudoso el triunfo en aquel memorable encuentro, el cual se decidió por último á favor de nuestros valerosos soldados, á costa de los mas extraordinarios esfuerzos, y conquistando con la sangre de innumerables víctimas que sucumbieron para inmortalizar el buen nombre del bizarro ejército español, en un dia tan glorioso, una victoria que mereció la gratitud de su Reina y de su Pátria por quienes la obtuvieron.

Lersundi tuvo ocasion en este combate de aumentar una prueba mas, á las que habia dado de su serenidad y denuedo en la guerra, tomando parte en los hechos singulares que se repitieron dignos de mención, por los cuales fué premiado con una cruz distintiva que supo ganar, y le fué concedida por el general en jefe que mandaba las tropas de la Reina.

Lersundi con su natural carácter, arrojado é intrépido, era uno de esos oficiales modelos que tomaron parte en la campaña: uno de esos oficiales que no podian batirse con sus enemigos sin sobresalir de la esfera ó del círculo de su deber, escediéndose en valor y en decision como oficial de filas: uno de esos oficiales que, vendados los ojos ante el peligro, sin hallar obstáculos para nada, ni arredrarse por nada, corrían en pos de su entusiasmo y adhesión á la muerte, pareciendo invulnerable á las balas que asestaban las tropas del ejército contrario: era en fin, uno de esos oficiales que sin concebirlo en su pensamiento, estaba llamado á ganar, cada vez que luchaba frente á frente con el enemigo, un ascenso ó una condecoración (1).

(1) Todo cuanto referente á los ascensos y condecoraciones ganadas por Lersundi en campaña insertemos en el texto con letra bastardilla, es copia íntegra de las palabras mismas estampadas en su hoja de servicios.

El día 28 del citado mes de mayo se encontró en *el paso del río de Vensueca*, cerca de San Sebastian, en el que sostuvo con su compañía las repetidas cargas que daban los carlistas á la retaguardia de la columna, y resistió sereno, siempre en su puesto, los denodados ataques de los mismos que daban para envolver las fuerzas destinadas á traspasar el vado referido, sin que lograran jamás hacerle perder un palmo de terreno del punto que se le habia encargado sostener á toda costa. Por este tiempo fué nombrado Lersundi Ayudante de órdenes del Comandante general de la 5.^a division del Norte, D. José Santa Cruz.

El ejército de la Reina hizo por entonces una tregua para reponerse de sus fatigas, que solo duró diez días, los cuales terminados, volvió en busca de su enemigo, para no dejarlo descansar en la tarea que habia tomado á su cargo, defendiendo á su Príncipe rebelde, y como siempre ventajosamente posesionado aquel de las cimas mas escarpadas, escogiendo el terreno mas propicio para resistirse todo lo posible antes de ser vencido, esperaba el momento de la batalla, situado en las alturas de *Garveta y Choritoque*.

El día 6 de junio debia ser funesto para Lersundi, que en la clase que hemos citado de oficial formaba parte de la columna expedicionaria de las Provincias Vascongadas, asistiendo á aquel combate tan sostenido por ambas partes: aquel día estaba destinado Lersundi á conquistar un grado en la milicia, y á derramar su sangre por

primera vez en defensa de su Reina. Ordenada y dispuesta la resistencia de aquellas posiciones que obtenian los carlistas; decididos como de costumbre y en todas ocasiones á no abandonarlas sino despues de una obstinada lucha, que era en lo que siempre fundaban su triunfo, hubiera sido digno de contemplarse desde lejos el panorama que se presentaba á la vista, convertidas en volcanes de fuego y humo aquellas elevadas cumbres que parecian confundirse con las nubes, y hubiera, por lo sublime, sido digno espectáculo para trasmitirlo despues á un lienzo por la mas diestra mano de un artista, que orgulloso de las glorias de su Nacion, quisiera haber dejado patentes y esclarecidas las que ha sabido alcanzar la nuestra, venciendo á los rebeldes que alzaron el pendon incendiario de la discordia que duró siete años sin tregua ni descanso.

Los ataques dados por las tropas carlistas se redoblaban en aquel dia, que hemos dicho debia ser funesto al oficial Lersundi: los soldados de la Reina tomaron una parte muy activa en la victoria de aquella jornada, y Lersundi, que era siempre uno de los primeros que se lanzaban al peligro, no podia en esta accion sino mostrarse valiente como en todas: innumerables cargas á la bayoneta dió unido á los batallones de la vanguardia, al tiempo de comunicarles órdenes superiores para desalojar al enemigo de sus ventajosas posiciones, que fueron rechazados con un denuedo y valor inusitado por parte de aquellos: Lersundi logró singularizarse en este dia con sus hechos de armas; pero tambien fué gravemente herido de dos balas de fusil, atravesándole una el cuerpo y la

otra la mano derecha, y « *en recompensa de su bizarro comportamiento, se le agració en el campo de batalla con el grado de Teniente.* »



Cerca de dos meses estuvo Lersundi padeciendo á consecuencia de sus heridas graves, en particular una de ellas; pero su génio activo, su impaciencia natural y peculiar á su carácter le tenían inquieto, y le hacian no sufrir con calma aquella vida sedentaria, y que era hasta indispensable para convalecer, llegando á tal extremo, que aún no restablecido del todo, volvió á incorporarse á su division para tomar parte otra vez en la guerra, y participar con sus compañeros de las penalidades y fatigas de la campaña. Amante de sus soldados, no podia vivir sino entre sus soldados: militar por inclinacion espontánea, no podia avenirse á otra clase de vida que á la vida

militar, y para Lersundi el quietismo y la ociosidad eran y serian el mayor tormento el mas insoportable castigo que pudiera dársele, porque ha nacido predispuesto al movimiento y á todo cuanto sea contrario y se oponga á desplegar libremente su incansable actividad.

Imposible hubiera sido sujetar á Lersundi á un plan estricto y esmerado de curacion que tan necesario le era á su completo restablecimiento, y por eso con asombro le vemos otra vez desembainando la espada al frente de sus bizarros soldados, para tomar una parte activa en la accion de Ametzagaña el 1.º de agosto del mismo año de 1836, y en la que tuvo lugar el 9 de setiembre á las inmediaciones del fuerte de Zariátegui, conduciéndolos á la victoria, y escitando el ejemplo con su conducta, digna por cierto del aprecio que le tributaban sus gefes y compañeros.

El 1.º de octubre fué un dia memorable para Lersundi. En la accion de Alzá, pudo sobresalir con su decidido valor y arrojó lo bastante para obtener un justo premio en recompensa de su constante bizarría para los combates. Le faltaba poder ostentar en su pecho una condecoracion honrosa, especial en su clase, que se concedia solamente á los nobles adalides del ejército de la Reina, siempre que por sus hechos de armas se hicieran dignos de obtenerla. En la gloriosa jornada de este dia dió Lersundi pruebas inequívocas de su impavidez y serenidad cuando se hallaba al frente del enemigo, puesto que supo conquistar en ella un galardón, logrando que *«por su distinguido mérito se le condecorase con la cruz de San Fernando de 1.ª clase.»*

La legion Anglo-Española , á la que pertenecia el batallon de Lersundi por entonces , regresó con objeto de establecer sus cantones en San Sebastian, Pasages y Rentería, permaneciendo en aquellos puntos hasta recibir órdenes del General en gefe de los ejércitos , para emprender nuevas operaciones.

Absorbía toda la atencion de este , siendo su idea esclusiva , hacer por todos los medios que estuvieran á su alcance , levantar á los Carlistas el sitio que otra vez tenian puesto á la plaza de Bilbao , sitio que llamaba la atencion de toda España , y del Gobierno de S. M. , el cual no cesaba de exhortar al bizarro General en Gefe , Espartero , para que con todas sus fuerzas auxiliado de sus grandes conocimientos militares y aprovechando el influjo que ejercia para con las tropas de su mando , diera una leccion al enemigo que obstinado en la conservacion y mantenimiento del cerco , no retrocedia un paso de terreno , sosteniendo con un sufrimiento inaudito las posiciones de que se habia apoderado para hostilizar la Plaza.

Aunque incidentalmente no podemos pasar en silencio en loor de nuestros soldados un suceso tan notable de la guerra pasada. No es dado á los rasgos de nuestra pluma , ni con ella podriamos formar una exacta descripcion de los acontecimientos y hechos brillantísimos de armas que en aquel asedio constante se acometieron por parte de los rebeldes , y por nuestras tropas mandadas por el valiente General en Gefe , Espartero que no sabia jamás sino vencer ó morir , y llevar á sus soldados á la victoria. Todo nuestro afán , nuestro mas prolijo cuidado , reasumiendo nuestra atencion exclusivamente para

conseguir el objeto, con efecto cumplido, no bastarian á presentar al vivo, el cuadro sublime que revelára una esacta pintura, fiel trasunto con su verdadero colorido, del valor que imponia el Ejército español defendiendo la Plaza de Bilbao sitiada por los carlistas. Seria un débil destello, y todo el conjunto no podría formar otra cosa que un ligero bosquejo, sin tintas aparentes para representar á la vista de nuestros lectores de un modo que estuviera bien visible, y por eso seremos muy concisos, aquel campo de batalla, siempre cubierto de cadáveres, siempre iluminado por los resplandores de un fuego horroroso, siempre salpicado de sangre, y siempre haciendo hasta remover el cimiento de las escarpadas montañas al estruendo de los cañones, sin que en medio de tantas penalidades, fatigas y privaciones, se notara en los semblantes de los rebeldes sitiadores otras señales, que las que producir pueden un afán continuo cimentado con alhagüenas esperanzas para llevar á cabo su propósito, y las que revelan una alegría y entusiasmo inesplicables, por parte de las tropas defensoras de su Reina, que encontraban en la tenacidad y obcecacion del enemigo, solo ocasiones para lograr triunfos y victorias innumerables que alcanzaron, cuyo contraste alimentaba mas el furor en la constante lucha que sostuvieron los dos ejércitos frente á frente en el trascurso de esta prolongada y gloriosa campaña, que vió su término despues de un combate el mas glorioso para nuestras heroicas tropas, que ha tenido lugar durante la guerra civil: combate en el que supo conquistar una corona y un noble título de Conde de Luchana, el General en Jefe que lo mandaba, y una página memo-

rable y de inestinguible recuerdo, en nuestra historia contemporánea, para los soldados que siguiendo en pös de su intrépido Capitan, depusieron ante las gradas del trono de su inocente soberana un laurel ganado á fuerza de constancia, de sufrimientos, de valor y de heroismo, como prueba y testimonio indeleble de la adhesion más cumplida.

En pleno parlamento, el Ministro entonces de la Gobernacion, al manifestar á los representantes del pueblo, que habian vencido nuestros soldados, en un discurso que pronunció con este motivo, exaltado por el triunfo, se espresaba con imágenes poéticas en los términos siguientes:

«Las Córtes acaban de oir la relacion de todo lo ocurrido; en ella todo es admirable, todo es elevado, todo heroico. Con tales gefes y soldados, señores, nada es imposible, nada difícil; se hace cuanto se quiere, se manda al destino, y se escala hasta el cielo, etc.»

Siempre, repetimos, que no alcanzando nuestras fuerzas, ni creyéndonos dotados del tino y acierto necesarios para poner de manifiesto los pormenores ocurridos en aquellas acciones de guerra tan dignas de ser descritas por una pluma mas aventajada, no nos atrevemos tampoco á intentarlo, aunque por incidencia y ligeramente, llegando á esta época, hayamos dejado correr nuestro pensamiento, para solo tributar un elogio merecido al recuerdo de algunos nombres que merecen no olvidarse jamás, y respetarlos al mismo tiempo de recordarlos, como el del ilustre Duque de la Victoria, y otros, siquiera en justa recompensa de los eminentísimos ser-

vicios que prestaron á su Reina y á su patria. Justos, rectos é imparciales en el relato y pormenores de cuanto forme parte de nuestro libro, resaltarán siempre y en primer término las gracias de los beneméritos generales gefes y oficiales que tantas victorias tantos laureles alcanzaron para orlar la diadema de su Soberana.



CAPITULO VIII.

CAPÍTULO VIII.



RIUNFOS sin cuento había alcanzado el ejército español, defensor de los derechos legítimos de Isabel II, siendo el mayor y mas glorioso el último que hemos mencionado, haciendo retirar al enemigo de las posiciones cercanas á Bilbao, y salvando esta plaza, como uno de los puntos mas interesantes, del tenaz asedio de los carlistas, contribuyendo no poco estas victorias á producir en la campaña en general, una inacción casi completa, y una tregua que se hacía larga, considerando la ansiedad de todos los hombres que deseaban ver el término de la guerra.

Las auras del pueblo, que tan instantáneamente esparcen

las glorias de los héroes, estendiéndolas hasta las regiones mas lejanas del mundo, son como el humo que el viento evapora haciéndolo desaparecer del espacio que ocupa; y fácilmente se marchita el laurel del conquistador mas célebre, del héroe mas valiente, sino aumenta mas laureles á su corona, aunque la ciña en su frente por hechos grandes y memorables: el guerrero que se adormece blandamente y descansa largo tiempo envanecido porque ha resonado el eco de su nombre, pregonando con él sus hazañas, las mas veces despierta al ruido que forma el sordo murmullo de ese mismo pueblo que antes le ensalzaba como mas despues lo deprime, porque el pueblo es exigente, y espera siempre con afán mucho de esos hombres que venera.

Así hemos visto en la época á que nos referimos, que la prensa periódica que parecia haberse convertido en órgano del pueblo, guiando las opiniones públicas, clamaba al ver la paralización de las operaciones, y tras de la prensa los hombres de todos los colores políticos y de todas las clases, se inquietaban por igual causa, anhelando ver mas victorias alcanzadas por el General en jefe de los ejércitos, que dirigía los pasos y la marcha lenta de la guerra.

Por último resolvieron los movimientos sobre los Carlistas, volviendo á tomar cuerpo, y otra actitud mas imponente nuestros ejércitos. A mediados del mes de marzo del año siguiente de 1837, recibió un parte el gobierno, de las operaciones emprendidas por el General Lacy Evans que mandaba la division Anglo-Española.

Los enemigos aprovechándose del descanso que se dió á

las tropas de la Reina, habian reforzado sus cantones, formando atrincheramientos y parapetos para cuando fueran atacados por nuestros soldados: por lo que, al primer encuentro que tuvo lugar el día 1.º de marzo, en las líneas atrincheradas de Ametzagaña, hubo necesidad de vencer grandes obstáculos para la ocupacion de los reductos y rompimiento de aquellas á la bayoneta, en donde se hizo necesario emplear todo el valor y arrojo de nuestros campeones, para desalojar al enemigo que los esperaba en sus fortificadas posiciones.

En esta accion se encontró Lersundi, valiente como siempre, dando tales pruebas de su serenidad, y tales muestras de bizarría, que mereció una de aquellas distinciones que mas caracterizaban en la campaña, el aprecio y reconocimiento al mérito de los oficiales dignos de la consideracion de sus gefes.

El Regimiento Infanteria de *Voluntarios de Aragon*, 2.º de *Ligeros* al que pertenecia Lersundi, contribuyó en gran parte al rompimiento de las líneas atrincheradas por los carlistas, atacándoles con denuedo y decision nada comun: Lersundi, aunque de Ayudante del Comandante General Santa Cruz, se incorporaba á veces á su Batallon, y al frente de sus soldados que con entusiasmo imitaban á aquel oficial que les inspiraba valor conduciéndolos á la victoria, se apoderó en esta accion de varios reductos ocupados por la vanguardia de los rebeldes, que suponiendo inespugnables sus parapetos, los defendian con tenacidad y constancia; pero siempre sereno y ciegamente arrojado sin que le detuviera los peligros, supo arrollar al enemigo siendo uno de los primeros que rompiendo

los atrincheramientos contribuyó á decidir en parte el triunfo de aquella jornada, *por lo que se le hizo mencion honorífica en la orden general del ejército*, justa recompensa en premio de sus servicios.

Lersundi se habia ya connaturalizado con la guerra: estaba en su elemento el día que entraba en accion; y no satisfacía cumplidamente sus deseos, ni juzgaba haber llenado su deber con solo marchar unido á sus gefes sereno contra el enemigo: siempre queria sobresalir traspasando la línea que le estaba marcada, y sobresalía señalándose con particulares hechos, con los que conquistaba los ascensos en su carrera, ó un titulo de reconocimiento por sus hazañas. A los quince dias de hacerle mencion honorífica en la orden general del ejército, recibe un grado, en la toma de los fuertes de Oriamendi en cuya accion *fué herido de bala de fusil en la pierna derecha, premiado por su arrojo en el campo de batalla con el de Capitan.*

Al mes y medio de haber recibido sus heridas Lersundi, ya volvió á campaña: el día 2 de mayo, se encontró en la toma á viva fuerza de las Casas de Loyola y Aguirre: el 6 en la defensa de dichas casas: los carlistas, empuñando una reñida accion, intentaron en vano recuperarlas.

Si fuéramos á enumerar detenidamente todas las acciones de guerra en donde Lersundi por sus hechos de armas fué memorable, tal vez no bastáran las páginas de este libro, para esplicarlas con sus pormenores y circunstancias, y nada hiciera esta esplicacion minuciosa al objeto que nos proponemos. En el sucinto relato de sus campañas, sin comentarios

por nuestra parte, hallarán nuestros lectores los méritos sobrados, para contemplarle como un valiente oficial y defensor entusiasta de la causa legítima de nuestra Reina, y nosotros como el escudo mas firme y salvaguardia mas positiva, para que los elogios merecidos que le tributamos, aparezcan con un fondo de razon y de verdad franca y fundada, en los triunfos alcanzados con su arrojo y su serenidad en los combates.

El dia 14 del citado mes de mayo asistió Lersundi al rompimiento de las líneas atrincheradas de San Sebastián y Hernani: al amanecer de este dia, la division que mandaba el General inglés Lacy Evans emprendió sus operaciones, y momentos despues empezaron los certeros disparos de artillería dirigidos hácia los puntos que ocupaban los rebeldes, viéndose en la necesidad de desalojar los parapetos en que se guarecian, y de refugiarse en otros contruidos á la falda de las cumbres de Oriamendi, que tambien perdieron á los pocos instantes, porque decididamente atacados y envueltos por nuestras tropas se vieron en la necesidad de abandonarlos: últimamente dominando nuestros soldados todas sus posiciones, avanzando sin perder tiempo, y sin descansar un solo momento, se hicieron dueños de las alturas de Santa Bárbara, parapetadas por los carlistas y de las gargantas de Arricarte, segunda línea formada para la defensa de aquel punto, considerado como interesante, porque facilitaba las comunicaciones con otros fronterizos. Todos los esfuerzos de los partidarios de Don Carlos, fueron inútiles: incesantemente cargando nuestras tropas sobre el enemigo, tuvieron que abandonar á Hernani huyendo precipitados por el camino de

Andoain pueblo situado á corta distancia de este que ocupó la division Anglo-Española.

El dia 16 del mismo mes, siguiendo las operaciones dicha division, fueron atacados los fuertes de Pasages, de Irum y Fuenterrabia: Lersundi se distinguió sobremanera en esta jornada, y estuvo en fuego por espacio de veinte horas, hasta la rendicion de dichos puntos fortificados. El dia 17 á las diez de la mañana, se dió á las tropas de la Reina la órden para ocuparlos al asalto: la órden fué terminante, y nuestros soldados la cumplieron con ciega obediencia decididos y entusiasmados, porque en las ocasiones de mas peligros anhelaban siempre la inmarcesible gloria que tantas y repetidas veces, supieron conquistar en crédito de su bizarro comportamiento. Lersundi hemos dicho que siempre buscaba con afán, medios para sobresalir en los combates: en este, *volvió á ser condecorado con la cruz de San Fernando de 1.^a clase*, premio que nos releva de ensalzar el mérito que pudiera contraer en esta accion donde al asalto se ganaron los fuertes de Pasages, y á viva fuerza hubo necesidad de tomar los pueblos de Irum y Fuenterrabia.

El 8 de setiembre, última accion en que tomó parte Lersundi en este año de 1857, al posesionarse la division á que pertenecia, del pueblo de Andoain fué herido de bala de fusil por tercera vez en el brazo izquierdo. Un tanto restablecido de sus heridas, volvió á incorporarse á su Batallon 2.^o de Ligeros Voluntarios de Aragon.

Unas veces obteniendo premios, otras sellando con su sangre el campo de batalla, Lersundi hacía que sonara su fa-

ma de valiente y denodado entre sus compañeros. El día 21 de abril de 1838, en la accion de Piedrahita, dió nuevas pruebas de haber nacido para la guerra, y sereno en la lucha, intrépido en aquella jornada, conquistó otro laurel mas á los muchos que habia ganado con su valor. Alentado, con las victorias que obtenian las tropas de la Reina entre el enemigo, siguiendo Lersundi el impulso natural de sus inclinaciones que le guiaba por el camino del honor, buscaba con afán el puesto de mas peligro, corria ciego tras él, sin ver mas que enemigos que combatir y glorias que alcanzar. Lersundi supo sobresalir en este dia guiando á sus bizarros soldados á la victoria, *y por su distinguido mérito volvió á ser agraciado sobre el campo de batalla, con el segundo grado de Capitan.*

El día 8 de mayo del citado año, pasó de Teniente á la Guardia Real de Infantería, por gracia especial, é incorporado á su regimiento, se encontró el día 27 y 28 de este mes, en las acciones de Dicastillo y Allo. El 30 del mismo, salió de este cuerpo, por haber sido nombrado capitan efectivo del Batallon de Cazadores de Luchana.

Este cuerpo, que obtenia la mas acrisolada fama de valiente, que para mayor gloria á su buena reputacion, llevaba por nombre el título de un noble Conde en el que estaba personificada la valentía y el denuedo, simbolo de los triunfos y las victorias, este cuerpo que todo el ejército reconocia como uno de los primeros en decision para los combates, necesitaba oficiales como Lersundi. Los Cazadores de Luchana, eran casi siempre la constante vanguardia del ejército en campaña: los exploradores en los dias de combate: los que por dis-

linguida preferencia entraban primero en fuego; y los que acompañaban ó seguían al bizarro General en Gefe Espartero cuando para decidir las acciones cargaba sobre los carlistas á la bayoneta. Este cuerpo en fin, llevaba el lema en su bandera de *vencer ó morir*; y bastaba á un soldado, á un oficial, á un gefe, poder decir que pertenecía á los Cazadores de Luchana, para mirársele con respeto, y para ser considerado como un valiente defensor de la Reina.

No quisiéramos herir en lo mas mínimo el buen concepto que todos los cuerpos del ejército valeroso que llevaban la enseña de los defensores de la mejor causa, gozaban por su buen comportamiento y porque debemos convenir en que todos igualmente se distinguieron en la pasada guerra; pero tambien es notorio que unos tuvieron mas ocasiones que otros de arrancar triunfos y victorias al enemigo en la pelea, y uno de estos, y en muy ventajosa linea, deben colocarse los Cazadores de Luchana, porque formando parte de la division del General que mandaba los ejércitos reunidos, era además su cuerpo predilecto.

En la primera accion que se encontró Lersundi mandando su compañía, no desmintió su serenidad y arrojo: las operaciones practicadas desde el dia 19 al 22 de junio del referido año, para la toma de Peñacerrada y Castillo de Ulivarri, proporcionaron un dia de gloria al valiente Capitan de Luchana, que colocado al frente de su compañía fué de los primeros en entrar al asalto de la plaza. Tambien se encontró Lersundi en la batalla que tuvo lugar dicho dia sobresaliendo de tal manera, *que por su brillante comportamiento le fué*

conferido el grado de Comandante, y la cruz de distincion de Peñacerrada el 26 de diciembre; en cuya accion fué contuso.

Asistió á los reconocimientos para la toma de Ramales y Guardamino, hasta la rendicion de aquellos pueblos fortificados por los carlistas, cuyas operaciones duraron desde el dia 27 de abril del año siguiente de 1859, hasta el 31 de mayo del mismo: *mereciendo por su distinguido comportamiento, el empleo de 2.º Comandante*, con destino al regimiento infantería de la Princesa.

El 18 de agosto ya incorporado á este brillante cuerpo, se encontró en la accion de Allo y Dicastillo: en la de Cirauqui el dia 25 y 24 del mismo, *en la que por el mérito especial que contrajo, obtuvo el empleo de primer Comandante.*

Igualmente, asistió á la del puerto de Velate el 15 de setiembre; y al sitio y toma de Chulilla el 25 de diciembre, finalizando este año de 1859 con esta última accion.

Las operaciones de ambos ejércitos amigos y enemigos de la legitima causa, se paralizaron por entonces en algunos puntos donde la guerra se habia sostenido con mas calor, precediendo á esta especie de tregua, un silencio y un murmullo sordo que revelaba planes ocultos y sucesos de grande consideracion y trascendencia, como con efecto posteriormente quedaron consignados á la faz del mundo,

Entre los palacios que cercaban al Pretendiente, entre los que ocupaban lugar de preferencia en su cuartel general, se traslucia cierta agitacion y cierto movimiento, cuya causa no era dado penetrarse, motivo por el que fué extraordinaria la sorpresa que experimentaron en los precisos momentos de

tocar la realidad aquellos fanáticos que siempre vieron en sus dorados sueños al Príncipe D. Carlos manejando las riendas del gobierno como absoluto soberano de la Nación: pero siempre vela la Providencia por el triunfo de la causa mas justa: siempre en todos los sucesos que se ligan consecuencias de tanto bulto, parece observarse una mano oculta dirigida por un ser antenatural, que señala y fija el norte y rumbo para que la justicia sea la enseña de la victoria, y sea sobre todo, la que sin estorbos aparezca en primer término para confundir á los que sin verdadera causa, hayan sacrificado á sus pasiones, la conciencia y la rectitud de sus fines.

El pendon que conducia á la campaña á los rebeldes, defensores de unos derechos que no existian, se habia hecho mil pedazos; y el trono de la Reina, por el que tanta sangre se derramó en los combates, aparecia en todo su esplendor sin enemigos que lo combatieran, puesto que defensores y rebeldes se habian abrazado.



Terminada felizmente en las provincias del Norte la guer-

ra civil, á beneficio del memorable convenio de Vergara celebrado el 31 de agosto de 1839 entre los dos ejércitos beligerantes, el mandado por el esclarecido conde de Luchana pasó á operar á las del Este para combatir las fuerzas rebeldes, y someter las plazas fuertes que aun se mantenian fieles á la causa de D. Carlos.

Lersundi que con su regimiento de la Princesa habia seguido, aquel cuerpo expedicionario, no tuvo, sin embargo, la fortuna de concurrir por entonces á la destruccion y esterminio de los enemigos en los últimos combates sostenidos contra todo el poder del cabecilla Cabrera, si bien habia participado ya de los triunfos obtenidos en el puerto de Velate y sitio y toma de Chulilla. Una comision especial encomendada al talento y eficacia de aquel jóven Comandante le alejó por unos dias del teatro de la guerra, precisamente cuando las tropas leales marchaban de conquista en conquista y de victoria en victoria, sometiendo y ocupando una tras otra todas las fortalezas enemigas en cuya conservacion estaba cifrada toda la esperanza de los carlistas y la existencia moral y material de su partido.

Para un jóven como Lersundi, cuyo delirio era la gloria, y cuyo entusiasmo por las batallas crecia ante los peligros, fácilmente se comprenderá la razon de su intranquilidad y desasosiego al tener que separarse de sus compañeros de armas para marchar á donde un nuevo deber le llamaba. Pero aquel afán de gloria, aquel deseo de participar de las fatigas y de los triunfos que iba obteniendo el ejército del general Espartero, fueron corroborados con la actividad que desple-



gó Lersundi para dar por terminada en un breve período la comision encomendada á su laboriosidad é inteligencia. Cuando finalizada esta, y lleno de ardoroso entusiasmo se disponia á regresar á su puesto, una real orden destinándole á la provincia de Cuenca para la reorganizacion del tercer batallon provisional, vino á destruir en un momento sus mas risueñas esperanzas, limitadas tan solo á combatir mientras hubiese enemigos que vencer. Concluir la guerra peleando era por entonces todo su afán, y la suerte vino á satisfacer esta noble necesidad.

El general D. Manuel de la Concha, que despues de la rendicion de Castellote fué destinado á la misma provincia de Cuenca para perseguir las facciones que se habian desprendido del alto Aragon y recorrian impunemente la Alcárria, cometiendo toda clase de escesos y tropelías, no habiendo podido conseguir que se le facilitasen todas las fuerzas y recursos que necesitaba para corresponder dignamente al cargo que acababa de confiarle el gobierno de S. M., pidió gefes de prueba que pudiesen ayudarle en la empresa difícil que debia acometer.

Lersundi, uno de los gefes predilectos de Concha para todas las situaciones árduas que atravesaba, fué el primero de los elegidos para acompañarle, porque tenia en él tal confianza y habia experimentado tantas veces sus hechos de valor, que no vaciló un instante en reclamarlo á sus inmediatas órdenes. Si aquel gefe superior al dar este paso encontraba satisfecho un deseo de conveniencia para dar mayor impulso á sus operaciones, Lersundi á su vez llegaba tambien al colmo

de sus vehementes aspiraciones, pues además de que solo ansiaba ocasiones para añadir nuevos títulos á la amistad con que le favorecía su General, veía un motivo mas para prestar servicios en defensa de su Reina y de su pátria, que logró, pasando desde luego á mandar la columna de cazadores que constituía la vanguardia de aquella division.

El buen éxito de las primeras operaciones practicadas por el General Concha, y el influjo de las repetidas derrotas de las facciones en las provincias del Centro se dejaron sentir muy pronto en el pais que recorria, y no parecia estar lejano ya el término de la guerra. La sorpresa del pueblo y fuerte de Mira ocurrida el dia 1.º de junio en que fué hecha prisionera toda su guarnicion, proporcionó á Lersundi una nueva ocasion de distinguirse, mereciendo las gracias de su General, y una especial mencion que se hizo de su persona al gobierno de S. M.

Cuando el valiente general Concha animado con el triunfo que acababa de alcanzar batiendo al enemigo en Mira, se disponia á marchar sobre Beteta con ánimo de poner cerco á su castillo y seguir despues sobre Cañete, una órden del gobierno para que con su division saliese á proteger el viaje que desde la córte verificaban SS. MM. y AA. á Barcelona, le obligó á suspender sus bien concertados planes. Las facciones de Balmaseda y Palacios que á su vez pudieron apercibirse de esta novedad, considerando tambien que podian utilizar la ocasion propicia que se presentaba para apoderarse de las augustas personas, ó cuando menos atacar con ventaja á las tropas que las custodiaban, salieron el dia 12

desde Cañete y á marchas forzadas cayeron á las tres de la madrugada del 15 sobre la carretera de Aragon á dos horas de distancia de Medinaceli, punto en el cual pernoctaba precisamente la corte. De aquí podrá inferirse la exactitud de las noticias del enemigo, y que si sus cálculos salieron fallidos no fué por falta de actividad, puesto que solo habia consistido en el retraso de algunas horas. Concha que tuvo aviso del movimiento ejecutado por la faccion, y sabia que esta se hallaba acampada en Horna en número de 6,000 infantes y 800 caballos, tornó en aquella direccion dándoles alcance en las inmediaciones de Olmedilla entre una y dos de la tarde del mismo dia 15.

Lersundi marchaba á la vanguardia con su brillante columna de Cazadores, y en el movimiento de flanco que seguia tuvo la fortuna de caer sobre el grueso de la caballería enemiga, que encarrilada por la falda de un monte áspero, cuya senda con dificultad permitia el paso de dos caballos á la desfilada, sufrió un fuego terrible asestado por sus bravos cazadores que puso en dispersion completa á los escuadrones; pero en términos tales y con tan buen éxito, que aquellos hubieron de abandonar su infantería y aislarse enteramente del cuerpo de ejército rebelde. Mientras se ejecutaba esta operacion, los batallones de Concha avanzando por los montes que dan vista á Olmedilla, coronaban las últimas alturas, casi al mismo tiempo que lo verificaban las guerrillas enemigas por la parte opuesta. A este cercano encuentro trabóse desde luego un reñido y sangriento combate. Hubo momentos de indecision en ambas fuerzas, pero el fuego de nuestra artillería, dirigido con

el mejor acierto é inteligencia, puso finalmente á los primeros batallones enemigos en desordenada retirada con bastante pérdida.

Los carlistas, que conducian un crecido número de prisioneros, sacados de los fuertes de Beteta y Cañete, teniendo perdida ya toda esperanza de salvacion, y viendo en aquellos desgraciados un obstáculo para retirarse con mas precipitacion, só pena de tener que abandonarlos; consumaron el acto bárbaro é inaudito de pasarles por las armas á la vista de las tropas de la Reina. (1) Esta escena terrible y sangrienta llenó de indignacion y escitó doblemente el valor de los soldados de Concha. La caballería entró en aquel momento á la carga con un arrojó indescriptible, sin dar lugar á que la faccion se rehiciese, y en su justo furor pasó á cuchillo á las dos compañías que acababan de producir aquella lamentable desgracia, muy triste en verdad pero que no contribuyó poco para que se decidiese en favor de las tropas leales una completa victoria. La pérdida de los carlistas en aquel combate pudo calcularse en 500 muertos y sobre 1500 prisioneros.

El General, á quien no fascinaron los laureles del gran triunfo que acababa de alcanzar, y que tampoco queria abandonar la situacion favorable que se le presentaba para esterminar en un solo dia á los rebeldes, ordenó que Lersundi con su vanguardia y algunas otras fuerzas continuasen la persecucion; habiendo conseguido alcanzar y batir al enemigo por segunda vez en Pozuelos, causándole algunas bajas. Al dia

(1) Una de las victimas dispuestas á ser sacrificadas al furor de aquellos bárbaros y que tuvo la fortuna de salir ileso en aquel fusilamiento, nos ha suministrado estos datos, de cuya autenticidad respondemos.

siguiente 16, la columna de Cazadores aun pudo alcanzar la retaguardia de la faccion, siguiéndola despues sin tregua ni descanso hasta que estrechada por todas partes tuvo que internarse en Francia.

De esta manera gloriosa concluyó Lersundi la campaña. Sus últimos servicios merecieron elogios repetidos de su General, quien para recompensarlos dignamente le propuso al Gobierno de S. M. para el empleo de Teniente Coronel Mayor, á que le consideraba acreedor por su distinguido comportamiento. Esta gracia, sin embargo, no llegó á ser confirmada, tal vez por consecuencia de los sucesos políticos que sobrevinieron poco despues de restablecida y publicada en España la paz general.



TERCERA EPOCA.

...le monde est en train de se transformer, et la révolution est en marche. Les hommes de bien sont en minorité, mais ils ont la conscience et le courage. Ils luttent pour la justice et la liberté. Ils sont les seuls à mériter le respect et la confiance.

En ces moments de crise, il est important de se tourner vers les valeurs fondamentales de notre civilisation. Nous devons nous rappeler que la liberté est le droit de tous, et que la justice est le fondement de toute société humaine. Nous devons nous battre pour ces valeurs, car elles sont le seul remède à la tyrannie et à l'oppression.

TERCEIRA EPOCA.



TERCERA EPOCA.

Acontecimientos que tuvieron lugar despues de la pacificacion de España.-Bosquejo de los sucesos del 7 de Octubre de 1841.-Lersundi emigrado en Francia de sus resultados.

CAPITULO IX.



DISUELTA la division del General Concha, Lersundi tuvo que dirigirse á la ciudad de Cuenca para hacerse cargo del mando de su batallon provisional, diseminado entonces en varios puntos de la provincia; mas esta circunstancia no le imposibilitó para dedicarse á mejorar todos los ramos del servicio, resentidos algun tanto por efecto de las vicisitudes de la reciente campaña.

Preparábanse en aquel tiempo en Barcelona los ruidosos acontecimientos que poco despues estallaron en toda la Monarquía. El móvil de esta revolucion, las causas que en ella influyeron mas directamente para conseguir el triunfo de las ideas reaccionarias, consignados están en nuestra historia contemporánea; y esta será la razon porque nos abstengamos de reproducirlas detenidamente en este lugar. Pero nunca podremos, sin embargo, aparecer estraños en esta cuestion cuando en ella hay una parte tan intimamente enlazada con los sucesos por que tuvo que atravesar el Comandante Lersundi, que sin su auxilio, no nos sería dable entrar en algunas consideraciones respecto á su conducta militar y política durante aquella época revolucionaria.

Todos sabemos la parte activa que al ejército cupo en el pronunciamiento de 1.º de Setiembre de 1840, y las causas primitivas que lo agitaron.

El nombre, la fama y el prestigio del General Espartero, justamente merecidos por sus heroicas hazañas, fueron, á no dudar, los medios poderosos que se emplearon entonces para escitar aquella conmocion popular tan vivamente pronunciada en el pais.

Fascinado con el esplendor de sus recientes victorias y con la universal ovacion de que fué objeto despues de terminada la guerra, se entregó en brazos de un partido numeroso que quiso explotar su nombre, para poder á su sombra contrariar el espiritu y tendencias del régimen existente y hacer cambiar la faz política del pais.

Quizás sería una necesidad de la época, y cuidado que no

creemos incurrir en un error, el que para satisfacer la voluntad general, Espartero tuviese que asociarse á aquel movimiento popular; porque si bien este acto fué censurado por algunos, fué tambien acogido y ensalzado por los mas. Los cargos que fulminó la prensa moderada contra este proceder acusándole de ingrato á los inmensos honores y distinciones con que le habia colmado S. M. han ido paulatinamente perdiendo toda su acritud, y el tiempo y la opinion, que son los mejores jueces para decidir en estas cuestiones, han venido á justificar que la agitacion revolucionaria, no la ambicion de aquel ilustre personaje, fué la que señaló con su omnipotente voluntad la suerte que estaba reservada á los Españoles. El General Espartero, tan honrado como valiente, respetaba demasiado el trono de sus Reyes que acababa de salvar, para llevar sus aspiraciones hasta el extremo de mancillarlo; por eso repetimos, que al ponerse al frente de la revolucion, quizás lo reconociese como una necesidad del momento para evitar mayores males. Pero sin embargo, con un Gobierno mas previsor, mas enérgico y activo, el héroe de Luchana no hubiera llevado sus miras á apoderarse del mando de la Regencia del Reino, durante la minoría de nuestra Reina, porque ante todo ese mismo Gobierno debió reprimir la efervescencia del partido que se agitaba para evitar sus consecuencias. Pero el Gobierno fué débil, y la revolucion alzó su formidable cabeza. La fuerza popular quedó amalgamada á la fuerza del ejército, y estos dos poderes invencibles, aunque unidos al prestigio del que hoy tan gloriosamente ostenta el titulo distinguido de Duque de la Victoria, fueron los que hicieron ab-

dicar á S. M. la Reina Gobernadora, bajo la influencia de un sentimiento universal.

Sin embargo, aun se encontraban en ese mismo ejército espadas dispuestas á sacrificarse por su Reina, y gefes bizarros y distinguidos que con franca y espontánea lealtad se le ofrecieron para hacer respetar la inviolabilidad de sus derechos y el esplendor del trono.

Lersundi era uno de los gefes identificados en estos nobles principios; por consiguiente mal podia avenirse á las consecuencias de aquella reaccion militar sin menoscabar la severidad de sus doctrinas, sin debilitar la pureza de sus creencias, y sin faltar al juramento solemne que hiciera en aras de sus propias convicciones. Mas noble, mas decoroso y digno era para él, á pesar de las escasas probabilidades de triunfo en la empeñada lucha, arrostrar los peligros que sobre sí se abocaban, antes que abjurar su fé militar y sus ideas de orden y moderacion. Fiel y leal soldado á su Reina, como lo habia demostrado en la campaña, su deber y sus votos le aconsejaban seguir aquella recta senda, oponiéndose con todas sus fuerzas á semejante escision militar. Siguiendo esta saludable máxima conservó dentro de los límites de la disciplina y del honor las dos únicas compañías de su batallon que guarnecian la ciudad de Cuenca, y todas hubieran imitado su ejemplo si á la vez hubiese tenido Lersundi facultades y medios para reunir las en un solo punto. Esto no estaba desgraciadamente en sus atribuciones, y no le era fácil contener los estragos que iba haciendo la revolucion dentro de sus filas.

Cuando tuvo noticias de que la fuerza de Requena, que

pertenecía á su batallón se habia adherido al alzamiento, deseoso de traerla á la legítima obediencia, montó á caballo, y no obstante los gravísimos inconvenientes que se oponían á su marcha, se dirigió solo á aquella ciudad para reprimir á los nuevos pronunciados y hacer prevalecer, empleando toda la energía de su carácter firme, su autoridad de jefe contra tal acto de indisciplina, que consideró como un desacato cometido á una de las garantías mas preciosas del deber militar.

En la primera entrevista que á su llegada á Requena tuvo con el capitán de la fuerza pronunciada, empleó todos los medios que estaban á su alcance para persuadirle del grave error á que habia sido inducido, del delito que acababa de consumir desertándose de sus banderas, y de la necesidad de abstenerse en seguir un movimiento que iba á imprimir en su uniforme una oscura mancha. Las contestaciones del capitán parecieron satisfactorias, y en su consecuencia le previno Lersundi se dispusiese á marchar con su compañía al día siguiente; pero Lersundi acababa de ser víctima de un imperdonable engaño.

Además en un pueblo como Requena que se habia alzado en masa en favor de la regencia del General Espartero, la vida de Lersundi hubiera corrido gran riesgo al menor apercibimiento de sus trabajos, si hubiesen llegado á cundir entre la multitud armada; pero lejos de arredrarle el aspecto imponente que presentaba aquella ciudad, su temple de alma y la inflexibilidad de su carácter firme, le hicieron insistir en su propósito de llevar consigo la fuerza de su batallón. A la mañana siguiente esperó la compañía en el sitio señalado para su for-

macion; pero esta, inducida por su gefe, que sin duda se habia puesto de acuerdo con la junta de salvacion, como se titulaba, habia desaparecido la noche anterior para regresar tan pronto como Lersundi evacuase la poblacion. En este estado se presentó ante la misma junta protestando contra la ilegalidad de sus actos que llegó á calificar de insidiosos y rebeldes.

Si Lersundi hasta aquí habia obrado dentro del círculo de sus atribuciones como gefe, y en el terreno legal del deber como soldado, desde entonces toda insistencia hubiera sido ineficaz. En su virtud adoptó el partido de regresar á Cuenca para retirarse con la fuerza que pudiese reunir á Tarazona. A su llegada al primer punto tuvo igualmente aviso de la defeccion consumada por otros destacamentos, y no siéndole posible tampoco permanecer en Cuenca por la agitacion que se dejaba sentir en favor del movimiento, marchó con sus dos compañías á incorporarse al cuartel general del General Aldama.

Difícilmente hubiera podido avenirse Lersundi á los principios proclamados en aquella revolucion ya casi triunfante: creyendo pues incompatible su continuacion en el ejército con los deberes que se habia impuesto de defender á su Reina, solicitó su licencia absoluta que el Gobierno no quiso acordarle.

Nosotros creemos que Lersundi obró en esta ocasion con toda la dignidad que cumple á un gefe que se estima, y que si pudo tener alguna significacion politica ante el ejército por su insistencia y oposicion á los sucesos que de hecho hubiera

deseado combatir, ciertamente la adquirió dentro de la esfera que le señalaba su deber. Asociarse á una causa para lanzar del país á su Reina por la que habia derramado su sangre gloriosamente en diferentes combates, hubiera sido para él un crimen, y antes que consumarlo quiso retirarse á la vida privada. Así en este acto fijaba un recuerdo que debía señalar para el porvenir todo lo que el trono de su Reina podia esperar de su adhesion y lealtad nunca mejor significadas que cuando se sometia espontáneamente á pasar por todos los rigores de aquella amarga condición.

Terminados los acontecimientos con la elevacion á la Regencia del Reino del General Espartero, Lersundi fué llamado á Madrid para desempeñar el mando de un batallon de la Princesa, quedando de guarnicion en la córte.



CAPITULO X.

CAPITULO II.

CAPÍTULO X.



Como sujetar nuestra pluma sin dejarla correr libremente al presentárenos un campo fértil en acontecimientos que desprendieron sucesos llenos de espanto, negros como la misma oscuridad, tristes y melancólicos recuerdos que al colocarnos en la época presente han asaltado nuestra imaginación, para martirizarla, para poner en prensa nuestro ánimo, para recordar abusos de los Gobiernos, lágrimas de los pueblos, horrores y funestísimas consecuencias de los enconados partidos políticos..... Pretendemos que nuestra pluma lleve el sello de

la imparcialidad: pretendemos que dicte nuestro relato fiel, la conciencia mas pura, la fé y voluntad para dirigir sus rasgos y los conceptos que describa, elevando hasta el altar de la innefable verdad nuestras palabras. En medio de las disidentes opiniones, recientes los sucesos, porque no pasan y quedan fijos en la memoria aquellos que forman época, que se caracterizan por sus proporciones para jamás borrarlos, para que nunca se olviden porque no pertenecen nunca á lo pasado, sino á lo presente, es muy difícil cumplir nuestra tarea.

Rara vez aparece bastante imparcial el hombre aunque blasones que escribe de buena fé, con el corazon que enseña en la mano sin doblez, franca y esplicitamente: rara vez para los hombres contrarios á las ideas politicas que asienta el cronista, por mas exactas que sean, serán tan imparciales que oculten bajo un profundo silencio su encono, que todas veces despliegan á impulsos de eso que llaman *pensamiento politico*: la fé vá faltando á través de los desengaños y de los sucesos que vienen á descubrir la refinada malicia de los que se alimentan de convertir en víctimas á sus semejantes.

Somos al parecer escépticos: lo somos sin poderlo remediar.

Al dirigir la vista hácia la universal masa comun de esa gran sociedad que forma el mundo, en todas épocas, en todos los siglos, estudiando en su historia su índole, hemos visto solo escisiones, hemos lamentado la falta de sosiego, de reposo, en la marcha precipitada de los gobiernos y de las naciones.

Siempre habrá sociedad: siempre habrá hombres: siempre

habrá partidos: siempre habrá trastornos: siempre ambiciones: siempre llanto; y siempre luto y desolacion. La sociedad producirá solo desengaños: los hombres antepondrán la mentira á la verdad: los partidos harán verter la sangre á torrentes: los trastornos darán por resultado funesto, la desesperacion, el llanto, el luto, la miseria espantosa. *¡Desgraciada sociedad, pobres hombres, desventurados partidos, despreciables ambiciones!.....*

No tan escépticos tampoco, que creamos se nos desplome encima el orbe, ni que se haya oscurecido del todo la luz de nuestra esperanza: no profetizamos el porvenir, porque todo puede cambiar: quizás llegue un dia de ventura: quizás no esté lejos; pero cerca ó lejos, lo anhelamos con vehementes deseos. Hoy parece que hay paz, en la apariencia: no se combate al menos con las armas; pero se combate en los palacios de los poderosos magnates de los partidos: en el centro de las opiniones: en la mente de los políticos; y vienen y se encuentran los desmanes, y se van á las manos los partidos, *para cada cual á tiros hacer que triunfe su idea*, que es su problema; porque en politica suele estar el mal en los hombres y no en las formas de los gobiernos, y no se reconocen siempre las causas de los sucesos. No está muy lejana la última época del combate y de la sangre vertida. *¿Para que tantos desastres? ¿para qué tanta ruina? ¿para qué tanta escision?— ¡No somos todos españoles!*

Aun recordamos aquellos dias manchados con la sangre vertida, cuya negra página escribirá la historia de nuestro siglo: aquel funesto 7 de octubre de 1841, de tristisima con-

memoracion: las victimas sacrificadas al furor de las encarnizadas opiniones; y lamentamos que se nos vengan á la memoria los nombres ilustres de Montes de Oca, de Quiroga y Frias, de Boria, Gobernado y Fulgosio, de Borso di Carminati y Diego Leon, el General, paladin mas bizarro del ejército, que venciò en Mendigorria, Arlaban, Villarobledo, Belascoain, mereciendo un titulo de Conde por sus hazañas, ganado con la punta de su lanza, y cuya infausta muerte llora aun el pueblo español (1).

El General Córdova solia decir, hablando de Diego Leon y de la batalla de Mendigorria — « Que si Leon hubiera estado al frente de la caballeria, la guerra de D. Carlos hubiera podido quedar decidida en aquella memorable jornada. »

Parecia invulnerable Diego Leon: el capitan de Coraceros de la Guardia Real: el gefe del escuadron de Lanceros: el coronel de los Húsares de la Princesa; y muriò, aunque jamás morirá su nombre, que está fijo en la memoria del ejército español; y muriò, no en los combates, que el plomo de sus enemigos en la guerra nunca pudo tocarle: muriò, sirviendo de victima á un partido político que esgrimiò su saña hasta encerrar sus restos en una tumba pobre y miserable, sin tributarle un recuerdo, sin inscribirle una lápida. Como si la sombra del héroe no se alzara de su fúnebre aposento, para presentar su arrogante figura de guerrero: allí duerme en sueño eterno: *« reposa aguardando tumulto mas digno »* ¡ Quién se lo

(1) A nadie aludimos: consideramos en general los efectos de los trastornos políticos que siempre hemos lamentado, así como reconocemos que á veces santifican su causa, cuando se desbordan en el poder los que gobiernan: volvemos á decir que no aludimos á nadie en particular.

elevará, colocando en él la palma del martirio, la corona del valeroso adalid de los campos de Navarra!

No fué solo Diego Leon el vencedor en todos los combates, el que se lanzó á la lucha en aquel día tan siniestro para su destino: otros mas afortunados que hicieron causa comun con él para vindicar el agravio que se decia hecho á una Reina: los Generales Concha (D. Manuel), D. Leopoldo O'Donell, D. Gregorio Piquero, La Hera, el Duque de Castroterreño, La-Rocha, Urbistondo, Pavia, Palarea, Pezuela y D. Fernando Norzagaray, Brigadier, el Coronel Oribe, y el Comandante del Regimiento de infantería de la Princesa, Lersundi, salvándose este último de las garras de la revolucion, porque estaba escrito que debia vivir para ser Ministro de la Corona.

La causa que impelia aquella revolucion, iba precedida de un carácter de caballerosidad. La Reina Madre, espatriada, debia volver á ocupar su puesto de Regenta y Gobernadora del Reino, y los mas decididos campeones que en la pasada lucha habian defendido con arrojo el trono legitimo de su augusta hija, querian volverla los derechos que otra revolucion le habia usurpado.

El objeto de la presente obra, la posicion que respetamos de la persona que nos sirve de tipo, al escribirla, nos impide el dilucidar los pormenores y circunstancias que fueron la causa de este movimiento, en el que tomaron parte tantos beneméritos Generales, cuyos nombres figuran hoy demasiado para que nos ocupemos de un asunto tan espinoso: es sobradamente delicada nuestra posicion para profundizar en este terreno que nos ha colocado solo la época que nos toca

describir, y por lo mismo creemos cumple á nuestro deber y á nuestro fin el mencionar solo la parte que tomó, y la suerte que le cupo al Comandante de la Princesa, Lersundi.

A la cabeza de su Batallon se encontró en el ataque que con tanto empeño resistieron los pocos Alabarderos que custodiaban el palacio de Oriente; y hasta la conclusion de aquella jornada tan funesta para los que habian sido héroes vencedores al frente del enemigo de la causa legitima del trono, permaneció Lersundi al frente de sus soldados sin separarse un momento, alentándolos con su arrojo en el trance tan fatal que á última hora se encontraban.

Este hecho de Lersundi tenia entonces mucha significacion politica, porque ya en otra ocasion habia querido hacer frente y resistirse al pronunciamiento de setiembre de 1840, que sirvió de precursor para arrojar del suelo español á la Reina que abrió las puertas á la libertad, sacrificando á la ambicion el reposo y sosiego de su augusta hija. Lersundi no tomaba parte en estos sucesos por ligarse á una revolucion, por solo figurar en una escision militar. La conviccion que guiaba su fé, y la creencia de que pertenecia y solo exclusivamente á la Reina Madre el gobierno de la nacion, fueron los únicos móviles que pudieron hacer á Lersundi y á todos los Generales, adoptar como suya la causa de aquellos trastornos.

En los últimos momentos, cuando la revolucion espiraba sin éxito favorable á los comprometidos en ella, cuando ya habian desaparecido los Generales Concha y Leon de la escena ó campo de la contienda, Lersundi aun permanecía en su

puesto; pero comprendiendo lo azarosa que era su posicion y viéndose abandonado, y reducido á sus propias fuerzas, sin concierto ni órden por parte de los que acometieron empresa tan arrojada, tuvo necesidad, calculando la suerte que le esperaba si hubiera caído en manos de sus contrarios, de utilizar cuantos medios estuviesen á su alcance por salvarse de las consecuencias de aquellos imprevistos sucesos que mas luego tuvimos que lamentar.

Envainando su espada, con la serenidad que tanto le caracteriza en los peligros, á riesgo de ser conocido y capturado, atravesó por las calles de Madrid en donde permaneció oculto hasta que creyó llegado el momento oportuno para evadirse de la estricta vigilancia que desplegaban los vencedores, con el fin de apoderarse de todos los iniciados en la escision militar cuya causa justificaba un tanto el alzamiento contra el poder de un gobierno sometido ciegamente á la voluntad de un solo hombre que conquistó mas glorias como soldado, que como magnate adormecido en el palacio fabricado para ostentar su casi soberania.

¡Cuántos mas laureles supo ganarse para elavorar su brillante corona, como héroe y valiente guerrero, casi siempre vencedor, nunca vencido, que como dueño del Alcázar desde donde sancionó con frialdad, impasible, sentencias de muerte dictadas contra los mismos que le habian con su arrojo y valor alcanzado el renombre del adalid mas valeroso y cumplido de su Reina!!!

Apenas podemos sujetar nuestra pluma, y al resistir la idea con tanto empeño de no trazar los sucesos tales como

los contemplamos, considerándolos en una línea imparcial, es tan solo por el respeto que nos infunden los acontecimientos que la política envuelve en su involucrado laberinto, para desfigurarlos de tal modo que jamás resalte su verdadero colorido á la vista de los hombres: — ¿Quién podrá desenvolver con certeza la razon ó sinrazon de los alzamientos contra el poder sin convertirse en juez censor de los actos de un gobierno que reconoce siempre legítimo un partido que todo lo sacrifica á sus ideas y opiniones, represente aquel, ésta ó la otra bandera?.....

Ni aparecer pudieramos fieles narradores, si dejando correr nuestro pensamiento, intentáramos profundizar esos misteriosos arcanos que forman las principales causas de las revoluciones, ni fácil tal vez nos fuera esponer claramente la verdad de las cosas en política, en cuya sola palabra encontramos un secreto en todo cuanto se roce con ella, y por eso de buen grado, concretándonos á nuestro objeto y á nuestro fin, cedemos gustosos el campo á los encargados de confeccionar el libro de la historia contemporánea de nuestra nacion, para que inquieran con mas conocimientos y mas escudados que nosotros con la autorizacion de su distintivo carácter de historiadores en general, lo que no queremos inquirir para conservarnos en nuestro reposo y tranquilidad, ya que hasta hoy tenemos la fortuna de no suponer ni representar nada en la escala de los hombres políticos, y puesto que nos marcamos con un carácter de independientes sin afecciones, al colocarnos en el terreno de escritor, hácia ningun partido. Veamos solamente por qué acontecimientos y vicisitudes pasó

Lersundi despues de la citada noche del 7 de octubre.

Oculto como hemos dicho permaneci6 veinte dias en Madrid concediéndole hospitalidad sus amigos para ocultarse á la vista de sus perseguidores: Lersundi era todo un caballero: no podia permanecer pasivo en la representacion de aquellas escenas de fusilamientos y desastres, y tan caballero que concibió el noble pensamiento de presentarse á sus perseguidores para morir como un héroe, como un mártir entre sus compañeros. La vida le parecia insoportable cuando iban al patíbulo, los que habian peleado con él; los que habian espuesto como él su vida: hubiera acometido este hecho grande inaudito que llamamos un suicidio, con abnegacion, con pasibilidad, si sus impulsos solo le guiaran: pero sus amigos se lo impidieron, se lo prohibieron y hubo hasta necesidad de convencerlo que era un atentado lo que iba á cometer, para que no se entregara al sacrificio.

¡ Cuánta nobleza ! ¡ cuánta heroicidad ! ¡ cuánto y qué honorífico desprendimiento !

Lersundi al fin, cediendo á los ruegos de sus amigos, de sus mas caros amigos que le estimaban en lo que vale, y en momentos que creyó aparentes para salir de la corte, vacilaba solo por no poder de pronto concebir la manera de verificarlo: el propósito de marcha estaba proyectado: la forma era un tanto dudosa. Pero la imaginacion á veces avanza mucho, y en ocasiones dadas suelen ser felices los pensamientos, y mas cuando se discurre sobre un tema en el que se juega ó está espuesta la existencia del hombre. Lersundi fué ocurrente, y tuvo mejor eleccion y mas

fortuna en su partida que el desventurado Brigadier Quiroga y Frías, que fué capturado cuando marchaba en una carreta envuelto entre seras de carbon en compañía del conde de Requena: el primero murió en el suplicio con sus compañeros de infortunio; y fué confinado á los presidios mas distantes el segundo.

Vestido de mayoral de galera, y guiando el tiro de mulas, á beneficio de este disfráz, salió Lersundi de Madrid con direccion á Murcia: el primer día de marcha, cerca ya de Aranjuez, descubrió á lo lejos un caballo en el que montaba un sargento que á paso ligero se dirigia hácia el carruage que conducia: de suponer era que aquel viniera en su busca, y de suponer era que Lersundi tuviera en aquella ocasion necesidad de habérselas con un hombre armado, y apenas lo divisó, concibió la idea de defenderse como le fuera dado hasta morir, si la comision de aquel sargento era la de prenderle: antes de entregarse Lersundi para ser conducido á espirar en un patíbulo, hubiera perecido defendiéndose de su perseguidor; pero al llegar cerca de él, conoció por el uniforme que pertenecía al de carabineros, y pudo penetrarse despues que habló con él, de que llevaba la direccion hácia Murcia, á cuya Comandancia pertenecía, y que no queriendo ir solo, hacia su viaje incorporándose á la galera para hacerlo juntos y acompañados. Al-
gun recelo debió infundir á Lersundi este incidente, y tuvo la prevision de tomar sus medidas á la entrada en Aranjuez, por si aquel acompañante llevaba alguna siniestra idea, pues que naturalmente el hombre que es perseguido y vá errante á buscar al suelo extranjero un asilo pacífico, despues de haber sufrido la

suerte que sufrió Lersundi formando parte de los sublevados, todo lo debe temer. Ultimamente pudo convencerse que el de Carabineros ni conocia á Lersundi, ni llevaba comision de ninguna especie contra él, lo cual tranquilizó un tanto su agitado ánimo, prosiguiendo su camino, con algun recelo siempre, hasta que arribó á la referida ciudad de Murcia.

Despojado Lersundi de su disfráz, y vestido de paisano, con la serenidad é impavidez que caracterizan su decision para todo, se dirigió á Cartagena en una tartana de las del pais, para embarcarse en aquella playa en uno de los vapores que cruzan todo el Litoral desde Cádiz hasta Francia.

Cualquiera que haya viajado en estos buques conocerá el inmenso riesgo y el peligro que corria Lersundi, porque sabrá muy bien que por el dia hacen escala en las poblaciones principales de la costa, y solo de noche es cuando emprenden su navegacion. Lersundi se embarcó con efecto al siguiente dia de llegar á Cartagena con direccion á Francia. El vapor que lo conducia hizo su primera escala en Alicante, y como era muy natural, todos los viajeros saltaron á tierra para recorrer la poblacion y alojarse en la fonda mas pública interin pasaba el dia, segun costumbre, por cuya razon, invitado Lersundi por sus compañeros, tuvo tambien, para no singularizarse é infundir sospecha, precision de hacer lo mismo. Sentenciado á muerte como gefe de un Batallon que habia vuelto sus armas contra el gobierno de Espartero, pudiera muy bien haber sido conocido por alguno de los oficiales de la guarnicion de la ciudad, y una vez descubierto, ser capturado y puesto á disposicion de sus contrarios para cumplir su

condena ó sentencia publicada por España: pero sin duda el destino le reservaba para mejor suerte, y quiso librarle en esta ocasion la vida que tanto peligraba en aquel trance. Llegó la noche, y las densas nubes de humo que despedia la embarcacion, anunciaban que iba á elevar su áncora el vapor que conducia al proscrito, que anhelaba como su única esperanza pisar el suelo extranjero y despedirse de su patria por la que habia tantas veces combatido en su defensa y derramado su sangre en los campos de la guerra.

¡Cuántas ideas y reflexiones se agolpan á nuestra mente al contemplar la posicion del Comandante del Regimiento de la Princesa Lersundi, que viajaba solo, abandonado, teniendo que ocultar su nombre, su condicion, sus hazañas, sus servicios prestados en bien de la Nacion que lo repudiaba, que lo proscribia, que lo borraba del catálogo de sus hijos, siendo uno de los predilectos, porque peleó por salvarla de la tirania, del oscurantismo, de la intolerancia en que necesariamente se hubiera sumergido á ser coronados los intentos del Principe que encendió en ella la tea de la discordia, alimentando y sosteniendo los horrores de la mas cruda guerra civil! ¡Cuánto no estenderíamos éstas páginas tomando en consideracion las consecuencias de los sucesos politicos que sobrevienen incidentalmente á las naciones, que se rigen bajo los auspicios de un sistema, al que se adhieren ó se acomodan fácilmente los desmanes de los gobernantes y de los gobernados, de un sistema que ha exacerbado las pasiones, promoviendo divergencias de ideas, y enconando los partidos representados en los hombres para hacerlos victimas del fu-

ror de sus contrarios, convirtiéndolos en mártires *que se llaman de la Pátria!* ¡Magnífica palabra!.... que en otros tiempos ha servido como de palanca para socabar el cimiento de los templos, como de tea para incendiar los pueblos, como de empuje para derruir los palacios de los Reyes, como de eco cargado de electricidad para levantar las masas en contra de los tiranos, y despojarlos del poder y que les sustituyeran otros mas tiranos, fieles transuntos *de los Calígulas y Neronés!* ¡magnífica palabra!.... que ha sido explotada sirviendo como de escudo á los que juegan con la política, como si jugaran á la Bolsa, *convirtiendo á la Pátria y á la política en resortes vedados para realizar sus ambiciones:* como de baluarte para asestar los hombres sus tiros, desde sus atrincherados parapetos impunemente, y al resguardo de sus inespugnables murallas..... ¡Cómo se ha prostituido por los hombres esa palabra, Pátria, á cuya defensa corrian presurosos sus hijos, cuando aun no habia servido de bandera á los partidos que nacieron *de la otra palabra que significa política!*....

Sentimos decir estas verdades, y en este lugar mucho mas lo sentimos; por eso rehusamos seguir dando riendas al pensamiento, sofocando de buen grado nuestras ideas, hijas solo de nuestras convicciones, espuestas quizás con demasiada franqueza y demasiado arrojo: nuestro silencio dirá mas que cuanto quisiéramos describir, al dejar correr libre nuestra pluma acerca de esta cuestion vital, que insensiblemente ha servido en varias ocasiones de norte á los hombres para sus cálculos, y ya que no se enlace demasiado con el objeto que



llevamos, ahí queda el campo abierto á otros hombres mas autorizados ó mas en su lugar, tomando á su cargo el concluir ó esclarecer nuestra versiou ligeramete desenvuelta, para que analicen mas por menor las causas que nos mueven á creer, que hoy ya, á la altura á que han avanzado las cosas en politica y eso que llaman civilizacion ó progreso en la marcha de las naciones, *se invoca el nombre de la pátria para explotar la pátria*. No nos metemos con ningun partido, ni aludimos á los hombres de ninguna comunión: hemos pretendido estudiar el mundo político en la marcha general, y tal vez haya sido estéril el trabajo que nos tomamos de estudiarle, no comprendiéndolo bajo su verdadero punto de vista: con el tiempo vendrán otros hombres, y otros serán los que califiquen imparcialmente de exactas ó inexactas nuestras creencias, que sin poderlo remediar, propenden al escepticismo, por mas que tengamos el convencimiento de que anatematicen algunos nuestras palabras.

El propósito formado al escribir nuestra obra, contribuye á que nos alejemos de ampliar nuestro aserto, y siguiendo su relato, veamos los trances por donde pasó Lersundi hasta llegar á Francia.

Surcaba velozmente los mares el vapor que lo conducia en aquella jornada hácia la ciudad de Valencia, y feliz en su travesía, arribaron á aquella capital, en la que igualmente tuvo que saltar en tierra como los demás compañeros de viaje, sufriendo iguales peligros que le proporcionó su permanencia en Alicante, de los cuales pudo igualmente salvar; y venida la noche, se volvió á bordo para dirigirse á Barcelona, á cuyo

puerto arribaron felizmente. Pero en esta ciudad populosa habia en los Regimientos de la guarnicion Gefes y oficiales que le conocian demasiado para que pudiera impunemente saltar en tierra en compañía de los demás, y tomó el partido de hacerlo solo, evadiendo las invitaciones de los que, ya tratándole con la franqueza que se adquiere en los viajes, querian llevarlo tambien á una de las fondas mas principales.

Lersundi entró en Barcelona solo absolutamente, y en aquel pais extraño, en aquella populosa ciudad, divagando por las calles, sin rumbo fijo, sin poderse presentar á nadie, no sabia que partido tomar para alejarse de la vista de cualquiera de los oficiales que pudieran conocerle: estaba sentenciado á muerte, viajaba como un proscripto, y toda precaucion le parecia con razon poca. Lersundi que nunca habia temblado en los momentos del combate, Lersundi que era arrojado y resuelto, sintió por primera vez un efecto inexplicable, una cosa que no se espresa, que no se concibe mas que cuando se siente, y que le hacia por momentos aparecer vacilante, irresoluto y como falto de valor: habia causas para faltarle, y sobrado motivo para experimentar estos temores, que muy pronto alejó de su pensamiento. El hombre á veces no es dueño de sí mismo, su posicion, cuando atraviesa por circunstancias criticas y por trances azarosos de la vida, varía completamente no solo en su fuerza moral, sino en su poder fisico. Lersundi, que no habia temido jamás, en las diferentes veces que se vió precisado á tomar al asalto varios puntos fortificados al enemigo, por defender la causa de la Reina, sin mas muros para guarecerse de los tiros que su pecho, que habia

sobresalido en tantos combates, ganando cruces y grados por su distinguido arrojo, sintió por primera vez latir su corazón con la idea de morir á manos de sus enemigos. Pero esta fué una ráfaga ligera como una chispa eléctrica, que no tardó en desvanecerse de su mente mas que el tiempo preciso para rehacerse, y pensar de pronto en que el miedo es una cobardía, una pobreza de alma: disculpables eran sus temores, que se convirtieron bien pronto en la tranquilidad mas completa, y al verse en las calles, vagando sin guía ni concierto, reponiéndose repentinamente, se decidió por adoptar el partido prudente de alejarse del centro de la poblacion, é internándose en el barrio de Gracia, llegó á él, y en una miserable Hosteria pasó el tiempo necesario hasta la hora del embarque, para concluir su viaje como último punto de escala á Marsella, á donde debian arribar. No fué esta su última jornada: los elementos se conjuraron, y corriendo una borrasca terrible, despues de haber navegado toda la noche y el dia siguiente, pudieron conducir el vapor hácia uno de los puertos cerca de Francia. El buque habia sufrido averías, y necesitaba recomponerse, para lo que era preciso paralizar la marcha. Lersundi impaciente, ansioso de abandonar un pais, por donde circulaba la sentencia de muerte dictada en el consejo de guerra contra él, buscó en aquel pueblo un guía que le acompañara por tierra hasta Francia, el cual, conduciéndole por montañas que atravesaron á pié, y despues de una marcha de todo el dia, penetraron en el territorio francés.

Lersundi lleno de alegría al considerarse ya libre, y como por un efecto de gratitud, abrazó al paisano que, sin saber-

lo, le habia hecho tan especial favor, diciéndole — « habeis salvado al Comandante Lersundi, sentenciado á muerte »; y dándole diez onzas de oro en muestra de agradecimiento y gratitud, volvió los ojos á su pátria, arrasados en lágrimas, de la que se despidió sin esperanzas de volver á pisar el suelo que le habia visto nacer.

Lersundi pasó dos años en Francia, sostenido á sus expensas, sin percibir sueldo alguno como emigrado.



CUARTA EPOCA.

Después de la guerra civil, en 1918, el ejército de Carranza, en Toluca, proclamó la independencia del estado en el Estado de México, y se le dio el nombre de "Estado Libre y Soberano".

CAPITULO II

CUARTA EPOCA.

CUARTA EPOCA.

CUARTA EPOCA.

Breve reseña de los acontecimientos políticos de 1843.
-Entrada de Lersundi en España, procedente de la
emigracion.-Su mando en el Regimiento Infanteria
de América, n.º 14, y sitio de Zaragoza.

CAPITULO XI.



Los acontecimientos políticos del año 1843, escitados por el calor y efervescencia de los partidos, vinieron á quebrantar las bases sólidas sobre que descansaba el gobierno de la regencia del Duque de la Victoria, y en sus oscilaciones vióse repentinamente amagada su existencia. En tal estado de agitacion, y en la que produjo aquella célebre exclamacion de «*Dios: salve al pais,*

Dios salve á la Reina » lanzada desde lo alto de la tribuna del Parlamento por uno de sus mas distinguidos y vehementes oradores, la España se estremeció temblorosa y horrorizada: el ejército se conmovió entre el deber y la incertidumbre; y aquellas sentidas palabras, llenas de fe y esperanza, cuya significacion se elevó súbitamente hácia las regiones del misterio, volaron con estrépito como el fuego de la tempestad, como una chispa eléctrica que al terminar su carrera, debía producir una conflagracion general.

A impulsos de aquel grito salvador y sacrosanto, los pueblos despertaron de su penoso letargo: el ejército alzó su frente impávida en actitud severa é imponente para defender el trono de su inocente é idolatrada Reina, que se creia amagado, sucediéndose á tal estado de intranquilidad un movimiento popular y simultáneo, que fué acogido y saludado con muestras de universal aplauso por todos los ámbitos de la monarquía.

Empero, el trono y esa misma monarquía no peligraban. El carácter sombrío de aquellos sucesos fué esclareciéndose paulatinamente, á la manera que los rayos del sol vienen á disipar la negra nube que precede á la tormenta, y en medio de la claridad pudieron entreverse el móvil y fines de aquel alzamiento.

Estos no eran otros, ni tenian aparentemente otro lema que la destruccion moral y material del poder del Duque de la Victoria, del cual se creyó habia visiblemente abusado. Su continuacion en la Regencia á la vista del carácter alarmante de los acontecimientos, se hacia ya imposible. El poderoso

prestigio que poco antes alimentára entre las filas del ejército, se manifestó á la vez en notable decadencia, porque ese mismo ejército, que en otro tiempo de recuerdos mas venturosos lo elevára á una dignidad y gerarquía de que tenemos escasos ejemplos, habia sido cruelmente olvidado, amargamente desatendido.

No es nuestro ánimo describir ó analizar detalladamente las causas de aquella conmocion popular. Estas y los hechos que se sucedieron, corresponden á la historia de nuestro país, y ella se encargará de presentarlos en su verdadera faz á la luz de mundo; pero si conviene y cumple á nuestro propósito, como una consecuencia inmediata del pensamiento que nos guía, y en justa vindicacion de la conducta observada por el ejército en aquella época, dejar consignado en este libro, que las causas que mas directamente vinieron á influir en aquel cambio político, y que mas debilitaron el poder del ilustre Duque de la Victoria, con relacion á la parte que en él pudo tener el ejército, fueron el estado de abatimiento á que de algun tiempo se le habia condenado. El reprehensible abandono con que se atendia á sus mas urgentes necesidades, la escasez de numerario que una mala administracion, fecunda en desaciertos, acrecentó notablemente en momentos en que parecian llover sobre los pueblos impuestos onerosos que no podian sufragar; y finalmente, el estado violento de las pasiones políticas, que como hemos visto constantemente, han sido, son y serán por desgracia el flagelo de la marcha y sistema de todos los gobiernos representativos.

Por esta consecuencia fatal, el dignísimo y distinguido

General Espartero, el hombre eminente, el ilustre y denodado campeón que tantas páginas de gloria ha legado á las generaciones futuras, y que tantas coronas de inmarcesible gloria ciñó su frente en los campos de batalla, el valiente soldado, cuya fortuna nunca le abandonó en los combates, y que á un ligero impulso movía los ejércitos, llevando siempre por enseña el emblema de la victoria; ese hombre eminente, repetimos, desapareció de la escena política, impelido por la fuerza de aquel alzamiento popular, eclipsando su radiante y refulgente estrella que cien batallas no pudieran jamás debilitar ni oscurecer.

Constituido el nuevo gobierno con el carácter de provisional, uno de sus primeros actos fué el decreto por el cual se concedía amplia amnistía á todos los españoles que, alejados de su país por causas puramente políticas, efecto de anteriores turbulencias, se hallaban en el extranjero al parecer en el olvido.

Lersundi era uno de los gefes condenados á aquel amargo ostracismo; y el joven Comandante de la Princesa, que veía abiertas las puertas de su querida pátria despues de dos años de sufrimientos y penalidades, y contra quien se habia fulminado una sentencia de muerte por haber abrazado la causa de que fueron víctimas inmoladas tantos valientes y malogrados militares, voló á agruparse en derredor del sόlio augusto de su Reina á la mágica voz de tolerancia y de perdon que resonó por toda España, y cuyas vibraciones dejáronse sentir en toda Europa. Su Reina le llamaba: la pátria le abría sus brazos para recibirle en su seno, porque necesitaba de los esfuerzos de sus

hijos. ¿Podía Lersundi, por ventura, desdeñar aquella voz simpática y consoladora, que debia poner término á todos sus males é infortunios? ¿Podía mostrarse indiferente á aquel llamamiento universal y entusiasta en momentos en que la pátria necesitaba mas de sus esfuerzos y de su valor? Nó.—Lersundi amaba á su pátria y á su Reina con el calor y la fé ardiente que imprime la santidad de un objeto sagrado; con el amor y el cariño de un hijo para con su madre; con ese amor vivo, celestial, que se acrecienta á proporcion que es mayor la distancia que le separa de su pátria y de su familia, cuanto mayores son las desgracias de su adverso destino.

Lersundi fué uno de los primeros gefes proscriptos que penetró en España: con la emocion viva de que estaba poseido su corazon al volver á pisar el suelo vascongado, pais que le vió nacer, y para él de tantos recuerdos gloriosos, una lágrima de suave consuelo corrió ligeramente por sus mejillas como la significacion pura de los sentimientos de su alma; como un digno tributo rendido á la memoria de aquellos gratos lugares de que la desgracia le hubiera por largo tiempo alejado.

Presentado en San Sebastian, pocas horas trascurrieron sin que se utilizasen sus servicios y sus conocimientos militares; y al conferirsele el mando de un batallon de Mallorca, que guarnecía la villa de Bilbao, tuvo ocasion de corroborar y fortalecer en la paz el buen nombre que supo adquirirse en la guerra.

Con aquel batallon contribuyó al restablecimiento del orden y tranquilidad de la provincia; imprimió en sus oficiales

y tropa esas máximas sublimes, y esos principios fijos é inmutables que constituyen la regularidad de los ejércitos, é inculcó en sus corazones esas ideas de subordinacion, moralidad y disciplina tan necesarias para su sostén, y que tanto le han honrado en el trascurso de su carrera militar.

Poco tiempo permaneció á la cabeza de aquel batallon de Mallorca, pero en el escaso período trascurrido hasta fines de julio que fué llamado á Madrid por la direccion general de infantería, alcanzó las respetuosas simpatías de sus oficiales y el mas acendrado cariño de todos sus soldados.

Mandaba á la sazón aquella dependencia de la guerra el dignísimo General D. Manuel de la Concha. Ya hemos dejado consignado anteriormente los grados de amistad que unian á Lersundi con aquel distinguido gefe; las vicisitudes que corrieran simultáneamente en los sucesos de octubre del año 1841, su emigracion al extranjero, y finalmente las afecciones personales y recíprocas simpatías alimentadas en los campos de batalla durante la guerra contra el Pretendiente D. Carlos. Estos sentimientos, y la ventajosa idea del hombre de orden á la par que de conocimientos profundos en el arte militar, proverbial ya en el ejército en favor de Lersundi, y sobre todo el justo renombre de valiente que supo adquirirse, á costa de haber derramado su sangre tantas veces en defensa del trono de la excelsa Isabel, merecieron la consideracion del Gobierno de S. M., y á propuesta del director general de infantería, formulada en concepto de servicios prestados en la accion de Olmedilla, le fué conferido el empleo de Teniente Coronel Mayor, con destino al regimiento infantería de Amé-

rica, número 14, y sucesivamente confirmado el mando accidental del mismo; digna eleccion, por cierto, que no defraudó en nada las bien fundadas esperanzas que las autoridades militares concibieran de él.

Las vicisitudes porque habia pasado aquel cuerpo en el principado de Cataluña, en que por espacio de dos años habia estado fraccionado en pequeños destacamentos, alejados siempre de la vista de sus gefes naturales; el estado de postracion en que se le habia tenido durante los seis últimos meses de la regencia del duque de la Victoria; la escasez de numerario de que, como hemos significado en otro lugar, afectaba al ejército en general, y con especialidad el influjo moral de los acontecimientos políticos porque habia atravesado el cuerpo en aquella época azarosa, debieron resentir necesariamente su disciplina, de la propia manera que se resintió tambien la de otros cuerpos; circunstancias que hacian precisa la eleccion de un gefe, cuya actividad é inteligencia, cuyo celo y energia, corrigiesen un mal que iba lentamente socabando la base piramidal de aquel santo principio; principio y ley inmutables sin los que no hay estabilidad posible en los ejércitos, seguridad en los gobiernos, paz y tranquilidad en los estados.

Lersundi comprendió perfectamente el pensamiento del gobierno, que era tambien el pensamiento que le aconsejaba su deber, y en verdad que no se hizo esperar largo tiempo para corresponder dignamente á la alta confianza que habia merecido de S. M.

Las dificultades con que tuvo que luchar al hacerse cargo del mando del regimiento, que reclamaba imperiosamente

una reorganizacion completa, con una caja exhausta de recursos con que subvenir á sus mas preferentes obligaciones, con una tropa, cuyo estado deplorable de desnudez ocupaba la atencion pública de la córte, con todos los inconvenientes y defectos en su gobierno interior, inherentes á aquellos dos gravísimos males. ¿Podian halagar el amor propio de su nuevo gefe? Si, y mucho; porque las glorias satisfacen á proporcion de la magnitud de los obstáculos que hay que vencer, de las dificultades que hay que superar. El encontraba allí un vasto y anchuroso campo donde desenvolver sus conocimientos como militar, y esto le satisfacía tanto como la mejor gloria á que pudiera aspirar, despues de las glorias que se alcanzan al frente del enemigo. En ella estaba fundada por entonces toda su ambicion, todo su afán.

No arredró ciertamente á Lersundi el cuadro desconsolador que á su vista ofrecia aquel desatendido cuerpo, ni abrigaba el menor recelo de que sus esperanzas dejasen de corresponder al firme propósito que se habia trazado, y allá en su mente concibiera.

Escasos eran, sin embargo, los elementos con que contaba, y escasos tambien los medios que cumplian á una reorganizacion moral y material para ser tan rápida como exigian las circunstancias; pero lo que en esta parte no alcanzaron los recursos lo suplió su fuerza de actividad, su celo infatigable, su inteligencia y su decision en todo.

Jóven, y entusiasta por el brillo de las armas españolas, favorecido de una vivacidad de carácter original y seductora, con un génio privilegiado y un tacto esquisito para el mando

independiente, que empezaba á ejercer, sus primeras disposiciones en el regimiento revelaron todo lo que el gobierno podía prometerse de sus conocimientos en la ciencia. Incansable, enérgico y celoso, con una laboriosidad y una fuerza de convicción casi fabulosas en todos sus actos, y sin mas medios que sus propias fuerzas, que desplegó como el agente poderoso de sus exigencias para con todas las autoridades de Madrid, el regimiento de América habia experimentado á los quince dias una reaccion completa y asombrosa, un cambio admirable, que fué comentado favorablemente, ensalzado y aplaudido en todos los círculos militares de la corte.

Y ya que hemos tenido ocasion de tocar ligeramente este punto esencial de mando, que no es dado á todas las personas, ni á todas las capacidades, permitasenos presentar aqui un áxioma que debe servir de conclusion á este capitulo, y que corroborará la verdad que acabamos de presentar al juicio del ejército.

«El carácter del soldado español es esencialmente susceptible de todos los cambios que se quieran operar en él. Recibe las inspiraciones de su superior; á su impulso marcha y retrocede, acomete y obra, y en todos sus actos, en todas sus acciones, se vé reflejar en él la imágen viva del gefe que lo manda.»

Por razon de este principio, cuya verdad incontrovertible reconocerán todos los militares, el regimiento de América alzóse de la dolorosa postracion en que habia estado sumido; crecióse con todo el vigor y con todas las fuerzas de un poderoso atleta, y en cada dia, en cada hora que pasaba,

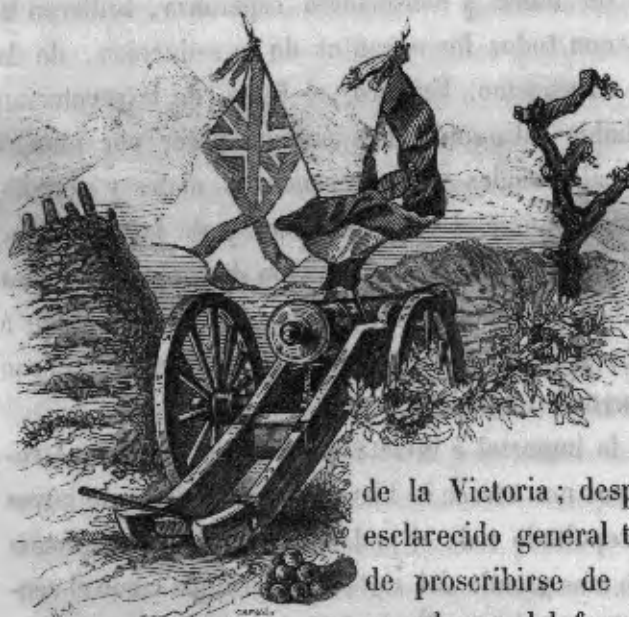
veíasele robustecer y adquirir nuevas y vigorosas formas.

Imposible parecerá que en tan corto periodo pudiese operarse aquel repentino cambio ascendente; sin embargo, nada mas cierto, ni mas elocuente para corroborar la verdad de nuestros asertos que el aprecio con que fué mirado desde entonces el regimiento número 14. Su gefe engalanó con este nuevo lauro la justa reputacion que gozaba en el ejército, y el regimiento de América fué despues objeto especial de la atencion pública, y citado como modelo entre los cuerpos de la infanteria española.



CAPITULO XII.

CAPITULO XII.



En aquella época, después de los sucesos que pusieron término á la regencia del duque de la Victoria; después que este esclarecido general tuvo necesidad de proscribirse de su país, para salvarse del furor de la revolución, cuando el gobierno descansando en la cordura y sensatez de los pueblos se habia entregado á restablecer y vigorizar la paz y tranquilidad del reino; cuando esento al parecer de nuevos

trastornos y turbulencias se dejaba entrever en el espíritu público un estado de bonancible calma, y la escitacion de los ánimos, y la violencia de las pasiones habian ido aparentemente debilitándose; cuando todo, en fin, revelaba la seguridad mas completa, y un risueño porvenir se ofrecia en nuestro horizonte político, como el astro precursor de felicidad para esta fatigada nacion, nuevos acontecimientos, nuevas victimas, y nuevas desgracias, vinieron á ennegrecer los bellos y vivos colores del magestuoso cuadro, en que se veian representados la paz, el órden, la moralidad, objetos santos, que en un momento de dulce y consoladora esperanza, brillaron á nuestros ojos con todos los encantos de la seducccion, de la verdad y del entusiasmo. Empero, el fuego de la revolucion aun no se habia extinguido. Era preciso pasar por nuevos desórdenes y calamidades, arrostrar nuevos males y conflictos; era preciso apurar el cáliz del dolor y de la amargura, de que aun no estaba saciada la ambicion desmesurada de los partidos; era, en fin, necesario arrojar nuevo combustible á la amortiguada hoguera para que el incendio se reprodujese con mayor horror é intensidad.

Zaragoza, la inmortal é invicta ciudad, de que tantos recuerdos gloriosos nos ofrece la historia, esa ciudad ante cuyos muros quedó sepultado todo el poder de las aguerridas huestes del capitan mas grande del siglo, fué escogida como el centro de accion, como el foco donde debia estallar un movimiento reaccionario, cuyos principios y lema estaban simbolizados con la *ridicula enseña de Junta Central*.

Era el mes de setiembre de 1845. La capital de Aragon

acababa de declararse en abierta hostilidad contra el gobierno constituido: su escasa guarnicion, en vista del aspecto grave de los sucesos, y de las colosales proporciones que tomaba la insurreccion, tuvo necesidad de dejar la plaza, y retirarse á las torres y caseríos de la campiña, estableciendo su base de operaciones en el inmediato pueblo de Torrero.

Apenas el gobierno tuvo noticias de aquella sublevacion, acudió con presteza á sofocarla en su origen, disponiendo la salida de tropas con este objeto. Al excelentísimo señor teniente general don Manuel de la Concha, entonces Director de infantería, le fué conferido el mando en jefe del ejército de Aragon, con facultades amplias para ordenar y elegir los cuerpos que debian acompañarle. En la necesidad, pues, de llevar á sus inmediatas órdenes gefes, que á su valor y decision, á su actividad, inteligencia y energía, reuniesen dotes especiales de mando y conocimientos profundos en la guerra, la eleccion en favor de Lersundi no se hacia dudosa.

Nadie mejor que aquel dignísimo general podia apreciar en su verdadero valor las brillantes cualidades que adornaban á este gefe. Ocasiones mil tuvo para conocerlas y profundizarlas; para formar la idea exacta, el concepto fiel que constituye la opinion verídica del hombre público. Le habia tenido á sus inmediatas órdenes en la campaña del Norte, y allí tuvo tambien ocasion de observar, estudiar y conocer hondamente su carácter, su índole, sus inclinaciones, y hasta su corazon.

Por estas circunstancias fué elegido Lersundi para acom-

pañar á su general en las operaciones que debia emprender, y esta eleccion tan envidiable siempre que hay enemigos que combatir, tan honrosa y laudable en los momentos del peligro, fué acogida por Lersundi con toda la fé y entusiasmo de un guerrero, que ávido de gloria, de nombre y fama, se lanza generoso á ofrecer su existencia en defensa de su patria, y de sus Reyes. Y como la gloria y la fama son patrimonio esclusivo de los valientes, y en el peligro es donde están simbolizados siempre los mejores titulos para elevarse en la noble profesion militar, Lersundi aceptó gustoso, como no podia menos de aceptar, esta prueba de consideracion y amistad con que le distinguia su general Concha al ser admitido á sus órdenes para aquella nueva campaña.

En su virtud, despues de recibir las instrucciones necesarias y convenientes al movimiento que debia emprender, el Regimiento de América con su jóven gefe á la cabeza abandonó la córte á las tres de la tarde del 25 de setiembre en medio de un inmenso concurso que le saludaba, como rindiendo el último testimonio del aprecio general que habia sabido conquistarse durante su corta permanencia en la capital.

La urgencia con que el Capitan General de Aragon reclamaba fuerzas para oponer una resistencia capaz de contener el movimiento reaccionario, que cundia en la capital de una manera prodigiosa y sorprendente, y cuya propagacion podia estenderse con facilidad á los demás pueblos de la provincia, hizo que el Regimiento de América forzase sus marchas, pero en tales términos, y con tal acierto dirigidas, que á los siete dias se encontraba al frente de los muros de la ciudad su-

blevada, sin haber quedado en el camino un solo soldado.

Ya esperaba con viva ansiedad el general en jefe la llegada del Regimiento de América, para dar principio á las operaciones de sitio contra la plaza; así es que, estrechadas al día siguiente las líneas de bloqueo en toda su estension, Lersundi con las fuerzas de su mando pasó á ocupar la primera línea de ataque, que partiendo de la torre de Irazoqui, y dilatándose como unos tres mil pasos hácia el Este venia á terminar en la de Latre, abrazando en su centro el fuerte de San José y otros puntos próximos á la plaza, ocupados por algunas fuerzas insurrectas. Los sublevados habian tenido tiempo suficiente para disponerse á la defensa, para pertrecharse, fortificarse y abastecerse convenientemente; pero mas que en todos estos recursos fiaban su triunfo al movimiento reaccionario, que al estallar en la capital de Aragon, creyeron debia ser acogido y secundado en toda España.

El día 1.º de octubre empezaron las hostilidades, pero sin suceso alguno notable. El 2 una pequeña fuerza de América dirigida por su jefe principal Lersundi, atacó vigorosamente la torre de Irazoqui, que era uno de los puntos abanzados del enemigo, y aquellos valientes soldados llenos de ardor y entusiasmo lanzáronse sobre los sublevados con una decision y arrojo incomparables, logrando desalojarles en muy cortos momentos de la ventajosa posicion que ocupaban, pero no sin alguna pérdida por ambas partes. El 3 se practicó igual operacion sobre la casa conocida por el *molino de aceite*, defendida tambien por fuerzas insurrectas, las cuales sufrieron igual suerte que las del día anterior. Con estas dos

pequeñas escaramuzas, la revolucion quedó desde luego reducida á los muros de la ciudad y al fuerte de San José, en el cual, como de mas difícil acceso, se habia reconcentrado una fuerza considerable.

Durante los tres primeros dias, los sitiadores pudieron adelantar sus lineas y dar mayor impulso á la construccion de las baterías de sitio, y el dia 4 se hallaban en disposicion de romper formalmente las hostilidades contra la plaza.

Al amanecer del dia 5, salieron de la ciudad algunas fuerzas para atacar los destacamentos avanzados y los mismos fuertes abandonados en los dias anteriores, y entre ellas una compañía que se titulaba *Sagrada*, sin duda porque era compuesta de gefes y oficiales, á quienes la revolucion habia alejado de las filas del ejército. Dos compañías del Regimiento de América con el intrépido Lersundi á la cabeza salieron instantáneamente á castigar la osadía de los enemigos, los cuales al apoyo de los fuegos de la plaza, desplegaron y sostuvieron por espacio de mas de hora y media una viva y obstinada resistencia; pero cargados vigorosamente á la bayoneta por la tropa de América, viéronse forzados á encerrarse en la ciudad, pagando á caro precio su arrojado y temerario empeño. Este fué el ataque parcial que mas significacion é importancia tuvo durante el sitio, porque por consecuencia de él, quedó en parte amortiguada la agitacion revolucionaria que reinaba en la ciudad, y fué tambien la última prueba que hicieron sus defensores para sondear el espíritu de las tropas sitiadoras, en quienes esperaban encontrar alguna defeccion militar para fortalecer y asegurar con ella el estado inseguro

é indeciso en que se encontraba la mayoría de los habitantes, simples espectadores hasta entonces de aquellas escenas tristísimas de dolor y de sangre, cuyos recuerdos aun laceran dolorosamente nuestro corazón.

No entraremos en la narracion y exámen de todos los sucesos ocurridos durante el sitio. En muchos de ellos podriamos encontrar sobrados motivos para ensalzar y enaltecer las virtudes militares de Lersundi, servicios muy dignos de figurar entre los que mas le elevaron á la categoría que hoy representa en el estado, y que han de servir de seguro pedestal al monumento histórico de su vida pública, de sus glorias, de sus hazañas y de sus grandezas; pero el temor de ser difusos en demasía, cuando tantos otros hechos esclarecidos llenarán abundantes páginas de nuestro libro, nos impone el deber de ser parcos en este punto, haciendo tan solo una ligera reseña de aquellos que mas valia tuvieron á los ojos de su general en jefe don Manuel de la Concha.

No nos detendremos tampoco á rendir incienso al valor personal de Lersundi. En su nombre hallaremos la justificación de esta cualidad inapreciable en todo militar, porque para nosotros, y para el público tal vez, su nombre será suficiente garantía á su valor, siendo como es proverbial en el ejército su arrojo en el campo de batalla.

No fué ciertamente en el sitio de Zaragoza donde menos ocasiones tuvo para probarlo. En todas las que se le ofrecieron no hizo mas que añadir nuevos laureles á la corona que mas adelante debiera orlar su frente, aumentar otra página mas en el gran libro de las reputaciones, que trasmitiéndose

de un siglo á otro siglo, y de una á otra generacion, vienen á formar el legado de riqueza más apreciable, que de todas las edades y épocas pasa á la posteridad, quedando señaladas con caracteres indelebles.

Lersundi en el sitio llenó su puesto cual cumple á un soldado valiente, cual corresponde á un gefe entendido, y su conducta en aquellas operaciones mereció el aprecio de todos sus superiores.

En su incansable actividad, en su infatigable celo, en su fuerza de energia, descansaba tambien su general en gefe, porque á todas horas le veia recorrer su linea con una constancia y una asiduidad ejemplares. A caballo siempre, y visitando todos los puntos ocupados por las tropas de su Regimiento, reanimaba y sostenia el buen espíritu de sus soldados, y allí donde el peligro era mas eminente, allí aparecia Lersundi, ansioso de participar de los riesgos y de las glorias del combate. Su presencia infundia valor, su serenidad valor y confianza. Halagando á los valientes escitaba su ardor y su entusiasmo: alentando á los tímidos reanimaba su debilitado espíritu: auxiliando á los heridos fortalecia su alma con el bálsamo consolador de la vida, y siempre al lado de su denodado general, al pié de las baterías servidas por soldados de su propio Regimiento, sabia imprimir una noble emulacion en todas las clases, y era á la vez el ejemplo de todos sus súbditos.

Al describir con estos detalles los rasgos de heroismo de este valiente militar, porque de heroismo deben calificarse todos los hechos que conduzcan á dar un resultado feliz en las

operaciones militares, tal vez no se nos considerará sobradamente imparciales. Muy lejos de ello, confesar debemos en obsequio de la verdad de nuestras aseveraciones, que para llenar esta parte de la vida de Lersundi en los términos suscritos, nos ha sido forzoso acudir á los informes de personas respetables y muy competentes, que al tener la fortuna de tomar una parte activa en aquellas operaciones, pudieron admirar tambien todos los servicios y méritos que Lersundi contrajo en ellos. Quizás por esta circunstancia, que nos inhabilita de escribir bajo una impresion propia, nos hayamos visto en la dura necesidad de reducir nuestro pensamiento, es decir, de no esplanar nuestro concepto con toda la latitud y extension que hubiéramos deseado, para pintar en los términos que convenia sus méritos y sus hazañas.

Pero si aún despues de esta esplicita manifestacion, pudiese dudarse de nuestra imparcialidad ¿tendríamos algun medio de llevar la confianza al corazon de nuestros lectores? No nos sería difícil, porque aún existe el testimonio fiel y preclaro que representa la pureza de nuestras verdades. Ahí le tenemos: miradle en el ilustre General en gefe de aquel ejército, D. Manuel de la Concha; en él se hallaria, puesto que podríamos apelar á su autorizada voz, la sinceridad de nuestro relato, por él se comprenderia tambien que nuestra pluma no ha corrido velóz al trazar este fiel y desinteresado concepto, y que nuestro juicio sincero, pero tal vez incompleto por la escasez de datos que le han servido de base á su complemento, no se ha estraviado de ningun modo de los límites del deber y de la conciencia.

Las operaciones contra la plaza iban cada dia en aumento, dando resultados de buen éxito para las tropas sitiadoras, pero no en tal grado que hiciera cejar á sus defensores en una resistencia, digna ciertamente de una causa mas noble, y que sin el apoyo de otras poblaciones que creyeran á la vez sublevadas, debia necesariamente terminar de un modo triste y vergonzoso.

Esto, no obstante, en el espíritu público de la poblacion, esceptuando algunos de los que tenian las armas en la mano, imperaba ya el luto y la consternacion. La mayoría de sus habitantes ansiaba el momento de una pronta y segura transacion que pusiese término á tantos desastres; pero los gefes de la revolucion se mostraban impasibles á aquel clamor. La desconfianza fué apoderándose de los ánimos; dividiéronse las opiniones. Los labradores clamaban por la paz; sin ella veian amargamente frustradas sus risueñas esperanzas de recoger el fruto de un año de sudores y fatigas; sus cosechas estaban perdiéndose, y de su pérdida veian tambien ante sus ojos la mas horrosa miseria. La junta, sin embargo, continuaba impasible; todo lo sacrificaba á su audaz y mezquina ambicion, todo á una ciega y violenta pasion de venganza. Semejante estado no podia continuar asi por mucho tiempo. El General en jefe habló con el enemigo por medio de parlamentarios, proponiéndole la paz con garantías muy aceptables, las cuales fueron desechadas. Insistió en nuevas proposiciones, y á su vez fueron tambien desatendidas. Preciso era por lo tanto adoptar una resolucion mas significativa, una resolucion capaz de reducir á los obstinados por medio del terror y la muerte

ya que no habia sido dable obtenerlo con la persuasion y la suavidad con que hasta entonces se les habia tratado.

Las baterías de sitio redoblaron sus ataques contra la plaza por espacio de dos dias consecutivos sin la menor interrupcion, durante los cuales se estuvieron combinando y disponiendo los medios de ocuparla á viva fuerza.

La señal del asalto habia ya sonado. El estruendo del cañon se prolongaba por los aires como el génio del mal que viene á precipitarse en el espacio: sus terribles detonaciones se anunciaban como la señal de nuevas escenas de sangre y esterminio.

Al amanecer del dia 24 de octubre, Lersundi fué llamado á la presencia de su General Concha para combinar los medios necesarios al término de tantos males, y á su presentacion le habló en estos términos: «Lersundi (le dijo) la ciudad se resiste á aceptar las proposiciones de paz con que por dos veces se la ha convidado. He dado este paso previsor para evitar, si posible era, con la persuasion y por medios conciliadores la efusion de sangre entre españoles. Mi voz, sin embargo, no ha sido escuchada. Tengo la resolucion firme, irrevocable ya de vengar la injuria inferida á nuestro valiente y leal ejército, por el desprecio con que ha sido recibido este acto que aconsejaba mi deber, y reclamaba la humanidad. Esta misma noche pienso asaltar la plaza. ¿Podré contar con seguridad con vuestro Regimiento para el primer ataque?—«Con mi regimiento y con mi persona, mi General, »contestó Lersundi poseído de una viva emocion de placer y entusiasmo: si esta noche se dá el asalto, continuó, esta



«misma noche ondeará sobre los muros de Zaragoza la bandera del Regimiento de América, ó sobre mi cadáver ó los de mis soldados pasará á reemplazarme otro Cuerpo tal vez mas afortunado, á quien ciertamente no envidiaré la gloria, si yo aún á costa de mi sangre, tuviese la fortuna de ser el primero en llegar á los muros de la ciudad.»

Esta contestacion digna de todo un valiente, é inspirada bajo la vehemente impresion de uno de sus mas sagrados deberes; este acto de solemne abnegacion, llevado el estremo de ofrecer en aras de la pátria su propia existencia, no hizo mas que fortificar la idea que el General Concha tenia ya de sus antecedentes y persona, y el jóven Lersundi, tan decidido siempre á la vista del peligro, quedó nombrado gefe de las fuerzas del asalto.

Las tropas todas se entregaron á los preparativos necesarios para el próximo combate. Lersundi en particular se dedicó el resto del dia á estudiar el terreno menos ofensivo para sus tropas en el primer momento, y el flanco de la fortificacion mas susceptible de acceso que anticipadamente le indicára su General.

El fuerte de San José debia ser ocupado con preferencia. De él dependia casi esclusivamente el dominio de toda la plaza, y él era el primer punto que debia asaltarse.

Practicado aquel reconocimiento, Lersundi pasó á exhortar á sus soldados, haciéndolo de una manera afectuosa y entusiasta; y en el calor de una ligera pero sentida y elocuente improvisacion, arrancó las simpatías de todos sus súbditos, que solo ansiaban ya el instante de llegar á la bre-

cia, ó coronar con sus esfuerzos los muros de la ciudad.

Solo esperaba Lersundi se le proveyese de las escaleras de mano que en la entrevista de la mañana le habia ofrecido su General, y que anticipadamente mandára construir con aquel objeto; triste y cruel recurso que debia sembrar de luto y consternacion á multitud de familias, ajenas en verdad á aquel movimiento. ¿Estaria prescrito en los altos designios de la Providencia que debia llegar aquel doloroso momento? ¿Tendrian que emplearse aquellos medios rigurosos para someter la insurreccion? Veamos.

El vivísimo cañoneo que desde el amanecer de aquel dia sostuvieron con la plaza las baterias de sitio, y el nutrido fuego de la infantería, cuyas lineas avanzadas tenian formadas sus trincheras para ponerse á cubierto de los fuertes enemigos, molestaron todo el dia á los sitiados. El clamoreo de los habitantes se reprodujo con mayor calor é inquietud; la junta recibia á cada instante comisiones que á nombre de la ciudad toda, demandaban una pronta y segura transacion que la salvase de tan angustioso y aflictivo estado; la milicia nacional se habia fraccionado en distintos bandos y pareceres; ya no prevalecia ninguna opinion, todo era duda é incertidumbre, no habia entre sí seguridad ni confianza; todo, en fin, anunciaba un próximo y funesto desenlace, si la ciudad no se sometia á las condiciones del sitiador. A las cuatro de la tarde del mismo dia 24 de octubre una comision de personas respetables de la ciudad se anunció en el campo, para ofrecer al General en jefe su homenaje de respeto y consideracion, y proponerle á la vez la necesidad de tres dias de armisticio.

durante los cuales podria deliberarse acerca de las bases y condiciones de una honrosa capitulacion. Aquella fué desde luego recibida, y el armisticio definitivamente acordado despues de una larga conferencia; pero con la condicion absoluta de ser el último é improrogable plazo que podia concederse á la insurreccion. La comision se retiró conmovida de la afectuosa acogida que mereció de aquel bravo General, protestando con lealtad y sincero reconocimiento, que emplearia todas sus fuerzas y recursos para reducir á los ilusos y presentar la sumision y obediencia al Gobierno de S. M., tan suspirado por la mayoría de aquellos habitantes.

Las hostilidades quedaron de hecho suspendidas por parte del ejército; pero en la mañana del 25, aún se le hicieron de la plaza algunos disparos de cañon, sin duda por efecto del desórden y division que reinaba en ella, y muy particularmente entre algunos de los sublevados, á quienes sus mismos gefes no podian contener ni desviar de su loca y ciega obcecacion.

Transcurrieron los dias 26 y 27 con mas tranquilidad y calma. La agitacion habia cedido algun tanto; los trabajos preparatorios para la rendicion de la plaza recibieron á su vez un impulso rápido, y en la tarde del 27 se conocian ya sus efectos. Las puertas de la ciudad quedaron abiertas, y la mayor parte de sus habitantes salió á gozar de las delicias de aquella alegre y risueña campiña, y estuvo en comunicacion con las tropas sitiadoras. Esta circunstancia por sí sola dejaba entrever el cambio que se habia operado en el espíritu de los sublevados, y hacia concebir esperan-

zas de una pronta y feliz conclusion. Así era en efecto.

En la mañana del día 28 de octubre la respetable comision que tres dias antes se encargára del arreglo de la paz, y durante los cuales no cesó de influir directa y enérgicamente en su consecucion, pasó á conferenciar con el General en jefe, y pocos momentos despues la capital de Aragon habia prestado su obediencia y sumision al Gobierno de S. M., quedando la plaza desde aquel momento á disposicion del vencedor de Olmedilla.

No terminaremos este capítulo sin rendir antes á la persona del dignísimo General D. Manuel de la Concha nuestro sincero y cordial homenaje de respeto y gratitud, por el inmenso bien que hizo al pais, por el mal de que supo preservar al trono de nuestra Reina y á la sociedad entera. Grandes y señalados fueron sus servicios en aquellas operaciones, llevadas á un término feliz por la sabiduría de sus disposiciones politico-militares; inmensa la fama que por ellas adquiriera su esclarecido y respetado nombre. Suya fué toda la gloria en el combate: á él solo pertenece el triunfo obtenido sobre aquella revolucion, cuyos principios y tendencias quedaron por su deformidad sepultados en el insondable abismo de la mas negra oscuridad. En ese triunfo estará representada, y reflejará en viva y constante luz, una de las páginas de oro mas brillantes con que ha ennoblecido su dilatada carrera. En aquella encontrará el justo galardón de sus proezas, en esta el premio de sus gloriosas acciones y virtudes. La pátria y la sociedad mismas contemplarán y bendecirán silenciosas al héroe que la salvara del undoso piélago en que la revolucion intentára sumirlas despia-

dadamente; la patria y la sociedad admirarán su valor, y rendirán el justo tributo á que se hiciera digno por su magnanimidad y heroicos hechos.

Lersundi que tan buena parte de gloria tuvo la fortuna de recoger en su limitada esfera, contemplára así mismo al vencedor de Olmedilla y Zaragoza. Su denodado General habrá sabido apreciar en todo su valor, sus méritos y sufrimientos en esta jornada, y en su aprecio y amistad hallará la mejor y la mas digna de todas las recompensas.

A las tres de la tarde del dia 28 de octubre la ciudad de Zaragoza fué ocupada por el ejército sitiador, sin que el menor incidente turbase el silencio con que fué recibido. Pocas horas despues al estruendo del cañon, habia sucedido la paz suspirada, á la revolucion la obediencia, á la agitacion de los ánimos la tranquilidad mas perfecta. Zaragoza habia entrado de nuevo en su estado normal.



CAPITULO XIII.

...de la ... y la ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...

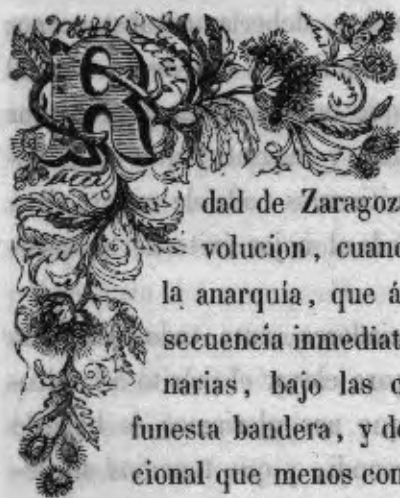
... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...

... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...
... de ... y ... de ... y ...

LIBRO III



CAPÍTULO XIII.



ESTABLECIDO el orden en la ciudad de Zaragoza, destruida y aniquilada la revolucion, cuando menos en su esencia, alejada la anarquia, que á no dudar, hubiera sido la consecuencia inmediata al triunfo de las ideas reaccionarias, bajo las cuales pudo enarbolarse aquella funesta bandera, y desarmada la parte de milicia nacional que menos confianza inspiraba al Gobierno y á las autoridades, el aspecto del pueblo Zaragozano habia adquirido nueva vida y animacion, mas tranquilidad y confianza.

Uno de los Regimientos que quedaron de guarnicion en

aquella plaza, fué el de América, número 14. Su gefe Lersundi pudo desde luego dedicarse tranquila y decididamente á mejorar la instruccion del cuerpo, desatendida hasta entonces por efecto de las vicisitudes por que habia tenido que atravesar en los dos últimos años, y este fué desde entonces todo su afán, su constante pensamiento.

Si para realzar los méritos y circunstancias de Lersundi, con relacion á la parte militar y científica que debe adornar á un gefe de cuerpo, fuese necesario valernos de todas las notas que hemos podido reunir sobre materia tan esencial, no poco podriamos decir en su obsequio; pero si nos circunscribimos á sus cualidades personales y á sus dotes de mando, de que ya hemos hablado ventajosamente en otro lugar, y en él hemos espuesto sus primeros ensayos, tan sábiamente dirjidos, como con tan buen éxito coronados, deberiamos abstenernos de reproducirlos. Sin embargo, impulsados del deseo natural de consignar una verdad mas, que nos conduzca á presentar los hechos con toda la importancia y magnitud que en si llevan y deben ser tratados, no omitiremos nada de cuanto sirva á esclarecerlos, y contribuir pueda al mejor éxito del propósito que nos hemos impuesto.

Sinceros é imparciales apreciadores, ante todo, de todo cuanto sea plausible y honroso para elevar el mérito á la altura que debe ocupar, nosotros que nos gloriamos de haberlo reconocido en la persona de Lersundi, y que tenemos un deber de hacerlo público para que el ejército lo conozca y lo juzgue, añadiremos sin temor de que nuestra opinion sea contrariada, que la instruccion del Regimiento de América, y su

estado de disciplina y subordinacion, llegaron á su complemento con una rapidez digna de todo elogio y del mejor ejemplo.

Si los servicios en la carrera de las armas llevan en sí mismo la debida recompensa, porque en la satisfaccion que inspiran siempre las acciones grandes, se encuentra el mayor galardón que debe enorgullecer á todo militar, el gobierno que á su vez sabe apreciar y utilizar el talento y el mérito, donde quiera que lo encuentra, ejerció en favor de Lersundi un acto de reconocida justicia. En él brillaban aquellas dos cualidades apreciables, y S. M. en consideracion á ellas, y teniendo presente los notables servicios prestados en el sitio de Zaragoza, se dignó agraciarse por Real orden de 4.º de Enero de 1844 con el empleo de Coronel de infantería, confirmandole al propio tiempo el mando en propiedad de su Regimiento de América.

Esta distincion, este señalado premio en favor de un jóven, que apenas contaba 28 años de edad, pero al cual se habia hecho digno por los distinguidos servicios que acabamos de enumerar, debia escitar naturalmente su amor y su entusiasmo por la carrera, ante la cual brillaba el horizonte claro y despejado del mas precioso porvenir. Y nada mas natural, si consideramos que aquella recompensa, tan justamente merecida, debia ser el primer paso para encumbrarle en su dia á una posicion ventajosa y elevada, posicion que solo está reservada á muy raras especialidades, y á la cual no es dable llegar, sino á costa de servicios inmensos prestados en beneficio del pais, y esponiendo mil veces la vida en defensa de su patria y de sus reyes.

Continuó Lersundi en la ciudad de Zaragoza hasta fines del mes de agosto del año 1844, en que el Gobierno de S. M. dispuso la traslacion de su Regimiento al distrito de Castilla la Vieja, quedando despues de guarnicion en la plaza de Valladolid.

Dedicado en ella á los ejercicios doctrinales del cuerpo, entregado á mejorar todos los ramos que constituyen el principio fundamental de la milicia, basado en el orden y regularidad de todos sus actos, cimentadas de una manera plausible y justificada la disciplina y subordinacion en sus diferentes clases, y conducida la educacion militar de todos sus individuos bajo la absoluta rigidez de la ordenanza á un término laudable é indefinible, el nombre de Lersundi fué respetado de todos sus compañeros, y altamente considerado de todas las autoridades superiores del ejército. Muchas veces tuvimos ocasion de escuchar los repetidos elogios que se hacian de su persona por su instruccion é inteligencia. A nosotros que ya conocíamos á Lersundi, y que participábamos del convencimiento moral, en que estaban apoyadas su buena reputacion y fama, no nos debió sorprender aquel juicio, porque todos sus actos revelaban la superioridad de su carácter y de su privilegiado génio; y cuando aquellos elogios salian de lábios muy autorizados, y eran dispensados por personas respetables, no ajenas á la profesion militar, nuestro débil concepto, fortalecido con los mismos hechos que presenciábamos, vino á identificarse con la opinion general y pública del pais y del ejército.

Lersundi reunia á estas dotes especiales una bondad suma, que sin degenerar en flaqueza ó debilidad, contrastaba

admirablemente con esa vivacidad de carácter, y esa fuerza de energía, que son tan precisas en un gefe, en el que están tan arraigadas, y le son á todas luces reconocidas. Severo en el mando, dulce y afable en su trato particular, era querido y respetado de todos sus súbditos. Escuchaba con amabilidad sus representaciones cuando tenían necesidad de llegar en súplica á su Coronel, procurábales todas las comodidades compatibles con la rigidez del servicio, atendia á sus quejas, y remediaba sus males.

No descansaba un momento para dar mayor brillo y realce al concepto y buen nombre que gozaba su Regimiento, y tuvo tal acierto, supo de tal modo penetrar en el corazon de sus soldados, que en él veian á un padre cariñoso para los buenos, y un juez rígido y severo para los malos. Todos se envanecian de pertenecer al número 14, porque para ellos vestir el uniforme del Regimiento de América, era el simbolo de preferencia sobre los demás cuerpos del ejército. Mas de una ocasion tuvimos para hacer nuestro paralelo y realmente encontramos en favor de los primeros una notable y ventajosa diferencia en todos conceptos.

Mas de un gefe de cuerpo adoptó el sistema puesto en práctica por Lersundi: muchos quisieron imitarle, ninguno pudo escederle.

La ciudad de Valladolid, que por espacio de dos años admitió dentro de sus muros á este distinguido Regimiento, conservará patente la memoria grata de las virtudes y bondades de su Coronel, recuerdos inefables de los actos mas públicos de disciplina y subordinacion que observaron aquellos solda-

dos, objetos siempre del aprecio general, de la admiración pública.



QUINTA EPOCA

El movimiento de la Quinta Epoca, que se inició en 1934, y que se prolongó hasta 1937, fue el más importante de la historia del movimiento obrero en España. Se caracterizó por la participación activa de los trabajadores en la vida política y social del país, y por la creación de una serie de instituciones que representaban los intereses de la clase obrera.

QUINTA EPOCA.

QUINTA EPOCA.

QUINTA EPOCA.

Acontecimientos de Galicia en 1846 y servicios prestados por el Coronel Lersundi en la accion de Santiago, ocurrida el 23 de Abril.-Espedicion á Portugal.-Un acto de abnegacion que manifiesta el desprendimiento de Lersundi.-Su vuelta, quedando de guarnicion en esta Côte.

CAPITULO XIV.



LA politica adoptada por el gobierno del Duque de Valencia en 1846, y su sistema de mando, llevado al parecer á un extremo de ominosa opresion é intolerancia, agitaron violentamente á los partidos, dando pábulo á nuevos gérmenes de revolucion, mientras aquel omnimodo poder, sostenido por

espacio de dos años bajo una funesta é imperiosa dominacion, fué condenado por la opinion pública.

No profundizaremos las causas positivas que precedieron á aquel estado de escitacion general, porque no acertaríamos tampoco á dar una solucion concluyente que nos revelase su origen y consecuencias; y esta duda nos asalta con tanta mas razon, cuanto que si recorriesemos la série de acontecimientos por que ha pasado el pais en estas últimas épocas, y quisieramos por ellos examinar detenidamente los móviles que han influido en esos repentinos cambios que se suceden por intervalos en el órden social y político, concluiríamos por reconocer, que las causas que mas accion han tenido sobre la marcha y estabilidad de los gobiernos, como una consecuencia infalible de las reacciones que se suceden y agitan dentro de los partidos, son idénticas ó parecidas como lo son tambien las que mas directamente trabajan en la violenta desaparicion de esos mismos gobiernos.

No se crea que al espresarnos en estos términos es nuestro ánimo atacar la bondad del sistema constitucional: lejos de ello, estamos tan íntimamente identificados con su conveniencia y utilidad, que sin él no podríamos menos de marchar de escollo en escollo y de precipicio en precipicio, y aun creemos tambien que sin su apoyo seria inevitable el acrecentamiento de mayores males para nuestra sociedad. Lo que no está conforme con nuestras ideas es la exterioridad de las formas de ese mismo sistema, y los vicios de que adolece; porque siempre hemos visto que los gobiernos sucumben, sin que sea aventurado nuestro sentir, á impulsos de la accion

fatídica que sobre ellos ejercen los partidos, alzándose contra sus actos un sistemático clamoreo que la ambicion de los descontentos siembra y hace cundir hasta que llegan á alcanzar los resultados por que suspiran.

No pretendemos tampoco sincerar con esto la conducta del gabinete Narvaez: éste adolecía tambien de vicios enormes y abusos incalificables; por él, y á su sombra, se cometian ilegalidades, tropelias y violencias que abrian en el corazon de la sociedad una profunda herida. ¿Era posible la continuacion de aquel poder, siendo como era para el pais una calamidad reconocida, que conspiraba abiertamente contra la felicidad comun? ¿Podia éste permanecer impasible á los rigores de un sistema pernicioso y funesto, que la arbitrariedad mas inicua y la mas desmesurada ambicion le impusiera sin sacudir el odioso yugo de su omnipotente voluntad? Nó. —El pueblo sufre resignado todas las amarguras y penalidades á que se le condena durante un limitado periodo, pasado el cual tiene un derecho de clamar contra los desmanes y desaciertos del poder, que no está en el caso de soportar, una vez apurada la copa del dolor y del sufrimiento; pero esto en debida forma.

A tal estado habia llegado la escitacion de los partidos que la desaparicion de aquel gobierno parecia ser inevitable, quizás necesaria. La intranquilidad de los ánimos se agitaba con violencia, conmoviase el edificio social, y todo anunciaba un próximo trastorno en el orden público. De repente, no obstante la aparente calma que reinaba en Madrid, un grito de rebellion resuena en algunas provincias de Galicia, enarbolando su bandera bajo los mismos principios que sirvieran de

lema á los sucesos de Zaragoza, Barcelona, Alicante y Cartagena, acaecidos en 1843 y 1844.

Algunas fuerzas del ejército de las que residían en aquel distrito, mal aconsejadas sin duda por algunos de sus gefes, é inducidas tal vez con promesas falaces y seductoras, que no podían nunca realizarse, unieronse también á aquel rebelde alzamiento, el cual llegó á tomar en pocos días un prodigioso incremento, acaso por la lenidad con que obraron las autoridades militares en los primeros momentos de la insurrección. Esta se había reconcentrado en las ciudades de Lugo y Santiago, afiliándose en ella hasta cinco batallones. Con tal poder de fuerza, su represión se hacia grave y difícil, porque siendo de escaso número las tropas que se conservaban fieles al gobierno, no podían marchar sobre el enemigo sin desatender otras plazas de importancia que convenia conservar á toda costa.

Preciso fué por lo tanto disponer la salida de fuerzas de otros distritos, que á marchas forzadas se trasladasen á Galicia para hacer frente á los insurrectos. Necesario era también la elección de un General decidido y valiente que las mandase; y cuerpos cuya fidelidad no infundiesen el menor recelo, ni inspirasen la menor desconfianza.

El gobierno encontró en el distinguido y acreditado General D. José de la Concha, el gefe que debia mandar aquella expedición. Al Regimiento de América le cupo la gloria de ser el primer cuerpo elegido para la nueva campaña. Su Coronel Lersundi, tan dispuesto siempre á sacrificarse por su Reina y por su patria, tan buscado en todas las ocasiones de mas

riesgo, siempre que se le presentaban enemigos que combatir debia conquistar un puesto mas aventajado en su carrera militar, y añadir otra gloria mas á las glorias de su Nacion.

El dia 10 de abril del año 1846, la ciudad de Valladolid estaba poseida de un vivo sentimiento de dolor, al ver alejarse aquel brillante Regimiento que tantas afecciones y simpatías habia alcanzado. Sus honrados habitantes le acompañaban con el corazon hácia el teatro de la campaña que se iba á abrir, saludándole en su marcha como la muestra mas pura y sincera de sus afectos y benevolencia hácia todos los gefes, oficiales y soldados de aquel lucido cuerpo.

El Regimiento de América pernoctó el mismo dia 10 en Tordesillas, coincidiendo su entrada en el pueblo con la llegada del General D. José de la Concha, á cuyas órdenes debia seguir.

Pocas horas despues recibióse la nueva de que el gabinete Narvaez habia dejado el poder, y en un momento circuló por toda la division. Parecia natural que la revolucion sucumbiese por sí misma, habiendo desaparecido el móvil principal que la impulsára; y era tanto mas de creer, cuanto que las formas, bajo las cuales se inauguró, estaban representadas en el terrible anatema de «*Abajo el ministerio Narvaez,*» y esto precisamente acababa de cumplirse.

No obstante, contra todo lo que debia esperarse la rebellion continuó cada vez mas imponente y mas dispuesta á seguir los funestísimos males de que estaba amagada.

Las tropas que marchaban sobre Galicia continuaron tambien su movimiento, y el dia 20 de abril la division espedicio-

naria al mando de aquel General, hallábase á una legua de distancia de Lugo, para operar simultáneamente con las fuerzas que se conservaron fieles á las órdenes del Capitan General del distrito. No ofrecia aquella ciudad ese aspecto grave é imponente que hace necesaria la adopcion instantánea de medidas fuertes y represivas, ni sus defensores podian contar dentro de sus muros con grandes recursos para oponer una fuerte resistencia; porque sin conocimientos en el arte militar, y sin gefes que pudieran dar una organizacion segura á aquella masa de hombres salidos de los mismos pueblos y dirigidos hasta entonces por sí mismos, leve debia ser el temor que podian infundir, ó el mal era menos grave de lo que se creyó en un principio. Poner cerco á la plaza sin antes combatir al enemigo que bien organizado recorria impunemente el pais haciendo prosélitos, hubiera sido improcedente, porque ante todo convenia acudir á sofocar la rebelion en el punto donde se presentaba mejor organizada y con mayor fuerza y magnitud.

Así lo comprendió el entendido General Concha, y por medio de una contramarcha tomó la vuelta de Santiago, donde se habia reconcentrado la revolucion, sostenida por cinco batallones de tropas regulares, que faltando á sus mas sagrados deberes y juramentos, habian indignamente manchado los claros blasones que poco antes ostentaran sus insignes y gloriosas banderas. ¡Dolor nos causan estos recuerdos! ¡nuestro corazon se conmueve al contemplar el origen de esas defecciones que tanto lastiman el honor de la milicia, y que tan profundamente afectan las estrictas y severas condiciones de

esta noble profesion!! Y es tanto mas doloroso, cuanto que hemos visto en épocas no muy remotas cambiarse en objetos de inmoralidad y destruccion esa misma rigidez de principios sobre que está basada la disciplina de los ejércitos, y es á la vez el sostén y salvaguardia de todas las naciones civilizadas.

El dia 22 de abril pernoctó la division en Baamonde, pueblo distante dos horas de Santiago, y aquella misma noche quedaron subdivididas las tropas en dos brigadas, las cuales por un movimiento rápido y simultáneo, combinado anticipadamente por el General, debian caer al dia siguiente sobre la ciudad, en donde se encontraba el enemigo en número de 2200 hombres.

Apenas se dejaban entrever los primeros albores de la mañana del dia 23, cuando un toque repentino de generala puso en movimiento las tropas, sin que nadie atinara las causas que producian semejante alarma. Las brigadas acudieron á sus puntos de formacion con una celeridad recomendable: cinco minutos despues emprendian su marcha en direcciones paralelas, para confluir á un mismo tiempo sobre el punto que se les habia señalado.

Noticioso, sin duda, el enemigo de la aproximacion de las tropas de Concha, habia abandonado la ciudad á las dos de la mañana del mismo dia, sin que por los avisos que se recibieron, pudiera conocerse la direccion que habia tomado. Semejante noticia fué indudablemente el origen de aquella generala, y se entiende muy bien, porque para emprender la persecucion de los sublevados, convenia aprovechar los instantes, á fin de que las operaciones obtuvieran mas rápidos

resultados, mayormente cuando en las prácticas de la guerra la cuestion de oportunidad y la celeridad en los movimientos influyen poderosamente en el buen éxito de las batallas.

La brigada de la izquierda al mando del Coronel Lersundi, y á la cual seguia todo el cuartel divisionario, era compuesta de dos batallones del Regimiento de América, uno del provincial de Guadalajara, dos escuadrones y una bateria de montaña. La de la derecha, á las órdenes del Brigadier Rodriguez Soler, se componia igualmente de un batallon de la Reina, el 3.º de América, y otro de provinciales con un escuadron de caballeria.

Una hora despues de amanecer se descubrieron en lontananza algunas masas de gente que coronaban las elevadas alturas de Cacheiras; eran tres de los cinco batallones sublevados, que á la aproximacion de las tropas leales, salian, al parecer, á su encuentro para tomar posicion, y disponerse con ventaja al combate.

Contrariados con este suceso los planes combinados por el General Concha, fué preciso concertar otros medios hábiles de batir al enemigo, interpuesto ya entre las dos columnas. La de la izquierda hizo alto al pié de aquellas eminencias para ordenarse convenientemente, y prepararse al ataque. Un cuarto de hora invirtiöse en esta operacion, durante la cual la actitud tranquila del enemigo parecia anunciarse, mas bien que á combatir, dispuesta á prestar obediencia al gobierno de S. M.; y así era de creer, porque á pesar de la proximidad en que se habian colocado las tropas, ningun movimiento hostil se manifestó por parte del enemigo, que hiciese concebir lo contrario.

Esta creencia circuló por la brigada con un carácter de certeza que no ofrecía, al parecer, la menor duda; pero bien pronto quedó desvanecido aquel momentáneo error.

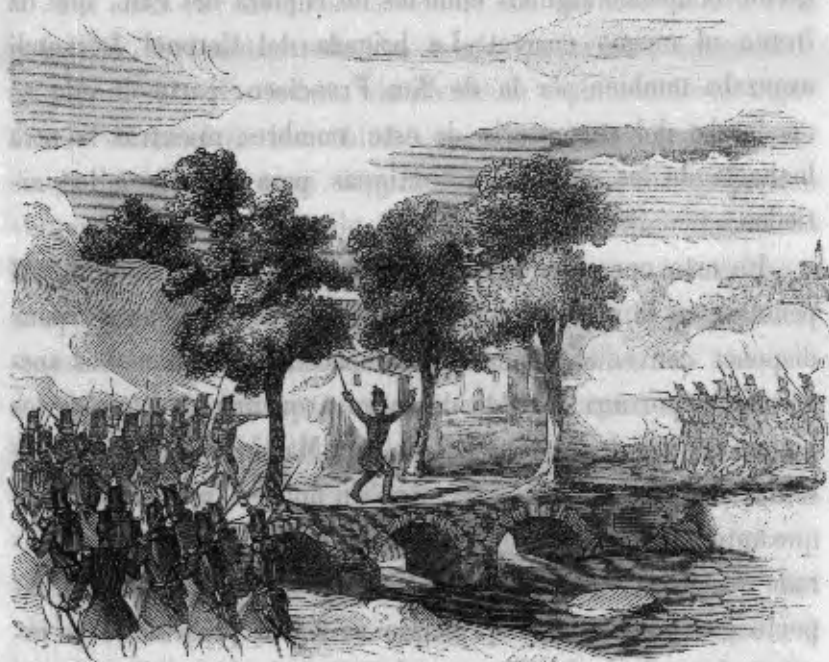
Para decidir resueltamente la situación anómala y dudosa en que estaban colocadas ambas fuerzas, dispuso el General Concha avanzasen en guerrilla dos compañías de cazadores del Regimiento de América, las cuales al llegar al pié de la montaña, fueron recibidas con un vivísimo fuego desde las alturas. Despejado con este ataque tal estado de incertidumbre, las guerrillas contestaron con no menos calor y decisión, y al grito entusiasta de *Viva la Reina* arrojáronse sobre el enemigo, mientras seguía avanzando el resto de la brigada. Pocos momentos después el fuego se había generalizado en ambas líneas, y algunos disparos de cañón, ejecutados con muy buen éxito, sembraron el desaliento entre los rebeldes, precisamente cuando acababan de perder la escasa caballería con que contaban, y que en los primeros momentos quedó en poder de las tropas. El enemigo fué desalojado de sus primeras posiciones, perdiendo también las que progresivamente iba ocupando, hasta que finalmente tuvo que pronunciarse en vergonzosa y precipitada fuga. Visto entonces por el coronel Lersundi que la dirección de los sublevados se inclinaba á la izquierda para ganar la carretera de Padron, con objeto sin duda de reunirse á los otros dos batallones insurrectos que estaban en Caldas de Rey, viendo asimismo que se alejaban de la columna que marchaba por la derecha, y que sin su concurso no podría operarse con tanta ventaja un golpe final y decisivo, ordenó un movimiento de flanco, y abandonando la retaguardia del enemigo, salió á la

carrera con un batallon para interponérsele en la direccion que intentaba seguir. Esta operacion tan sábiamente concebida, y con tanto tino como prudencia ejecutada, fué coronada del mejor éxito, pues habiendo logrado el fin que se habia propuesto, pudo atacar casi de frente á los sublevados, que se vieron forzados á retroceder y encerrarse en Santiago, como único punto ya de retirada y salvacion.

Arrollados de esta manera fueron apoderándose de algunas casas del arrabal de Congo para intentar un último esfuerzo de resistencia. El nutrido fuego con que fueron recibidas las primeras compañías del 2.º batallon de América, produjo en ellos una momentánea indecision, y aun lo mas avanzado tuvo necesidad de retroceder.

Apercibido Lersundi de este movimiento que podia en un instante destruir las inmensas ventajas que habia obtenido en dos horas de constante combate, y no dudando que un pequeño esfuerzo podria dar por resultado una completa victoria, lanzóse en medio de la fuerza dispersa, exhorta con calor á sus soldados, reanima con el ejemplo su vacilante espíritu, y á la cabeza de las dos compañías de granaderos se arroja sobre el enemigo, toma á viva fuerza algunos edificios por él ocupados, y concluye desalojándole del arrabal. Atraviesa seguidamente el puente de Santiago, cuyo paso estaba defendido por un batallon, y con un arrojo casi temerario, y una serenidad digna de un valiente, pone al enemigo por tercera vez en derrota, pero no sin haber tenido que lamentar en las primeras descargas la pérdida de mas de cincuenta hombres fuera de combate. Un tanto parecia vacilar la victoria, á la vista tam-

bien de unos enemigos tenaces en su empeño, y cuya causa injusta que defendían, porque era la causa de la revolución, contribuía no poco á su resistencia obstinada; pero Lersundi siempre delante de sus soldados, supo infundir con su denuedo, el terror entre los contrarios del orden, haciéndoles retirar hácia la plaza.



Desde allí continuó en su persecucion por el campo de Santa Susana y calles de la ciudad; pero acosado el enemigo por todas partes tuvo que encerrarse en el convento de San Martin, que pocas horas antes le sirviera de cuartel. En él parecía disponerse á una nueva lucha; sin em-

bargo, toda defensa hubiera sido ineficáz, despues del fatal éxito que tuvieron las distintas acciones parciales sostenidas en el campo, que fueron bastantes para difundir entre los rebeldes un desaliento general.

Ya en aquellos momentos habia confluído muy oportunamente la columna de la derecha, que á su llegada á Santiago fué ocupando algunos edificios de la plaza del Pan, que dá frente al mismo cuartel. La brigada del Coronel Lersundi avanzaba tambien por la de San Francisco: parte de ella se apoderaba del cementerio de este nombre, mientras la otra lo hacia de las casas á él contiguas para reducir á los sitiados.

En esta operacion corrió un riesgo eminente Lersundi. Al penetrar en la plaza acompañando á su general Concha, para disponer convenientemente su ocupacion, fueron ambos sorprendidos por una terrible descarga á quemaropa, que se les hiciera de una de las ventanas de San Martin, y de la cual salieron milagrosamente ilesos. Era sin duda el último esfuerzo que intentarían los revolucionarios en su angustiosa y desesperada situacion, porque desde entonces fué cambiando el aspecto grave con que al principio se habia presentado la insurreccion. Su gefe, el coronel Solis, abatido, desesperado con las contrariedades y reveses que esperimentára en todo aquel dia, habia perdido ya su fuerza moral, su autoridad de gefe.

Ni los mismos oficiales tenían sobre su tropa el prestigio y la accion poderosa que su carácter debia imprimir para hacerse respetar y obedecer, para escitar á sus soldados al

combate. Estos reconocían entonces el engaño de que eran víctimas, comprendían el funesto fin que les estaba reservado si insistían en prolongar una defensa bajo todos conceptos infecunda en resultados prósperos, y reconocido su error y la situación á que habían sido arrastrados, no veían ya un principio que autorizase la resistencia.

Por esta circunstancia la voz de los oficiales no era respetada ni obedecida: todo era confusión, duda, sobresalto, intranquilidad. Sin orden, sin dirección y sin concierto alguno, la voluntad de los soldados prevalecía sobre todas las órdenes de sus superiores. Algunos arrojaban sus fusiles por las ventanas como la señal de un tardío arrepentimiento, como una muestra de que no querían batirse contra sus compañeros de armas, mientras otros clamaban por someterse resueltamente á las condiciones del vencedor.

Aprovechándose entonces Lersundi de aquel momento de desorden é indecisión, dirige la palabra á un grupo de soldados que apareció en una de las ventanas del convento; les renueva las seguridades del perdón de sus vidas dadas por el General Concha, y ofrece un premio á aquel soldado que abriendo las puertas del convento sea el primero á lanzarse á la calle. Esta proposición hecha con tanta oportunidad, y dirigida con ese lenguaje persuasivo, y esa dulzura que conmueve é imprime en el corazón seguridad y confianza, hizo un efecto maravilloso y sorprendente en el ánimo de aquellos soldados. Todos se disputaban la gloria de ser los primeros en llenar aquel mandato, porque así lo consideraron al escuchar la voz de Lersundi: cinco minutos después la revolución ha-

bia sucumbido: el enemigo se entregaba á discrecion. Eran las cinco de la tarde. El Gobierno de S. M. recompensó dignamente al Coronel del Regimiento de Infanteria de América, concediéndole el Empleo de Brigadier.

Los tres batallones pronunciados quedaron hechos prisioneros de guerra, y sus oficiales sometidos al riguroso fallo de la ordenanza militar. Ningun acto de clemencia podia ejercer el General Concha en favor de estos desgraciados: no alcanzaban sus atribuciones á tanto para mostrarse benigno y generoso con el vencido, como sentia su corazon: aquellos pasaron á disposicion del Capitan General D. Juan Villalonga para ser juzgados por los tribunales de guerra.

Las fuerzas enemigas estacionadas en Caldas de Rey que no habian concurrido al ataque de Santiago, sin duda por la interposicion de las tropas leales, apenas conocieron el desastroso fin de sus compañeros, se apresuraron á deponer las armas tan luego como se presentaron en aquel punto dos batallones enviados al intento.

La ciudad de Lugo que aun se mantenía rebelde al gobierno de S. M., quedó tambien en poder del Capitan General del distrito despues de una débil resistencia.

Antes de poner fin á este capitulo, en el cual hemos encontrado motivos suficientes para tomar en consideracion los funestísimos males y perniciosos ejemplos que lleva siempre en pòs de sí toda defeccion militar, cumple á nuestro deber por mas que nos alejemos por un momento del punto principal de nuestro propósito, presentar á la fáz del ejército algunas ligeras consideraciones, por las cuales se dejen cono-

cer los daños que aquella puede originar á la moral de ese mismo ejército, y al país en general haciendo problemático el valor positivo de las leyes que los sostienen, y son tambien la garantía de todos los sistemas de gobierno.

No nos induce al verificarlo, otra idea que ofrecer á la vista de nuestros lectores el triste y sangriento panorama, que tras una y otra época se ha venido contemplando con impasibilidad extrema: como si las víctimas sacrificadas al furor de las revoluciones, que forman á la vez el conjunto de ese cuadro funesto y desgarrador, no dejasen en el mundo un recuerdo profundo y doloroso que hiciera estremecer á los incautos, y sirviera de limite para contener la reproduccion de esas escenas lamentables.

En la série de vicisitudes y calamidades por que ha pasado el país en estos últimos tiempos, ¿con cuánta frecuencia no se han visto hollados y escarnecidos los rígidos principios, que constituyen la esencia vital de la disciplina de la milicia, sobre cuya base debe descansar el bien estar de la sociedad entera y la paz del mundo? ¿Qué seria sino de esa misma sociedad, si para satisfacer ambiciones ilimitadas llegase á cambiarse como suele acontecer desgraciadamente, en elemento de destruccion ese cuerpo formidable y regularizador, que debe ser siempre la mejor y la mas sagrada garantía de todos los derechos sociales, á la par que el baluarte y seguridad de los gobiernos y de los tronos? ¿Justificarian nunca esas defecciones criminales é imprudentes la consumacion de un crimen que tantos daños puede producir á la causa pública, aun cuando fuese hijo de un momentáneo error, ó de un funesto



y sensible extravío? ¿Tiene por ventura el militar mas deberes que llenar, ni mas servicios que cumplir, que los que le están marcados en su propio deber, y en el testó de sus severas ordenanzas? Porque, ¿cuáles serian sino las ventajas que se propondria alcanzar al salirse del círculo estrecho que su noble profesion le determina siendo así que al verificarlo conspira contra sus propios intereses, y contra su misma conveniencia? Ningunas en verdad; porque el que infiel á sus deberes falta tambien á los juramentos que prestara al empuñar las armas que la nacion le confia para su defensa, convirtiéndolas en objetos ofensivos á la seguridad del estado, para saciar su desmesurada codicia, solo merece el oprobio de la sociedad, la execracion pública.

Nosotros reconocemos como una calamidad horrible todo lo que conspire á alterar la marcha sosegada y tranquila de los gobiernos, y mucho mas cuando á ella se interpone la fuerza armada para dar asimismo fuerza y accion á los partidos politicos que se agitan con violencia, y que no reparan en los medios, si estos les conducen á recoger el fruto de sus desconcertados planes.

No seria ciertamente tan lamentable, si bien seria siempre criminal y sensible la consumacion de esas mismas defeciones, si fuesen personales ó aisladas; pero cuando, por ejemplo, á la voz de un gefe son arrastradas las masas y seducidas con pomposas y mentidas promesas, y se comprometen á millares de soldados que ignoran si marchan ó no al borde de un precipicio, la voz de la conciencia se rebela contra tales actos, la humanidad se resiente amargamente, porque en ellos

se sacrifican á unos seres desgraciados que enseñaron antes á obedecer, para convertirles despues en blanco de sus torpes y criminales cálculos. Véanse sino los resultados de esa misma insurreccion de Galicia. En ella se encontrará la prueba mas patente que ha de justificar nuestro justo y eterno clamoreo. Contémplese asimismo á esos dos millares de soldados entregados al rigor de la justicia, implorando la indulgencia de su Reina, que siempre magnánima y generosa, tiende una mano benéfica y salvadora para perdonarles de un crimen que consumaron; pero cuyas consecuencias tal vez desconocieron. Y tiémblese tambien á la vista de aquellos oficiales sometidos al fallo terrible de la justicia, que víctimas de compromisos aceptados en un momento de imperdonable extravío, ofrecieron una página sangrienta al mundo, sin que la sangre profusamente derramada hubiera bastado á contener la reproduccion de tantos males.

La politica, ese monstruo indefinible que viene agitándose por intervalos como un génio destructor y maléfico; que avanza, y avanza para ir consumiendo lentamente el edificio social, por mas que en sus formas aparezca simbolizada la felicidad general: la politica, repetimos, que tantos y tan dolorosos desengaños ha ofrecido en nuestras últimas convulsiones, debe ser siempre estraña á la milicia, porque en ese estrañamiento es como puede estar asegurada la paz de las naciones. Esta es su preferente mision, su principal deber, reducido tan solo á la fiel observancia de las leyes en que están fundados sus mas sólidos principios, porque sea cual fuere el aspecto bajo el cual se presente la revolucion, el aceptarla, siempre seria un mal

contagioso, que si llegara á penetrar en el corazon del ejército, la ruina de sus individuos se hacia inevitable, al paso que los Estados sucumbirian á su terrible accion; la anarquía prevaleceria sobre el órden y estabilidad de todo lo existente, y el imperio de la fuerza reemplazaria á la felicidad comun. Pruebas bastantes de esta elocuente verdad han venido recientemente á justificar, y no en una sola ocasion, nuestros fundados temores, para que dejemos de consignar sobre esta materia nuestra humilde, pero sincera opinion. En ella pretendemos hacer, si cabe, un servicio al ejército para quien escribimos ofreciéndole la espresion viva de los sentimientos que alimenta nuestro corazon: sentimientos que debieran ser el simbolo, la guia de todos los actos de la vida en todo aquel que viste el honroso y lucido uniforme.

Si lo conseguimos, que es á todo lo que aspira nuestro afán, habremos hecho igualmente un inmenso bien al pais, y á la humanidad; si contra nuestras justas esperanzas no lo alcanzamos, nos quedará el triste consuelo de lamentar, como lamentaremos con toda la efusion de nuestra alma, los males que hemos pretendido combatir. Pero si á pesar aun de la fé y del santo principio de religiosidad que nos han guiado en esta ligera reseña, no bastasen nuestros argumentos á presentar con todos sus horribles coloridos las consecuencias funestas de esas rebeliones militares, que las víctimas sacrificadas en Carral sirvan al menos de útil y severa leccion á los que tuvieron la fortuna de sobrevivirles. Por nuestra parte no nos cansaremos de clamar contra tales defecciones, y lamentar la reproduccion de esas escenas sangrientas y dolorosas: ellas

sirven tan solo para legar una página negra á la historia de los ejércitos , en donde solo debieran aparecer inscriptos, para no olvidarse jamás, los hechos grandes y maravillosos de todas las edades y todos los siglos.



CAPITULO XV.

07515000 N.V.



CAPÍTULO XV.

MIENTRAS en España se representaba el triste y doloroso drama que acabamos de describir, y á las turbulencias consiguientes á la rebelion de Galicia habia sucedido el órden mas perfecto, la tranquilidad del vecino reino de Portugal parecia estar próxima á alterarse; y ora fuese por espíritu de imitacion, ora porque los sucesos mismos llevan siempre su poderoso influjo á los países mas cercanos al teatro de los acontecimientos, es lo cierto que existian motivos

fundados para temer un movimiento revolucionario, que podia hacer vacilar el trono de doña María de la Gloria.

El gobierno de Madrid, tan previsor en aquella ocasion, como no podia menos de serlo en vista de los sintomas alarmantes que se presentaban para abrigar un justo temor de desconfianza respecto á la seguridad interior del pais, adoptó las disposiciones convenientes para conjurar con tiempo la tormenta, y poner un dique á los males que pudieran sobrevenir. Para ello ordenó la aproximacion á la frontera de algunos cuerpos del ejército, con la mision de observar la marcha política de aquel reino, y el giro que tomaban los esperados acontecimientos.

Uno de los Regimientos destinados á este importante servicio fué el de América, n.º 14. Esta circunstancia hizo que su permanencia en Santiago fuese tan breve como fué sentida su repentina é inesperada marcha. La conducta militar observada por aquel cuerpo desde el momento que entró en la ciudad, mereció los mayores elogios de sus habitantes; su brigadier Lersundi dejó un grato recuerdo de sus virtudes militares, alcanzando las mas afectuosas simpatias de todas las personas distinguidas de aquella poblacion.

Ocupados los pueblos que comprende la línea fronteriza, desde Verín á La Guardia, por fuerzas del Regimiento de América, su plana mayor pasó á residir á la ciudad de Pontevedra. Desde allí salia Lersundi con frecuencia á recorrer sus destacamentos, pues aun cuando no habia motivos para dudar de la fidelidad de sus soldados, convenia sin embargo vigilarles; porque en el estado de fraccionamiento en que se encontraba

la tropa, y en la agitacion que reinaba en el país vecino, el menor incidente hubiese podido afectar la justa reputacion del gefe que la mandaba, y el buen nombre de aquel distinguido cuerpo, mayormente cuando se sabia que los enemigos del órden empleaban todos los medios hábiles de seduccion para encontrar secuaces, y producir un nuevo conflicto en nuestro país. En esta situacion permaneci6 Lersundi por espacio de algunos meses, durante los cuales estuvo desempeñando tambien la Comandancia general de la provincia, mando en el que tuvo ocasion de dar á conocer, que así como era arrojado y valiente en la guerra, sabia ser político y prudente en la paz.

El espíritu revolucionario fué vigorizándose paulatinamente, y el reino Lusitano vi6se amagado de un sacudimiento general, cuyas primeras consecuencias se dejaron sentir en toda su deformidad en las provincias de Tras os Montes y do Minho.

Generalizado poco despues el movimiento en todo el reino, algunos cuerpos de aquel ejército se adhirieron tambien á él, adquiriendo por estas defecciones tal incremento, y tal superioridad de fuerzas, que la ciudad de Oporto, centro de las operaciones de los sublevados, presentaba un aspecto bélico, capáz de hacer frente al resto de las tropas que se habian conservado fieles al gobierno de S. M. Fidelisima. Hé aquí la razon porque el ejército del Duque de Saldanha lejos de marchar sobre el enemigo, se habia visto en la precision de mantenerse á la defensiva por las inmediaciones de aquella plaza, interin se hacian conocer al gobierno la gravedad y proporciones que habia tomado la insurreccion y se adoptaban las disposiciones convenientes en aquel caso estremo.

Como no bastaron los esfuerzos de este distinguido General para contener los progresos de aquella conmoción popular, la cual sin un remedio pronto, enérgico y eficaz no debía tardar mucho en dejarse sentir dentro de los muros de Lisboa, preciso fué que el gobierno apelara á una intervencion armada entre las grandes potencias del Mediodia de Europa, Inglaterra, Francia y España, como único medio ya de salvar aquella monarquía tan íntimamente enlazada á la sazón con la política Europea, y muy particularmente con los intereses públicos y materiales de las tres naciones.

La España, siempre leal, generosa y digna, no fué la última en aceptar la invitacion apremiante de la corte de Lisboa. El objeto era elevado, honroso y plausible, y para realizarlo se empezó muy luego á organizar un cuerpo de ejército respetable que interviniese en aquellos asuntos y pasase á restablecer en todo su esplendor el vacilante trono de sus augustos Reyes.

Al propio tiempo que en Zamora se organizaba una gran parte del ejército expedicionario á las órdenes del Teniente General D. Manuel de la Concha, el Regimiento de América se aprestaba igualmente á penetrar en Portugal por la parte de Galicia. Fácilmente se comprenderá que presentándose una nueva campaña, y siendo aquel ilustre General el gefe supremo de las tropas que á ella debían concurrir, Lersundi no sería excluido de acompañarle, como habia sucedido en todas las ocasiones que podia utilizar sus servicios, sus conocimientos y su acreditado valor. A estas circunstancias debió Lersundi la eleccion que se hizo á su favor para el mando de una

brigada compuesta de los tres batallones de su Regimiento, de un Escuadron de caballeria y una Bateria de montaña, que independiente del ejército debia penetrar en aquel reino, atravesar el pais y reunirse en Oporto á las demás tropas. Y era tanto mas apremiante su entrada en dicho territorio, cuanto que la plaza de Valenza do Minho, que se habia mantenido fiel al gobierno de S. M. F., estaba sitiada por algunos batallones insurrectos y otras fuerzas irregulares que la junta de Oporto habia creado y enviado allí con aquel fin.

Lersundi, que á la sazón se encontraba en Puenteareas, haciendo los preparativos necesarios á la marcha que debia ejecutar, tuvo aviso del Capitan General de Galicia para que con su brigada se trasladase al momento á la ciudad de Tuy: disposicion que fué cumplimentada sin detencion alguna la misma noche del dia 2 de junio, en que recibió el aviso.

A las 8 de la mañana del 3 llegó al referido punto, y en él se encontraba el Regimiento de Borbon con el cuartel general. Parecia ser aquel el dia destinado á penetrar en Portugal; así al menos debia creerse por las disposiciones que en pocos momentos se adoptaron. El Capitan General solo esperaba la llegada de las fuerzas de Lersundi para llevar á cabo su pensamiento de levantar el sitio que sufría la plaza fronteriza, y conseguido lo primero, no debia estar lejano el momento de probar nuestras armas con el enemigo que tenia al frente.

A las 11 de la mañana del mismo dia 3 de junio de 1847, una brillante division compuesta de los Regimientos de América y Borbon, y dirigida por el dignísimo Capitan General de

Galicia D. Santiago Mendez Vigo, marchaba en columna hácia la orilla del rio Minho para atravesar la línea divisoria, en medio de un inmenso pueblo que se agrupaba en derredor de nuestros valientes soldados, como dándoles la última prueba del cariño pátrio que abrigaba el corazon de aquellos habitantes. Poseidas nuestras tropas en aquellos momentos del mas vivo entusiasmo hubiérase dicho que esta demostracion por sí sola parecia anunciarse como la señal precursora de una próxima conquista, ó cuando menos de una segura victoria.

Dispuestas con antelacion las barcas que debían facilitar el paso del rio y tomadas las debidas precauciones de seguridad, el embarque se verificó con la mayor prontitud y orden, y á las dos horas la division española pisaba el suelo extranjero, sin que á su paso se le opusiera el menor obstáculo ni incidente, y sin ser molestada por el enemigo que tenia á la vista.

Al pié de la plaza de Valenza, y dando frente á la ciudad de Tuy, camparon nuestras tropas, y en este estado continuaron hasta las cuatro de la tarde, que un toque de llamada anunció la llegada del capitan general y formaron las brigadas. Como desde el momento del embarque se habia ido replegando el enemigo al abrigo de la espesura de los árboles de que abunda aquella deliciosa vega, y los accidentes del terreno hacian desvanecer su verdadera situacion, el general mandó se practicase un reconocimiento dando una batida por todo el campo, que fué coronada del mejor éxito.

La brigada de Lersundi avanzó en direccion del convento de Ganfei, situado un cuarto de hora de la plaza sobre la

ribera del río, y en la prolongacion de la Pella, donde se creia pudiera estar el enemigo; la del Brigadier Fuente Pita, marchó por la derecha describiendo un semicírculo para batir el terreno de los otros dos extremos de Valenza.

Mientras la primera brigada llegaba á Ganfei, la segunda habia tenido la fortuna de encontrar al enemigo, pero á los primeros tiros que se sintieron, Lersundi marchó con toda celeridad sobre el punto donde empezaba el ataque. Los seis batallones de que constaba toda la fuerza enemiga sostuvieron en los primeros momentos, tras de los parapetos que tenian formados, una formidable resistencia, pero con la oportuna llegada de Lersundi, y el ataque simultáneo emprendido por las dos brigadas, se logró desalojarles instantáneamente de sus fuertes posiciones, obligándoles á pronunciarse en desordenada retirada y en direccion al Padournel, dejando en el campo treinta muertos y un considerable número de prisioneros, entre ellos ocho oficiales. La persecucion continuó hasta despues de oscurecer, hora en que regresaron las tropas á la plaza de Valenza, haciendo su entrada á las once de la noche.

El efecto moral que causó en las filas enemigas, y aun en el país mismo la derrota que acababan de experimentar, dió tal significacion é importancia al valor de nuestras tropas, que en la estension de diez y ocho leguas, que dista la plaza de Valenza de la ciudad de Oporto, desaparecieron instantáneamente las muchas partidas rebeldes que recorrian la provincia, retirándose á este último punto. Esto por sí solo hubiera podido considerarse como un presagio para el éxito fe-

liz de las operaciones ulteriores, cuyos resultados no dejaron de ser satisfactorios.

Como la brigada de Lersundi era la única fuerza de Galicia destinada á formar parte del ejército expedicionario, y para internarse en el reino, y continuar sus movimientos, necesitaba las órdenes oportunas, creyó prudente aquel gefe pasar á esperarlas en el convento de Ganfei, y alojar allí sus tropas, interin no tuviese otro aviso.

Recibidas las órdenes para que la brigada de Galicia emprendiese su movimiento de internacion combinado con el que debia verificar el resto del ejército por Braganza, Lersundi salió el día 17 por la tarde en la direccion de Ponte de Lima, despues de la lectura de una sentida proclama, dirigida á las tropas por el Capitan General del distrito, en que recomendaba la conservacion del orden y la mas rigurosa disciplina, no menos que el buen trato para con los habitantes de aquel pais, en que tan interesado estaba el honor de las armas españolas, y con el fin de que su nombre se elevase á una altura distinguida ante las naciones que debian concurrir al sitio de Oporto.

La escabrosidad del terreno por donde tuvo que atravesar la brigada, impidió que esta adelantase en la marcha del primer día todo lo que hubiera sido de desear, y habiendo llegado la noche sin encontrar pueblo alguno en el tránsito, fué preciso campar, si bien al abrigo de algunos caseríos para que la tropa pudiese proveerse de lo mas necesario para vivir. Al amanecer del 18, continuó el movimiento hácia Ponte de Lima, pero á las dos horas de viaje llamaron extraordinaria-

mente la atención algunos grupos que coronaban las alturas de las montañas de la izquierda del camino. A la simple vista pudo reconocerse que era gente sin armas, y ya no fué difícil adivinar el origen de aquella novedad.

La entrada de las tropas españolas en aquella comarca, puso en alarma á sus moradores, no porque vieran en ellas al enemigo que se presentaba á combatir el espíritu revolucionario, fuertemente pronunciado en el país, sino por la idea exageradísima que se hizo cundir siniestramente de que nuestras tropas entraban á saco en los pueblos y pasaban á cuchillo á sus habitantes sin distinción de clase ni sexos, lo cual produjo el desagradable incidente de que cada uno buscara un asilo seguro en los montes para ponerse á salvo de la supuesta saña, y del furor de nuestros soldados.

Imposible parecería que en un siglo en que reverberan por todas partes las luces de la mas clara civilización, y en una época tan reciente como aquella á que nos referimos, pudiese admitirse un absurdo de tal magnitud, y una creencia tan ridícula como exagerada; sin embargo, en el estado de postración é ignorancia de aquellas miserables gentes, todo podia esperarse. Lersundi conoció el efecto moral que habian causado las voces propaladas en tan desfavorable sentido; veia descender sobre sí las consecuencias de un mal que desde luego contrariaba el buen éxito de sus ulteriores movimientos, y comprendia tambien que atravesar un pueblo sin restituir antes á sus moradores la calma y tranquilidad que les robaba el espíritu de la maledicencia, dejaba de llenar un deber imperioso que habia de influir necesariamente en el resto de las operaciones.

Convenia, por lo tanto, hacerles comprender que en su mision de paz y tolerancia, estaba garantida la seguridad de sus personas é intereses, y que en el apoyo de aquellos soldados, ante cuya presencia habian abandonado sus hogares, encontrarian la mejor salvaguardia, para que sus derechos sociales fuesen respetados y defendidos en la forma que debia esperarlo todo ciudadano pacífico de una nacion amiga, generosa y aliada. Para conseguirlo, Lersundi se adelantó con su escasa escolta hasta la falda del monte, subiendo desde alli solo hasta su cúspide.

Era verdaderamente agradable y consoladora la vista que ofrecia aquel cuadro, en el que en medio de aquellas inofensivas gentes, que una necia credulidad habia hecho abandonar sus hogares, se elevaba el jóven brigadier en actitud de exhortarles para que volviesen á ellos sin el menor recelo de ser molestados, porque su mision era santa, y no tenia otro objeto que restituirles y asegurarles la paz que habian perdido: ver como hacia renacer la alegría y la confianza en sus corazones, y ver en fin, á un pueblo entero que escudado en las sinceras promesas del jóven Brigadier, marchaba tras sí, cual si siguiese las huellas de un pastor que, á fuerza de penalidades y fatigas, ha podido reunir su pobre y estraviada grey. El contento de aquellos habitantes creció á la vista de los soldados españoles: su tranquilidad y confianza veíase reflejar en todos los semblantes, y al alejarse la brigada entre vivas y aclamaciones, Lersundi llevaba la bendicion de un pueblo agradecido.

La llegada de Lersundi á Ponte de Lima, fué acogida con

todas las señales de un sincero y general regocijo, y en ellas pudo encontrar este gefe las mejores pruebas del afecto con que fueron recibidos en el pais sus primeros actos de conciliacion, de cordura y de templanza, que eran los medios únicos que podian emplearse para destruir el desfavorable concepto que habian merecido las tropas que conducia. Las autoridades todas del pueblo se apresuraron á salir á su encuentro para ofrecerle un público testimonio de la satisfaccion que experimentaba todo el vecindario á la vista de la brigada española. Un inmenso concurso poblaba los dos extremos del puente de Limia, esperando la llegada de nuestros soldados, dando un carácter de viva animacion y júbilo que fué acrecentándose con el prolongado sonar de las campanas y la multitud de disparos de cohetes, que surcando los aires en encontrados choques, venian á saludar á los nuevos huéspedes, al paso que eran victoreados por aquellos habitantes con entusiasta alegría y universal contento.

Las tropas se alojaron con el mayor orden y compostura, y en las pocas horas que permanecieron en aquella villa, fueron objeto de los mayores obsequios y alabanzas por su digna y ejemplar conducta.

Lersundi, que se habia propuesto ante todo destruir el espíritu revolucionario de los pueblos por donde transitase, porque comprendia muy bien que de ello debian seguirse ventajas inmensas que facilitarían necesariamente sus marchas con mas desahogo y menos inconvenientes, logró de los habitantes de Ponte de Lima todo lo que podia esperarse de una poblacion, que si bien no se habia señalado en abierta disidencia con el

gobierno, se resentia sin embargo del influjo moral que habia llevado alli la revolucion. Tal vez sin el mesurado tacto que se empleó, y convenia usar con aquellas gentes, ni Lersundi hubiera alcanzado, como lo hizo, que los pocos disidentes cesaran en sus intenciones de sublevarse, segun tenian proyectado, ni hubiese adquirido la popularidad que por este género de conducta conciliador y suave iba ganando en el país á proporcion que se internaba en él.

Si grandes fueron las demostraciones de júbilo que merecieron las tropas á su llegada á Ponte de Lima, no fueron menos sensibles las señales del profundo y general descontento que sintieron sus habitantes al verlos emprender su marcha hácia Viana, porque jamás pudieron imaginarse que entre los soldados de un ejército extranjero, que penetraba en el reino casi, como suele decirse, por derecho de conquista, pudiesen encontrarse virtudes tan raras, tanta subordinacion, disciplina y moralidad. Así lo hicieron presente las autoridades al Brigadier Lersundi, cuando á caballo ya para seguir su marcha, salieron á despedirle y ofrecerle, por si y á nombre de la poblacion entera, las consideraciones de su mas alta gratitud y reconocimiento.

A las doce del dia 18 los vigias de la torre principal de Viana señalaron la llegada de la vanguardia de la brigada española, anunciándose en la ciudad con otra salva de cohetes y un repique general de campanas, que contrastaban admirablemente con el bullicio de un pueblo al parecer entusiasta, que se agitaba por ver á nuestros soldados, y eran recibidos con las mismas demostraciones de júbilo con que habian sido saludados el dia anterior.

Esta plaza que fué ocupada por las fuerzas revolucionarias del Conde de Almargen, haciendo prisionera toda su guarnicion, y que por esta circunstancia tuvieron que emigrar las autoridades adictas al gobierno, fué á su vez abandonada por los insurrectos mucho antes de llegar la brigada española, cortando el puente del rio Limia, que está muy cerca de su desembocadura, para ponerse á salvo de la persecucion de los españoles.

Los primeros cuidados de Lersundi se concretaron á restablecer las autoridades civiles y militares en la plenitud de sus respectivas jurisdicciones, y á reconocer las fortificaciones de la ciudad, que desde aquel momento debian quedar bajo la vigilancia de nuestras tropas.

Al anochecer se presentó en su casa alojamiento una comision del Ayuntamiento con varias personas de las mas distinguidas de la ciudad, para presentar un sincero homenaje de respeto y sumision á la Reina de España, mientras una improvisada sereneta, seguida de una iluminacion general, obsequiaba al jóven Brigadier Lersundi. Este quedó tan complacido de la tranquilidad y buen espíritu que reinaba entre aquellos habitantes, que no pudo menos de consignarlo así en la contestacion que dió á la comision al tiempo de retirarse.

A la mañana siguiente continuó su movimiento de retroceso sobre Ponte de Lima, dejando dos compañías de guarnicion en Viana, que era la fuerza necesaria para el cuidado de la fortaleza y seguridad de la poblacion. Pernoctó en aquel punto, dando un dia de descanso á la tropa, y el 21 marchó sobre la ciudad de Braga. La influencia de los acontecimien-

tos políticos del reino se habia dejado sentir mas hondamente en este último punto, puesto que habia sido tambien mas inmediato y directo el dominio que habia ejercido sobre él la Junta de Oporto, y consiguientemente mas frecuentado por las fuerzas sublevadas.

Una hora antes de llegar á él recibíéronse avisos de que algunas compañías rebeldes se encontraban en Braga, haciendo sus preparativos de marcha, y aun se adelantaron las tres de cazadores de la Brigada para darles alcance, si era posible. Estas llegaron sin haber tenido necesidad de hacer un disparo, porque el enemigo habia abandonado la poblacion un cuarto de hora antes: en su lugar recibieron tanto estas, como el resto de la Brigada, una ovacion completa, y francamente lo confesamos, esta fué tanto mas grande, cuanto mayor habia sido por parte de una no pequeña porcion de aquellos habitantes, su roce ó su contacto político con los revoltosos. No podremos decir si será costumbre en aquel pais, hacer este género de recibimiento á las tropas, y si efectivamente respiraba el corazon de sus habitantes el sentimiento de alegría que aparecia marcado en todos los semblantes: lo que si es cierto, y podemos asegurar, es, que todos los pueblos rivalizaban ó se daban la mano para ofrecer cada dia á los expedicionarios un nuevo y alegre espectáculo, que era un motivo mas para hacer menos sensible las fatigas y privaciones de aquella campaña.

En la mañana del 22 de junio se recibió la noticia de la proximidad del ejército que habia penetrado por Braganza, y para seguir el movimiento combinado por el General en jefe.

la brigada de Galicia tuvo que salir en direccion de Villanueva de Famelicao, para incorporarse oportunamente al cuartel general. Esta verificó la entrada en dicha villa á las seis de la tarde, coincidiendo la llegada del ejército al mismo tiempo.

Lersundi, que tuvo la fortuna de recorrer aquel país tan declarado en abierta disidencia con el gobierno, no tuvo necesidad de hacer uso de la fuerza por ningun concepto; á su presencia desaparecian los enemigos; los pueblos se prestaban espontáneamente á cuantas exigencias se les hacian para atender á las necesidades de sus tropas, logrando con sus acertadas disposiciones llenas de moderacion y templanza, destruir en parte los perniciosos efectos que la revolucion habia sembrado en la moral pública, mereciendo á la vez las simpatías del país y las gracias de su General en jefe por la conducta ejemplar observada por las tropas de su mando, que en todas partes habian dejado recuerdos de gratitud y admiracion.

Continuando el movimiento el 25, el ejército expedicionario llegó al frente de los muros de Oporto, pasando la brigada de Lersundi á acantonarse en San Mames de Infesta.

De muy escaso interés seria para nuestros lectores la narracion de los preliminares que dieron principio á las operaciones de sitio contra la plaza, porque en una ciudad donde se reunian sobre 14,000 combatientes dispuestos, al parecer, á vender caras sus vidas, y en donde el espíritu revolucionario habia tomado un carácter formidable y agresivo bajo la salvaguardia ó antemural de una fortaleza poderosa y dilatada como la de Oporto, mas que en los preparativos para el ataque, estaba fiada la victoria al valor y al arrojo de nuestros

soldados. Sin desatender por esto los medios que cumplian para operar simultáneamente con el escaso ejército del duque de Saldanha: el entendido General en jefe, D. Manuel de la Concha, tan activo y celoso por el buen nombre de las armas españolas, como decidido á llenar cumplidamente la mision que estaba llamado á desempeñar ante la Francia y la Inglaterra, que concurrían tambien por mar á salvar el trono de Portugal, empleó todos los recursos políticos y diplomáticos que creyó conducente para poner término, sin gran efusion de sangre, á los males que afligian el pais.

Mientras se ponían en práctica aquellas sábias medidas, nuestras tropas rompieron el fuego contra la plaza, siguiendo el ejemplo de los sublevados que fueron los primeros en tomar la iniciatiya de las hostilidades. Las líneas del ejército expedicionario fueron estrechándose, disponiéndose á la vez todos los recursos necesarios para continuar las operaciones con todas las reglas que prescribia la ciencia de la guerra. En esta disposicion pasaron dos dias, y durante ellos las baterías de sitio causaron algunos daños en los fuertes de la línea este-rior de la plaza.

Lersundi, que á la sazón se habia encargado del mando de la 3.^a division, no descansaba un instante para asegurarse del estado de sus tropas; tan pronto en las baterías como en las trincheras era el primero en ofrecerse al peligro, para dar ejemplos de valor y admiracion que eran secundados con ardor por sus bravos soldados. Todos eran allí valientes, todos intrépidos y arrojados, porque estando interesado el nombre de ejército y el honor de la nacion española, antes que pasar

por la negra humillacion de ver ni siquiera debilitado el lustre de su pabellon, hubieran preferido mil veces la muerte.

El dia 27 de junio quedaron suspendidas las hostilidades á peticion de la plaza sublevada, y esta noticia se inauguró en el campo como el paso preliminar para el arreglo de la paz. El General Concha pudo lograr que sus proposiciones pareciesen atendibles á la Junta suprema, y solo se esperaba la sancion de las dos potencias coaligadas para decidirse en el proyectado arreglo. Finalmente, el dia 29 por la mañana, la ciudad de Oporto se declaraba obediente al trono de su Reina, deponiendo las armas y entregando sus fortalezas al ejército español, que tomó posesion de la ciudad á las tres de la tarde del mismo dia.

No nos detendremos en comentarios acerca del recibimiento que merecieron nuestras tropas en aquella populosa ciudad, porque hay momentos de placer en la vida que difícilmente puede espresarlos la pluma con toda la efusion que siente el corazon, y producen las diversas sensaciones que experimenta el alma. Tan completa fué la ovacion como completo habia sido el triunfo de nuestras armas. Estas recibian con las demostraciones del mas público regocijo, el premio que viene en pós de la victoria.

Al Brigadier Lersundi le cupo la gloria de entrar el primero con la vanguardia en la ciudad, y á su actividad se confió el desarme de algunos batallones sublevados y la ocupacion de las fortalezas exteriores de aquella estensa línea de defensa, en donde el arte de la guerra parecia haber acumulado todos sus recursos para contener en otras ocasiones el

impetu de numerosos ejércitos, si hubieran intentado penetrar en aquel vasto recinto.

Aquellas dos operaciones dirigidas por Lersundi, y ejecutadas por su Regimiento de América, quedaron cumplimentadas á las cinco de la tarde, sin haber encontrado la mas leve resistencia.

Ocho dias despues de terminados los acontecimientos de la capital, aun continuaban algunas partidas rebeldes en la provincia de las Beiras. Tan pronto como tuvo conocimiento de ello el General en Gefe, determinó que la brigada de Lersundi saliese en aquella direccion, á fin de reducirlas á la obediencia y recorrer al mismo tiempo el pais, haciendo un alarde de fuerza para asegurar su tranquilidad.

Su llegada á Lamego, llenó de júbilo á sus tranquilos y pacíficos moradores, porque estando ya bajo la salvaguardia de las tropas españolas, quedaban libres de las exigencias y tropelías de las pocas fuerzas revolucionarias, que aun divagaban por aquella comarca. Todo el empeño del brigadier Lersundi se cifró á llenar cumplidamente la comision que llevaba de su General en Gefe, sin recurrir á medidas extremas, ni emplear la fuerza armada, mientras las circunstancias especiales en que se habia colocado no lo exigiesen. A sus disposiciones politicas, mas que á la medida adoptada para que un batallon saliese á recorrer el pais, se debió la pronta sumision de los enemigos, los cuales depusieron las armas á la segunda invitacion que dirigió Lersundi á su gefe. Y no podia suceder cosa en contrario, porque despues del desenlace que tuvieron los sucesos de Oporto, hubiera sido una temeridad

intentar poner á prueba nuevamente el valor de nuestros soldados, cuya fama voló por todo Portugal elevando su mérito y sus servicios á la altura que debia ocupar el brillante ejército español en su mision pacificadora.

Lersundi, despues de este importante servicio, por el cual quedó enteramente restablecida la paz en toda aquella provincia, procuró tambien tranquilizar los pueblos en donde la revolucion habia influido mas directamente, logrando calmar la agitacion que aun reinaba en el espíritu público. Ocho dias tan solo bastaron para aquietar los ánimos y restituir la suspirada paz á aquellos habitantes.

El acierto é inteligencia con que llevó á feliz término la realizacion de su cometido sin tener que recurrir á esos medios violentos que imponen siempre las condiciones duras de la guerra, le sirvieron de titulo honroso para granjearse el aprecio y consideracion de las autoridades portuguesas, para que los pueblos se mostrasen agradecidos á la nobleza y bondad de su carácter conciliador, y para que los habitantes todos de aquellas comarcas conservasen un recuerdo imperecedero de sus virtudes, y una memoria grata de la conducta ejemplar que observaron las tropas durante su breve residencia en aquella provincia.

Una órden del General en Gefe, recibida á los tres dias de asegurada la tranquilidad en las Beiras, hizo mover la brigada de Lersundi de regreso á España, y habiendo sido disuelta á su llegada á Salamanca, el Regimiento de América se dirigió á la corte, en donde quedó de guarnicion.

Los eminentes servicios prestados por el Brigadier Ler-

sundi en aquel reino, y muy particularmente el mérito que contrajo en la accion única que dieron las tropas españolas al frente de Valenza do Minho, fueron recompensados benévolamente por S. M. la Reina Fidelísima. Hoy se ven prendidas en el pecho del jóven General el collar y la placa de Comendador de la muy distinguida Orden de Torre y Espada, que simbolizan en él un hecho heroico, y servirán de noble insignia á sus merecimientos en aquella corta campaña.

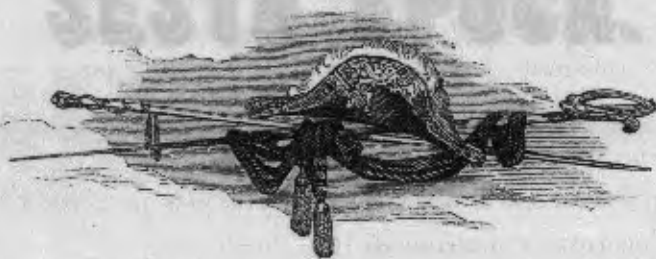
El General en Jefe don Manuel de la Concha, apreciador justo é imparcial de los servicios de Lersundi, quiso igualmente consultarle al gobierno de nuestra Reina para promoverle al empleo de mariscal de campo; pero un sentimiento de modestia por parte de aquel Brigadier, poco comun por cierto en nuestros dias, y llevado tal vez hasta la exageracion, le movió á suplicarle desistiese de su pensamiento oponiendo como razones valederas sus escasos méritos y los débiles servicios que en su concepto habia prestado al trono de doña María de la Gloria, añadiendo despues: «Soy jóven aun, mi General, »y espero encontrar ocasiones mas propias para poder aceptar decorosa y dignamente un empleo que no creo haber »merecido; pero cuya sola indicacion basta para llenarme hoy »de gratitud y reconocimiento, y servirá de noble estímulo »para hacerme digno de obtenerlo.» ¡Honrosa abnegacion!!

Este hecho, que á falta de otros títulos que presentar, justificaria la modestia de su carácter y la severidad de sus restricciones impuestas á si mismo, destruirian tambien las razones que hubiesen podido aducirse acerca de la precocidad de su carrera militar: además, donde existe una hoja de

méritos sembrada de acciones heroicas que le elevan por sobre la opinion de sus escasos adversarios políticos, no seria fácil pudiese penetrar el espíritu de la maledicencia.

La placa de la Cruz de Caballero de la Real y Militar Orden de San Fernando de 3.^a clase, concedida á propuesta del General en Gefe, hará tambien recordar á Lersundi con entusiasmo el aprecio con que fueron acogidos por S. M. el mérito y los servicios que acababa de contraer en defensa del trono de Portugal.

El resto del año continuó en la corte con su Regimiento sin suceso alguno notable.



SESTA EPOCA.

SESTA EPOCA.



SESTA EPOCA.

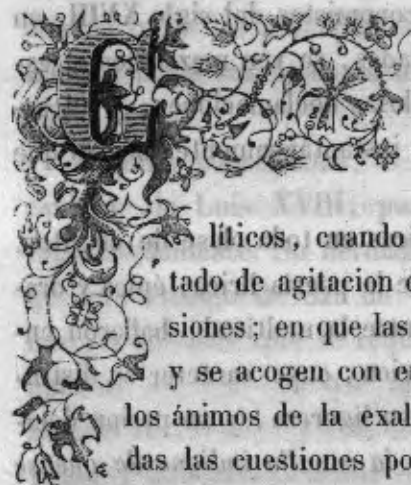
SESTA EPOCA.

Los acontecimientos de Francia en 1848, que conmovieron toda la Europa, analizados sucintamente en su origen.-Barricadas en Madrid por espíritu de imitacion.-Hechos de armas de Lersundi en los días 26 de Marzo y 7 de Mayo.-Es nombrado Lersundi General, y queda de cuartel.-Sus expediciones á Cataluña y á Italia.-Alcanza en ellas títulos de nobleza y condecoraciones.-Regresa á esta Corte.

CAPITULO XVI.

• Un banquete produjo á Lersundi dos glorias que formarán una brillante página en su crónica militar. •

SEMBLANZAS DE LOS DIPUTADOS.



GRANDE fué el mes de Febrero de 1848 en acontecimientos políticos, cuando se hallaba la Francia en ese estado de agitacion en que fermentan todas las pasiones; en que las ideas mas diversas se anuncian y se acogen con entusiasmo, ocupan y conmueven los ánimos de la exaltada multitud, y en el que todas las cuestiones políticas y sociales, ó que tienen relacion con ellas, han traspasado los límites de una teoria mas ó menos exacta, pero inofensiva y sosegada, y se habian

acumulado multitud de materiales, que una chispa imperceptible podia producir un incendio voráz y acaso inestinguible.

El peligro que en la famosa sesion del 25 de Agosto de 1835 habia previsto Mr. Boglié, se vió al fin realizado. «El gobierno de julio (decia este orador) ha nacido del seno de una revolucion popular. Esta es su gloria, este su peligro. La gloria fué pura, porque la causa era justa, el peligro es grande, en razon á que toda revolucion feliz, sea ó no legitima, produce por su triunfo nuevas insurrecciones.»

Pero este gérmen de revolucion que existia en la nacion vecina, era efecto además de otras causas que están enlazadas con la historia de mas de medio siglo.

A las disputas religiosas promovidas por el Abad de Saint-Cyran y sus discípulos, disputas que siempre son precursoras de las revoluciones políticas, siguieron los innumerables escritos de los filósofos y de los economistas del siglo XVIII, en que, al través de algunas verdades, se vén mezclados el escepticismo, el sarcasmo, ampulosas declamaciones, y un espíritu de reformar ó de destruir instantáneamente todo lo que existia.

Vertidas estas ideas filosóficas en toda clase de escritos, y aun adornadas con las galas de la poesia lirica, épica y dramática, se hicieron comunes entre la multitud; hallaron entusiastas apasionados en una nacion, cuyo carácter se distingue por su fácil comprension, su ligereza, y su pasion decidida por todas las novedades; y *la canalla indigna de que se la ilustrase, y para la que todos los yugos eran propios*, como decia Voltaire, al propio tiempo que le proclamaba gefe

de la revolucion, y conducia en triunfo sus restos mortales para depositarlos en el panteon de los reyes, imbuida en las ideas de este mismo filósofo, clamaba que *la historia de los reyes era el martirologio de los pueblos*; y con la lógica inflexible y sangrienta que caracteriza á las turbas, destrozaba el trono de San Luis, vertia por mano del verdugo la sangre de las personas reales y de los adictos á la monarquía, proclamaba la *Diosa de la razon*, rompía con todas las tradiciones de todos los siglos, y se disponia á emprender una cruzada contra los reyes y contra los sacerdotes de todo el mundo.

Los triunfos militares templaron algun tanto el ardor revolucionario de un pueblo naturalmente apasionado y sediento de gloria; pero las efimeras conquistas ganadas á costa de tanta sangre y de inmensos sacrificios, solo valieron á la Francia una constitucion *otorgada por la santa Alianza*, y el recelo de todos los príncipes de Europa, que espiaban con el arma al brazo sus menores movimientos, para lanzarse sobre ella.

Algunas concesiones, el sistema de contemporizar, y el carácter de Luis XVIII, pudieron conjurar la tormenta que rugía sordamente. Su hermano y sucesor, Cárlos X, creyendo que era tiempo de dar un golpe de Estado, y sin tener la energia bastante que se requiere en tales casos, se atrevió á publicar los decretos que alteraban el sistema electoral en sentido restrictivo, y estableció la censura. MM. Thiers, Chatelain y Cauchais-Lemaigne redactaron una enérgica protesta contra la violacion de las libertades públicas: la prensa desobedeció los decretos: se manifestó con actos negativos el ge-

neral disgusto; y pasando de la resistencia pacífica á las vías de hecho, á una hostilidad declarada, el 27 de Julio de 1830 se trabó el combate entre el pueblo y la escasa guarnicion de París; y despues de haberse enrojecido con abundante sangre las calles de esta capital por espacio de tres dias, declaró Lafayette en la Casa de Villa: que *Cárlos X habia dejado de reinar*.

Entonces las antiguas repúblicas, la juventud y el pueblo que habia tomado parte en la sangrienta lucha, pensaron restablecer la república del siglo anterior; y con este objeto se unieron al veterano de Washington, que creia de buena fé en la república, Lafayette; pero temiendo la clase acomodada que se repitiesen los mismos excesos que en tiempo de la Convencion, temblaba á la idea de república; é instó á Luis Felipe para que tomase la corona, y el hijo de *Felipe Igualdad* fué declarado solemnemente *Rey de los Franceses*.

El partido republicano celebró hasta cierto punto una transacion, una tregua con los liberales; y por eso decia Lafayette á Luis Felipe, al presentarle su programa: «Ya sabeis que soy republicano, y que miro la constitucion de los Estados-Unidos como la mas pefecta que existe. Por ahora no conviene á la Francia; pues lo que esta necesita es un trono popular, rodeado de instituciones republicanas.» En una carta de 12 de Agosto de 1830 se expresa en estos términos. «Todo lo ha hecho el pueblo. Valor, inteligencia, desinterés, clemencia para con los vencidos; todo ha sido de una fabulosa hermosura. ¡Qué diferencia aun con los primeros momentos de 1789! Nuestro partido republicano, dueño del terreno,

podia haber hecho prevalecer sus opiniones; pero hemos creído que era mas necesario reunir á todos los franceses bajo el régimen de un trono constitucional, pero muy libre y popular. »

Los partidarios de la dinastía desheredada, no solamente manifestaron su profundo disgusto con varios actos muy significativos, aunque no hostiles, sino que tomaron las armas en la Vendée á favor del duque de Burdeaux, y le proclamaron rey de Francia bajo el nombre de Enrique V. Su madre, la duquesa de Berry recorria por sí misma el pais sublevado; exaltaba el celo de sus amigos y partidarios, animándolos para un combate que parecia ser muy porfiado; pero el ministerio de Mr. Thiers empleó tal actividad y tal destreza, que consiguió arrestarla, y terminar de este modo la guerra civil.

El partido liberal se hallaba dividido en varias fracciones que se disputaban el mando, y que, acriminando á sus contrarios, alentaban á los enemigos comunes; que en poco tiempo se habian repetido y hecho públicos algunos hechos de corrupcion y de inmoralidad de altos funcionarios: de aquí se deduce ó se podrá formar una idea aproximada del estado en que se hallaba la Francia el mes de febrero de 1848.

En este tiempo, las diversas fracciones que militaban en las filas de la oposicion, celebraban en varias ciudades de Francia banquetes patrióticos, en los que se brindaba comunemente por la caida del ministerio de Mr. Guizot y por la formacion de otro de ideas mas avanzadas. Sin embargo, no en todas partes se manifestaban las mismas tendencias de parte de los concurrentes al festin. En Lille se excluyó á Mr.

Odilon-Barrot por haber querido escluir á Mr. Ledru-Rollin, quien se expresó en el banquete de este modo: «¿Qué antídoto se propone contra el mal que por tanto tiempo ha emponzoñado al país? Medidas á medias, medios pequeños, que no pueden servir de dique. Se me descubren con indignacion vergonzosas llagas. ¿Dónde está el hierro que debe cauterizarlas? También el limo formado por las aguas del Nilo, y su cieno que se disuelve en las orillas, siembran la corrupcion y la epidemia; pero llega la inundacion, y el rio, en su impetuoso curso, barre todas las impurezas, dejando en cambio gérmenes de fecundidad y de nueva vida.»

Las mismas palabras fueron repetidas por MM. Ledru-Rollin y Flocon en el banquete celebrado en Dijon; y Mr. Louis-Blanc pronunció en él un discurso, que contenia los siguientes periodos: «El poder, que antes parecía tan vigoroso, se debilita por sí mismo sin que se le ataque. La sociedad, tan próspera en la esperiencia, se agita. *Corrupcion*: hé aqui la palabra de la época, y todos gritan: es imposible que esto dure. Qué nos traerá el dia de mañana? Señores, cuando el fruto está podrido, solo espera el impulso del viento para desprenderse del árbol.»

Mr. Odilon-Barrot y sus compañeros de oposicion habian anunciado un banquete patriótico, que se habia de verificar en París el 22 de febrero. Los diputados de la izquierda en la Cámara Popular, muchos guardias nacionales y simples ciudadanos se habian inscrito en la lista de los convidados; y estaban dispuestos á llevarlo á efecto, ó á protestar enérgicamente contra cualquier mandato de la autoridad, que ten-

diese á prohibirlo. En tanto que se hacian los preparativos, el gobierno acercaba numerosas tropas á la capital; y el 21 de febrero el prefecto de policía anunció á los habitantes de París, que se abstuviesen de concurrir al banquete. Numerosas bandadas de ciudadanos asistieron al sitio designado para presenciar la protesta; pero los gefes de la oposicion, en vez de asistir al banquete idearon formular una acusacion contra el ministerio Guizot, que fué presentada en la Cámara en la sesion del mismo dia 22.

El 23 apareció el pueblo armado detrás de las barricadas que levantára la noche anterior. La guardia nacional tocó generala á las once de la mañana; y á las voces de *¡Abajo el ministerio! ¡ Viva la reforma!* se empeña, en union del pueblo, en el combate contra la tropa y la guardia municipal. La noticia de que Mr. Molé estaba encargado de formar un ministerio, hizo que se suspendieran durante la tarde y parte de la noche las hostildades; mas habiéndose dirigido un grupo con hachas encendidas y con bandera roja hácia el palacio de Mr. Guizot, á cuyo frente se hallaba formado el 14 de línea, se renovó con mas fuerza y encarnizamiento la suspendida lucha: centenares de cadáveres cubrieron las calles de París aquella funesta noche y la mañana siguiente.

La tropa, la guardia nacional y el pueblo se unieron, ó como dicen nuestros vecinos, *fraternizaron*. El rey encargó la formacion de un ministerio á Mr. Thiers, cuando ya se pedia algo mas que el cambio de gabinete. Luis Felipe abdica la corona que no pudo sostener sobre sus sienes, en un tierno niño y en una débil muger, y huye precipitadamente por el

camino de Saint-Clout. Mr. Emilio Girardin, director de la *Presse*, penetra por medio de las barricadas, llevando en un cartel escritas estas palabras, que en aquellos momentos no pueden tranquilizar los ánimos: *Abdicacion del rey, — Regencia de la duquesa de Orleans. — Disolucion de las Cámaras. Amnistia general.*

La revolucion opta por la *independencia absoluta*, y los departamentos de la Francia aceptaron explicita ó implícitamente el gobierno republicano, decretado en la capital de la nacion, desechando la Regencia de la duquesa de Orleans.

Además del decreto por el que se constituia en República la Francia, el gobierno provisional dió otros que hacian referencia al orden público y social.

Se declara bandera nacional la tricolor, debiéndose escribir en ella las palabras *República Francésa; Libertad, Igualdad, Fraternidad.*

Se decretó el sufragio universal.

Se declaran nulos todos los títulos nobiliarios.

La pena de muerte por delitos políticos fué abolida.

Tambien se abolió la prision por deudas.

El 25 de Febrero Mr. Luis Blanc y Mr. Ledru-Rollin redactaron este decreto, no sin haber precedido alguna conmocion del pueblo en la plaza de la Greve.

«El gobierno provisional de la República francesa se compromete á garantizar la existencia del obrero por el trabajo:

«Se compromete á proporcionar trabajo á todos los ciudadanos:

»Reconoce que los obreros deben asociarse entre si para disfrutar los beneficios de su trabajo:

»El gobierno provisional destina á los obreros, á quienes pertenece, el millon que queda suprimido de la lista civil.»

El dia 28 una inmensa multitud cubria la plaza de la Greve, llevando infinitas banderas, en las que se veia escrito: *Ministerio del progreso — Organizacion del trabajo*; y anunció al gobierno provisional que una diputacion del pueblo deseaba presentarle una peticion en este sentido. Despues de una acalorada discusion entre Mr. Lamartine y Mr. Luis Blanc y otros miembros del gobierno, se decidió admitir á la diputacion, y Mr. Luis Blanc redactó este decreto, que al siguiente dia 29 se publicó en el *Monitor* con las firmas de todos los individuos del gobierno provisional:

»Considerando que la revolucion hecha por el pueblo debe completarse en provecho del mismo:

»Que es tiempo ya de poner término á los largos é inútiles padecimientos de los trabajadores:

»Que la cuestion del trabajo es de una importancia suprema:

»Que no existe otra mas elevada ni mas digna de atencion para un gobierno republicano:

»Que á la Francia corresponde particularmente, estudiar con ardor, y resolver un problema espuesto hoy en todas las naciones industriales de Europa:

»Que es preciso dedicarse sin la menor tardanza á garantizar al pueblo el fruto legítimo de su trabajo:

»El gobierno provisional de la República decreta:

»Se nombra una comision permanente, que se llamará *Comision de gobierno para los trabajadores*, cuya mision expresa y especial será ocuparse de su suerte.»

En cuanto á la politica exterior, la circular de Lamartine dirigida á los agentes diplomáticos de la nacion francesa, explica la conducta que pensaba observar con las demás naciones. (1)

El gobierno provisional de la República habia contraido un gran compromiso, queriendo resolver el problema de la cuestion social: habia prometido lo que no le era posible cumplir. Véase lo que es la Francia desde la revolucion de 1848: véase lo que ha sido, los trastornos por que ha pasado desde su emancipacion de las dinastías, y se podrá mirar con horroroso asombro ese pueblo inmenso de Paris que bulle constantemente, que pide paz, que reclama la observancia de esas seductoras palabras concebidas y abortadas por la fecunda y poética imaginacion de el célebre Lamartine, palabras mágicas que encantan y seducen al leerlas, como encantan y seducen sus discursos; palabras que producen un brillante resultado en teoria, y que han sido contrarias á la práctica. El mundo, el universo todo se conmovió eléctricamente al escuchar el eco de las seductoras y brillantes significaciones que encierran esas palabras, y la guerra estendiéndose por el orbe á su

(1) Es de tanta importancia este asunto que dió lugar á la revolucion Francesa, que aunque parece independiente de nuestro primordial objeto, no podemos resistir á la idea de considerarla bajo el aspecto que encierra en su fondo. Como opinion que hemos sentido anteriormente y en su lugar, creemos que en la historia de un personaje, deben reflejar las épocas por donde ha atravesado, con datos y pormenores que ilustren las descripciones de las mismas, elevándolas á una altura que esté al alcance de todos; y como el cuadro político de la Francia de 1848 está representado, aunque á toques ligeros, en estos anteriores párrafos, para poder deducir algunas consideraciones acerca de la misma, y de las escenas de imitacion que tuvieron lugar en España, nos hemos detenido mas quizás de lo que debiéramos.

poderoso influjó, dieron por resultado solo destruccion y esterminio. A torrentes corrieron mares de sangre por París, Rusia, Italia y España en pós de la realidad de esas bellas teorías, que vertiéndolas en momentos dados, encienden los pueblos, agitan los ánimos, alzan las ciudades, y entronizan la guerra: no será la paz consoladora el fruto del eco de esas palabras—*Libertad, igualdad, fraternidad*: otros hombres, otros tiempos, otros siglos de menos ambiciones, de menos engaño, de menos egoismo, de menos efervescencia, de menos bastardas pasiones, de mas nobleza, sabrían acoger en su verdadera importancia y significacion esos tres emblemas de la bondad, de la tranquilidad, de la humanidad, del complemento de la concordía y de la paz. Pero el siglo XIX reconoce las monarquías, está hermanado con los tronos, contempla los títulos de sus reyes, encuentra en el origen de sus Monarcas el origen de las glorias de su patria, el origen del valor de los guerreros, el origen del saber y del talento; vé reflejar en sus reyes el poder y la grandeza de sus mayores, y la victoria y sin igual denuedo de los conquistadores, y no luchan por hundir el cimiento de las gradas del trono desde donde gobiernan, hermanando su poderío con la libertad de sus gobernados.

Véase la Rusia, la Italia, la España en 1848: ¿triunfó la revolucion, ó triunfó la causa de los soberanos? ¿Y la Francia? No somos profetas: el tiempo decidirá lo que aun está por decidir. ¿Qué alcanzó la Rusia, conmovida á impulsos de la manía reinante de República, en aquellos años de 1848? Conseguir tan solo que el Monarca poderoso de aquella nacion

hiciera alarde de su potente fuerza. ¿Y la Italia? Ya lo hemos visto: dió un sacudimiento: luchó y reluchó en vano por romper *eso que llamaban cadenas del despotismo*: y casi abocados á vencer, fuéron víctimas y sucumbieron al embate de las fuerzas de otras naciones aliadas, entre ellas la Francia, que siendo republicana, ayudó á combatir para que Italia no fuera republicana; ¿y se explica este fenómeno? Ya lo han hecho otros: ya lo ha hecho la prensa de todos los partidos que se agitan en la corte de aquella nacion, y ni es de este lugar, ni queremos escribir la historia de unos sucesos que se enlazan con profundas cuestiones de política, ¿Qué consiguió por último la España? Una completa derrota, si puede así llamarse, el vencer dos veces en las calles á la revolucion. Mas diremos, logró la revolucion afianzar dos años mas el poder de un General, jefe del Estado, que habia muerto moralmente para el manejo de los negocios públicos, y que no alzándose el pueblo de Madrid, hubiérase antes de aquel término, hecho viejo su poder, y en vano con la decrepitud hubiera luchado para inclinar la balanza á su favor.

La revolucion en España nació cadáver: el solo nombre de República, mató la revolucion: estaba muy reciente la sangrienta, tenaz y constante lucha por defender los derechos de una inocente Reina, y el pueblo que habia batallado por salvar de la usurpacion el trono que disputaba un pretendido soberano, no podia apoyar la usurpacion de ese mismo trono hecha por el pueblo. Así podemos decir, que los alzamientos de los dias 26 de Marzo y 7 de Mayo en Madrid, no fueron el eco de todos los españoles, y siendo solo un ligero rumor

esparcido por unos cuantos que equivocaron el camino, tuvo, como era de esperar, un fin desastroso.

El General Narvaez, un tanto práctico en la política á fuerza de esperiencia y de reveses que le ha producido su posición, comprendió muy bien que el pueblo español es monárquico constitucional, y no republicano: sabia muy bien que no podia ser incompatible el trono aun con las opiniones y las teorías de los hombres mas avanzados en ideas, y en loor de lo poco bueno que encontramos en su dominacion, debemos decir, que por entonces atinó Narvaez con el medio único de salvacion para España.

Entre Narvaez y Lersundi sepultaron la revolucion que naciera exhausta de recursos materiales, si bien robusta y lozana, considerada por el influjo moral con el que animaba á los partidos. Narvaez la mató en el parlamento, arrancando concesiones en favor de la causa del trono, del gobierno y del orden. Lersundi sofocó á viva fuerza, ávido de gloria por defender á su Reina, el alzamiento del pueblo, que se encontró aislado, y combatido por el bizarro General que alcanzó casi toda la victoria en aquellas dos jornadas con su arrojo y su denuedo.

En medio de un Congreso exacerbado por los recientes sucesos del vecino reino de Francia, Narvaez, ante una minoría mas vigorosa con la esperanza de un triunfo, porque perteneciendo esta al partido progresista, calculaba mas próximo el dia del predominio de sus ideas, pidió el General presidente la supresion de las garantías constitucionales y doscientos millones de reales para hacer frente á los males

que pudieran sobrevenir. No dudamos que para esto se necesitase algún valor, y en este golpe, que llamamos golpe de Estado, encontramos algún mérito, porque no solo supo pedirlo, sino que logró encontrar eco en la mayoría de los congregados, para que se lo concedieran. No hay duda tampoco que existía esa mayoría en aquellas cortes, declarada en su favor, pero estaba muy reciente aún la agitación de la Francia, se propalaba un cambio político en España, y el voto de sus aliados podía faltarle, en cuyo caso Narvaez hubiera tenido necesidad, para salvarse, de apelar á una precipitada fuga.

A su vez Lersundi, en medio de un pueblo amotinado que le recibió á tiros desde sus barricadas, socabó por el cimientito el altar levantado para santificar la revolución, y con la fuerza del orden combatió la que tremolaba la bandera del desorden, combatió la fuerza que blandía la enseña de la revolución: grandes fueron los hechos de valor de este joven militar, que combatiendo en la pasada guerra por salvar de la usurpación el trono, peleaba con entusiasmo y arrojo en las calles para afianzar la corona de su Reina.

Narvaez ante las cámaras populares quitó la primera piedra de la pirámide en que se sostenía la estatua que representaba la revolución de España: Lersundi derribó la estatua y el pedestal, saliendo á buscar frente á frente á su enemigo para vencerlo sin pérdida de momento en las calles y en las plazas, esponiendo cien veces su vida por la paz, sosiego y tranquilidad de su patria.

Las páginas mas ilustres de la crónica de este militar,

uno de los hechos que mas realzan á su noble profesion , y que han elevado su nombre justamente distinguido en el ejército, son las que consignaremos en este lugar , y que hacen referencia á los triunfos alcanzados por Lersundi en los dias 26 de Marzo y 7 de Mayo de 1848. La revolucion habia levantado su tremendo grito , haciendo armas contra el trono de nuestra Reina, contra el gobierno y contra la tranquilidad de la nacion. Habíase preparado de antemano este movimiento, sin grandes recursos, sin grandes hombres que fueran capaces de ponerse al frente, y sin un concertado plan para llevar á término sus miras. La suspension de las garantías constitucionales, la de las cámaras populares, la conducta de vigilancia que observaba el gabinete para prevenir un atentado contra su poder, por el convencimiento que este tenia de que la España deberia imitar á su tiempo el levantamiento del pueblo de Paris, causaba inquietud en los ánimos de todos los hombres que intentaron dar un golpe de mano contra el poder del gabinete : la voz de la revolucion corria como un sordo rumor por todos los círculos de la corte ; y el dia 26 de Marzo á las cuatro de la tarde , cuando todo el pueblo de Madrid , al parecer muy tranquilamente, disfrutaba de las delicias que ofreciera el paseo del Prado , en donde estaba tambien S. M. la Reina, se alzó el grito en la *Puerta del Sol* de *viva la Reina y la constitucion, y vivas á la República*. A los primeros disparos se convirtió Madrid de repente en un espantoso desórden: las calles pobladas de gentes , el fuego de los sublevados , las disposiciones de fuerzas militares que corrian hácia las calles y puntos donde se hallaba reconcentrado el motin, todo contribuyó á que hubier

ra desgracias que lamentar de personas ajenas á la política, y aquel alzamiento de unos cuantos que buscaban de seguro la derrota mas completa.

Dos horas despues la revolucion estaba aislada: el pueblo sensato de Madrid no tomó la menor parte con los sublevados, y yacia en el mas espantoso silencio: solo se escuchaba el horroroso y nutrido fuego de los que defendian desde sus barricadas la causa de la revolucion, y de las tropas que á su frente luchaban por sofocarla.

Lersundi desde los primeros instantes de la insurreccion, colocado al frente de su brillante Regimiento de América, se lanzó sobre los enemigos del orden con un arrojo inusitado: para militares como Lersundi estaba reservada la gloria de hacer que triunfara la causa de la Reina; el valor es y será siempre la enseña de las victorias; y Lersundi que tantas y repetidas veces habia dado inequívocas pruebas de poseer este dote natural desarrollado en la continua lucha de la pasada guerra, no podia en aquel trance desmentir su inclinacion á morir si fuese necesario, en defensa de los derechos de su Soberana, que creia mancillados en aquella alarma popular.

A la cabeza de una compañía de granaderos y de algunas otras fuerzas del ejército, despues de haber hecho reconcentrar á los sublevados á la Plaza de la Cebada, dió una decisiva carga á la bayoneta, con la que pudo concluir aquella jornada, y declarar en favor del gobierno el éxito de la misma, haciendo prisioneros á todos los rebeldes que se defendian con denuedo y con proverbial valor y entusiasmo.

Narvaez que habia perdido de pronto la idea de salir vencedor en aquel combate entre el pueblo y el ejército, fluctuando un tanto la victoria con la tenacidad de los que defendian la peor causa, al escuchar al Brigadier Lersundi las consoladoras palabras de «*ya terminó la revolucion,*» lleno de entusiasmo, contemplaba admirado aquel semblante apacible y sereno del jóven militar que acababa de sofocar el grito de guerra, y que no revelára por su calma y por su serenidad, que habia salido en aquellos instantes de un combate. Cualquiera hubiera creido al considerar detenidamente su aspecto tan pasivo, que venia de presenciar un simulacro; y este efecto que no puede comprenderlo quien no conoce á Lersundi, era producido, no solo por su peculiar serenidad para la guerra, sino por su estremada modestia que le hace ver siempre sus grandes acciones, todos sus hechos de importancia, bajo un punto de vista, sin el valor que encierran en su fondo; pero Narvaez que comprendia toda la significacion de lo que acababa de hacer Lersundi, no pudo menos de conducirlo inmediatamente á la presencia de la Reina, arrebatado de gozo, para presentarle al vencedor que habia acabado de afirmar la corona en sus sienes.

¿Qué mereció Lersundi por este hecho de valor y de tanta trascendencia?—Bien de la pátria.—El aprecio de sus gefes.—La admiracion de sus compañeros.—Una faja de General con que quiso premiar la Reina á este bizarro militar.

La revolucion por entonces tocó á su fin; pero los que habian tomado parte en ella, jamás perdieron sus esperanzas, y aunque observaron que el fruto y las consecuencias

de sus mal concertados planes les habian sido desfavorables, no por eso abandonaron su proyecto temerario. Un sordo rumor que se dejaba sentir en la corte anunciando que se disponian nuevas escenas de combates, tenia en continua alarma á las tropas adictas al gobierno y á los pacíficos habitantes de Madrid.

No eran injustos estos temores: se conspiraba para reproducir la escision, y los que salvaron de la primera tentativa, confiados en obtener mejor éxito y mas ventajas en la segunda, maquinaban en secreto y ponian en juego todos los resortes con que podian contar, para conseguir el fin que se habian ideado, sin que un fundamento poderoso les sirviese de norte á sus intentos.

Llevar á todo trance á cabo la revolucion era su único y esclusivo pensamiento: sostener el orden y amparar el trono de su Reina, era tambien el único y esclusivo pensamiento del gobierno y de las tropas leales.

Madrid se hallaba en una continua agitacion: el comercio habia paralizado sus negocios y sufria con aquel estado de incertidumbre lamentables pérdidas: los hombres sensatos, los que nada esperaban á la sombra de la revolucion, vivian intranquilos y aun azorados al contemplar el triste cuadro que presentaba la capital en su estado de postracion, y ansiaban el sosiego que habian perdido.

La revolucion que no habia muerto, sino que solo estaba oculta, volvió á levantar la cabeza con auspicios al parecer mas ventajosos á los que la proclamaron; y el dia 7 de mayo volvieron á presentarse las escenas del sangriento drama

que se ejecutó con tan siniestro fin en las calles de Madrid, un mes antes.

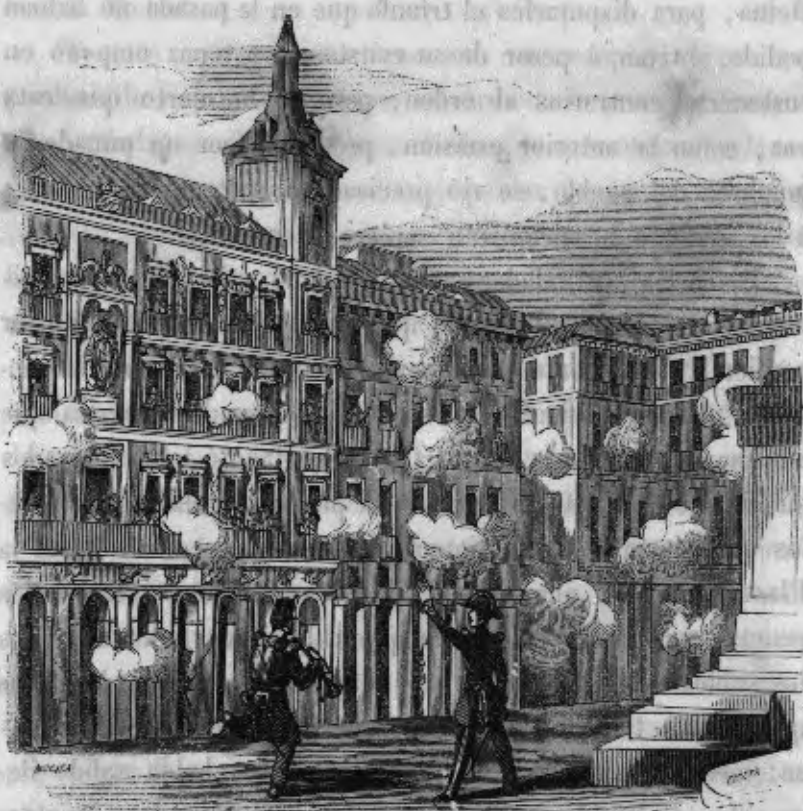
Al amanecer de aquel día se dió la señal para el combate: los sublevados se presentaron alentados y con entusiasmo en esta segunda alarma, frente á frente á los soldados de la Reina, para disputarles el triunfo que en la pasada no habian podido obtener á pesar de su constancia y tenaz empeño en sostenerse contrarios al orden; pero es lo cierto que esta vez, como la anterior escision, producida por un puñado de hombres del pueblo, se vió precisada á entregar su bandera á los que tan heroicamente supieron combatirla.

Rotas las hostilidades, una vez dado principio al rompimiento del fuego, Lersundi que habia sido en la anterior contienda dignamente recompensado con una faja, por su singular mérito, delante de su Regimiento de América que aun mandaba, á pesar de ser General, atacó á los sublevados en la calle de Postas, logrando al primer combate, declararlos en abierta fuga, continuando en su persecucion hasta la Plaza Mayor: en ella se refugiaron los rebeldes; y tras ellos penetró solo Lersundi, contra quien dirijieron todos sus tiros los sublevados, que hacian un nutrido fuego desde las casas que habian tomado en un principio para servirles de defensa; pero Lersundi que en tantos combates habia salido ileso salvando la vida, parecia en este como en todos, invulnerable á las balas, cual si estuviera cubierto su pecho de templado y damasquino acero: siempre arrojado, sereno siempre, en esta ocasion mas que nunca, exhortando á los enemigos que no cesaban de asestarle sus disparos, representaba más

:

que un hombre, la estatua de un guerrero que se elevara en medio de aquella planicie solitaria.

Fueron en vano sus palabras: fueron en vano sus esfuerzos para conseguir sin lucha la victoria: fueron desatendidas



sus exhortaciones un momento por los insurrectos, hasta que algunos minutos despues, haciéndose escuchar por la señal de corneta que significa *alto el fuego*, pudo conseguir sin

empeñar el combate, por este medio estratégico, aunque exponiendo valerosamente su vida, la rendicion de todos los sublevados, incluidas las fuerzas del Regimiento infantería de España que habia tomado parte en el levantamiento con los insurrectos.

La revolucion acababa de ser sofocada por segunda vez á costa de los esfuerzos del jóven General Lersundi, consiguiendo el doble triunfo de evitar la efusion de sangre, con cuyo hecho se hizo memorable por su valor, serenidad, y modo de dar término á aquella jornada.

Lersundi acababa de salvar al trono amagado por la revolucion, acababa de salvar al gobierno, y acababa de salvar la situacion creada por el General presidente del Consejo de Ministros, haciéndose acreedor á una recompensa de otra significacion y de mas importancia que lo que obtuvo. Los hechos de valor que van ligados con los grandes sucesos políticos de las naciones, los hechos de valor que envuelven la terminacion de una guerra intestina, merecen una doble recompensa y una señalada prueba de estimacion al hombre que la acomete, y la gloria de salvar de la anarquía á un pueblo que clama por la paz, que se vé agoviado por un puñado de hombres que suspenden el curso de la tranquilidad pública, es digna de un premio que patentice la gratitud de los hombres destinados á calificar el mérito de las grandes acciones. La cruz de San Fernando de cuarta clase que obtuvo Lersundi despues de un juicio contradictorio, condecoracion que se concede al valor solamente, fué la única recompensa que mereció por este hecho tan notable que no solo envolvia una

accion heroica de guerra, sino la pacificacion del pais, puesto que en aquella jornada sucumbió para siempre la revolucion.

Si Lersundi al propio tiempo que se le consideró justamente por el General Pacificador en los dias que hemos mencionado, hubiera podido reunir á esta distincion el poder que ejercia Narvaez, quizás hubiera sido mas generoso con los vencidos: su corazon que propende á la clemencia siempre que sea compatible con la justicia, tal vez no hubiera usado del rigor que en ocasiones no suele servir de ejemplar castigo, y si mas para exacerbar los ánimos y enardecer mas las pasiones; así como por el contrario vemos que se opera una reaccion moral en el hombre á quien se le perdona la vida por un delito que ha cometido, y con mas razon siendo un delito politico, por el cual el hombre no se infama ni debe confundirse con otro que comete uno de esos crímenes odiosos que le hacen acreedor á la execracion pública. Pero Lersundi era solo un militar á quien se le mandaba cumplimentar una orden superior; y sin mas consideraciones que vencer ó morir, que era la divisa de su bandera desplegada siempre en los combates, no le tocaba otra cosa que arrojarle sobre el enemigo derrotarle completamente como lo hizo, y salvar al pais y al trono, aumentando un laurel á los muchos que orlan su frente depositando en manos de su gefe, los trofeos de la victoria alcanzada en estos dias.

El glorioso desenlace que tuvieron los sucesos de la capital, dieron al gobierno mayor fuerza y estabilidad en el poder, y aseguró la paz interior del reino. A la decision, al va-

lor y al arrojo personal de Lersundi debiéronse exclusivamente los repetidos triunfos alcanzados sobre la revolucion, y estos dos hechos esclarecidos y heróicos que tanta significacion pudieron tener ante el pais que los presenci6, porque con ellos salv6 el trono y las instituciones, le conquistaron una luciente aureola y una corona con que orlar su frente.

La opinion pública hizo justicia á tan señalados servicios: Lersundi habia espuesto su vida con admirable serenidad; y el pueblo de Madrid, testigo de los inminentes riesgos que arrostrara para asegurar tan caros objetos, le design6 como el héroe de aquellas dos jornadas, como el hombre que habia alcanzado los mejores títulos para que se le distinguiese y considerase como el General de la época, y como el militar valiente en quien el trono de nuestra Reina debia encontrar el mas firme apoyo, y el baluarte inespugnable ante cuyo poder debian estrellarse y quedar sepultadas las insidiosas asechan- de sus mas encarnizados enemigos.

La persona del General Lersundi, repetimos, fué en aquellos dias objeto de una grandiosa y pública ovacion; su nombre era pronunciado con interés en todos los círculos políticos, porque sus méritos y sus hazañas habian llenado de admiracion á toda la corte. Solo el gobierno del duque de Valencia, de quien debia esperarse una demostracion generosa del agrado con que fué mirada la inimitable conducta de este hombre singular, apareció indiferente á la justa reputacion que se habia grangeado: pero si aquellos servicios, que fueron el alma, la vida y la salvacion de ese mismo gobierno, pasaron á su vista oscurecidos, no por eso dejaron de ofrecerse ante la

conciencia pública con todo el brillo y lucidez que arrojaba su esclarecida y envidiable estrella. Mas sin embargo, Lersundi, que en aquella época estaba llamado á ocupar un destino honroso en la corte, digno de los triunfos que acababa de alcanzar, porque era la única persona que podía satisfacer la ansiedad general, no calmada aun con los temores de nuevos trastornos, obtuvo por recompensa su cuartel para que pudiese retirarse á la vida privada, contra todas las esperanzas y contra el sentimiento universal, pronunciado en su favor. No era ciertamente este el premio que debia estar reservado á un hombre que con tanta abnegacion habia espuesto heroicamente su existencia, ni convenia tampoco en aquellas críticas circunstancias alejarle de un mando activo cuando todos reconocian en él la mejor garantía de seguridad para salvar el Estado y la situacion. Nosotros no alcanzamos ni comprendemos las causas que pudieron influir en tan inconcebible olvido: si las hubo, como no podemos menos de reconocer en vista de la frialdad y apatia con que miraron los gobernantes los grandes servicios de Lersundi, solo una mezquina rivalidad podia justificarlas. Pero aun en esa misma rivalidad, cuya opaca luz hirió ligeramente nuestra vista para dejarnos despues sepultados en una oscuridad profunda, luchando entre la duda y la certeza, entre el sueño y la realidad, podriamos encontrar conceptos razonados para esclarecerla, combatirla y aun presentarla á la faz de la nacion con los colores mas negros y humillantes; pero como el mérito verdadero no se deprime jamás, por mas que se intente oscurecer, y los medios que con este fin se empleen, sirven mas

bien para elevar la virtud á mayor altura; hé aquí la razón por qué la fama, justamente adquirida por Lersundi, subió mas alta que el espíritu de la envidia, porque á proporcion que esta se agita, crece el valor de los hechos que forman el concepto del hombre grande. Por esta causa nos abstendremos de desenvolver nuestra opinion en este punto. Justas y respetables consideraciones que tributamos gustosos á la estremada modestia del bravo General, nos alejan de ese enojoso terreno, mayormente cuando las glorias del guerrero nunca pueden aparecer mas brillantes que cuando una pobre rivalidad se interpone para disputar sus triunfos.

No afectaba, sin embargo, á Lersundi la nueva situacion en que le colocaba el Gobierno. Un sentimiento mas profundo y doloroso ahogaba dentro de su corazon, que no podian mitigar ni las glorias de los combates ni las demostraciones de gratitud con que acababa de ser saludado en premio de sus señalados servicios.

Su ascenso á Mariscal de Campo por los sucesos del 26 de Marzo se hizo incompatible con el mando de su querido Regimiento de América; y esto le obligaba á separarse de él contra todas las afecciones, cariño y simpatías que le unian con sus distinguidos oficiales y bravos soldados. Cinco años los habia mandado, sin haber tenido que deplorar ningun hecho indigno del lustre y esplendor de sus gloriosas banderas. Cinco años que pasaron entre una série no interrumpida de victorias, que formarán en la historia de aquel Regimiento una página brillante que hará recordar con entusiasmo el nombre esclarecido de su gefe, y servirá para que trasmitiéndose

á la posteridad, sea de noble emulacion para unos, y de útil y provechoso ejemplo para todos. Aún ese cuerpo está recordando con dolor intenso la irreparable pérdida de su Brigadier Lersundi: una gloria, sin embargo, le envanece: La gloria de contemplar al frente de los destinos de la nacion, ocupando el primer puesto del ejército, al que un dia se gloriara en ser su gefe.

El dia en que se presentó ante su Regimiento para dar el último adios de despedida, vertian sus oficiales y soldados lágrimas que arrancaba la gratitud: el sentimiento era general y profundo. Lersundi conmovido y afectado dolorosamente, tambien tributó con el llanto la última prueba del amor y cariño, que alimentaba su corazon en favor de quienes fueran ejemplo de admiracion durante su mando militar en tan lucido cuerpo. Eterno será en él su recuerdo y su memoria.

Lersundi, pues, pasó á la situacion de cuartel, esperando ocasiones en que el Gobierno de S. M. utilizara sus servicios, y poder probar en ellas su amor y lealtad al trono, nunca desmentidos en el transcurso de su carrera militar.



CAPITULO XVII.

REVISED

CAPÍTULO XVII.



AMÁS se hubiera creído que la guerra de Cataluña, emprendida en el mes de Agosto de 1847, tomase el incremento con que apareció en la época que vamos á tratar. La entrada en el Principado de nuevas partidas Montemolinistas, venidas del extranjero, obligaron al Gobierno á aumentar las fuerzas de aquel ejército; pero esta medida se hizo tanto mas estraña, cuanto que pocos dias antes se habia publicado en Madrid la casi total destruccion de las facciones. La prensa periódica se apoderó de este raro incidente, comentándolo bajo diferentes sen-



tidos, y censurando en muchos de ellos esta conducta que nadie sabia esplicarse: razon por la cual no dejó de aparecer tambien ante las Cámaras populares como un motivo de duda y desconfianza que hizo mas precaria y angustiosa la situacion del gobierno. Era preciso por lo tanto, para calmar la natural agitacion que debia producir esta notable incoherencia, dar un fuerte impulso á las operaciones militares, y confiarlas á las manos hábiles de Generales entendidos, que con sus movimientos y decision cooperasen mas eficazmente al término de la guerra.

No se descuidó el Gobierno en aquellos críticos momentos de utilizar los servicios del valiente General Lersundi, quien no obstante los males que le aquejaban por efecto de sus heridas de la campaña del Norte, quiso poner nuevamente á prueba su constancia y fidelidad al trono de su Reina, pasando á Cataluña con el General D. Fernando Fernandez de Córdova, nombrado á la sazón General en jefe de aquel ejército. Estaba reservada á este distinguido General para el momento de su llegada á Barcelona una gloria inmensa, cuya significacion política era de importancia suma para el Gobierno, para el país y la monarquía. El descubrimiento de un vasto plan de conspiración, fraguado y alimentado dentro de los muros de la ciudad, con estensas ramificaciones en el extranjero, en Francia muy particularmente, que debia estallar el día 4 de octubre del año 1848 para apoderarse de los puntos fuertes de la plaza, ponerlos á disposicion del sanguinario Cabrera, y proclamar seguidamente al conde de Montemolin.

La manera triunfante con que inauguraba su mando en el

Principado el General Córdova, fué de un feliz presagio para el Gobierno, porque con aquel servicio quedaron destruidos todos los planes de los rebeldes, y debió considerarse como el preliminar para satisfacer cumplidamente las esperanzas de la corte, y como el paso mas avanzado para llenar la importancia de su alto cometido. El acierto y prudencia con que trató de desenvolver tan inicua trama, dieron á conocer en muy pocos dias sus principales autores, destruyendo su bello ideal, cuya realidad estaban casi tocando.

No contribuyó poco el General Lersundi con sus conocimientos al mejor éxito de aquella operacion. Distinguido y altamente considerado por su gefe el General Córdova, tomó una participacion directa é inmediata en todo cuanto conducia á esclarecer las ramificaciones de aquella vasta conspiracion, cooperando con lealtad y decision á un servicio de tanta trascendencia.

Desvanecida de esta manera la imagen risueña que agitaba los dulces ensueños de aquel Cabecilla, y asegurada la tranquilidad de la capital de Cataluña, el General Córdova pudo dedicarse á dar nuevas formas á la organizacion de las columnas de operaciones, escasas en su fuerza numérica por los inmensos destacamentos que tenian ocupado el pais militarmente, y que creyó prudente retirar como ineficaces ya al objeto y sistema que se proponia seguir. Con este motivo el cuartel general y la brigada confiada al mando del General D. Francisco Lersundi salieron de Barcelona para emprender las operaciones, y llevar á la práctica el pensamiento de reconcentracion de fuerzas, como se tenia proyectado; pero esta necesaria

operacion no podia ser tan rápidamente ejecutada como reclamaba el estado de la guerra.

Apercibido Cabrera de aquel movimiento, y reconociendo las dificultades que podrian oponerse al triunfo de su causa con el nuevo sistema del Capitan General del distrito, aprovechó los primeros momentos para hacer reunir á su vez una gran parte de las fuerzas para que marchasen sobre la pequeña columna del Teniente Coronel Boffill. De escasa importancia hubiera sido el triunfo alcanzado por la faccion contra las fuerzas de este gefe, si no hubiesen sobrevenido pocos dias despues, siguiendo el mismo plan el enemigo; los desgraciados encuentros habidos con las columnas de Manzano y Paredes que tuvieron alguna significacion en los distritos que recorrian; pero si la responsabilidad moral de estos infaustos sucesos no pudo ser agena al General Córdova, porque pasaron bajo la influencia de su direccion y mando, no seremos nosotros ciertamente los que por ellos le inculpemos. Ya hemos significado que por razon de la conspiracion intentada en Barcelona habia tenido necesidad de retardar su salida á campaña, y retardar tambien la práctica de su sistema que una vez desenvuelto, y con tiempo para obrar, hubiera dado indudablemente los resultados apetecidos.

Al objeto de concluir la guerra, caminaban rápidamente sus disposiciones políticas y militares, y mas de una vez pudimos conocer los resultados de la escelencia de su plan. Para llevarlo á cabo desde el momento mismo en que salió á campaña fué encomendada al General Lersundi una comision importante del servicio, de la cual podian esperarse grandes ventajas para el término de la campaña.

Difícil, sino arriesgada, era la empresa fiada á la discreción, celo é inteligencia de Lersundi; pero cuanto mayor era la importancia de su cometido, tanto mas grande fué la decisión y ardimiento con que se presentó á desempeñarla. En su virtud emprendió la marcha con la brigada de su mando desde Igualada en direccion del Seo de Urgel. La escabrosidad del terreno por donde debia atravesar en los estrechos desfiladeros de Oliana y Orgañá, pasos precisos para seguir su larga marcha de flanco entre el Segre y Noguera, no eran por cierto todas las dificultades que habria que vencer. Ocupado aquel montuoso pais por las facciones de Cabrera, Torres y otros Cabecillas, era un obstáculo grande para sus operaciones, porque á la menor noticia podian salirle al encuentro, y sin defensa posible por la aspereza é inaccesibilidad del terreno, causarle graves daños desde las elevadas alturas de los dos extremos de montañas, cuya prolongacion se dilata hasta muy cerca del Urgel.

Las disposiciones adoptadas para llevar á cabo su cometido sin esponerse á ningun azar desgraciado, fueron coronadas del éxito mas feliz, logrando dar cima á su obra sin otros inconvenientes que dos pequeñas escaramuzas sostenidas contra algunas compañías facciosas que intentaron oponérsele al paso, pero cuya osadía pagaron á caro precio.

A su llegada al Seo de Urgel, determinó lo mas conducente al buen éxito de la comision que le habia sido encargada: dos dias despues se dejaron conocer sus buenos resultados con la presentacion de dos cabecillas carlistas de alta importancia en el pais y otros varios oficiales de la misma proce-

dencia que venian á rendir sus espadas á los piés del trono de nuestra Reina.

Despues de este importante servicio, cuyas consecuencias sirvieron para difundir en las filas enemigas la mayor desconfianza, así como entre los magnates del partido, regresó Lersundi al llano de Barcelona, encargándose del mando del distrito militar de Vich, y la Comandancia general del Vallés, donde estuvo operando hasta mediados del mes de Enero de 1849.

Era esta la época en que el General don Fernando Fernandez de Córdova dejó el mando del Principado, precisamente en los momentos mismos en que iba á recojer el fruto de sus constantes trabajos y desvelos que dieron por resultado la sumision de toda la faccion del Cabecilla Pozas, compuesta de 700 hombres; operacion que supo tratar con un acierto y prudencia digna del mayor elogio, y conducirla á un término satisfactorio, plausible y glorioso.

Habianse reconcentrado á la sazón en la Provincia de Gerona una gran parte de las facciones Montemolinistas para proteger la entrada en España de las partidas republicanas de Ametller, Molins y otros Cabecillas que venian del vecino reino con objeto de hacer causa comun en las operaciones de la guerra, si bien bajo diversos principios, con arreglo á un mútuo acuerdo celebrado en Francia por los agentes principales de ambos partidos. Estas circunstancias movieron al nuevo General en Gefé D. Manuel de la Concha á confiar al General Lersundi el mando de aquella provincia, en donde se necesitaba un gefé activo y celoso para que sin tregua ni descanso

marchase sobre el grueso de la faccion: pasó á desempeñar este mando en los primeros dias del mes de febrero siguiente. A su llegada á esta última ciudad se encontró con que las facciones de Marsal y Ametller amalgamadas ya, estaban atacando al destacamento de Bañolas, en número de 1,000 infantes y 100 caballos. Sin detenerse Lersundi para hacerse cargo de la Comandancia general de la Provincia, continuó su marcha en aquella direccion; pero apercibido el enemigo de la aproximacion de las tropas, abandonó el campo y tuvo que subdividirse para que la retirada fuese mas rápida, emprendiendo la faccion republicana la suya hacia el Pirineo.

De inmensa trascendencia habria sido para las operaciones ulteriores el que Ametller hubiese podido correrse al llano de la marina, como era su intento. Tenia la esperanza de sublevar algunos de aquellos pueblos, que alucinados con sus exagerados principios, debian aumentar sus fuerzas con muchos jóvenes iniciados ya en sus planes que solo esperaban su presencia para unirsele.

El General Lersundi habia tenido ocasion de sondear el espíritu público de aquel pais, y estaba convencido de la necesidad de perseguir con la mayor actividad á aquella naciente faccion, que desde luego contaba con 200 hombres. Subdividió al efecto los cuatro batallones de que se componia su brigada, y encomendando la direccion de las columnas á gefes hábiles y entendidos, emprendió la persecucion del enemigo por toda la prolongacion del Pirineo en direcciones distintas. Combinados los movimientos de las columnas con el mejor orden é inteligencia, el dia 10 se puso la de Lersundi al alcan-

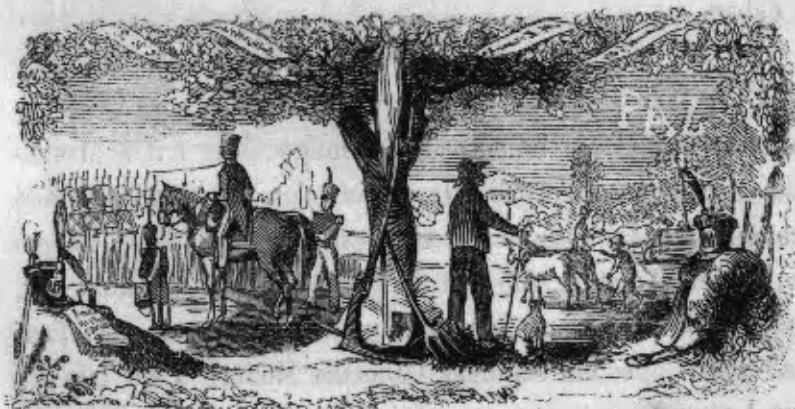
ce de la faccion, haciendo algunos prisioneros á su paso por Talaixa, sin conseguir otra ventaja que la de obligarle á internarse en Francia. El dia 11 volvió á aparecer Ametller en territorio español; y despues de un pequeño choque, en el cual perdió la faccion dos muertos y diez prisioneros, se internó por segunda vez en Francia.

La manera entendida con que dirigia Lersundi las operaciones, hizo presentir que no estaba muy lejano el término ó destruccion de los republicanos: este mismo General habia adquirido tal conviccion, que en la tarde del 13 de febrero, al dar parte al General en jefe de las operaciones, no tuvo inconveniente en asegurarle, que al dia siguiente seria destruida la faccion, ó al menos tendria que internarse en el suelo francés, para no volver á reaparecer en nuestro territorio, puesto que para lograr esto último, se habia puesto de acuerdo con las autoridades de aquel pais, y no dudaba que llenarian su deber.

El 14 al amanecer, la columna del General Lersundi, que habia campado la noche anterior en el Pirineo para observar mas de cerca el movimiento del enemigo, que habia atravesado la frontera, emprendió la persecucion, habiendo logrado alcanzarle en las alturas de Requesens á las 12 del mismo dia, donde Ametller fué batido y destruido completamente, con pérdida de algunos muertos y 50 prisioneros republicanos, entre ellos su segundo Cabecilla Molins. Este triunfo, para Lersundi insignificante, fué para el pais de una importancia reconocida, porque con la presentacion del resto de la faccion en la tarde de aquel dia y la mañana del siguiente has-

ta los 200 hombres que contaba, desaparecieron los graves temores de una sublevacion en sentido republicano, que se agitaba visiblemente por todos los pueblos de la marina.

La gran cruz de la órden de Isabel la Católica, acordada por las bondades de nuestra Reina, dice lo bastante para poder apreciar el gran servicio que Lersundi tuvo la fortuna de prestar en aquel dia, el cual podria ser de escaso mérito, si se quiere, por la insignificancia del número de rebeldes; pero que fué el hecho mas glorioso obtenido durante toda la campaña por el género especial de aquella guerra. Destruir completamente la faccion, es cuanto podia prometerse, y esto lo consiguió Lersundi en solo cinco dias. Despues continuó sus operaciones hasta fines de Abril, que quedó restablecida la paz en el Principado.

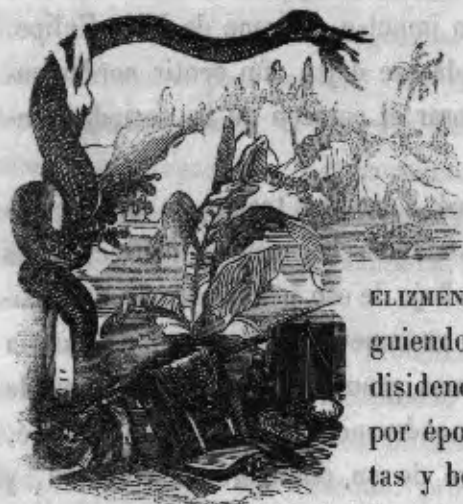


CAPITULO XVIII.

RECEIVED

THE
LIBRARY
OF THE
MUSEUM
OF
NATURAL
HISTORY
AND
ZOOLOGY
OF
THE
CITY
OF
NEW
YORK
1881

CAPÍTULO XVIII.



ELIZMENTE hemos llegado ya, siguiendo la narracion de nuestras disidencias políticas, y atravesando por épocas mas ó menos turbulentas y borrascosas, al término feliz de que en España quedase consoli-

dada y restablecida la paz por tanto tiempo suspirada.

Despues de la última campaña de Cataluña que hemos procurado bosquejar, si bien tan solo en la parte que podia tener relacion con los méritos y servicios contraidos por el

jóven General Lersundi, nada mas natural que este gefe se trasladase á la córte para reponerse de las fatigas y penalidades de la guerra y se entregase al cuidado de su quebrantada salud. Sin embargo, aún no habia llegado para él este deseado momento: le estaban reservados nuevos triunfos, mayores glorias con que engalanar su alta reputacion, adquiridas á costa de inmensos sacrificios, hechos en favor de su pais.

Fecundos en guerras y revoluciones se presentaron los años 1848 y 49, en casi todos los estados de Europa. La Francia acababa de pasar por una de esas escenas terribles y sangrientas que trae en pós de sí el espíritu de la revolucion, para hacer desaparecer á su impulso el trono de Luis Felipe. ¡Huellas terribles y profundas se dejan aún sentir sordamente, como ansiosas de devorar el corazon de la sociedad entera!

La Península ibérica fué á su vez teatro de un sacudimiento general, pasando por todos los males y consecuencias de otra revolucion bajo el influjo de ese poder extraño é invisible que todo lo agita y lo conmueve, la política: el Austria habia llevado la guerra á una gran parte de los estados de Italia para deprimir la preponderancia del rey Carlos Alberto, é imponerle el férreo yugo de su omnipotente voluntad, y hasta los estados de la Iglesia, centro perenne de nuestra santa religion, se vieron igualmente amagados de un desbordamiento general, concitado por la demagogia, que realizado poco tiempo despues quebrantó por sus cimientos el sólio augusto del Pontífice.

No bastaron para contener la agitacion revolucionaria de Roma la suavidad, moderacion y templanza con que el benig-
no Papa Pio IX quiso inaugurar su poder temporal; ni las ga-
rantias de libertad y tolerancia acordadas al pueblo romano.
bastaron tampoco á reprimir los excesos y demasias de un pue-
blo enfurecido, que con menosprecio de nuestra santa religion
regara en sangre las calles de la capital del Orbe cristiano.
Tambien este suelo privilegiado debia pasar por ese torrente
impetuoso de las pasiones, y seguir el impulso de la época
para alzar en su dia un tumulto sangriento que horrorizara al
mundo.

La Europa sublevada se ofrecia á nuestra vista con todos
los horrores de una conflagracion violenta, y todo parecia
desencadenarse para sepultar los tronos y hacer desaparecer
las dinastias. Hasta la religion mas santa que nos legaran
nuestros antepasados, estaba amenazada de muerte; porque
atacando los derechos sagrados del Pontifice, se conspiraba
tambien contra la fé, inviolabilidad y prerogativas de la Igle-
sia católica.

Con tales auspicios, la revolucion se presentó triunfante
dentro de los muros de la ciudad eterna. Para salvarse el
Santo Padre del furor de esa misma revolucion tuvo necesi-
dad de abandonar sus estados: proscripto y humillado, pero
con una resignacion inspirada por la justicia de su causa y
una paciencia alimentada con las esperanzas del cielo, fué á
buscar un asilo hospitalario en otro reino, á donde le arrojára
la perfidia y la maldad, aborto de la mas negra ingratitud.
¡ Asi pagan los pueblos muchas veces las bondades de sus so-

beranos! Roma acababa de dar una prueba evidente de esta reconocida verdad de que mas tarde tendria que arrepentirse.

En tal estado, no podian ni debian las naciones católicas aparecer indiferentes á aquel infame desacato: la Francia, el Austria y el reino de las Dos Sicilias corrieron presurosas á defender los derechos inviolables del sucesor de San Pedro, y hasta la nacion española, aunque exhausta y débil por causa de sus turbulencias interiores despues de una penosa série de calamidades y trastornos, que acababa tambien de experimentar, pero nunca mas arrogante y generosa que cuando se trataba de salvar el objeto precioso que simboliza la religion cristiana, no desoyó el apremiante llamamiento de la corte de Roma.

Una expedicion de 5,000 hombres se organizó instantáneamente en la ciudad de Barcelona por disposicion del gobierno, á las órdenes y bajo la direccion del ilustre General D. Fernando Fernandez de Córdova, con objeto de marchar á los Estados Pontificios. Al General Lersundi le fué conferido el mando en segundo de aquellas tropas, y apesar de que aun no habia podido descansar de las penalidades de la última campaña, abrazó con entusiasmo aquel mando, elevado y glorioso era el objeto, pero ardiente era la fé, que sentia dentro de su corazon, para no desmentir esas nobles cualidades de su carácter, esa decision para los momentos del peligro, y ese afán de gloria que son todas las aspiraciones de su alma.

Tan pronto como Lersundi recibió las órdenes del gobierno, se trasladó á la capital del Principado en donde de acuerdo

con el General en Jefe se dedicó á organizar su division y á hacer los preparativos del embarque.

La tarde del día 23 de mayo de 1849 la ciudad de Barcelona presenciaba uno de esos actos en que el bullicio y la animacion vá trasmitiendo por do quier los efectos de un público regocijo, para celebrar un fausto acontecimiento. Una viva y dulce emocion de alegría y placer se veia fija en todos los semblantes, y ante el aspecto risueño que ofrecia la multitud de lanchas que conducian á bordo de los buques de guerra, estacionados en bahía, centenares de soldados españoles, se hacian recordar las inmensas glorias que en tiempos mas venturosos para nuestra pátria, llenaron de asombro y admiracion al mundo. Las bandas y músicas militares contribuian á hacer aquel hermoso espectáculo doblemente encantador. Era la brillante division española que efectuaba su embarque para conducirse á las playas de la Italia, y saludar aquellos gratos lugares que recuerdan aún todos los triunfos alcanzados por las aguerridas huestes del Gran Capitan. Hasta el nombre de Fernandez de Córdova coincidía admirablemente con aquellos recuerdos que tan visiblemente agitaban la multitud; todo era en fin en aquellos momentos agradable y consolador.

Dos horas bastaron para el embarque; tales habian sido las disposiciones adoptadas para aquella rápida operacion.

Al amanecer del día 24 la capitana de la escuadra hizo la señal de levar anclas, al propio tiempo que la muralla de mar se veia coronada de todo un pueblo, que venia á presenciar un nuevo espectáculo.

Muy pronto empezaron los buques á surcar las tranquilas

aguas, deslizándose suavemente, como si en su sosegada marcha quisieran rendir el último tributo de reconocimiento á la patria que abandonaban.

Creció entonces el entusiasmo de nuestros soldados, quienes asomados á las cubiertas de las embarcaciones recibían de un pueblo numeroso el adios de despedida con todas las demostraciones de sincera afectuosidad. ¿Y cómo no espresarse en aquellos gratos momentos todo el sentimiento del alma á la vista de una respetable flota, que surcando los mares, iba á hacer tremolar en otros reinos el pabellon de España?

Nosotros tuvimos tambien la fortuna de presenciar aquel hermoso espectáculo, y participamos así mismo de las dulces emociones que debió sentir todo corazon que tiene sangre española.

La navegacion que llevaron nuestros espedicionarios fué rápida y feliz, si se exceptúa una ligera tormenta que se dejó sentir en la primera noche de viaje, al atravesar el golfo de Leon.

Después de pasar las bocas de Bonifacio, y admirar las inmensas cordilleras de montañas de las islas de Córcega y Cerdeña, que se elevan por sus extremos, como si la naturaleza hubiese querido formar en ellas dos barreras inespugnables, descubrióse á las 12 del dia 27 la elevada cima de Montecircello, que anunciaba la proximidad á Gaeta, punto de desembarco.

En efecto, á las cinco de la tarde la escuadra española fondeaba en aquel puerto, y era saludada con una salva de artillería desde el castillo y fortalezas de la plaza. En ella residia el Santo Padre y toda su corte, los embajadores extranjeros, y un ejército de 12,000 hombres que se hallaba campado al

frente de sus muros, y conservaba á sus órdenes el rey Fernando de Nápoles.

En la mañana del día 28 verificó la expedición su desembarco, pasando á campar sobre el mismo terreno que acababan de evacuar las tropas Napolitanas.

El efecto moral producido en la ciudad con la oportuna llegada de los españoles, cambió completamente, porque si seguimos la severidad de nuestras convicciones, debemos confesar que el influjo de la batida de Garibaldi en Velletri y la consiguiente retirada del rey Fernando á sus estados, se habian dejado sentir muy poderosamente dentro de su ejército y en las escasas fuerzas de su Santidad, participando de un desaliento general que el temor hizo cundir dentro de las filas, y sembró la desconfianza entre las personas mas adictas á la causa del Pontífice. Mas el refuerzo que acababa de recibir de España, pudo desde luego calmar la ansiedad pública de una manera notable, y hasta Pio IX, que habia resuelto dejar á Gaeta, y retirarse á la isla de Mallorca con un vapor de guerra español que el Gobierno habia destinado á sus órdenes, desistió completamente de llevar á cabo su pensamiento, considerando suficientemente garantida su persona con las nuevas tropas que llegaban á su servicio, y que aunque escasas en su número relativamente al ejército Napolitano, le inspiraron una segura confianza.

El estado de brillantez con que se presentaron las tropas españolas en Gaeta, llamó extraordinariamente la atención de los embajadores y diplomáticos de toda las naciones, enviados cerca de la Santa Sede, y tanto su Santidad como el rey de las

Dos Sicilias manifestaron sus deseos de visitar y revistar las tropas de S. M. Católica. En su consecuencia, á las tres de la tarde del dia 29 el General Lersundi tenia formada la division al frente de su campamento, esperando la llegada de aquellos augustos personajes. Toda la poblacion en masa se agitaba en el campo español, ansiosa de participar de aquella solemne ceremonia, cuando aparació su Santidad precedido de un numeroso séquito, siendo recibido con todos los honores que se tributan al Rey de los Reyes. Al bullicio y animacion general habia sucedido un religioso y sepulcral silencio, y colocándose entonces Pio IX en una pequeña prominencia, estiendo sus brazos en actitud suplicante, eleva sus ojos al cielo como demandando gracia al Altísimo en favor de sus propios enemigos, y en voz clara y sentida, llena de tierna conmocion, invoca una vehemente súplica, y ruega al Dios de los ejércitos por la felicidad de la nacion española y por el triunfo de sus armas. Pocos momentos despues la bendicion pontificia llenaba de fervoroso entusiasmo á nuestros soldados, que celebraban aquel acto religioso con la fé mas santa y el mayor recogimiento. El pendon de Castilla, simbolo real de todas nuestras pasadas glorias y conquistas, recibia un ósculo ardiente de los labios del Padre comun de todos los fieles de la religion católica. Terminado este acto religioso se practicaron algunas maniobras que mandó el General Lersundi á presencia de su Santidad y toda la corte de Roma, desplegando despues algunas guerrillas á peticion del rey de las Dos Sicilias.

Unas y otras probaron cumplidamente á todos los militares estrangeros que las presenciaron, que hasta alli podrian alcan-

zar la instruccion y moralidad de sus ejércitos; esceder á nuestra infantería, jamás. Despues de haber desfilado las tropas en columna de honor por delante de Pio IX, se retiraron á sus campamentos.

Seis dias permaneció tan solo la division española al frente de los muros de Gaeta, pero durante este escaso período, fué objeto de los mayores elogios por su disciplina, subordinacion y religiosidad. ¡Conducta ejemplar y digna que admiró en mas de una ocasion el rey Fernando, y que llenó de asombro á los representantes de todas las naciones de Europa cerca de la Santa Sede!

Habiéndose conocido el dia 2 de Junio el estado de las operaciones de sitio de Roma, el General en jefe español avanzó sobre Tarracina para ponerse en mas contacto con el ejército francés, permaneciendo la division por espacio de un mes en aquel punto.

El aspecto que tomaron los primeros sucesos de la capital, no permitia que los españoles pasasen á tomar una parte activa en las operaciones de sitio, porque comprometido el honor del pabellon de la Francia, é injuriado por los sediciosos de Roma en el ataque de 30 de Abril, los franceses quisieron tomar la causa que se debatia como esclusivamente propia, para vindicarse del ultraje y ser dueños absolutos de la victoria.

Esto no obstante, el General Córdova estimó conveniente mover la division sobre Velletri, al intento ya indicado de ponerse en próximo contacto con el ejército francés, y estar dispuesta para hacer frente á todas las eventualidades que pudieran

ocurrir; pero á su llegada á aquel punto recibió avisos del General Oudinot d'Rejio, en que le participaba la ocupacion de Roma por sus tropas, y la fuga de Garibaldi con 6,000 hombres de los que defendian la ciudad sublevada.

Por consecuencia de este fausto acontecimiento, el General Lersundi tuvo que encargarse de la persecucion de los restos de las facciones republicanas, y á pesar de haber marchado en su persecucion, no fué posible darlas alcance, por haberse acogido al pabellon de la República de San Marino.

Coincidió en este tiempo la llegada á Italia de la 2.^a division española al mando del General Zabala, y con este aumento de fuerzas que constituian un cuerpo de ejército fuerte de 9,000 hombres, pudo estenderse en el pais la dominacion de los españoles. A este efecto fué encomendado al General Lersundi el mando de las provincias de la Umbria y Sabina, y habiendo pasado con su division á dicho pais, fijó su residencia en Spoleto.

Cuando llegaron las tropas á esta ciudad para posesionarse de la parte alta de los Apeninos, y ocupar además todo el territorio de su demarcacion, vióse que el espíritu público estaba predispuesto á favor de la revolucion, y conocido este antecedente, se comprenderá con facilidad el origen de la fria acogida que merecieron los españoles en aquella poblacion y comarca. Y no era extraño que esto sucediese, estando tan pronunciadas entre la mayoría de sus habitantes las ideas republicanas, lo cual por sí solo se oponia á la buena armonía que debía guardarse entre unos y otros. Un motivo poderoso existia además para que esta no se consiguiese con facilidad

en los primeros momentos, y fundamos esta creencia en un principio exagerado que se hizo cundir siniestramente, de que los pueblos iban á ser tratados con todo el rigor de una absoluta dictadura. ¡Cuánto se engañaban! ¡Y cuán pronto debía cambiarse este desfavorable concepto! Siempre la arrogancia de los españoles para con los fuertes ha degenerado en docilidad y tolerancia para con los vencidos, y el General Lersundi, intérprete fiel de los generosos sentimientos de la noble nacion que representaba, iba á dar una prueba elocuente de esta verdad, como muestra de la hidalguia castellana. Sus primeras disposiciones administrativas en el país dieron á conocer todo lo que podian esperar los de Spoleto de su autoridad militar y politica, y ellas bastaron para calmar la efervescencia de las pasiones, y restablecer la paz en las dos provincias. Decidido á castigar con mano fuerte á cualquiera que intentase subvertir el órden público, se presentaba afable y cariñoso con todo aquel que se acogia bajo la bandera de la paz que habia enarbolado, porque á su sombra debía encontrar la mejor garantía para salvar los intereses y personas de todos y un firme apoyo para hacer respetar los derechos de la justicia. Con este sistema de moderacion y templanza procuró la reconciliacion de los partidos, alejó la anarquia, que con menosprecio de las autoridades constituidas, prevalecia en algunos pueblos de su jurisdiccion, evitó las persecuciones que suelen ser siempre la consecuencia inmediata al triunfo de un partido, y consiguió restablecer la tranquilidad pública é individual. De esta manera logró el General Lersundi producir una reaccion en las ideas exageradas que habian cundido contra los españoles, y

:

su conducta militar fué objeto de los mayores elogios, mereciendo su nombre la gratitud general y la estimacion pública su persona.

Admirable fué tambien la conducta de las tropas que tenía el General Lersundi á su mando. Su disciplina, subordinacion y moralidad escedieron á las esperanzas de sus gefes, y para probar todas estas cualidades, y la severidad de sus morigeradas costumbres bastaria tan solo citar las demostraciones de pública gratitud de que poco despues fueron objeto en todos sentidos. Seria para nosotros pesada tarea ciertamente el tener que consignar uno por uno todos los actos y virtudes militares que les conquistaron esta justa opinion; sépase sin embargo, para gloria y honor de nuestro ejército, que un mes despues de haber ocupado las provincias de la Umbria y Subina la division del General Lersundi, los pueblos de aquellas comarcas guarnecidos por españoles, constituían una sola familia. A su sombra cesaron las maquinaciones de los partidos; desaparecieron los rencores y persecuciones, se administraba justicia para todos, y todo respiraba tranquilidad y confianza.

Así pudo dar á conocer el General Lersundi el cómo un pueblo se gobierna, y los medios que conviene usar para que, sin ser demasiado duro, ni demasiado débil respecto de los gobernados, pueda conciliarse la conveniencia general con la seguridad material de los estados.

Una cuestion de gran magnitud é importancia vino en el mes de Octubre á poner en evidencia todo el poder y prestigio que el General Lersundi gozaba en aquel pais.

Algunas medidas adoptadas por la comision gubernativa de Roma sobre *il dazio macinato* (1) puso en alarma á los habitantes de las dos provincias, y su resistencia, no al pago, sino á la obligacion que se les imponia de no moler en dias feriados, cundió entre los *Contadini* (2) formándose su consiguiente motin, en que tomaron parte muchas personas influyentes de las campiñas.

Si hemos de ser esplicitos en este asunto, no podemos menos de reconocer que clamaban con justicia contra aquella medida, que si bien nosotros la respetamos por razon de ser una emanacion de los preceptos de la Iglesia, traia el grave perjuicio de obligar á la clase indigente á perder uno ó mas dias en las labores del campo, segun la mayor ó menor distancia que se tenia que andar para practicar aquella operacion.

Graves daños hubiera podido ocasionar á la causa del orden aquel movimiento popular, pues estando aun reciente la efervescencia revolucionaria podia traer consecuencias desagradables y esplotarse como un motivo de política y de partido, puesto que habian llegado á reunirse hasta dos mil hombres armados de escopetas, hoces y otras armas.

Apenas el General Lersundi tuvo noticia de este desagradable incidente, se vió en la necesidad de tomar en él una parte formal, llamando á su presencia á los mayores contribuyentes de los pueblos para que por su mediacion y con las medidas adoptadas al intento se calmase la agitacion que crecia por momentos.

(1) Contribucion que se paga por moler granos.

(2) Los que habitan en lugares y aldeas.

Muy profundamente debia conocer el General Lersundi el carácter de aquellos habitantes, para haber fiado la decision tranquila del motin á dichas personas y mas que todo por la escasa fuerza de caballería que llevó al sitio de la reunion para disuadir á los amotinados de su loco empeño. Cuando el General Lersundi se presentó en el campo, fué recibido con todas las demostraciones del mas afectuoso respeto, y al manifestarles que tomaba á su cargo la representacion de sus quejas para hacerlas conocer al Gobierno de Su Santidad é impetrar en su favor la suspension de aquella medida, se disolvieron las masas prorumpiendo en mil aclamaciones al General Español.

Lersundi, con este sistema conciliador tan propio de su carácter como plausible por los males de que acababa de preservar al pais, acababa tambien de hacer un gran servicio, digno del mayor elogio, que desde luego fué considerado como un acto de la magnanimidad de su corazon y que le conquistaba el cariño y benevolencia de los pueblos puestos bajo su jurisdiccion militar.

Dos fines se habia propuesto conseguir además con aquella idea previsorá: salvar en primer lugar las tristes consecuencias de un rompimiento con las tropas y el pueblo, al tener que combatirlo con las armas en la mano, y evitar en segundo, que los enemigos del orden se apoderasen de aquel acontecimiento para usar de él á sus fines políticos y producir en la provincia una sublevación contra la autoridad del Pontífice, hácia la cual se notaba bastante predisposicion. El General Lersundi puso en conocimiento del gobierno, como

habia ofrecido, este lamentable suceso, y de él mereció las gracias por el tino y prudencia con que, sin tener que adoptar medidas fuertes habia vuelto á restablecer la tranquilidad pública en toda la comarca de su mando.

La proximidad de Spoleto á los cantones de las tropas Francesas y Austriacas y la politica seguida por el General Lersundi, habian establecido cierta armonia entre si, que si bien no pasaba de una formal y reciproca etiqueta, constituia un contacto directo en los cantones; pero llegó á tomar tal amplitud y fué seguida con tal constancia, que con el tiempo vino á regularizarse en objeto de mútuas atenciones entre unos y otros. Los Austriacos principalmente fueron los primeros en iniciarse propicios á la gravedad del carácter español que llegó á degenerar en afectuosa simpatía. Una de las pruebas que revelan esta verdad fué la invitacion que hizo al General Lersundi el Baron Paugarten, Coronel del Regimiento acantonado en Perugia (Romagna) para celebrar los dias de su augusto Emperador. El General aceptó el convite, y al efecto se trasladó con su Estado Mayor divisionario al canton Austriaco, en donde á su llegada empezó á ser objeto de todas las atenciones.

Despues de celebrada la misa, con toda la solemnidad debida y á la cual concurrieron el Regimiento del Baron Paugarten, un Batallon de Cazadores Tirolese y un Escuadron Húngaro de Húsares con el cuartel divisionario español, el General Lersundi, á invitacion del Gefe de las tropas, pasó á revistar los cuerpos detenidamente, pero no sabremos que ensalzar mas, si la severidad del esmerado continente de aquellos

soldados, ó el estado de brillantez con que se presentaron en parada. Podemos sí decir, que eran tropas amaestradas en la guerra, y que no desmerecian del justo renombre que habia alcanzado el Ejército Imperial en Italia.

A presencia del General Lersundi fueron condecorados varios individuos de todas clases de tropa en celebridad del fausto dia, y como justa recompensa concedida al valor con que se distinguieran en la célebre batalla de Novara, á las órdenes del Feld-Mariscal Radesky. Terminada esta operacion, el General Lersundi presenci6 el desfile en columna de honor que hicieron las tropas al retirarse á sus cuarteles.

Desde entonces los españoles fueron obsequiados y distinguidamente considerados por los oficiales Austriacos, recibiendo pruebas inequívocas del afecto y simpatías que les merecian. Un espléndido banquete, dispuesto á las seis de la tarde de aquel dia, en el que ocupó el General Lersundi el sitio preferente, estrechó mas las dulces simpatías de Austriacos con Españoles, que degenerando en amistad particular entre sí, iba á perderse un momento despues con la ausencia quizás para siempre, pero no el grato recuerdo de las consideraciones que habian los últimos merecido. Una esperanza, sin embargo, tenían los Españoles; la esperanza de que continuando en Italia, podrian corresponder, cual cumplia, al afecto y cordialidad con que fueron tratados en aquella ciudad, y de la cual salieron llenos de doloroso sentimiento al estrechar las manos de tan bravos compañeros.

Celebrárouse tambien en Spoleto con toda pompa y magnificencia los dias de Nuestra Soberana, la Reina Isabel, y

para solemnizar la fiesta de tan plausible suceso, tambien los Españoles hicieron las debidas invitaciones á los gefes y oficiales de los cantones inmediatos.

Una salva de cien cañonazos vino á anunciar á los habitantes de la ciudad la aurora risueña de aquel día, mas brillante por el acontecimiento feliz que se celebraba, que por la benignidad de la atmósfera que se presentó cargada de nubarrones, como amenazando distraer la fiesta. Desde aquel momento empezó el bullicio y la animacion, y á las ocho de la mañana varios gefes y oficiales estrangeros, los mas Austriacos, eran recibidos por el General Lersundi con todo el agasajo y atencion propios de la hidalguía española.

Entre los diferentes obsequios que se hicieron á los oficiales estrangeros, se habian preparado algunas maniobras, que fueron ejecutadas por el brillante Batallon Cazadores de Chielana, con una exactitud y precision que fueron la admiracion de todos los convidados. Ya era pública la fama que las tropas españolas habian alcanzado desde que entraron en Italia; pero los Austriacos, que tenian una idea mas remota del estado de instruccion de nuestro ejército, se convencieron evidencialmente de ella, y muchos manifestaron en idioma italiano, para dejarse comprender mejor, que desde luego aquel batallon podia considerársele como un modelo perfecto de la infanteria de todos los ejércitos del universo.

No nos ciega en esta cuestion el espíritu de nacionalidad; al consignar este buen concepto en favor de nuestras tropas, lo hacemos fundados en la opinion respetable de la mayor parte de los oficiales estrangeros, que ya sea en uno, ya en otro

punto, tuvieron ocasion de presenciar los adelantos operados en esta arma.

Pasóse el resto del dia en públicos festejos, y en todos rivalizaron nuestros oficiales en atencion y cortesania hácia las personas que les honraban con su presencia. Un suntuoso baile dispuesto por el general Lersundi para solemnizar los dias de la augusta Reina de España, y obsequiar á la poblacion de Spoleto, puso fin á la funcion, de la cual se conservará una memoria grata entre las familias mas distinguidas de la ciudad, que concurrieron á ella como en señal del afecto y gratitud hácia los Españoles.

La órden recibida á fines del mes de Noviembre, en que el gobierno de España mandaba retirar el ejército expedicionario, cuando mayores eran las afecciones y simpatias de los habitantes de aquellas comarcas, produjo un sentimiento general y profundo que nos seria difícil describir. En su partida veian amenazada la tranquilidad del pais sostenida hasta entonces por las sábias disposiciones del General Lersundi, temian, y no sin fundamento, el riguroso sistema de mando que los Austriacos habian puesto en práctica en las comarcas de Ancona, si, como era presumible, estendian su dominacion hasta los Apeninos para reemplazar á las tropas españolas, porque conocian sus terribles consecuencias. Un odio implacable contra los franceses se habia generalizado en todos los ánimos por razon de su intolerancia y persecuciones, produciendo todo un clamoreo universal, inestinguible, que se conjuraba contra unos y otros, pero que de cualquiera manera lo consideraban como una calamidad para el pais en general.

En esta ocasion brilló como nunca la ejemplar conducta observada por el ejército español durante su permanencia en aquellos pueblos, y todo el cariño que tenían puesto en el General que los mandaba. Su próximo alejamiento habia puesto en consternacion á los habitantes todos de la ciudad, sin distincion de clases y opiniones, y todo era sobresalto é intranquilidad. Tal era el efecto que habia producido la nueva fatal de la partida. Resuelta ésta decididamente, en términos de estarse haciendo los preparativos del viaje, aun los Spoletinos abrigaban una remota esperanza, la de una contra orden que suspendiese la marcha de la division: era, sin embargo, demasiado tarde ya para que pudieran alimentar por mucho tiempo esta débil ilusion; su cruel desengaño no estaba lejano.

Por todas partes recibia el General Lersundi comunicaciones que patentizaban el justo sentimiento que causaba su salida (1) del pais, y aquel vino á acrecentarse en la ciudad de Spoleto el 15 de Diciembre. Era el dia destinado para la marcha; el momento fatal que habia de llenar de amargura y llanto á multitud de familias, que inspiradas por la gratitud, rendian el último testimonio del afecto que habian merecido las tropas españolas y las altas virtudes de su General Lersundi. De él habian alcanzado los mayores beneficios; todas las consideraciones y rasgos de generosidad que harán ilustre su nombre, como será imperecedera su memoria.

A las doce de aquel mismo dia desfilaban las tropas para alejarse de la ciudad ducal. Un pueblo inmenso, que presenciaba

(1) Las copias de las traducciones que trasmitimos al final de esta obra, encarecen mas la conducta de las tropas españolas en aquellos paises, que cuanto nosotros quisiéramos decir en su obsequio, y en honra del General que las mandaba.



su marcha, entregaba al llanto su triste pesar; cruel desahogo de un alma sin consuelo, de quien desaparecen las dulces ilusiones de una imágen creadora que muere tambien con las esperanzas que le arrebató la fatalidad.

Para hacer mas terrible aquel cuadro desconsolador, una rara coincidencia, que se presenta en aquellos momentos como precursora de tremendos males, acrecienta el dolor y la confusion de los habitantes de Spoleto. Acababa de sentirse un fuerte temblor de tierra que hizo vacilar unos instantes los edificios de la ciudad. Un grito de general espanto resuena por todos los ámbitos de la poblacion; *Vedete cui Fira di Dio* decian unos, *Ecco la nostra sciagura* decian otros, como queriendo significar el augurio fatal de las calamidades que les estaban reservadas.

El sentimiento por la partida del jóven General, marcado en el semblante de los hijos de la hermosa Italia, estaba además representado, fijo y patente en la espresion de aquellas palabras *vedete cui l'ira di Dio*: como manifestando que hasta la ira de Dios significada en aquel sacudimiento de la tierra, se queria oponer á la marcha del valiente militar español, que tantos recuerdos agradables dejaba en aquel pais.

Esta prueba tan marcada de aprecio, esta prueba de simpatía tan bien esplicada, que tributaban al general Lersundi los hijos de una pátria estraña, herian vivamente las fibras de su corazon en lo mas hondo; y conmovido tambien el jóven General á la vista de una distincion que no se compra con todo el oro de los poderosos, porque las auras populares no tienen precio, sabía manifestarles por su parte con su silen-

cio elocuente en ocasiones, y sus miradas espresivas, la gratitud y reconocimiento debido á las muestras de cariño tan francamente espresado.

Un momento despues de repuestos del pánico que se habia apoderado de la poblacion entera, el General Lersundi, que en una silla de posta iba á emprender su marcha en direccion á Roma, era saludado con tierno y cariñoso afán por todos sus habitantes, pagando con las lágrimas en los ojos todos los beneficios que habian merecido de él durante su mando militar.



El título honroso de Patricio noble, acordado por el Municipio de la Ciudad Ducal de Spoleto, y confirmado por Su San-

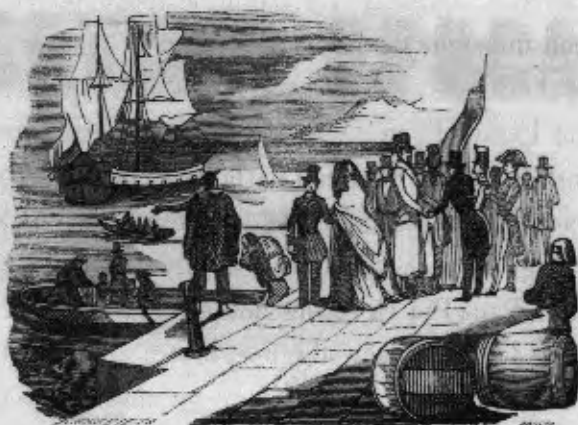
tividad en favor del General D. Francisco Lersundi y sus descendientes, nos presenta hoy un testimonio fiel y auténtico que revela todo el afecto benevolencia y gratitud de sus habitantes: en él están consignados los hechos grandes y sublimes que le hicieron acreedor á ser inscrito en el árbol genealógico de aquella gran familia, donde tantos varones ilustres figuraron por sus virtudes y ciencias; y que distinguiéndose por sus acciones heroicas merecieron bien de su patria: en él, aparecerá eternamente el nombre de Lersundi, y su busto esculpido en mármol y adquirido por la comision municipal de Spoleto que tiene hoy su lugar en la galeria de aquella insigne orden, harán recordar sus glorias para que sirvan de ejemplo á las generaciones venideras, y vivan, despues de su muerte, hasta la consumacion de los siglos.

El Rey de las Dos Sicilias que supo apreciar los servicios del General Lersundi en favor de los sagrados derechos del Sumo Pontífice, quiso tambien darle una afectuosa prueba de la estimacion con que habia mirado sus preclaras virtudes, confiriéndole la gran banda de Francisco I de Nápoles, mientras el bondadoso Papa Pio IX reconocido al celo y lealtad con que le habia servido, y llevado de ese tesoro de inagotable clemencia y magnanimidad que encierra su alma generosa, le distinguia con la merced de la Gran Cruz de San Gregorio Magno, enviándole con las insignias de la Orden, para que se restituyese á su patria, su Santa y apostólica bendicion.

Incorporado ya el General Lersundi al cuartel general estacionado en Velletri, despues de haber pasado por Roma para despedirse de las autoridades francesas, marchó á Tarracina

para hacerse á la vela, y el día 27 de diciembre dejaba las playas de Italia, recibiendo antes las mayores muestras de cordial simpatía, de las varias personas distinguidas de la población que salieron á acompañarle hasta el lugar del embarque para ofrecerle su último adiós.

Después de una larga y borrascosa navegación, el General Lersundi llegó á Barcelona pasando en *situación de cuartel á la Côte*.



SETIMA EPOCA.

SETIMA EPOCA.

THE EPOCH

SETTING EPOCH.

The first of the series of lectures
on the history of the world
will be given on the 1st of
the month of January at 8 o'clock
in the evening at the
University of London.
The lecture will be given
by the Rev. Dr. J. A. R. Smith,
Professor of History in the
University of London.

SETIMA EPOCA.

Lersundi Diputado, Gefe Politico y Ministro.-Causas que pudieron influir para alcanzar este puesto.-Consideraciones acerca de su elevada posiclon.-Opinion general acerca de ella.-Servicios que ha prestado en el desempeño de su cargo.-Epilogo.

CAPÍTULO XIX.



habia vuelto de la expedicion á Italia lleno de gloria, habiéndose formado una reputacion como hombre politico, y como hombre digno de desempeñar una comision tan importante como era la que tuvo á su cargo en su viaje, con carácter de segundo gefe de las tropas aliadas. Lersundi, para cumplir cual debia, y para llenar su cometido, necesitaba aparecer y representar ante la nacion donde se instalaba al frente

con parte de las tropas españolas, como un valiente General, como un diplomático militar, como un hombre político, y dotado además de la suficiente energía para hacer que nuestro ejército en una nación estrangera se admirase por su disciplina y subordinación como un modelo, si era posible, de los ejércitos. Todo esto lo consiguió Lersundi, dejando nombre nuestros soldados, y quedando para siempre patente en Italia su memoria y la del joven y entendido General que los mandaba.

La fama de su nombre, que por sus hechos de armas anteriores y por su comportamiento brillante cerca de la corte del Pontífice, se había estendido, creándole una posición para hacerle sobresalir en primera línea entre los Generales que figuraban en altos círculos, le hicieron acreedor al aprecio público; y de vuelta en la corte, ni debía ni podría permanecer Lersundi pasivo, sin tomar una parte activa en los negocios, después de tantas hazañas, y de haberse dado á conocer con tan ventajosas cualidades para ser útil á su patria.

Efectivamente: sus conciudadanos anhelaban un nombre digno de poder representar el distrito de Vergara en su país natal, las Provincias Vascongadas, ante el Congreso: y para darle además una evidente prueba del singular afecto con que le distinguían, fué presentado Lersundi como candidato para Diputado á Cortes, cuya elección para la legislatura de 1850 se decidió por unanimidad en su favor.

El distrito de Vergara supo comprender perfectamente sus intereses y la importancia de su Diputado en la Cámara popular, y Lersundi, tomando asiento en su puesto, defendió

siempre con singulares muestras de gratitud, la conveniencia de su país.

Activo y celoso por representar dignamente á su distrito, jamás hubiera pasado en silencio una disposicion que atentára contra sus representados, por quienes se hubiera sacrificado cien veces antes de aparecer ingrato ante los ojos de sus comitentes, siempre que fuera necesario desplegar la energia que en ocasiones dadas salva males de consideracion para el país; y hubiera, á no dudarlo, defendido á todo trance y con el ímpetu y eficacia peculiar á su carácter los intereses de su distrito, que estaba en obligacion de defender.

Lersundi comprende perfectamente cuál es la mision de un Diputado que ocupa los asientos del Congreso: por esta razon le vimos constantemente obtener justas concesiones que se rozan con el bien comun de los pueblos, pero apartándose siempre de utilizar sus grandes influencias y relaciones en obsequio del bien privado y particular. Representante y Diputado de conciencia, ageno á todo género de conducta que no estuviera marcado en un terreno legal, Lersundi, correspondiendo á la preferencia que le habian dado sus representados, se trazaba un camino recto, propio para crearse el aprecio y mas puro afecto en el país, que al elegirlo, participó de una gloria indudablemente manifestada en el acierto y tino para escoger un representante, cuyo solo nombre servia para ensalzar el mérito de los que tuvieron tan buena eleccion.

Constante Lersundi en sus principios políticos, y asociado á los hombres que formaban fraccion, llevando inscrito el lema de orden en su bandera politica, pudo significarse en un par-

tido, y sobresalir en él lo bastante para empezarse á conocer su posicion un tanto importante en el Congreso, que no ignora los grandes servicios prestados por el General Lersundi en defensa de la causa de su Reina y de la paz de la nacion.

La fama de valiente, de enérgico, de hombre de tacto para los asuntos que requerian especial tino, le calificaron lo bastante para que se empezára á fijar la vista en él, si llegaban los sucesos politicos á presentar una ocasion dada.

Con efecto: todos los hombres que valen se utilizan en las naciones á su tiempo debido, y todos los hombres de importancia tienen su época que viene y llega, al parecer, como reclamando ó buscando al hombre que debe representarla.

Los hombres políticos que significan Gobierno, á su vez tambien en el poder tienen su época de nacimiento, su época de apogéo, y su época de decrepitud.

Entre el ambiente, que halaga tanto, de las auras populares, suele aparecer brillante y esclarecido el nombre de algunos hombres políticos que han sabido predisponer á la nacion para que los aclamen, y han gobernado en casos dados bajo los auspicios del entusiasmo de sus gobernados, para que con el tiempo, al acercárseles la época de su undimiento del poder, asombre mas la caída total de su poderoso influjo.

Aludimos á los hombres del Ministerio Narvaez-Sartorius. La nacion ha sido testigo de las épocas por donde han atravesado los que por tanto tiempo dirigieron los negocios del Estado y ha visto como con sorpresa en dias bonancibles undirse su poder, y tras de su poder, undirse su dominacion.

Las épocas, segun sus diferentes giros, reclaman otros

hombres, y entre el número de otros hombres que debían aparecer en ésta, como gefes del estado, el destino había colocado el nombre de Lersundi.

Terminado el poder del hombre que parecia tan necesario, Narvaez, tan esclusivo, tan único entre los de su partido para llevar las riendas del gobierno, fué remplazado por otro, Brabo Murillo, que estimando en su verdadero valor los hechos de armas y los servicios prestados á la nacion por el General Lersundi, decidido defensor del orden y del trono de nuestra Reina, quiso utilizarlos nombrándole Gefe Político de esta corte, en cuyo destino dió á conocer su disposicion para el manejo de los negocios públicos, diversos enteramente á los negocios que se desprenden de su carrera puramente militar. Ya habia dado mas de una vez ocasion para conocer que Lersundi, además de comprender perfectamente el mando militar podia ser susceptible del desempeño de su cargo político. Su estancia en Italia, su mision mas bien diplomática que militar, le acreditó á los ojos de todos los hombres entendidos en la política, que lo contemplaban, lo bastante para comprender la importancia de los servicios que en aquella ocasion prestó á la nacion española, cimentando mas y mas la idea que de él pudo formarse con arreglo á su comportamiento en aquella nacion extraña, de que Lersundi en su dia era y podia ser muy capaz de sobresalir en el buen desempeño de un cargo ageno á la profesion militar.

Lersundi en el corto tiempo que manejó los asuntos de la Provincia de Madrid como Autoridad civil, desplegó una actividad, energia y conocimientos no comunes para este cargo;

y la época, que necesitaba un hombre entendido, de una reputación sobresaliente como militar y de un hombre en fin, capaz de sustituir en el poder á un general que por circunstancias y sucesos que le fueron propicios, se habia hecho al parecer indispensable, encontró á este hombre representado en la persona del jóven General Lersundi.

Efectivamente, el General Narvaez, se habia entre su partido acreditado de enérgico, de conciliador, de hombre de poder y accion quizás, y sin quizás, único para hacer frente á los sucesos por donde habia atravesado la nacion.

El destino le puso delante de sí favorables los acontecimientos que debian ganarle el crédito que adquirió; pero ese mismo destino le hizo ver que los hombres ni son precisos, ni exclusivos para el mando de las naciones; y como verdadero nuestro aserto, fué remplazado el General Narvaez, al mes de su caida, el victoreado Narvaez, y en el mayor silencio, no en la Presidencia del Consejo de Ministros, sino en la fuerza y poder moral, por el General Lersundi, nombrado Ministro de la Guerra.

Sustituido el Ministerio del duque de Valencia, por el Ministerio Brabo Murillo, que nació bajo los auspicios de un arreglo total de la administracion, necesitaba un hombre de sobrada reputacion militar, que pudiera sobrellevar á su cargo el manejo en sosegada paz de los negocios del Estado, segun y en la forma y manera totalmente nueva que se habia propuesto el gabinete: un valiente militar de una reputacion sin mancha, de un valor ya puesto á prueba y de conocida adhesion al trono de nuestra Reina.

El General Lersundi, fué este hombre, y el General Lersundi, fué nombrado Ministro de la Guerra, dando fuerza moral con su crédito como entendido y valiente militar, al advenimiento del Ministerio Brabo Murillo, que necesitaba indispensablemente para gobernar, y desvirtuar completamente ese omnipotente poder que parecia era peculiar al poder del General Narvaez, otro nuevo poder que fuera capaz de hacer frente á cualquier desagradable suceso acontecido por causas imprevistas ó políticas.

No parecia sino que la nacion reconocia el exclusivismo del poder representado en el duque de Valencia, poder que tenia indudablemente su cimiento en una ostentacion aparente de fuerza moral, cuando fué bastante para derrocarlo, una tranquila y sosegada sesion en el Senado, y vimos que el mundo politico y los círculos de todas gerarquias quedaron como sorprendidos y en éxtasis completo al escuchar la nueva de la derrota del General ante ese cuerpo tan pacifico, y la noticia posterior de su descenso del poder.

Para los que conocian á fondo en qué se escudaba la omnipotencia del General Narvaez, para los que sin ningun género de ilusiones contemplaban de cerca, escuálida y sin ninguna probabilidad de vida, posible su dominacion, su caida pasó desapercibida, pasó como un relámpago que ilumina de repente, en silencio tal vez, como un suceso natural y preciso de la época, reconocido en la poca robustez de su ya imposible subsistencia para seguir al frente de la nacion: como un sueño en fin, del que solo queda una retiscencia. Desvirtuado su crédito como hombre politico y público, decaido, en su época

de decrepitud y ancianidad que viene con el tiempo á undir y sepultar la fuerza moral de los gobiernos, y mas en la forma y esencia de los sistemas representativos, el poder del General Narvaez habia naturalmente desaparecido en su totalidad, sin dejar la menor huella en su camino; como una sombra pálida que se proyecta al reflejo de una luz moribunda.

Para los hombres de su partido, en quien estaba representado en Narvaez su idolo, apareció su caída, como un suceso político transitorio de felicisimos resultados para su causa, traduciendo en su favor para el porvenir un acontecimiento que debia volverle la vida política que solo perdía por momentos: como una época para designar una página de oro en su historia: como un suceso precursor de otra mas brillante estrella que debia iluminar su porvenir, porque allá en sus profecías, estaba muy cercano el instante del desnivelamiento social, faltando la remora que salvar pudiera solamente con su potente influjo al pais; y como un halago del destino que le reservaba otro destino muy pronto, mas grandioso.

Ilusiones de los hombres que alimentan su esperanza fundada en proféticos arcanos políticos, creyendo sin duda poder leer en ese gran libro del mundo reservado tan solo á la comprensión de otro ser mas grande que el hombre!

Para sus contrarios, la destitucion del poder de Narvaez, fué considerada como la desaparicion de una calamidad política precursora de una nueva era de felicidad y de bonanza: saludada con júbilo, como cuando á costa de mil esfuerzos y sacrificios se echa por tierra el poder de un tirano: la desaparicion de Narvaez para sus contrarios, fué el Iris que aparece

en el cielo con luminosos y variados colores, precursor de la bonanza despues que se atraviesan peligrosas borrascas: fué la salvacion del pais: fué un acontecimiento de ventura: un dia grande que formó época de recuerdo eterno, porque la dominacion del General Narvaez, para sus contrarios, era una situacion violenta.

Para los indiferentes un suceso sin memoria digna de mencion: una escena accesoria de un drama sin interés.

Y para los hombres que en su virtud y consecuencia se instituyeron en el poder, como un acaso indiferente, ageno de toda influencia moral y material que pudiera impedir la marcha política y tranquila de la nacion.

El General Narvaez no solo abandonó la Presidencia del Ministerio, sino que abandonó su suelo pátrio, para que la nacion se convenciera de su ya inconveniente dominacion. Otros hombres le sustituyeron en el poder, y el que mas directamente significaba su fuerza moral y política, era el General Lersundi.

Despues del crédito obtenido por acasos favorables á su suerte, necesitaba la nacion un Ministro como Lersundi para contrarrestar y ponerse al frente de los sucesos que pudieran sobrevenir, y Lersundi jóven, decidido, intrépido, arrojado y sereno en el peligro, era el que correspondia á las circunstancias de la época: sus cualidades, su mérito político, su valor como militar experimentado en la guerra, le alcanzaron el puesto que hoy ocupa; y hasta sus pocos émulos por razones políticas al contemplarle elevado á la categoria primera de la carrera militar, no podian menos de reconocer la suficiencia de

Lersundi para manejar los negocios del Estado cual cumple, como hombre político, y como entendido militar.

«¡La fortuna!..... (dicen muchos hombres), condujo á Lersundi á tan elevado puesto de Ministro..... Ese fantasma de tanto poder que todo lo vence, que es el móvil de todo, que es el áncora de salvacion de todos los hombres, fué la que presidió la estrella del jóven General.»

¡Mentida fortuna y mentida estrella!..... buscada con ahínco por los que aspiran á elevarse á la altura que jamás se encumbrarán, porque sin talento, sin méritos, sin servicios, sin valor, sin arrojo que empuje á la fortuna, no hay fortuna, ni menos podrá brillar esclarecida y triunfante aquella buena estrella que se supone preside á la opulencia, á la elevacion, á el engrandecimiento de muchos hombres.

Nosotros negamos la menor parte á ese ente que simboliza el estado de felicidad del hombre, porque íntimamente convencidos estamos de que el hombre se lo debe todo á sí mismo; y estamos tan convencidos de esta idea que emitimos, que aun cuando vemos á algunos hombres que son víctimas de eso que llaman suerte, á pesar de su talento, de su actividad, de su mérito, de su reconocida inteligencia y de su capacidad, vemos así mismo que no es duradero ese estado incierto, transitorio solamente, y que con la constancia le vemos vencer los obstáculos que se le presentan y aparecer despues de cortos intervalos representando lo que real y verdaderamente debe representar el hombre, que no se entrega á la mano pródiga de la fortuna, porque la fortuna jamás suele ir á buscar al hombre, si el hombre no corre tras la fortuna,

con arrojo, con fé, con acierto, y precediendo á estas circunstancias el poseer los necesarios conocimientos para encontrar esa fortuna por el camino seguro y fijo que debe y puede encontrarla, en cuya eleccion á veces puede tambien estrivar el buen éxito de sus afanes y de su perseverancia para dar con ella, *con el arte de la fortuna*, ó con la justicia que premia el mérito de los hombres que valen y dan pruebas de valer mucho.

Si el hombre dotado de un gran talento no se pone jamás en posicion de ejercitarlo, de darlo á conocer, en punto donde se le vea sobresalir de los demás hombres, que espere á la fortuna oscurecido y girando en un círculo muy estrecho que es seguro se alejará, y mucho de él, la suerte. Pero que por el contrario, el hombre de inteligencia gire al rededor de una esfera basta, grande, desde donde se puedan ver lo que valen sus conocimientos, y veremos si necesita para nada el hombre la suerte, porque tarde ó temprano encontrará el justo premio á su talento.

De buen grado entrariamos de lleno en esta cuestion, dilucidando nuestra idea acerca de la misma; pero no es propia la ocasion, conformándonos con citar aquí la opinion de un poeta contemporáneo, el que conviniendo en un todo con nosotros, dice:

«Esa canalla importuna
jamás alcanza que son,
la mente y el corazon
la verdadera fortuna.

¡Necios!... no comprenden, nó,
la audacia, el génio inspirado:
en viendo á un hombre elevado
preguntan... «¿quién lo elevó?»
«¿La fortuna?...» desatino
que inventa el vulgo ignorante
para ajar al arrogante
y disculpar al mezquino.
Cuando á costa de su ciencia,
de su afán, de su desvelo:
cuando á costa... ¡vive el cielo!...
aun de su misma existencia
fama, honor, y lucimiento
el hombre de génio aduna...
¡Oh!... todos gritan... «¡Fortuna!...»
ninguno dice... «¡Talento!...»

Si el General Lersundi no reuniera hoy capacidad, valor, méritos, fama fundada en sus verdaderos y reales servicios, prestados á la causa de su Reina y de su pátria; si el General Lersundi no fuera lo que nosotros suponemos que es, escudando nuestra opinion y nuestra creencia en los antecedentes que anotamos en esta obra, antecedentes que le deben conquistar una reputacion honrosa para aquellos que ignoren los pormenores de su vida militar y pública, y los sacrificios que ha prestado en bien de la nacion, ¿sería hoy Ministro de la Guerra? ¿Prenderia hoy, como puede llevar prendidas con orgullo en su pecho, esas cruces que ganó con su sangre en

el campo de batalla, con su denuedo y arrojo en los combates, esas placas de honor que tanto enaltecen su persona?

El vulgo dirá..... «¡Fortuna la de Lersundi!» sus émulos..... «¡Subió muy pronto al poder y con rapidez, debido su engrandecimiento á su favorable estrella!.....»

Contestamos por el joven General, sin temor de resentir en lo mas mínimo su estremada modestia.

«Ese es, pues, mi blason mas señalado,

El debérmelo á mi, no á la fortuna,

El puesto que en la corte he conquistado.»

La fama del General Lersundi es reconocida de todos los hombres políticos, de todos los hombres de gobierno, y no solo en España, sino en el extranjero. Los sucesos diferentes que se rozan con la política, han llevado su nombre fuera de nuestro pais; la Francia le ha dado hospitalidad durante su emigracion: Portugal ha reconocido y admirado á Lersundi como un gefe que ha contribuido á la pacificacion de su pais: Italia ha proclamado su nombre por haber contribuido á colocar la corona en las sienes de Su Santidad, arrebatada en momentos de escisiones y trastornos; y ha logrado en aquel pais con el estado brillante de sus tropas y su tacto político, recoger las simpatias del pueblo que en recompensa lo elevó á una alta gerarquía, concediéndole un titulo de nobleza esclarecido.

Repetimos, porque tenemos los datos á la vista, que su

fama ha circulado no solo en España, sino en el extranjero: véase lo que dice por conclusion de una exacta noticia biográfica que publica LE MONITEUR DE L'ARMÉE en su número del 16 de Octubre de este año, periódico que sale á luz en Paris, acerca del General Lersundi, y se encontrará al final de dicha nota, el siguiente párrafo—

» Si la fortune lui a souri dans sa rapide carrière, si, qu'on
» que jeune encore, il est ministre de la guerre quand l'Espagne
» ne compte tant de généraux distingués, c'est qu'à la guerre
» plus qu'ailleurs la fortune est un auxiliaire indispensable;
» toutefois on ne saurait mettre en doute que, depuis 1855,
» partout où les drapeaux de la reine ont flotté, partout où
» le canon a retenti, le Général Lersundi s'est montré la tête
» haute et la poitrine découverte. »

En vista de cuanto llevamos manifestado en el fondo de esta obra, donde aparecen confirmados con datos irrecusables los hechos de armas del General, las diferentes y honrosas comisiones que ha desempeñado, la importancia toda de su significacion política y militar, ¿por qué tantas rivalidades y tantos resentimientos de que un joven General, que solo cuenta diez y seis años y once meses de servicio, sea hoy Ministro de la Guerra? ¿Está acaso vinculada esta gerarquía solo para los Generales antiguos, cuyos méritos contraídos en su carrera militar no podemos negarles, como quizás les neguemos, las cualidades necesarias y la significacion política y oportuna de la época para gobernar, sin cuyas circunstancias se desvirtuaria su poder lo bastante para servir quizás de blanco á los tiros de los partidos contrarios, que explotan los menores in-

cidentes para hacer con fruto y provecho la guerra en su linea legal ó ilegal á los gobiernos?

¿Ha bastado en momentos críticos, ni podria bastar en la presente situacion para hacer frente á los acontecimientos y sucesos que sobrevienen á cada instante, sucesos en los que se necesitan hombres especiales, y hombres de un temple singular y de unos particulares conocimientos, para colocarse al nivel del buen desempeño del Ministerio de la Guerra, la sola condicion de ser un General, militar sobresaliente, de experiencia y práctica en los rudimentos de la profesion noble de las armas?

¿Es una cualidad negativa ó una cualidad escluida la de ser un General jóven, para solo obtenerla, y por sola esta razon, no poder representar un buen Ministro de la Guerra?

¿Porque Lersundi cuenta solo diez y seis años y once meses de servicios, pretendieron suponer que no podria ser digno Consejero de la corona!

Ese precisamente es el mérito que encontramos nosotros mas digno de mencion.

El General Lersundi, por lo mismo que es jóven, por lo mismo que está satisfecho con el reciente triunfo que ha obtenido, y rápido en la brillante carrera de las armas, por lo mismo que á través de grandes sacrificios y esfuerzos extraordinarios ha conquistado sus ascensos, hasta llegar al puesto que hoy ocupa, sabrá apreciar mas el mérito de los escogidos Oficiales que en cualquiera linea puedan distinguirse, y sabrá estimular con el merecido premio á los que acierten á sobresalir en la profesion militar. Lersundi hace muy poco que de-

jó de mandar, como gefe inmediato, á esas mismas tropas de nuestro ejército: conoce la índole del soldado, sus tendencias, sus necesidades, y nadie mejor que él podrá remediarlas, como de ello con preferencia se ocupa constantemente: Lersundi ha formado parte de esa Oficialidad que manda hoy en el ejército, ha sido compañero de esos mismos oficiales que le contemplan en el primer puesto de la carrera, y conoce perfectamente las circunstancias, las dotes que necesita reunir hoy un Oficial para ser un buen Oficial de filas, y desempeñar su cometido cual cumple á la moderna educacion de nuestro ejército.

Lersundi que sabe apreciar justamente el mérito que pueden contraer esos Gefes de Regimientos que reunen cualidades no comunes, porque conoce en qué estriban estas cualidades, que ha poseido en toda su latitud cuando era Gefe del Regimiento infantería de América, y el que figuró en primera línea entre los Regimientos bien organizados del ejército, sabe la norma que ha de seguir, para que émulos de gloria esos Gefes que dignamente mandan los cuerpos que componen ese mismo ejército, rivalicen para mejorar, y con el tiempo es seguro que hará distinguir, con la marcha que se ha trazado, la buena organizacion, disciplina, moralidad y decoro que hace brillar tanto las prendas que en todo el ejército, hoy modelo de subordinacion, se encuentran reunidas, prendas y cualidades que podrán servir de coto á las revoluciones, de sosten al orden, y de apoyo firme al trono de nuestra Reina.

Además, nosotros estamos persuadidos de que Lersundi, aparte de estas circunstancias mencionadas, aparte de sus co-

nocimientos como militar, es un hombre que conoce á fondo la política y la marcha de los gobiernos regidos bajo el sistema que se rige el nuestro: creemos conocer su fondo en este particular, y si como suponemos, aunque sea un pronóstico, su duracion en el Ministerio de la Guerra, se prolonga, el tiempo será el que ponga de manifiesto los motivos, causas y razones fundadas en que escudamos nuestra creencia.

Un dia vendrá, en el cual se conozca todo lo que vale Lersundi para manejar los destinos de la nacion, y para darle la importancia que tiene realmente el puesto que ocupa; y para entonces aplazamos, y quisiéramos estar cerca de esos hombres que decian al advenimiento al Ministerio de Lersundi, — *»Subió muy pronto al poder y con rapidez, debido á su favorable estrella.»*

No reconocemos necesaria, indispensable, la circunstancia de ser un antiguo militar para ser un digno Ministro de la Guerra.

La palabra Ministro todo el mundo sabe que no significa mas que *un ente del poder*: esa es la representacion moral del que gobierna: *es la cosa que supone el cargo que desempeña*, y no es ningun ascenso en la carrera de las armas, que indique deba obtenerse como premio á la antigüedad ó á los servicios prestados como General.

Ministro no es ni será otra cosa que un puesto elevado, al cual no se asciende por escalafon: solo tiene valor, si el que reúne este poder, presta un bien á los que manda con sus acertadas disposiciones.

Ministro de la Guerra, — no hay necesidad de ser militar

para ser un buen Ministro (1); porque el acierto para desempeñar este Ministerio, consiste en saber la ciencia y teoría de la milicia, no exclusivamente la práctica del ejército; y la ciencia y la teoría de la milicia, que puede estudiarse en su fondo y prestar grandes y vastísimos conocimientos en este ramo, bien puede estudiarla un hombre que no se haya dedicado á la carrera militar (2).

Un General en campaña, con presencia de la carta topográfica que describa exactamente el terreno donde se proponga dar una batalla, con solo saber la situación que ocupa el enemigo, puede disponer el combate en forma y con tal éxito, que consiga una victoria señalada, aunque se encuentre á mucha distancia de su ejército; no es preciso que descienda al campo de la lucha para obtener un triunfo completo. Este General conocerá la ciencia y la teoría de la guerra, y no necesitará para nada practicar al frente de sus soldados sus operaciones, para ganar la gloria de los vencedores.

La presencia de un General en una acción, suponiendo él, que es cumplir con su deber, lanzarse al enemigo con temerario arrojo, ha sido en ocasiones tan perjudicial al éxito, que creyendo alcanzar un triunfo, participando de la lucha, ha conseguido todo lo contrario, una completa derrota.

Del mismo modo que hemos visto, y de esto hay muchos ejemplos en la crónica del mundo, vencer un General de conocimientos en la ciencia de la guerra, á otro que siendo solo

(1) Ya hemos tenido ocasión de ver al frente de este cargo á hombres que no habían practicado esta profesión.

(2) Para algunos rutinarios quizás digamos una heregia militar.

práctico, fué vencido aun mandando y disponiendo de triples fuerzas para combatir, que su contrario (1).

Estos ejemplos manifiestan claramente de una manera positiva y que no dá lugar á la duda, que por la condicion de ser el General Lersundi tan jóven no está relevado de la gloria que pudiera haber á otro General mas antiguo en la carrera militar.

Además, la significacion política que envuelve el cargo de Ministro de la Guerra, y la cual á veces revela la tendencia de un siglo, y la del sistema ó marcha de un partido político, no es adherente á la condicion precisa de ser un antiguo veterano General.

En buen hora que se respeten, se recuerden con agrado los servicios que hicieron á la nacion Generales beneméritos, sus hazañas, sus muchos años de ser hombres de armas: mas esto con todo no es bastante á pertenecer á una comunión política dada, á una identidad de principios que representen opinion, porque los de estos, pertenecen á la crónica de otro siglo, y conviene para la marcha del presente, hombres jóvenes como Lersundi.

Este General hoy representa una situacion política dada.

Si justa fuera esta susceptibilidad de esos antiguos Generales que contemplan como prematura é innecesaria la representacion del *ente moral Ministro*, en este jóven General, por esa teoría, ampliándola, ó llevándola á su mayor perfeccion, el General Castaños, el que recojió las coronas que por

(1) La Historia de la Grecia, presenta el hecho de contrarrestar y desbaratar solos trescientos griegos, á un millon de Persas, mandados por Xerxes, en el paso de las Termópilas.

el viento arrojadas llegaron á orlar su frente, en la célebre *batalla de Bailen*, seria el mejor Ministro del universo; pero el General Castaños hoy no puede representar otra cosa, ni obtener otro título mas noble, que el que le proporciona las glorias adquiridas en aquella jornada tan memorable, y seria actualmente un Ministro de la Guerra de muy poca importancia.

El noble duque de Castroterreño, este Rey de los Generales, y que en él está personificada la nobleza; la gerarquía, la aristocrácia del Ejército, que es un astro dando con su luz honor á nuestra pátria, en el año de 1851, su poder como Consejero de la Corona, vacilaria lo suficiente para no perpetuar su recuerdo, que hoy es digno de tanto aprecio.

Todas estas razones espuestas, y las anteriores, nos sirven de apoyo para asegurar nosotros que Lersundi es el verdadero Ministro de la Guerra que conviene á la época: es y lo será en su día para el partido moderado y del orden, opinion que ha seguido constante y fielmente, lo que fué Narvaez en otro tiempo, aunque menos ambicioso de mando, y con cualidades que le honran en alto grado.

Significará en su día tanto como él significó, (aunque ya su importancia pertenezca á lo pasado) en la parte moral ó en el crédito é influencia que llegó aquel á adquirir como hombre de accion. Estamos seguros que Lersundi no hará jamás ostentacion de la fuerza, como hizo Narvaez, aunque le sucedió *lo que á Xerges en el paso de las Termópilas*. Así mismo estamos seguros, que con el silencio y sin hacer ruido, obraria tanto desplegando su enérgica accion si fuese

necesario, y en circunstancias dadas, como esos otros gobiernos que han ostentado su poder para sostenerse á todo trance en sus puestos, porque es la práctica de Lersundi, gobernar mas con la razon que con la fuerza, que solo emplearia en casos muy indispensables.

Y tiene razon el General Lersundi; y hacen un bien al país, los Gobiernos que mandan con la razon y la justicia, no escudando sus actos malos ó buenos en la fuerza material.

En mas de una ocasion hemos visto triunfar de la fuerza, con la razon: lo que explica claramente que el poder que se sostiene con la fuerza, es mas débil y menos fuerte, que el poder que busca su apoyo en la razon (1); y como la razon es la norma de todo lo justo en materias de gobierno, de aquí deducimos nosotros, *la justicia que presidia al Ministerio del General Narvaez.*

La opinion general, marcando la línea divisoria de estos dos hombres, Narvaez y Lersundi, ha explicado decididamente los grados de valor político para gobernar de cada uno: la opinion general, que trasmitiendo la fama de los hombres, hace estender aunque lentamente la importancia de el crédito ó descrédito de los hombres públicos que mandan, ha demostrado el aprecio que le tributa al jóven General Lersundi, encargado del Ministerio de la Guerra. En la prensa, en los círculos políticos, en la opinion de los hombres aún contrarios

(1) Dice un autor contemporáneo, D. Juan Bautista Caballer, amigo nuestro á quien apreciamos por sus conocimientos espuestos en su obra titulada: *Origen y espíritu de la politica y de la legislación universal de los imperios*. — Nunca un estado violento puede ser un estado de paz: porque si se considera la diferencia que hay entre fuerza y poder, según los principios políticos, se verá que la paz no puede dimanar de la fuerza; porque una situación forzada, es tiránica y violenta; y por lo mismo no puede constituir poder.

á las ideas de este General, en el Parlamento, ha merecido justos y distinguidos elogios por la marcha general que sigue.

Desde los primeros momentos (hace ya tiempo) que circularon los rumores de las diferentes crisis anunciadas con fundamento ó sin él las mas veces, no escuchábamos otra cosa que—«*lo sentimos por Lersundi.*»

Aun para sus mayores enemigos políticos, para sus pocos émulos, la caída de Lersundi era un mal; para los que conocen su fondo, sus grandes planes y proyectos ventajosos al ejército y á la nacion, sus conocimientos, y la manera de cómo se ha posesionado de los negocios, hubiera sido una fatalidad.

Echábamos de menos en el General Lersundi una circunstancia, una cualidad que le hacia inferior á nuestros ojos considerado en punto de comparacion con Narvaez; y hoy ya le vemos poseerla en un grado que no esperábamos, escediendo á nuestras esperanzas. Siempre temíamos que Lersundi no pudiera sostener con el don de la palabra en el Congreso, el puesto que ocupa de Ministro, tomando parte en las discusiones: este temor no sabemos en qué estaba fundado; pero ya lo hemos oido, y avanzó la vez primera mas allá de lo que creíamos pudiera avanzar: no le concedemos las dotes de un orador; seria esto adulacion, que está muy lejos, muy distante de nosotros: tal vez con el tiempo se forme, se aumente con el hábito su caudal de razonamiento, y le veamos dilucidar con lógica y fondo en sus argumentos las cuestiones mas ajenas á su profesion de militar; y juzgando por cómo ha empezado, pro-

fetizamos cómo podrá acabar; es decir: Lersundi, cimentando con la práctica sus argumentos y su lógica, no será un orador elocuente y de formas en su language, figuradas y brillantes ni poéticas: será un orador que hiera en el fondo las cuestiones con severidad y concertado tino, para defender su campo en el Parlamento.

Nos bastará citar un párrafo de una de sus peroraciones, contestando en el Senado al General Ros de Olano, en el que decía con todo su convencimiento las siguientes palabras:

«El señor General Ros, cree que las cuestiones graves deben tratarse con prisa y facilidad, y yo tengo la desgracia ó la fortuna de creer todo lo contrario. Las cuestiones graves deben ser en mi concepto meditadas, examinadas, y consultadas, y en este caso está precisamente el proyecto de ley en cuestion.»

Sus discursos, que copiamos íntegros en su lugar entre otros documentos al final de esta obra, son un testimonio patente de que ha empezado Lersundi por donde muchos acaban.

Lersundi como Ministro, ha prestado inmensos servicios al Ejército, que en su día sabrán apreciarse por los hombres de todas las comuniones políticas.

Entre estos, es de notar la disposición, por la cual el suministro de los soldados y caballos debe proveerse exclusiva y dependientemente por los cuerpos entre sí: con esto ha evitado males de cuantía que originaba la provision por contratas, ó por la Hacienda, hecha á los cuerpos: ha simplificado la contabilidad de tal modo, que en esta parte hoy es



muy sencilla: ha producido el efecto en bien del soldado de que todos los suministros sean de mejor calidad, y por último, hasta tenemos motivos para creer que los cuerpos economizarán con la asignación que tiene cada uno para abastecerse de sus provisiones, economía que reunida en un fondo en favor de las cajas de los Regimientos, podrá utilizarse en mejoras provechosas al soldado.

Esta medida que se acogió como provechosa con entusiasmo por las tropas que guarnecen todo el distrito de Castilla la Nueva, fué elogiada por la prensa de todos los matices políticos conociendo su importancia y tendencias en favor del soldado: en el número 2.224 de EL CLAMOR PÚBLICO del día 15 de Octubre de este año, leemos un artículo referente á este asunto que dice entre otras cosas:

«Sabido es que desde el día 1.º del actual, el suministro de hombres y caballos de los cuerpos del Ejército que se hallan en el distrito militar de Castilla la Nueva está á cargo de los mismos.

«Tan conveniente medida dictada por vía de ensayo, debe hacerse pronto extensiva á toda la Península; pero es preciso que antes se faciliten los medios de llevarla á cabo, con ventajas para el buen servicio y economías para el Erario.

«No es menos provechoso poner el utensilio á cargo de los conserjes de los cuarteles á fin de que sean solos los Comisarios de Guerra quienes reclamen del tesoro y perciban el presupuesto de los cuerpos que hayan revistado, abonando á cada uno lo que le corresponda, según su extracto de revista.

«Ambas reformas proporcionan grandes ahorros, tanto por la rebaja que podrá hacerse en el presupuesto de la Guerra, á consecuencia de la supresion de las oficinas de la Hacienda militar, como por las crecidas sumas que dejarán de percibir los contratistas y especuladores.

«Con respecto al pan de la tropa, la reforma ha empezado á surtir buenos efectos, y es seguro que cada dia se irán notando mas ventajas.

«El Señor Lersundi no debe desmayar en su empresa, si desea perfeccionarla para que se consiga lo que se propuso al intentarla.»

Otra de las medidas adoptadas por Lersundi segun el proyecto que ha presentado á las Córtes, para mejorar la clase de retiros, y para los que quieran optar á pertenecer á ella, ha merecido la aprobacion general por los bienes que puede reportar: está concebida en estos términos:

«Proyecto de ley, por el cual se autoriza al Gobierno para que, sin embargo de lo prevenido en la ley de 28 de Agosto de 1841, pueda conceder el retiro á los gefes y oficiales que lo pidan dentro de un plazo que no esceda de cuatro meses en la Peninsula, y ocho en Ultramar con las ventajas siguientes:

1.º Con uso de uniforme y fuero criminal á los que no cuenten los años de servicios prefijados en el artículo 1.º de la espresada ley de 28 de Agosto de 1841.

2.º Con el sueldo correspondiente á los empleos de que esten en posesion, aunque no cuenten los dos años de antigüedad requeridos en el artículo 7.º de la misma.

3.º Con el abono de cuatro años de servicio para los efectos del retiro, á los que prefieran esta ventaja á la indicada en el párrafo anterior.

Y 4.º Con el sueldo del inmediato Empleo á los que cuentan diez años de efectividad en el que actualmente desempeñan.

Esta reforma, analizada en su fondo, ofrece ventajas considerables á la clase de retirados que se cree en virtud de la misma; y podrá de ella resultar, el extinguir, sino en todo en gran parte, el número de Oficiales de reemplazo, que sin estar retirados ni en activo servicio, perciben un sueldo muy corto, y les espone á los contratiempos necesarios á su indeliberada posicion, desfavorable en todos conceptos. Abre campo además á muchos Jefes y Oficiales del ejército en activo servicio, que de buen grado hubieran ya pedido su retiro, por serles conveniente, y no lo han verificado, porque descendiendo desde la clase de activo en el ejército á pasivo, por la antigua ley, percibían un sueldo muy corto; y estamos seguros que se tocarán y muy de cerca los beneficios de esta disposicion, si se lleva á efecto, en muy corto tiempo.

La atencion pública, y sobre todo la atencion del ejército, está suspensa y en expectativa, con la vista fija hácia el Ministro de la Guerra, al saber que proyecta considerables mejoras que han de refluir en bien general y particular al propio tiempo de las tropas españolas: nosotros vemos constantemente y con asiduidad ocupado al Ministro de la Guerra, y sabemos que producirá con el tiempo pensamientos que le harán digno de

la consideracion y aprecio público; y digno de que su memoria quede grabada en el corazon de todos los españoles. Jóven y sediento de gloria, solo anhela Lersundi la felicidad mas completa para su pátria: si esto lo consigue en el tiempo que le resta de mando, se habrán consumado todos sus nobles deseos. Pero la inestabilidad en las cosas políticas, podrá ser, tal vez, que nos prive de conocer y tocar los ventajosos efectos de sus bien combinados planes para aliviar la situacion de cuantos dependen del Ministerio de su cargo, y quizás sean infructuosos sus desvelos y su incansable afán para poner en práctica planes que ha podido combinar en momentos felices, y proyectos que puestos en práctica, contribuirán no poco á perpetuar mas su memoria.

Pero hace bastante tiempo que en la prensa y en los círculos políticos se anuncia la crisis del Ministerio que Lersundi forma parte; y en los precisos momentos en que escribimos, vuelve á sonar ligero y vago el rumor de ser cierta su caída, deseada por muy pocos y sentida por la generalidad: sin que pueda esplicarse con fundamento la razon de tantas y continuadas versiones, como corren sobre este asunto.

Al paso que la nacion se privaria de las mejoras proyectadas por Lersundi, y de sus servicios, si llegara á descender del Ministerio, no podemos menos de lamentar esa manía reinante de los hombres que se alimentan de la politica, esa manía de apetecer la variedad que impide, á no dudarlo, que los gobernantes, estudiando de buena fé el bien de su país y la manera de realizar proyectos realmente grandes, puedan hacer la felicidad de los gobernados. Deciamos en otro lugar, y

creemos que con sobrada razon — « ¿Cómo realizarlos en una época en que la política se agita para absorverlo todo, y en que la política es el esclusivo nórté de todos los hombres del día? »

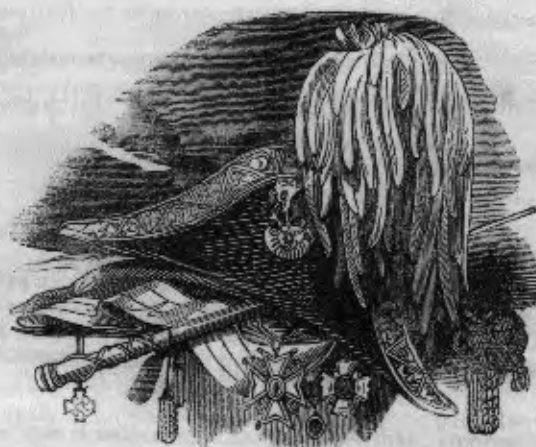
« Delicado, delicadísimo es hoy juzgar á un hombre público, sin tener en cuenta la índole de nuestra revolucion, el carácter de su política, y la encarnizada guerra de pandillage que se hacen los partidos rivales.

« Hoy los intereses generales parece se quieren posponer á los personales, de tal modo, que se hace muy difícil, si no imposible, gobernar sin rodearse de una clientela, cuyas fauces siempre serán insaciables, y que cuando le falta estímulo, es decir, premio, y premio en progresion, se divide, abandona al que antes ha apoyado, y le ataca de tal manera, que los partidos se fraccionan, las situaciones se hundén, y la revolucion marcha..... marcha; pero como un buque sin timon, á merced de los vientos y de las olas.

« De aquí que muchos hombres que tal vez con entusiasmo y con fuerza de conviccion en sus principios, se han puesto al frente del Estado, hayan exclamado al poco tiempo con un verdadero desaliento: *¡En España se hace casi imposible gobernar!!* De aquí (viniendo á la persona que nos ocupa) el que por mas que de buena fé pensára en contribuir al arreglo de nuestra desencuadernada y viciosa administracion, no haya podido llevar á cabo totalmente sus pensamientos.

« Queda sentado que, en la situacion tristisima en que se encuentra España, un Ministerio no puede hacer lo que quiere en bien del pais, sino lo que esa misma situacion le deja

hacer ; y puesto que la Providencia nos niega uno de esos gé-
nios Europeos que arrastran en pós de sí á su época , en vez
de ser arrastrados por ella , puesto que tan pobres estamos de
ideas politicas , que confundimos lo malo con lo bueno , repe-
timos : *¡ en España se hace casi imposible gobernar !! »*



DOCUMENTOS DE NOBLEZA

DE

Lersundi.

L

En el escudo de armas de este titulo de nobleza hay una inscripcion que dice:

CAROLUS IV. D. G. HISPANIAR. REX.

DON JUAN FELIX DE RIJULA, CRONISTA Y REY DE ARMAS EN TODOS LOS REINOS, DOMINIOS, Y SEÑORÍOS DE SU MAGESTAD CATHOLICA EL SEÑOR D. CARLOS CUARTO (q. D. g.) REY DE ESPAÑA, Y DE LAS INDIAS ORIENTALES Y OCCIDENTALES, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCCEANO, ETC.

CERTIFICO: que el antecedente Escudo de Armas, compuesto y organizado de dos Cuarteles: en el primero sobre campo de oro un Sauce simple con dos estrellas de azur á sus lados: en el segundo sobre plata un Lobo sable pasante, con una cruz floretea de gules en lo alto: orla de gules abrazando ambos cuarteles, en ella ocho arpas de oro; con su celada de acero bruñido, surmontada de un penacho de plumas de varios colores, mirando á la diestra en señal de su legitimidad; corresponde á la noble y antigua familia que se distingue en España con el apellido de LERSUNDI, Casa Infanzona y Solariaga, sita de tiempo inmemorial en la villa de Azcoytia: de la cual han salido en todos tiempos sugetos señalados en Armas y Letras, que han servido sucesivamente á nuestros Soberanos, hallándose en diferentes conquistas particularmente en las del Reino de Andalucía, acompañando á los Monarcas Navarros, y Señores Soberanos de Vizcaya: constando entre otros el cele-

brado Rodrigo Lersundi, que asistió á la batalla de las Navas de Tolosa, y á la conquista de Baeza en los años de mil doscientos y doce, y mil doscientos veinte y siete: Sancho Layner de Lersundi, á la del castillo de Vilchez; y los dos hermanos Juan, y Sancho Lersundi, que se hallaron en la batalla del Salado, en tiempo del Señor Rey Don Alonso el undécimo, por los de mil trescientos y cuarenta; y de estos han procedido otras ramas esparcidas por ambas Castillas, Territorio de Cantabria y Montañas de Burgos; enlazadas á otras familias nobles y calificadas, que continúan en el goze y posesion de su notoria hidalguia hasta nuestros mas cercanos tiempos: segun parece y está escrito en diferentes Historias, Memoriales, Minutas, Libros de Armeria y otros Instrumentos Genealógicos y Heraldicos impresos y manuscritos que existen en mi poder y archivo.

Y para que conste donde convenga, de pedimento de DON FRANCISCO XAVIER DE LERSUNDI, dueño y poseedor de dicha noble casa Infanzona, Solariaga, y de Armas poner y pintar de *Lersundi*, sita en la mencionada villa de Azcoytia, doy la presente certificacion de Armas, sellada con el Sello de las mias, y firmada de mi mano, para que libremente dicho Caballero, y sus legitimos hijos y sucesores, usen el mencionado Escudo en sus sellos, Anillos, Reposteros, Capillas, Sepulcros, y demas partes acostumbradas, sin que en ello se les pueda poner impedimento.—Madrid nueve de Marzo de mil setecientos y noventa.—*Don Juan Felix de Rujula*.—Hay un sello.—Los ESCRIBANOS DEL REY NUESTRO SEÑOR, públicos y del número de esta Villa de Madrid, que aqui signamos y firmamos, certificamos y damos fé, que Don Juan Felix de Rujula, de quien vá firmada y sellada la certificacion de Armas antecedente, es Cronista y Rey de Armas de S. M. (q. D. g.) en todos sus Reinos, Dominios y Señorios, como se intitula, fiel legal y de toda confianza, y á todas sus certificaciones de armas, Entronques y Genealogias, siempre se les ha dado y dá entera fé y crédito en juicio y fuera de él. Y para que conste donde convenga, lo signamos, firmamos y sellamos en esta dicha villa de Madrid, á diez de Marzo de mil setecientos y noventa.—*José Gonzalez de Castro*.—*D. Manuel de Velo*.—En testimonio de verdad.—*José Matheo y Aguado*.—Hay un sello que dice—Cabildo de Escribanos de el número de Madrid.



2.º

Don Pedro de Salazar Giron Rey de Armas del Rey Don Phelipe nuestro señor quarto deestenombre certifico y hago entera Fee y credito atodos quantos lapresente vieren como en los libros deArmeria y copias delinages queestán enmi poder que blasonan delos Linages y casas nobles de España parece y está escrito enellos el linage y armas de lanoble casa y solar de

Olabe su Thenor del qual es comosesigue.—Los de este linage de Olabe es demui buenos Cavalleros hijos dalgos de Casa y Solar de grande antigüedad enel señorío de Vizcaya sita en la ante yglesia de Mendata merindad de Busturia esde las nobles del señorío delàqual casa ansalido muchos y muy buenos hijos dalgo que se anrepartido porbárias partes deestos Reynos y en todas las que an hecho su asiento y morada an sido tenidos por muy notorios hijos dalgo y cavalleros y se les an guardado todas las Franqueças y livertades que seguardan y deven ser guardadas asemejantes hijos dalgo sin contradizion ninguna segun los fueros de España abido deestenoble linagemui ylustres Barones quecan servido muibien a los Reyes desu tiempos en ocasiones de guerra pormar y thierra en mui honrrrosos puestos y entodas las ocasiones demas honor dieron muestras desu nobleça que lo muestran mui bien sus nobles y honradas Armas quees un escudo alcampo deplata y enel unrroble desinopla quees berde y colgado del vna caldera de sable quees negro conlumbre devajo y enella vnos pedazos decarne yal lado delacaldera dos lobos negros con lenguas y mienbros colorados cadauno asulado dela Caldera (que Enbuena regla de armeria ynsinua alguno deestelinage deOlabe aver servido asncosta congente enla guerra asu Rey yestas sonlas armas deestanoble casa de Olabè comoaquí diceser) y enladicha forma andeVsardellas los descendientes legitimos dela dichacasa y solar de Olave poniendolas entodos yqualesquier decentes yonestos actos de honor ala costumbre de Cavalleros nobles hijos dalgo que traen armas comoes permitido enestos reynos de España asemejantes Cavalleros así enguerras como enjustas y desafios de Campaña y en qualesquier singular contiendas y peleas. Vanderas tiendas anillos sellos Tapices reposteros edifícios y pinturas Capillas Sepulcros y en sus casas y alajas y en otras cosas y lugares a su voluntad.—Y para que dello coste depedimento de Martin Ruyz deolabe dueño y Señor que dixo ser deladicha casa y solar deolabe diesta carta y certificacion enpublica forma firmada de minombre y sellada con el Sello de mis Armas enmadrid a diez deagosto de mil y seys cientos cinquenta años.—Don Pedro de Salazar Giron—Rey de armas desu magestad.—Hay un sello.—Yo Don Francisco Mendes testasecretario del Rey nuestro señor y escribano mayordel ayuntamiento desta Villade Madrid Certifico que Don Pedro de Salazar Giron dequien Vafirma la certificacion del linage y armas desusso es Rey de Armas desu Magestad y comotal Alas zertificaciones que adado ydasiempre hadado yda enterafee y credito enjuicio yfuera deEl y que dello ConstediEl presente Sellado conel sello de las armas deestadicha Villade Madrid que esta en mipoder en ella a once de Agosto año demily seiscientos y cinquenta.—Francisco Mendes Jel.—Hay un sello con las armas de la villa de Madrid—



COPIAS DE OTROS VARIOS DOCUMENTOS.

3.º

El Comisario extraordinario de la Umbria y Sabina al General Lersundi.

Excmo. Sr.: ya en otra ocasion he tenido el honor de manifestar á V. E. la satisfaccion y alta estima con que tenia el honor de considerar á V. E. por las raras virtudes que tan noblemente le adornan, así como por los sentimientos que me inspiraban las tropas que están á sus órdenes, por su conducta digna y ejemplar en todos conceptos. Ahora, al saber vuestra próxima partida, permitidme, señor General, os renueve el sentimiento del mas vivo agradecimiento; en primer lugar, por cuanto habeis hecho en servicio del Gobierno de Su Santidad; y finalmente, por las pruebas repetidas de bondad y cortesía que me habeis dispensado durante vuestra permanencia en esta provincia de mi comisariato Umbro-Sabino.

A la par que aseguro á V. E. conservar en mi corazon la memoria grata de vuestras altas prendas y de la amistad que me habeis dispensado, os ruego que me conteis en el numero de vuestros admiradores, valiéndoos de mi en cuanto alcancen mis fuerzas, y hourándome con vuestros gratos mandatos.

Incluyo á V. E. una carta para el Excmo. Sr. General Córdoba, esperando de vuestra nunca desmentida bondad, la acompañe de mil afectos de mi parte, mientras con la mas profunda estima y consideracion me honro de repetirme de V. E.—El Comisario extraordinario pontificio, *Girolamo de Andrea*, Arzobispo de Militene.



El Prodelegado de la provincia de Spoleto al General Lersundi.

Vivo, intenso es el dolor que siente mi corazon, y que conmigo sienten los habitantes todos de esta ciudad, con el fatal anuncio de que las tropas españolas, encomendadas á su sábia direccion, se disponen á dejar los Estados de la Iglesia para restituirse á su patria.

Si el Gobierno de Su Santidad tiene para con estas tropas motivos de reconocimiento, porque generosas, como su nacion, acudieron á defender sus sagrados derechos, los spoletinos no dejan de participar de esos mismos sentimientos, al recordar que en momentos dificilísimos estas mismas tropas fueron el sostén del orden, de la tranquilidad del pais y de la seguridad individual.

Nuestra ciudad ha sido afortunada, y no podia dejarlo de ser, siendo vos, señor General, el jefe principal de tales tropas; y como en vuestro distinguido valor y mérito, en vuestras corteses maneras, en vuestro ánimo generoso encerrais todos aquellos dones que os han hecho merecer la admiracion general, vuestro noble ejemplo ha servido de estímulo á toda vuestra oficialidad y tropas: la conducta mas rigida, la mas ejemplar disciplina; el trato muy bondadoso para con todos los habitantes de esta poblacion les ha hecho merecer tambien la admiracion general, el general aprecio.

Loor, pues, á V. E., á todos sus beneméritos Oficiales y sufridos soldados. Admita V. E. esta muestra de gratitud que rinde mi corazon conmovido por la partida, á todas las personas dependientes de su mando; y tenga V. E. la seguridad y conviccion que estos mismos sentimientos alimenta la poblacion entera de Spoleto. Acoja V. E. con benignidad esta sincera demostracion de ánimo agradecido, que tengo el honor de ofrecerle, como intérprete fiel del voto general de toda esta provincia, y dignese V. E. hacer presentes tambien estos mismos sentimientos á su distinguida Oficialidad, que tantos títulos tiene á nuestro profundo reconocimiento.

Tengo el honor de señalarle con la mayor consideracion y respeto de V. E. muy obligado y servidor.

Spoleto 14 de Diciembre de 1849.—*Giovanni Parcini*, Prodelegado.



La Comision municipal de la ciudad de Spoletto al General Lersundi.

Excmo. Sr. : Amenazados del ingrato momento en que V. E. deberá dejar esta capital, nos creemos en el deber de hacer patente nuestra gratitud por los señalados servicios prestados dignamente por V. E. en ventaja de esta poblacion. Gracias sean dadas á V. E. por el celo y habilidad con que ha sabido hacer observar la disciplina militar en sus subordinados, el órden y la tranquilidad en los habitantes, y la reciproca confianza entre unos y otros. No creemos del caso recordar á V. E. los favores y beneficios dispensados á esta ciudad, y en particular modo á la clase indigente, porque siendo estos rasgos humanitarios innatos en la noble y generosa alma de V. E., tal vez desdeñaría oír sus merecidos elogios y encomios. No pudiendo, pues, hacer constar á V. E. de otro modo los sentimientos del reconocimiento nuestro y de la ciudad toda que representamos, acordamos inscribirlo en la generosa nobleza spoletina, en cuyo árbol figura, entre tantos otros ilustres y esclarecidos personajes, el nombre de V. E., célebre ya tanto por sus cualidades elevadas, como por los hechos distinguidos que le han traído á merecer tantas caballerescas condecoraciones. Esperamos la soberana aprobacion que acabamos de implorar del augusto Pontífice Pio IX., y tan pronto como llegue, se apresurará la instruccion, y tendremos el honor de remitirle á la mayor brevedad su correspondiente diploma.

Tenemos en tanto el honor de ofrecernos con el mas constante respeto de V. E. muy obligados servidores.

Spoletto 12 de Diciembre de 1849.—*Alfonso de Gerigo*, Presidente.—*Giovanni Martinelli*.—Siguen las firmas.



La Delegacion Apostólica de Spoleto al General Lersundi.

Excmo. Sr.: La comision municipal de Ferentino ha sabido con el mas vivo dolor la fatal nueva de la partida de V. E. con las tropas de su mando de regreso á España.

Este pueblo, que tuvo la dicha de acoger en el seno de sus familias por un corto periodo á un destacamento del Batallon de Cazadores de Chiclana, número 7, tuvo tambien ocasion de observar su admirable y religiosa conducta y la mas rigida disciplina, cuya memoria se conservará indeleble en nuestros corazones: V. E., Excmo. Sr. ha cooperado muy eficazmente al restablecimiento del orden en los Estados de la Iglesia; V. E. ha llenado la mision mas santa para la religion y para los tronos. Las personas sensatas en los Estados Pontificios son de una inmensa mayoria, y todas quedan agradecidas á la generosa nacion española y á las demás Potencias Católicas que han venido á defender á nuestro muy amado Soberano Pio IX, salvándonos de una turba de malvados que de todos los paises del orbe vinieron á destruir cuanto teniamos aqui de mas sagrado. Nosotros, Sr. General, no encontramos términos suficientes para demostrarle nuestro intimo reconocimiento. Nosotros, con toda la efusion de nuestra alma, os acompañamos en la partida y dirigimos votos fervientes al Altísimo para que conceda el debido galardón á sus heroicas acciones. Reciba V. E. Sr. General, esta débil demostracion de nuestra profunda gratitud, mientras que con la mas alta estima y distinguida consideracion tenemos el honor de señalarmos de V. E. sus mas humildes y obligados servidores—*Luigi Franceschini*, Presidente municipal—*Unicenzo Arcipretti*, Comisario municipal—Siguen las firmas.



El señor Obispo de Terni al General Lersundi.

Excmo. Sr.: El dulce consuelo que tanto yo como todas las personas sensatas de esta poblacion, experimentamos al llegar las tropas españolas á los Estados de la Iglesia fué tan grande como es hoy el dolor que sentimos al verlas alejarse de entre nosotros. Estas con su presencia nos salvaron de los indescriptibles males de una anarquía desoladora; su presencia solo bastó á restituirnos la calma y tranquilidad que en vano íbamos buscando. El Dios de los ejércitos las acompañe á su patria y las salve de todos los peligros. Yo no encuentro, Sr. General, términos que basten á espresar los sentimientos de veneracion y estima que se ha sabido adquirir. Sea por lo tanto V. E. el intérprete de todo cuanto en estos momentos quisiera mi corazon explicar, esto es, mi reconocimiento y mi gratitud.

Dígnese V. E. hacer conocer á sus valientes soldados y distinguidos oficiales y gefes que será eterna la memoria que conservará de su ejemplar conducta, de su fidelidad, de su firmeza, de su religion.

Me sería muy grato, como V. E. me hace concebir y asegurar en su atento escrito de ayer, el que me conservase, aunque lejano, en su memoria.

Ruego á V. E. rinda en mi nombre al Sr. General Córdoba mi profundo homenaje, y asegurarle que lo tendré tambien presente en el Sacrificio de la Misa.

Tengo el honor de repetirme con los sentimientos de la mas profunda y afectuosa consideracion de V. E., muy humilde y muy obligado servidor—
Antonio, Obispo de Terni—Terni 14 de diciembre de 1849—Al Excmo. Señor General Lersundi, Comandante de la segunda division del cuerpo de ejército español en los Estados Pontificios.



8.

El Obispo de Narni al General Lersundi.

Excmo. Sr.: Si grande es el sentimiento que V. E. experimenta al considerar que tiene que abandonar estos lugares ocupados por sus tropas, mayor aun es mi amargura al recibir tan triste anuncio. Mas si á la dura ley de la necesidad es forzoso doblegarse, la dulce memoria de las intimas relaciones mitiga en parte el dolor que naturalmente nace, al tener que abandonarlas.

Permítid, Excmo. Sr., que en esta circunstancia rinda el tributo de alabanza á todos, y en particular á los Oficiales que tuve la dicha y la honra de conocer, y séame licito citar entre ellos especialmente á los señores Don Eduardo María Suarez y D. Antonio Martinez, así como al Teniente Coronel que hoy manda en esta ciudad, y D. Antonio de Purceis, comandante de la plaza. Todos ellos con su conducta y digno porte militar han sabido captarse la benevolencia y estima de cuantos hombres juiciosos existen entre nosotros.

V. E. esté persuadido que conservaré de su persona un vivo recuerdo, y que si llega la ocasion sabré emplear mis fuerzas, para que siempre vaya en aumento la estima y el aprecio que todos le profesan, á la par que á sus tropas, haciendo reconozcan en ellas al sostén del buen orden y de nuestra religion.

Acepte V. E. esta espresion como nacida de la ingenuidad de mi corazon, mientras que ofreciéndole mi débil servicio, me glorio de considerarme con un sentimiento de profundo respeto de V. E. humiladisimo servidor
=*Guisceppi Maria Galligavi*, Obispo de Narni.



9.

El Obispo de Rieti al General Lersundi.

Sr. General: La comunicacion que V. E. me dirige con fecha 13 del corriente, anunciándome su partida y la de las tropas á sus órdenes, me ha ocasionado el mas profundo disgusto, así como á los habitantes de esta poblacion. La amabilidad é incansable celo con que V. E., Sr. General, ha desempeñado el mando de estas plazas, y la disciplina y digno porte de sus subordinados harán cara para siempre á nuestros corazones la memoria de las tropas españolas, á quienes el Gobierno de S. M. Católica, primero entre las naciones, resolvió mandar en defensa y sostén de la Santa Sede. Vos, Sr. General, tendreis un particular derecho á nuestra gratitud, y todos llamaremos sobre vos y los vuestros la bendición del Señor.

Tengo la dicha de ofrecerme de V. E., Sr. General, devotísimo servidor=*Gaetano*, Obispo.



10.

El Capitulo de Ferentino al General Lersundi.

Excmo. Sr.: Nos faltan espresiones con que demostrar cuán grato es á nuestros corazones el nombre de V. E. La fama de sus virtudes morales y religiosas, y los rasgos de su sabia y prudente conducta, divulgados con tanta rapidez, nos causaron una viva admiracion. Nosotros esperimentáhamos un sentido placer al oir de lejos los elogios que le tributaban, y aun antes de conocerle, le rendiamos nuestros afectos. Ninguna duda podiamos abrigar de la existencia de tanta nobleza, que vino á confirmarnos mas un rayo de luz recibido de ella por medio del destacamento del batallon de Chiclana, n.º 7, perteneciente á la fuerza de sus inmediatas órdenes.

Hospedados estos militares por las varias familias de la poblacion, probaron con su porte las virtudes de su gefe. Todos admiráhamos con satisfaccion su singular disciplina, su conducta religiosa y morigerada, su respeto educacion, y ese espiritu tan eminente de ciencia militar. Dábamos nuestros plácemes á su dignísimo gefe, y abriamos el corazon á mayores esperanzas, cuando la nueva de la partida de V. E., esparcida ayer, vino á destruir nuestra alegria, llenándonos de amargura. V. E. estimado por tantos títulos que le hacian caro para nosotros, como nos es caro el esplendor de la Tiara y del Trono, podrá concebir el sentimiento que experimentamos al perderle. Los títulos de gratitud, estima y adhesion que nos ligan á la persona de nuestro supremo Gefe, á quien adoramos con los mas vivos sentimientos, se estienden, Excmo. Sr., á la persona de V. E. y á su nacion generosa, que ilustre por tantas glorias, vino en primer lugar con las demás potencias católicas á prestar consuelo, y enjugar las lágrimas derramadas por la desnaturalizada condicion de tiempos aciagos, restableciendo el augusto luminar de la religion cristiana sobre el candelabro del órbe católico, y devolviendo á la Santa Sede sus derechos, y al Estado la paz tras tanto trastorno y desventura: ¿cómo pudiéramos, Excmo. Sr., pagar tales beneficios? Agotaremos nuestras fuerzas sin poder dignamente agradecerlos; pero Dios, que desde el cielo conoce las puras intenciones y la grandeza de la conducta de V. E., sabrá recompensarle dignamente. Nosotros, confesándole ingenuamente la debilidad de nuestros medios, no podemos ofrecer otro tributo que esta leal y espontánea espresion de ánimo agradecido. Aceptela V. E., y dignese conservarla con el aprecio, hijo de un noble proceder. Nosotros en tanto le rogaremos con una lágrima de desconsuelo, haciendo votos al cielo por su prosperidad.

Imploramos de V. E. la honra de ofrecernos con la mas profunda veneracion de V. E.

Ferentino 9 de Diciembre de 1849.—Humildísimos, devotísimos, obligadísimos servidores.—Siguen nueve firmas.



II.

Los habitantes de Spoleto al General Lersundi.

Los sentimientos delicados del alma no pueden jamás espresarse suficientemente, y por esta razon, Excmo. Sr., los habitantes de Spoleto carecen de palabras con que significar lo que hacia V. E. sienten; pero en el momento en que se anuncia vuestra partida y la de las tropas españolas, con tanta gloria mandadas por V. E., no podemos abstenernos de una noble demostracion de estima y afecto. No olvidaremos jamás como oficiales y soldados observaron dignidad sin fausto, orden sin vejámenes, sociedad sin engaños. Ellos cogen el fruto de vuestras inspiraciones: coged vos el de su gloria y nuestro cariño. Toda virtud es recomendable; pero lo es en alto grado la que redundaba en beneficio público; y V. E., que posee esta esencialmente, llevará el eco de nuestras alabanzas hasta en España, porque, Excmo. Señor, el tributo que se rinde á las virtudes sociales no admite límites como los Estados, y se estiende por do quier. Todo italiano conoce esta verdad: dignese V. E. aceptar la prueba de ello en el homenaje profundo que le tributamos en este momento de despedida.

Spoleto 16 de diciembre de 1849—Siguen 69 firmas.



12.

Exposicion de las personas republicanas de Spoleto al General Lersundi.

Excelencia. Los hombres que sinceramente han amado y aman siempre la conservacion del orden no pueden menos de tributar sus elogios al que en circunstancias difíciles y revestido de un poder extraordinario ha sabido conservar inalterable la tranquilidad sin recurrir á medios violentos, no obstante las contrariedades que á su logro se oponian.

Esto, señor General, lo habeis conseguido en el largo período en que por la sabiduria de vuestro Gobierno desempeñasteis el alto cargo del mando de las fuerzas españolas en nuestra provincia. Reprimisteis y alejasteis la anarquía asegurando paz y tranquilidad á todos, y especialmente á aquellos que por espíritu de bien general y de ningún modo por miras interesadas

mostrarán sus deseos de que el orden público fuera garantido por seguras y saludables instituciones.

Nosotros, que nos honramos de pertenecer á esa clase, y que no rehusamos el confesarlo; hasta ahora mudos admiradores de vuestras prendas, y agradecidos á vuestros incesantes desvelos por el bien de todos, no podemos continuar silenciosos en el momento en que abandonais nuestra patria. Vos, señor General, no necesitais que os tributen alabanzas, ni cabe en nuestra situacion el tributarlas. Vuestra larga y honrosa carrera militar y politica os ha hecho merecer sobradas, especialmente en vuestro venturoso pais, y esto, señor General, para un óptimo ciudadano, cual vos sois, es el mejor galardón á que puede aspirar: permitidnos no obstante, ofrecer os testimonio y agradecimiento por el bien que nos habeis dispensado, por el mal de que habeis sabido preservarnos.

Concedednos además manifestar nuestra alta estima y gratitud á los ilustres gefes y oficiales de las tropas que mandais, por la sin par cooperacion que han sabido prestar á vuestros deseos, logrando especialmente que sus soldados fuesen siempre ejemplo inimitable de orden y objeto de admiracion por su severa disciplina.

Nuestros sentimientos son, á no dudarlo, los de toda esta poblacion, y nos atrevemos á asegurar los de la provincia entera.

Vivid, señor General, dias felices y gloriosos. No olvideis, os lo rogamus, nuestra ciudad, nuestra Umbria, convencidos que la habreis reconocido calumniada por las voces esparcidas en época anterior hasta en vuestra patria.—Siguen 183 firmas.



13.

El Ministro de la Guerra de la República pasada, al General Lersundi.

Mi muy venerado señor General: En el doloroso retiro á que la desventura y la persecucion me tienen condenado, todo pudiera olvidarse menos el pueblo donde nací, y al que tantos años de mi vida, asada me ligan con lazos indisolubles. Y vos, señor General, atribuid á este amor por mi patria las pocas palabras de gratitud que me creo en el deber de dirijiros.

Yo fui testigo en un principio, y conocí despues por diversas referencias, el mucho bien que hicisteis á aquella ciudad, cosa ciertamente tanto mas admirable, si se toma en consideracion la parte que fuisteis llamado á representar, las exigencias, los rencores y calamidades, que inseparables de todo cambio politico, os han circundado. Pero, vos, superando toda dificultad y siguiendo siempre las inspiraciones de un corazon noble y generoso, os conciliasteis la benevolencia de toda clase de ciudadanos, promovisteis la concordia, mitigasteis la severidad de aquellas proscripciones que os parecieron menos practicables, procurasteis infundir el espíritu de la moderacion

en quienes, ébrios de la victoria, hubieran querido abusar malamente de ella, disteis en fin bella y útil lección del cómo un pueblo se gobierna sin alentar demasiado, ni demasiado acortar el freno, arte que parece casi perdido en nuestros días; de modo que tengo por seguro que en ningún tiempo podrá mi patria olvidar vuestros grandes beneficios, vuestras insignes cualidades.

Esto sin embargo, yo creo obrar como buen ciudadano manifestándoos la gratitud que siente mi corazón, la admiración y el afecto que jamás se apartarán de nuestro nombre, de nuestra memoria, y con tanto mas motivo, cuanto que es cosa rara que el poder no degenera en violencia; y no esperábamos ver cambiarse en mensaje de mansedumbre y beneficencia lo que se creyó fuese instrumento de rigor y opresión. Yo no tengo el honor de conocerlos; Oh señor! Dos cosas, sin embargo, tenemos de común; los padecimientos sufridos por la gloria y prosperidad de nuestro país, el amor a la libertad, sin separarse jamás del orden y de las leyes. A vos vuestra patria os ha hecho ya justicia. Yo esperaré que se me haga también, cuando calmado el torbellino de las pasiones, vuelvan las cosas a su natural estado.

Admitid los sentimientos de atención con que tengo el honor de ofrecerme de vos, mi respetado General, su humilde y afectísimo y muy obligado servidor.—P. Campello.



14.

AL EXCMO. SR. Y MUY ESCLARECIDO VARON D. FRANCISCO LERSUNDI, NATURAL DE ONATE, EN LA PROVINCIA DE GUIPÚZCOA (ESPAÑA), *Caballero Gran Cruz de la orden napolitana de Francisco I, Comendador de la de Torre y Espada de Portugal, Caballero de la muy distinguida orden española de Carlos III, dos veces en la de primera clase de San Fernando, una en la de tercera, y dos en la de cuarta: condecorado con otros muchos honores y distinciones por acciones de Guerra: General de los ejércitos de España, y muy digno Comandante general de la 2.ª division del Ejército expedicionario en los Estados Pontificios, e.c., etc.*

El Prefecto y municipalidad de la muy ilustre ciudad Ducal de Spoleto, Metrópoli de la provincia de la Umbria, Señores ó sea Barones de los pueblos de Jano y Monte Santo, de los castillos de San Juan de Monticulo, Rovigito, etc., etc.—Es muy conforme á las firmisimas leyes de todos nuestros Estados, que para aumentar las dignidades y honores propios de varones ilustres, ora sea por sus virtudes preclaras, ora por su hereditaria nobleza, sean atendidas y distinguidas sobre las demás personas aquellas que sobresalieron por el esplendor de su linage y moralidad de costumbres, hubieran ejercido dignamente los negocios públicos, ó se hubiesen consagrado con sus prudentes consejos y sanas virtudes á sostener y procurar el bien y felicidad de to-

dos los ciudadanos, mereciendo bien de la patria por su valor, constancia y adhesión al Soberano.

Los ilustres Gobernadores de nuestra ciudad, al adjudicar la dignidad de Patricio noble, establecieron justisimamente que tales honores no se circunscribiesen á solo los ciudadanos, sino que fuesen transmisibles á los extranjeros que llegasen á sobresalir en los mismos méritos y gloriosas acciones.

Y como vos, esclarecido Caballero, General invicto, honor y prez de las tropas españolas, escogido entre muchos por vuestra muy augusta y piadosísima Reyna para defender los inviolables derechos del Supremo Vicario de Jesucristo y de la Silla Apostólica, vinisteis con feliz augurio á nuestra ciudad, para afianzar la libertad pública, sostener la integridad de los ciudadanos, fortalecer la acción de la justicia, y restituir la paz y el orden, desgraciadamente turbados por sediciosos motines, lo cual conseguisteis con vuestros actos humanitarios para con todos, con vuestra rara prudencia, con vuestro valor, rectitud, y vigilancia sobre la disciplina militar de las tropas que mandáis, por lo que habiéndoos hecho acreedor de las alabanzas y encomios de la generalidad, habeis merecido tambien nuestro singular afecto, el amor de todos los ciudadanos, y la benevolencia de los pobres á quienes, sin contar con grandes recursos, habeis favorecido con largueza.

Por tanto, queriendo daros una prueba de nuestra gratitud, y deseando consignar de una manera solemne nuestra voluntad, hemos acordado en sesión del día 1.º de este mes, que seais inscrito en la muy ilustre orden de Spoleto, y que vuestro nombre sea asociado al de otros muchos esclarecidos varones, y al del mismo augusto y óptimo Santo Padre, Principe indulgentísimo, Pio IX, el cual ha aprobado nuestra determinacion con la amabilidad que le distingue y con la mejor voluntad, como consta de las letras á Nos enviadas por su Emmo. Secretario de Estado, el día 15 de Diciembre.

Haciendo pues uso de la autoridad de que estamos revestidos, os declaramos y constituimos, á vos señor caballero, D. Francisco Lersundi y á toda vuestra descendencia, en virtud de estas letras, nuestro Patricio, os revestimos con el honor de Decurion de Spoleto, y decretamos que vos y vuestros descendientes podais gozar de todos los honores, prerogativas, privilegios y distinciones de que disfrutan los ciudadanos patricios de esta ducal ciudad.

Recibid nuestro muy amado Caballero, con la benignidad que os es propia, este testimonio de gratitud, mientras os encomendamos con la mayor vehemencia la defensa y amparo de esta ciudad, que os cuenta desde hoy en el número de sus esclarecidos Patricios. En cuyo testimonio hemos mandado expedir las presentes letras, selladas con el sello público. Dado en las casas consistoriales de Spoleto á 21 de Diciembre de 1849.



SENADO.

Sesion del día 5 de Junio de 1851.

Contestando á una interpelacion que hizo al Gobierno el Excmo. Sr. Conde de Lucena, General O'Donnell, acerca de una ley de ascensos, pronunció, Lersundi el siguiente discurso.—

El Sr. LERSUNDI (Ministro de la Guerra): Señores, me levanto algun tanto conmovido, porque no es ciertamente la ocasion mas oportuna de dirigirme por primera vez á este respetable Cuerpo, en una cuestion de defensa, que hasta cierto punto es personal. Al lanzarme á esto, tengo poca confianza en mis recursos parlamentarios, porque soldado antes que hombre politico y de parlamento, mi lenguaje es el lenguaje que sale naturalmente del corazon; pero hablaré con verdad, con franqueza, con lealtad y con la conveniencia que me permita el estado de escitacion en que me encuentro; porque yo mas que nadie, profeso un profundo respeto á este Cuerpo en que se encuentran las notabilidades de todas las carreras: generales encañecidos en las batallas y gefes distinguidos, á cuyas órdenes he tenido la honra de servir y merecer algunos grados y empleos que me han conducido á este punto, en blanco del señor general O'Donnell.

Reconozco, señores, un derecho incontestable de examinar los actos del Gobierno en todo Senador, sea civil ó militar; reconozco tambien la facultad de censurar el uso que pueda hacer un Ministro del derecho de aconsejar en el ejercicio de las prerogativas reales; pero así como un Ministro puede abusar de su poder y ser censurado por cualquier señor Senador, así tambien es preciso reconocer la posibilidad de que un señor Senador haga mal uso de sus derechos y prerogativas, y en ese caso está precisamente el señor general O'Donnell.

Desde que el señor general O'Donnell fué relevado de la Direccion general de infanteria, se me anunció por varias personas su pensamiento de interpelar al Gobierno sobre esta cuestion de ascensos; pero yo que conocia la severidad de los principios militares de S. S., y sabia la gravedad de su carácter, miré como frivolas é infundadas estas noticias y las desestimé.

Recordaba para ello que el señor general O'Donnell era un buen soldado, y sobre todo un general, y no debia creer que cuestiones tan trascendentes pudieran ser traídas aquí por quien conocia el espiritu y la letra de la ordenanza y las consecuencias deplorables que se siguen de no respetarla, cualquiera que sea la situacion en que se encuentre un militar, y singularmente de alguna graduacion. Pero para probar la gravedad, la importancia y funestas trascendencias de las palabras que acaba de pronunciar el señor general O'Donnell, sin que mi ánimo sea resolver aquí la cuestion por

la ordenanza, voy á leer el art. 1.º de las órdenes generales para oficiales: *(lee el artículo.)*

El Sr. O'DONELL: Pido la palabra.

El Sr. LERSUNDI (Ministro de la Guerra): Pues si la ordenanza hace estas dos prevenciones tratándose hasta de un subalterno que tiene un momento de desahogo con sus compañeros en un cuerpo de guardia ó un café, ¿cuánta no será la responsabilidad moral (digo, señores, responsabilidad moral, porque no me causaré de reconocer que el señor O'Donell como Senador no ha incurrido en responsabilidad legal), ¿cuánta, señores, repito, no será la responsabilidad moral de un teniente general que levanta aquí su voz contra el orden de ascender que se sigue, y que mañana será comentada por todo el ejército y todo el país? El Senado comprenderá bien la gravedad de este paso, si toma en consideración que acaba de consumarse una rebelión militar en el vecino reino de Portugal, que se agolpan graves sucesos en Europa, y que la sensatez de los pueblos y la disciplina de los ejércitos es la única ancora de salvación que queda á las sociedades modernas.

Pero para tranquilidad del Senado añadiré que los gefes y oficiales del ejército español, superiores á estas lamentables luchas, tienen un profundo convencimiento de sus deberes, y conocen perfectamente los inconvenientes de los principios absolutos del señor general O'Donell en esta materia.

¿Qué pretende el señor general O'Donell? ¿Pretende acaso que el Ministro actual de la Guerra tenga menos facultades que sus antecesores? Y si no es así, ¿cómo es que S. S. ha esperado hasta hoy para levantar su voz aquí contra un sistema de ascender que se sigue en muchas naciones de Europa, y que en España data lo menos desde que empezó á reír S. S?

¿Cuántos beneméritos generales que se sientan en estos bancos, y que han ascendido generalmente por sus triunfos en el campo de batalla, por sus derechos de escala, no han sido también ascendidos por méritos especiales independientes de los dos primeros modos de ascender? Y sin ir más lejos, el mismo señor O'Donell no era teniente de la Guardia (es decir, capitán de infantería) con bastante antigüedad antes de los 15 años de edad, sin que hasta entonces hubiese tenido ocasiones de hacer conocer ese valor que luego rayó tan alto en los campos de Navarra y Aragón? ¿Y por eso sería racional decir que fue injusta, perjudicial é inconveniente para el ejército la prematura posición del señor general O'Donell, sin la cual tal vez el ejército se hubiera privado de la ventaja de ser mandado por S. S.

Voy á entrar ahora á contestar á los dos puntos esenciales á que está reducida la interpelación de S. S.; primero, si el Gobierno piensa presentar la ley de ascensos en la actual legislatura, y si mientras se discute y es sancionada, se piensa continuar con el actual sistema pernicioso, perjudicando á algunos oficiales antiguos.

Voy al primer punto. El señor general O'Donell, como director de infantería, ignora sin duda que antes que S. S. hiciese al Gobierno la menor escitación, el actual Ministro de la Guerra ya lo había consignado en Consejo de Ministros, y también en la comisión de presupuestos de señores Diputados en el Congreso último, en cuya memoria consta su pensamiento de presentar á la brevedad posible una ley de ascensos. Pero ya que S. S. ignora esto, no dejará de saber que en la *Gaceta* oficial del Gobierno se publicó un decreto, por el cual se creaba una junta con el objeto de examinar un proyecto

de ley de ascensos que el Gobierno le pasó. Y si S. S. no ignora la creacion de esta junta, y no duda además, como no puede dudar, de los talentos y actividad del dignísimo señor Capitan general, marqués del Duero, presidente de ella, y de los demás distinguidos individuos que la componen ¿qué es lo que duda S. S.? ¿Que pretende saber? ¿Si las intenciones del Gobierno son sinceras? el señor general O'Donell debia suponerlas; y si S. S. no las supone, yo no debo contestarle.

Voy á entrar en la segunda parte, que es para mí la mas grave, porque en ella dirige el señor general O'Donell una acusacion, ó al menos una fuerte inculpacion al Ministro que tiene la honra de dirigir la palabra al Senado.

En primer lugar, probaré que el Gobierno tiene facultad para ascender, no solo por antigüedad, por el turno de eleccion y por méritos de guerra, como ha dicho el señor general O'Donell, sino aún tambien por méritos especiales en que el talento, el estudio, la aplicacion y el ingenio pueden muy bien contraer derechos con gran utilidad del servicio y honra del ejército.

El general O'Donell se ha referido en su discurso á una Real instruccion de 26 de Abril de 1836, y por ella ha graduado equivocadamente las facultades del Gobierno.

El art. 1.º de esta Real instruccion, único que es aplicable á la cuestion, dice lo siguiente: «Los ascensos en todo el ejército serán graduales y no se podrá pasar de un empleo á otro sin haber hecho el servicio del anterior inmediato tres años en tiempo de paz, y uno al menos en el de guerra, etc.» Pero el señor general O'Donell ignoraba sin duda la existencia de disposiciones posteriores que anulan directamente lo establecido en la anterior Real instruccion; y para que S. S. lo sepa y el Senado se persuada del derecho que tiene el Gobierno de hacer las promociones que el señor general O'Donell tan ágramente censura, me permitirá leer una Real disposicion de 9 de Marzo de 1837, refrendada por el dignísimo general señor conde de Almodovar, entonces Ministro de la Guerra. (*Leyó*).

Ya vé, pues, el Senado, y puede ver tambien el señor general O'Donell, que el Ministro de la Guerra tenia facultades que S. S. no sabia sin duda, y que en uso de ellas ha podido recompensar y remunerar el talento, la aplicacion y el ingenio, contra lo que ha supuesto el señor general O'Donell; y, señores, no podia suceder otra cosa, porque hasta el espíritu de la misma ordenanza se esplica en este mismo sentido.

Sentado esto, paso á la segunda parte, y probaré que no ha habido abuso de esta facultad. Y antes deberé decir á S. S. que no es hoy el apreciador competente de los méritos de los individuos del ejército, ni lo era tampoco esclusivo cuando ocupaba la direccion general de infanteria. ¿Pues qué! los capitanes generales de los distritos ¿no son nada? Sus informes y sus recomendaciones ¿no valen ante la consideracion del Gobierno? Y además ¿quién ha dicho al señor general O'Donell que el Ministro de la Guerra no puede formar el convencimiento del mérito de un oficial sino por conducto de un director? El señor O'Donell debe saber que el Ministro de la Guerra está sobre todos los directores, y que son muchos los medios que tiene para apreciar las cualidades de los oficiales.

Por último, señores, voy á señalar el número verdadero de los ascensos que se han concedido en los cuatro meses que ocupó el Ministerio de la Guerra. Quince son, señores, todos los que se han dado en el arma de caballeria é infanteria: y no tengo inconveniente en dejar sobre la mesa estas

relaciones que no son del Ministerio de la Guerra, y si de las direcciones respectivas, para que los señores Senadores puedan examinarlas y ver si ha habido razones para los arranques y declamaciones que acaba de hacernos el señor general O'Donell.

Y cuidado, señores, que no siempre ha sido S. S. tan severo y celoso del cumplimiento de las Reales disposiciones en que ha apoyado su discurso, puesto que entre otros casos puedo citar uno, en que siendo S. S. director de infantería, propuso á un comandante, digno por cierto, para el grado de coronel, por haber escrito el reglamento de un colegio, siendo muy de notar que además de no tocarle esta gracia ni por antigüedad ni por mérito de guerra, se contravenia, dándole grado sobre grado, á la Real orden en que el general O'Donell ha apoyado su discurso.

Ya ve el Senado que entre lo hecho entonces por el general O'Donell y los principios absolutos que hoy ha sentado S. S., hay bastante diferencia: he aquí probada la contradicción de S. S. entre lo que ahora censura con lo que entonces hizo.

Voy á concluir, señores, dejando al señor marqués de Miraflores, Ministro de Estado, la tarea de contestar cumplidamente á la parte política de la interpelación; pero antes de terminar, quiero aprovechar la ocasión de consignar en este puesto que la restricción de principios en materia de ascensos, me la he aplicado siempre á mí. Voy á dar de ello una prueba. Al acabarse la guerra de Cataluña, en la cual tuve la honra de servir á las órdenes del distinguido Capitan general, marqués del Duero, apreciando tal vez en mas de lo que valian mis servicios, me significó dicho General su intencion de proponerme al Gobierno para Teniente General, y lleno de respeto y gratitud le hice presente mi poca antigüedad. Al terminarse la expedición de Italia, me sucedió próximamente lo mismo con el dignísimo General en jefe de aquel cuerpo de tropas, y mi contestacion fué la misma.

La restricción, pues, de principios me la he sabido aplicar á mí; pero cuando se trata de estimular el talento, la aplicacion y las virtudes militares, la restricción exagerada la he considerado un mal para el ejército; y no tema el señor O'Donell que yo haga caso de sus declamaciones y ataques, cuando tenga ocasión de recompensar, como he recompensado hasta hoy, no al favor, como S. S. dice, sino al verdadero mérito militar.

¿Dónde iríamos á parar el día en que, perdiéndose el estímulo, se limitasen todos los Oficiales á no adelantar nada? Yo, señores, mientras tenga las facultades que me conceden las Reales órdenes que he tenido el honor de leer al Senado, estoy firmemente resuelto á proteger á esos Oficiales que están llamados á reemplazar en los puestos que hoy ocupan, tanto al digno general O'Donell como á otros dignísimos Generales.



SENADO.**Sesion del dia 23 de Junio de 1851.**

Contestando al Excmo. Sr. General Ros de Olano á una interpelacion referente á un proyecto de Ley que deberia presentar el Gobierno, relativo á la inmunidad de los Generales Senadores y Diputados.

El Sr. LERSUNDI (Ministro de la Guerra): Señores, seré breve, porque si bien el señor general Ros de Olano se ha dirigido al Gobierno en forma de interpelacion, sustancialmente se ha limitado S. S. á hacer una pregunta, reducida á saber si el Gobierno pensaba presentar en la actual legislatura el proyecto de ley relativo á la inmunidad de los señores generales Senadores y Diputados militares. Voy á dar á S. S. la respuesta. El señor general Ros de Olano, persona á la verdad competente, conocerá sin dificultad que la materia que ha dado motivo á su interpelacion es por su naturaleza grave, y por su índole difícil de resolver, y S. S. no debera estrañar que al levantarse el Gobierno á contestarle no lo haga de una manera terminante y precisa, de modo que quede consignado que en la actual legislatura se presentará ese proyecto de ley que tanto desca S. S. y que con S. S. lo desca tambien el Gobierno. Pero me complazco en asegurar al señor Ros que el Gobierno ni tiene ni puede tener interés en demorar su presentacion á las Córtes, cuando este es un asunto que interesa lo mismo al Senado, al Congreso que al Gobierno, y que en último término habrá de tratarse como cuestion de buena fé y resolverse en el sentido de la conveniencia pública. Esto, señores, es tanto mas cierto, cuanto que los individuos que hoy forman el Gobierno, mañana pueden reducirse á la condicion de simples Senadores ó Diputados, para ser reemplazados en sus puestos por señores que se sientan en esos bancos ó en los del Congreso.

Y en fin, señores, yo aseguro al señor Ros de Olano en particular, y al Senado todo, que el Gobierno presentará á la brevedad posible el proyecto reclamado por el señor Senador.

Me complaceria en seguir á S. S. en todas las altas consideraciones que ha espuesto; pero tengo el íntimo convencimiento de que esta cuestion es demasiado grave para ser discutida por incidencia.

Paso ahora á contestar al señor Ros en el punto relativo al señor general Ortega. Es cierto, señores, que á mi me tocó la dura obligacion de proceder contra este gefe; pero no lo es menos que cuando esto ocurrió no tenia el citado general caracter político que fuese menoscabado por el Gobierno, y este caso no puede citarse en apoyo de la interpelacion del señor general Ros.

Rectificando despues, dijo:

El señor general Ros cree que las cuestiones graves deben tratarse con prisa y facilidad, y yo tengo la desgracia ó la fortuna de creer todo lo contrario. Las cuestiones graves deben ser en mi concepto meditadas, examinadas y consultadas, y en este caso está precisamente el proyecto de ley en cuestion. Es cierto que el señor general Ortega fué á Zaragoza competente-mente autorizado; es igualmente cierto que este general fué destinado de cuartel á Vitoria en uso de un derecho incontestable que tiene el Gobierno para ello; pero es tambien cierto que este gefe no llegó á dar cumplimiento á la Real órden que lo destinaba á Vitoria en veinte y tantos dias, y me vi en la precision de proceder contra él; y con tanto mayor sentimiento y dolor, cuanto que el general Ortega es un amigo mio.



17.

CONGRESO.

Sesion del dia 28 de Junio de 1851.

Contestando al Excmo. Sr. general Ortega á una interpelacion sobre que debia presentar un proyecto de ley para la inmunidad de los Senadores y Diputados militares.—
dijo—

El señor Ministro de la GUERRA (Lersundi): Señores, no basta al Gobierno en muchas ocasiones tener de su parte el derecho y la razon para poder entrar con desembarazo en cierta clase de cuestiones. La que ha sido suscitada por un sentimiento tal vez de delicadeza del señor general Ortega, pertenece á ese género vidrioso, pero felizmente yo podre ser algo mas fácil de lo que hubiera sido, al ver la sinceridad, la templanza y el comedimiento con que el señor general Ortega ha esplanado su interpelacion. A dos puntos la ha reducido S. S.: primero, á pedir al Gobierno que se apresure á presentar el proyecto de ley que garantice la inmunidad é independencia de los generales Senadores y Diputados militares; y segundo á lo que por falta de esta ley ha ocurrido á S. S.

El general Ortega tendrá sin duda noticia de que otra interpelacion enteramente igual á esta fué dirigida pocos dias há en el otro cuerpo colegis-

lador por el señor general Ros de Olano, y la misma contestacion que entonces di me servirá ahora para responder á mi particular amigo el señor general Ortega.

El proyecto de ley que se reclama es por su naturaleza tan grave y de tan difícil solucion por su indole, que al Gobierno le ha sido preciso oír á los cuerpos consultivos. Ha informado ya alguno, pero necesita oír á los demás, y tan pronto como este asunto haya recibido toda la instruccion que por su importancia requiere, se presentará á las Córtes, y esto, señores, es tan sincero, cuanto que el Gobierno no puede tener ni tiene interés en demorarlo.

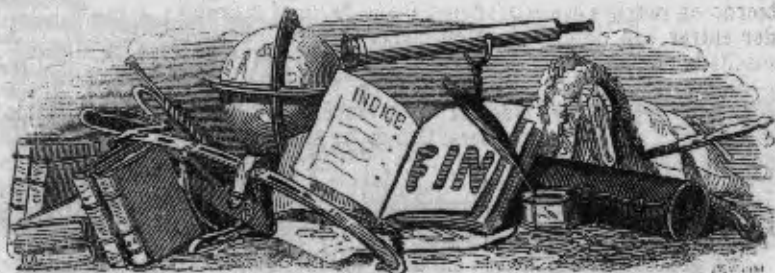
Respecto á la cuestion personal, seré muy parco: su señoría me ha dado ese noble ejemplo, y lo seguiré con mucho gusto. El señor General Ortega salió competentemente autorizado de esta corte para Zaragoza. Fué destinado de cuartel á Vitoria por razones del servicio independientes de la politica, y si el Congreso quiere que esponga una razon que le convenza, me bastará asegurar, que pudiendo haberse traído á la comision de Actas las pruebas de la situacion especial en que se encontraba S. S., el Gobierno no lo ha hecho, y ha creído siempre que debía sujetarse á seguir impassible el curso de la ley militar, estraña siempre á la politica. S. S. no ha cometido ninguna de esas faltas que imprimen descrédito ó infamia á un General, pero tuvo la desgracia de no cubrir ciertas fórmulas del servicio, y como las leyes militares son tan severas é inexorables, yo, responsable del principio de autoridad, tuve dolorosamente que proceder contra S. S.

Ha reclamado S. S. independencia para los militares: tambien la quiero yo hasta el punto que lo consienta esa estrecha religion, y aseguro al Sr. General Ortega, que si estuviese en este sitio, miraria esta cuestion con la severidad que se merece.

Si se quebrantase, señores, un eslabon de esa cadena perfectamente enlazada que sostiene el orden militar, lo que á primera vista parece ser nada, podria traer funestas consecuencias.

Contestados los dos puntos que S. S. ha tocado en la interpelacion, no quisiera hablar mas sobre ellos.

El señor General Ortega ha sido muy parco en todo cuanto ha dicho, y yo le felicito por ello, y me felicito tambien, porque S. S. me ha evitado así entrar en el fondo y pormenores de una cuestion desagradable, y tanto mas desagradable, cuanto que me unen lazos antiguos de amistad con el S. General Ortega, y no quisiera romperlos.



SUSCRITORES DE MADRID.

Doctor en Medicina y Cirujia, D. Manuel Montauz Dutriz.
Excmo. Sr. D. Juan Brabo Murillo.
Excmo. Sr. Duque de Bailen.
Excmo. Sr. D. Juan Bolter.
Excmo. Sr. Teniente General Carratalá.
Excmo. Sr. D. Pedro Villacampa.
Excmo. Sr. D. Francisco de Mata y Alós.
Excmo. Sr. Ingeniero general.
D. Antonio Martínez y Rojo, Capitan, Habilitado de la Direccion general de Infanteria.
Sr. Intendente general de la Provincia.
D. Marcelino Hervás.
D. José Arteche, Comandante de E. M.
D. Antonio Baderrain.
D. Francisco Pierra.
D. Juan Gallardon.
D. Manuel Gonzalez Valdés.
D. Toribio Lopez Opacua, Brigadier de infanteria.
D. José Moreno Torres.
Biblioteca de Ingenieros, un ejemplar.
Archivo del Regimiento de Ingenieros, un ejemplar.
Biblioteca del Establecimiento central de Caballeria, un ejemplar.
D. Fulgencio Navarro, Diputado a Cortes.
Secretaria del Ministerio de la Guerra, 30 ejemplares.
Excmo. Sr. D. Modesto Latorre, Inspector general de Carabineros.
Excmo. Sr. D. Fernando Fernandez de Córdoba, Director general de Infanteria.
D. Ramon Dominguez, Brigadier, Secretario de idem.
D. Joaquin de Arespacochaga, Coronel de idem.
D. Domingo Arcediano, Teniente Coronel de idem.
D. Vicente Guillen Buzaran, Coronel, Teniente Coronel de Infanteria, por 30 ejemplares.
D. Mariano Socias, Teniente Coronel.
D. Segundo Cuevas, Teniente Coronel.
D. Miguel Verdeguer Mestre, Ayudante de campo del Ministro de la Guerra.
D. Alejandro Sanchez, Teniente.
D. Carlos Orue, Direccion de Infanteria.
D. Martin V. y Ponte, por 4 ejemplares.
D. Francisco Sanjuan, Capitan de la Direccion general de Caballeria.



D. Pascual Sanjuan, Capitan, Direccion de Infanteria.
D. Joaquin Sanjuan, Teniente de Infanteria.
D. José Sanjuan, idem idem.
D. Mariano Valero Soto, Juez de 1.ª instancia.
Comandante, D. Juan Gonzalo Teruel.
Idem D. José Sainz de Tejada.
Idem D. Hilarion Soto.
D. Luis de Quijano, Capitan de Infanteria.
D. Ceferino Martinez, idem de Caballeria.
Sr. Marqués de Ovieco, Diputado á Cortes.
Teniente Coronel, D. José Alcaina, del Ejército de Filipinas, por 20 ejemplares.
D. Querubin Nessi.
Teniente Coronel graduado, Capitan, D. Luis de Laberon.
D. Manuel Maria Huici, Capitan de Infanteria.

REGIMIENTOS DE INFANTERIA.

Granaderos de la Corona.

Brigadier Coronel, Excmo. Sr. Marqués de Santiago. Comandante, don Antonio Marqués. Capitanes: don Luis María Guerrero, don Celso Pasaron y Lastra, don Manuel Godoy, don Vicente Talero, don José María Iglesias, don Bartolomé Moreira, don Juan del Pozo. Tenientes: don Diego Casaley, don Angel Valcarcel, don Agustin Figuer, don Pascual Pujaste, don Juan Solozano, don José Roure, don Luis Martos. Subtenientes: don Fernando Olawlor, don Luis Fernandez.
Capitan de reemplazo, don Juan Angel Torres.

San Marcial.

Coronel, don Francisco Bellido. Primeros Comandantes: don Francisco de Paula Dueñas, don Ramon Perez Arenaza. Segundos Comandantes: don Joaquin Buscareli, don Cecilio de la Torre. Ayudantes: don Guillermo Martin, don Francisco Portillo. Abanderados: don Luciano Brement, don Manuel Megia. Capitanes: don Juan de Buega, don Manuel Cortacero, don Agustin Carrion, graduado de Teniente Coronel, don Aniceto Huete.

Cazadores de Chiclana.

Segundo Comandante, don Francisco Moral.

D. Nicolás Morales, Ayudante.

Gerona.

Coronel, don Juan Zapatero. Teniente Coronel, don Francisco Fisac. Primeros Comandantes: don Juan García, don Antonio Gaset, don Manuel Otero. Segundos Comandantes: don Pio de la Peciña, don Ramon Suarez de Quirós, don Matias Gomez de Butron. Ayudantes: don Vicente Alonso, don José Maria Moreno, don Manuel Amado. Abanderados: don Sebastian Sirvent, don Jose Melendez, don Francisco Piñero. Capitanes: don Bonifacio Garrido, don Luis Joaquin Beltrán, don Luis Quijano, don Francisco Macias, don Juan de Castro, don Alejandro Garcia, don Tomás Eguia, don José Maria Polo, don José Fernandez, don Alejandro Marcó, don Antonio Moragrega, don Antonio Andia, don Francisco Bustamante, don Pedro Obregon, don Dionisio Mazorra, don Sebastian Cuevas, don Joaquin Meana. Tenientes: don Juan Bugallo, don José Arenaga, don Antonio Dorregaray, don Juan Bautista Estevez, don Manuel Uraga, don Carlos Gonzalez, don Juan Muñoz, don Manuel Lazconotegui, don Annibal Morillo, don Hipólito Padia, don Francisco Revilla, don Joaquin Joanes, don José Leoz y Rete, don Eduardo Rodriguez, don Santos Pons, don Eduardo Fernandez, don Ignacio Saez Izquierdo, don Pedro Biton, don Manuel Sanchez, don Manuel Saez Izquierdo, don Joaquin Ursua, don José Ibañez, don Eustaquio Redecilla, don Genaro Garcia, don Alfonso Albarracin, don Francisco Velasco, don Ramon Garcia, don Miguel Cisniega, don Regino Salgado, don Joaquin Aredondo, don Ramon Fernandez, don Francisco Samaniego, don Gerónimo Oruña. Subtenientes: don Cayetano Andia, don Simeon Morales, don Jacobo Ruiz, don Francisco Villamartin, don Francisco Sirvent, don Saturnino Valvidares, don Andrés Mora, don Ramon Alvarez, don Nicolás Fuster, don Alejandro Benito, don José Diaz, don Laureano Vilomara, don Manuel Fuentesilla, don Manuel Gándara, don José Oliver, don Gerónimo Alvarez, don Mateo del Peral, don Manuel Blanco. Biblioteca del cuerpo, 4 ejemplares.

Direccion General de Infanteria.

Teniente Coronel, Primer Comandante, don Antonio Maria Castellanos. Idem idem, don Pedro Abades. Coronel, Primer Comandante, don Buena-ventura Carbó. Teniente Coronel, Capitan, don José Maria Pallarés. Capitan, don Joaquin Jovellar, y los señores Oficiales, Antonanzas, Luzan y Soto.

REGIMIENTOS DE CABALLERIA.

Direccion General de Caballeria.

Comandante, don Manuel Alvear. Teniente, don José Gutierrez Maturana. Idem, Ayudantes de Campo: don Eduardo Schelly, don Francisco Gonzalez de la Mata.

Rey.

Coronel, señor Marqués de Villavieja.

Reina.

Sr. Coronel.

Numancia.

Coronel, don Ramon Gomez. Comandantes: don José R. Gutierrez, don Pio Moreno. Capitan, don Joaquin Aguilera. Tenientes: don Nemesio Alonso, don Juan Rodriguez, don Francisco Guerrero. Biblioteca del mismo, un ejemplar.

SUSCRIPCIONES SUELTAS.

Sr. Conde de Reus.

D. Eugenio Gaminde, Comandante de reemplazo.

D. Gabriel Baldovi, idem idem.

D. Carlos Deteure, idem idem.

D. Francisco Porchés.

D. Antonio Gilly.

D. Miguel Ors.

D. Antonio Segnés.

D. Pedro Daniel Lesenne, Comandante, Ayudante del General Cotoner.

D. Casto Safortesa, Teniente, idem idem.

D. Rafael Verdugo, Capitan de reemplazo.

D. José Maria Melgarejo, idem, idem.

D. Mateo Lorenzale.

SUSCRITORES DE PROVINCIAS.

Capitania General de Cataluña.

Excmo. Sr. Capitan General don Ramon de la Rocha. D. Luis García, Brigadier, Gefe de E. M. D. Joaquin Hallegg, Coronel de idem. D. José de Eulate, Capitan de idem. D. Cipriano Lopez Cuadrado, Oficial Tercero de la Seccion de Archivo.

Capitania general de Aragon.

Excmo. Sr. Teniente General D. Fermin Ezpeleta, Brigadier de caballeria, Coronel de E. M., don Juan Manuel Vasco, Comandante, Segundo Gefe, don Juan Montero, Capitanes de E. M.: don Hipólito de Obregon, don Luis Fernandez de Córdoba y Gollin, Ayudantes de Campo: don Maximino Blasser, don Francisco Vital, Oficial primero de la seccion de Archivo, don Eustaquio Loscot, Idem segundos: don Pedro Valcárcel y don José Alvarado, por un ejemplar. Biblioteca del E. M., por idem. Gefe de Sanidad militar de la misma Capitania general, don Francisco Vidal y Linco.

Excmo. Sr. D. Valentin Cañedo, Capitan General de Valencia.

D. Rafael Primo de Rivera, Coronel y Gefe de E. M. de la Capitania General de Andalucia.

Excmo. Sr. D. Ramon Barnechea, Segundo Cabo de las Provincias Vascongadas.

D. Casto Maria Gimeno, Ayudante del General segundo Cabo de Madrid.

D. Antonio Letona, idem del señor General Concha.

D. Antonio Vancell, Teniente Coronel á las órdenes del Capitan General de Cuba.

Colegio de Infanteria.

Coronel, Sub-Director, don Antonio Sanchez Osorio. Teniente Coronel, don Juan Nepomuceno Servet. Tenientes Coroneles, Segundos Comandantes: don Joaquin Christon, don Plácido Reig. Capitanes: don Julian de Ugarte, don Rafael Gonzalez de Asarta, don Ramon de Ciria, don José Campos, don Bernardo Tárrega.

REGIMIENTOS DE INFANTERIA.

Rey.

Coronel, don Carlos Maria Jauch. Teniente Coronel, don Joaquin Lasso de la Vega. Primeros Comandantes: don José de Hervás, don Francisco Galan. Capitanes: don Pedro Garate y Colmenares, don José Diaz Quintana, don Luis Asenjo, don Carlos Esteras, don Antonio Brabo, don Joaquin Maria Miranda. Tenientes: don José Lopo, don Juan Milla, don Jacinto Asenjo, don Pablo Mayorga. Abanderado, don Manuel Carmona. Subtenientes: don José Maria Honorato, don José Baltasar Honorato, don Luis Castaños.

Principe.

Brigadier Coronel, don Rafael Echagüe. Teniente Coronel, don José Maria Morcillo. Teniente Coronel, Primer Comandante, don Narciso Alvarez Tord.

Princesa.

Brigadier, Coronel, don Diego de los Rios. T. C. M. don Diego Maria de Yeves. Capitanes: don Juan Bautista Canapa, don Luis Gonzalez Checa, don Manuel Montorio, don Francisco Wivis. Tenientes: don Carlos de las Cagigas, don Juan Mendoza.

Reserva de la Princesa.

Primer Comandante, don Eusebio Travesa. Segundo idem, don Serafin Amat. Capitan, don Francisco Rosique. Tenientes: don José Maria Urquijo, don Alejandro Berbieta, don Francisco Alonso. Subtenientes: don Francisco Lozano, don Manuel Fernandez Cuevas, don Juan Bruno, don José Gaya, don Matias Garan, don Nazario Bustillos.

Infante.

Brigadier Coronel, don Mariano Rebagliato. Teniente Coronel, don Ma-

nel Girona. Primeros Comandantes: Teniente Coronel, don Joaquin Ruiz, don Juan Antonio Loarte. Segundo idem, don Felix Evia. Un ejemplar para el cuerpo.

Saboya.

Coronel, don Rafael Lopez Ballesteros. Teniente Coronel, don Antonio Molina y Lacy. Primeros Comandantes, don Nicolás Garrido, don Sebastian Garnica, don Carlos Linares. Segundos idem, don Domingo Muñoz, don Iliginio Alcalde. Capitanes: don Manuel Villamazares, don Salvador de Arcos, don Francisco Amiama, don Justo Conde, don José Maria Ferrer. Tenientes: don Antonio Orfila, don Juan Bolcigas, don Julian Ibañez, don José Cembrano, don Federico Perez, don Calixto Corral, don Antonio Garcia Arévalo, don Luis Mallent. Subtenientes: don Ricardo de Arcos, don Pablo Gracia, don Francisco Leon Sotelo, don Nicolás Pastor, don Luis Berges, don Juan Sirvent, don Francisco Dugi, don Vicente Gutierrez.

Africa.

Coronel, don Juan Gonzalez Lafont. Segundos Comandantes: don Joaquin Morales Reyes, don Calixto Vargas. Capitanes: don Antonio Cano, don Antonio Salso, don Juan del Trel, don Mateo Solorzano, don Francisco Fernandez Villamarzo, don Mariano Figueras. Tenientes: don Antonio Galvez, don Lamberto Sanchez, don Fernando Yagües. Subtenientes: don José Maria Zayas, don Manuel Fernandez, don Carlos Alvarez Campaña, don Antonio Subirá.

Soria.

Coronel, don José Garcia de Paredes. Primer Comandante, don Eduardo de Zenarruza. Idem segundo, don Ruperto de Gaset. Ayudante, don Valentin Blas. Capitanes: don Vicente Buigas, don Angel Maria Chacon, don Manuel Cebrian, don Jacinto Campano, don Pablo Abril, don Francisco Martinez. Tenientes: don Manuel Lopez Gascon, don José Maria Chovar. Abanderrado, don Gregorio Cadenas. Subteniente, don Ramon Despujol.

San Fernando.

Teniente Coronel, don Miguel Llobregat.

Zaragoza.

Primer Comandante, don José Maria Rodriguez. Capitanes: don Diego de Orbe, don Nicasio de Beceas. Teniente, don Antonio Hurtado de Mendoza.

América.

Coronel, don Pedro Maria Andriani. Teniente Coronel, don Vicente Capitan. Primer Comandante, don Calixto de Sola. Segundos idem, don Benito

Perez Marios, don Ramon Peronal Mart. Ayudante, don Fernando Lozano. Abanderados: don Juan Lamuda, don Primo Rodrigo. Médico, don Gerardo Dombrasas. Músico Mayor, don Carlos Martin. Maestro Sastre, don José Segarra. Capitanes, don Tomás Rodriguez, don Ramon Lopez Hernandez, don Fernando Bertrán, don Bernardo Taulet, don Mateo Alarcon, don Antonio Osete, don Juan Zabala, don José Salgado. Tenientes: don Martín del Villar, don Vicente Hernandez, don Isidoro Serrano, don Juan Leal, don Rufino Soto, don José Gonzalez, don Mariano Banquells, don José Canton, don José Maria Isidro, don Gaspar Arizabalaga, don Fulgencio Raso, don Juan Lezama, don Vicente Sanz, don José Vergel, don José Maria de Arce, don Joaquin Cintado, don Francisco Diaz Soler, don Diego Arcas, don Joaquin Banquells, don Ramon Ruiz, don Pedro Correas. Subtenientes: don Patricio Bray, don José Gonzalez, don Manuel Osete, don Prudencio Pelaez, don Gerónimo Dominguez, don Enrique Dominguez, don Ramiro Barnuebo, don Fortunato Socias.

Estremadura.

Brigadier Coronel, don Francisco de Paula Garrido. Coronel, Teniente Coronel, don Alejo Lizana. Teniente Coronel, Primer Comandante, don Alejo Asensio.

Castilla.

Coronel, don Francisco de la Rocha.

Reserva de Almansa.

Primer Comandante, don Francisco Lopez de Sagrado. Segundo idem, don Baltasar Llorente. Capitanes: don Manuel Barrao, don Ramon Gomez, don José Vazquez, don Vicente Gomez Moreno.

Reserva de Gallela.

Primer Comandante, don Isidro Elizegui. Segundo idem, don Felipe Travesa. Ayudante, don Juan Ramon Sastre. Abanderado, don José Ferri. Capitanes: don Fernando Klein, don Roque Gimenez, don Aniceto Gamonal, don Timoteo Salvador, don Juan Acinas, don Victoriano Ceballos. Tenientes: don José Chamorro, don Juan Manso, don Antonio Martin, don Ventura Ceballos. Subtenientes: don Juan Garcia, don Antonio de Benito, don Eduardo Luengo, don Pascual Jaucha, don Rafael Marenello.

Guadalajara.

Coronel, don Victoriano Hediger, por dos ejemplares. Subteniente, don Juan Martinez. Biblioteca del Cuerpo, un ejemplar.

Aragon.

Segundo Comandante, don Juan José de Uria.

Valencia.

Coronel, don José Valero. Primeros Comandantes: don Aquilino Calderon, don Manuel Garcia. Segundo idem, don Rafael Lossada. Ayudantes: don Juan Lopez, don Miguel Flores. Abanderado, don José Amoco. Capitanes: don José María Ramos, don José Cruzati, don Manuel Lauzaco, don Salvador Lopez, don Miguel Arredondo, don José del Pozo. Tenientes: don Lucio Martinez, don Francisco Suarez, don Luis Somuca, don Angel Gascon, don Fernando Córdoba, don Narciso Lopez, don Pablo Montilla, don José Montánchez. Subtenientes: don Pascual Covarrubias, don Pedro Prieto, don Gaspar Tenorio, don Juan Durán, don Bartolomé Leonar, don Juan Fidalgo.

Bailen.

Coronel, don Manuel Galisteo. Teniente Coronel, don Isidoro Lopez. Segundo Comandante, don Francisco Aramendi.

Navarra.

Subteniente, don Manuel Gimenez Cuadros.

Constitucion.

Coronel, don Ramon Maria Solano. Teniente Coronel, don Eduardo Sanllorente. Primeros Comandantes: don José Morazo, don Severino Cebrian. Segundo Comandante, don José Fernandez Loygorri. Ayudante, don Agustin Samaniego. Abanderado, don Rafael Galindo. Capitanes: don Andrés Rodriguez Calleja, don Andrés Herranz. Tenientes: don Pedro Bas-teiro, don Silverio Zorrilla, don Antonio Kayrer, don Fernando Vazquez, don Lorenzo Juarros. Subtenientes: don Pascual Navas, don Francisco Zanotety, don Enrique Leonés, don José Rubio Guillen, don José Ruiz Vazquez, don José Kayrer.

Iberia.

Coronel, don Magin Ravell. Teniente Coronel, don Juan Elorriaga. Primeros Comandantes: don Miguel Noguerras, don Francisco de Paula Monasterio. Segundos idem: don José Bolangeto, don Domingo del Pozo. Ayudantes: don Victor Laquidain, don Joaquin Tomasetti. Abanderados: don Roman Olivares, don José Santiago Lopez. Facultativos: don José Soriano, don Antonio Hijosa. Capitanes: don Bernardo Goenaya, don Manuel Fegeiro, don Hilario Mambrilla, don Juan Miler, don Mariano Rodriguez, don Manuel

Gallardo. Tenientes: don Salvador Tomaseti, don Isidoro Gil, don José Pérez Morales, don Francisco Fajardo, don Martín Marcuol, don Gaspar Scher, don Rafael de Castro, don Antonio Martínez, don Jacobo Machado, don José Pereira, don Joaquín Bañuelos, don Juan Bautista Amorenas, don José Gallardo, don José María Pérez, don Pablo Redondo, don Pío Larramendi, don Inocencio Brito. Subtenientes: don Jorge Cordero, don Luis Fajardo, don Roman Saavedra, don Jesús Baptista, don Clemente López Nuño, don Joaquín de las Peñas, don Juan González del Valle.

Asturias.

Coronel, don Manuel Gasset. Teniente Coronel, don Claudio Serra. Primer Comandante, don Joaquín Pierra. Segundos idem: don Juan Gil de Montes, don Rafael Alberni. Capitanes: don José Andrés Azpiazu, don Antonio Casasola, don Manuel Iturralde, don Leon Ezcarate, don Manuel de Les, don Manuel de Mata, don José Molina, don Francisco Faquineto, don Roberto Robles. Tenientes: don Justo Sanz, don Antonio Godoy, don Mariano de Latorre, don José María Alberni, don Antonio María Abad, don Bruno Echevarría, don Narciso Benet, don Félix Guisasola, don Santiago Martín, don Lorenzo Castrillejo, don José Barrientos, don Francisco Llone. Subtenientes: don Pedro Ruiz, don Narciso Perea, don Miguel Casades, don Casto Aramburo, don Juan Díaz del Castillo, don Ramón de Aranda. Abanderado, don Antonio García Mata. Músico Mayor, don Enrique Marzo.

Reserva de Isabel II.

Segundo Comandante, don Juan M. y Manso, por dos ejemplares. Tenientes: don Manuel Carranque, don Carlos Gil. Subteniente, don José Canera.

Sevilla.

Subteniente, don Mateo Pérez.

Granada.

Brigadier Coronel, don Juan de Urbina y Daoiz. Segundo Comandante, don Juan Cebrian.

Toledo.

Capitanes: don Antonio Urrutia, don Fernando Marchesi.

Burgos.

Primer Comandante, don Rafael María Requejo. Capitan, don Antonio García Escalona. Biblioteca del cuerpo.

Murcia.

Coronel don Vicente Lopez.

Reserva de Cantabria.

Primer Comandante, don José Garcia Orozco. Segundo Comandante, don Benito Pasaron y Lastra. Capitanes: don Felix de Adra, don Angel Carmona. Teniente, don Pablo Monegre.

Jaen.

Coronel, don Pablo Vegas. Primer Comandante, don José Calixto Echavone. Capitanes: don José de Mendivil, don Pedro Perez Castrillon, don Antonio Carpiutier, don Liborio de la Fuente. Tenientes: don Mariano Suñó, don José Correa, don Vicente Bordona, don Luis Galindo, don Juan Ceylles. Subtenientes: don Francisco de Paula Gimenez, don José María Urroz, don Antonio Serna, don Antonio Caudial.

Vitoria.

Coronel, don José Moreno.

Teniente Coronel, don Francisco Lloret.

Segundo Comandante, don Pedro Lopez.

San Quintin.

Brigadier, Coronel, don Felipe Ruiz. Primer Comandante, don José Marquez de Prado. Segundo idem, don Hermenegildo de Quintana. Capitan, don José Lago. Tenientes: don José Satué, don Rafael Alarcon. Subteniente, don Pedro Gil Bernabé.

Astorga.

Coronel, Excmo. Sr. D. Ventura Garcia Loygorri. Coronel, Teniente Coronel, don Andrés Maria Saavedra. Música mayor, don Enrique Genoval. Primeros Comandantes: don Vicente José Florán, don José Lopez, don Eufasio Bueno. Segundos Comandantes: don Bernardo Salafranca, don Rafael Rodiguez Mendez. Ayudantes, don Miguel Noguerol, don Pablo Pocrull. Abanderados: don Enrique Fajardo, don José Polidano. Facultativos: don José Vilardebó, don Francisco Teclen. Capellan, don Manuel Tescos Diaz Rullol. Capitanes: don José Iturmendi, don Juan Gruna, don Juan Puig Samper, don Eugenio Barrajon, don Inocencio Ruiz, don Pedro Antonio Mayol, don Nicolás España, don Nicolás Cabezon, don Juan del Castillo, don Mateo Armandariz, don Pedro Martin, don Manuel Arduan. Tenientes: don Angel Gimenez, don Bernardo Echevarria, don Ricardo Navarrete, don José Casado, don Antonio Revadi, don Quereumont Prat, don Mariano Perez, don Marcelino

Vizcaya, don Manuel de la Mata, don Miguel de la Barrera, don Julian Martin, don Manuel Lopez, don Vicente Lopez, don Ramon Miról, don Federico Garcia, don José Marina, don Joaquin Grasot, don Diego Alonso Frias, don Lázaro Martinez, don Mateo Carrion, don Pedro Maria Barreda, don José Lopez Cerdá, don José Maria Gonzalez, don José Maria Montoto, don José Masuet. Subtenientes: don Manuel Maria Giraldo, don Juan Antonio Murillo, don Manuel Astorga, don Ramon Collado, don Claudio Montoto, don Fermin Sanchez de Leon, don Jesús Maria Claret, don Mariano Durán, don Manuel Fernandez, don Tomás Serrato, don Francisco Morales Calvo, don Vicente Ponce, don Pedro Menendez. Maestro sastré, José Romol. Maestro zapatero, Cristóbal Perez.

Fijo de Centa.

Coronel, don Fausto Elio. Segundo Comandante, don Miguel Orcajada.

BATALLONES DE CAZADORES.

Cataluña.

Coronel, Teniente Coronel, don José Angulo. Teniente Coronel, segundo Comandante, don Gabriel Navarrete.

Tarragona.

Coronel, Teniente Coronel, don José de Reina y Frias. Segundo Comandante, don José de Miranda. Fisico, don Juan Molas. Músico mayor, don José Oriol Berga. Idem contratado, Antonio Gonzalez. Capitanes: don Mariano de Luque, don Sebastian Milians, don Nicolás Molina, don José Arande, don José Oliveres, don Rafael Gutierrez de los Rios. Subtenientes: don Tomás Galan, don Manuel Labora. Sargentos: don Toribio Burgos, Miguel Vila, Bartolomé Segura, Eugenio Herbás, Francisco Rosell.

Barbastro.

Teniente Coronel, don José Laureano Sanz. Segundo Comandante, don Benigno de Ochoa. Capitanes: don Miguel de la Calleja, don Cayetano Ibortí, don Bernardo Gilabert. Teniente: don Timoteo Duceller. Subtenientes: don Enrique Jandaro, don Pascual Lacalle, don José Villa y Villar. Abanderrado, don José Gonzalez Herrero.

Talavera.

Coronel, Teniente Coronel, don Angel de Losada. Segundo Comandante,

CARABINEROS.

Comandancia de Murcia.

Capitanes: don Alberto de Goyarza, don Blás Ibañez. Tenientes: don José Girull, don José Amador, don Alejandro Palma, don Felipe Tomás la Real. Subtenientes: don Antonio Torrijos, don Antonio Granés, don Francisco Arteaga, don Manuel Martínez, don Santiago Mauro.

Málaga.

Coronel del 5.º distrito, don Vicente Harduya.

Gerona.

Coronel, primer Comandante, don Genaro García del Busto. Tercer jefe, don Pedro Barba. Capellanes: don Miguel Domanski, don Ignacio Barba. Teniente, don Lino Burgos. Subtenientes: don José Rodríguez de la Puente, don Bernardo Giménez, don Miguel Mediavilla, don Manuel José Flor. Sargento 1.º, don Antonio Vela.

Salamanca.

Capitan, don José Saginico. Teniente, don Ruperto Salamero. Subteniente, don Bernardo Reinoso.

Lérida.

D. Pedro Quintana, Comandante, jefe de la misma, por 4 ejemplares.

Burgos.

Comandante, don Fernando Barrio Pedro. Teniente, don Vicente Garza. Subtenientes: don Mauricio Borbon, don Antonio Miralles.

Oviedo.

Capitan, don Miguel Raso.

Barcelona.

Tenientes: don Manuel Aguilera, don José Urquia.

Cartagena.

Sr. Comandante de la misma, por doce ejemplares.

Almeria.

Capitan, don Ignacio Bruno. Teniente don José Señer. Subtenientes: don Juan Manuel Otero, don Salvador Martinez, don Crispin Anglada. Sargento segundo, don Ramon Vilcher. Cabo primero, don Agustin Botija.

San Sebastian.

Comandante, don Luis Cueto. Capitanes: don José Paniagua, don Juan Perez Ruiz. Tenientes: don Mariano Gimeno, don Eugenio Arroyo, don Antonio Bendrell. Subtenientes: don Domingo de Mingo, don Julian Sanz, don Manuel Mateos.

SUSCRIPCIONES SUELTAS DE PROVINCIAS.

- D. Bernardino Robles.
- D. Sebastian de Mesa, dos ejemplares.
- D. Francisco de Vida.
- D. Fabian San Martin, Comandante de la Guardia Civil de Toledo.
- D. Francisco Marti.
- D. Francisco Mayol, Segundo Comandante de Infanteria.
- D. Francisco Guesala.
- D. Francisco Llorente, Primer Comandante, dos ejemplares.
- D. Martin J. de Villota.
- D. Felix Echevarria, Medico de E. M.
- D. Felix Blanco Vitoria, Coronel Retirado.
- D. Mateo Ciarani.
- D. Antonio Vidapilleta.
- D. Jaime Vidal, Teniente de reemplazo.
- D. Miguel Acosta, Sargento mayor de la Plaza de Alicante.
- D. Baltasar Villalonga, Capitan primer Ayudante de la Coruña.
- Dr. Conde del Parque, Capitan de reemplazo.
- D. Hipólito Arredondo, Coronel Gobernador de la Casa de Correos.
- D. José Antonio Mendoza, Teniente del regimiento caballeria de Numancia.
- D. Ignacio Cidron, primer Ayudante de la Plaza de Cádiz.
- D. Carlos Ameller, segundo Comandante de reemplazo.
- D. Fernando Cuadros, primer Comandante de reemplazo, por dos ejemplares.

- D. Joaquin Pastor.
- D. Prudencio Naya, Teniente Coronel.
- D. José Ibarguen, Teniente de infanteria.
- D. Martín Félix Ostalaza.
- D. Ignacio Sanz, Capitan retirado.
- D. José Rubiños, Artilleria de Montaña.
- D. Gregorio Martínez, idem de reemplazo.
- D. Gabriel Buruaga, Coronel de infanteria.
- D. Juan Antonio Gamez, Comandante de idem.
- D. Francisco Blanco.
- D. Manuel Seco, Comandante de la Guardia Civil de Alicante.
- D. Joaquín Ravanel, Brigadier, Comandante General de la Provincia de Santander.
- D. Fidel Jando, Ayudante de Medicina y Cirujia.
- D. Baltasar Vicente de Urdangarin.
- El Ayuntamiento de Vergara, un ejemplar.
- D. Carlos Solrá.
- D. Julian Gomez Landero.
- D. José García Boix.
- D. Clemente de Santocildes, Gobernador de la Plaza de Cardona.
- D. Marceliano José Alvarez.
- D. Venancio Díaz de la Puente, Intendente Militar de la Coruña.
- D. Manuel Girona, Teniente Coronel idem.
- D. Narciso Amorós, Gobernador de Benasque.
- D. Pablo del Alamo.
- D. Mariano Berdos.
- D. Mateo Perez.
- D. Miguel Almagro, Secretario de la Comandancia General de Jaen.
- D. José Alvareda, Comisario de Guerra.

ADVERTENCIA.

A última hora, cuando entró en prensa el pliego con la lista de suscritores, han reclamado el serlo igualmente algunos oficiales del ejército; pero como regularmente haremos una segunda edicion de nuestra obra, que ha tenido tan buena acogida, en ella se incluirán los nombres de los señores gefes y oficiales que en esta no han podido inscribirse.



INDICE.

	PÁGINAS.
AL EJÉRCITO ESPAÑOL.	7
INTRODUCCION.—¿Para qué sirve la Historia?—Cualidades del Cronista.—El nombre del autor y la política, según se comprende en el siglo XIX.—Una rápida ojeada á la fisonomía del general.—Boceto moral.	13
PRIMERA ÉPOCA.—Nacimiento de Lersundi.—Sus títulos de nobleza.—Juicio crítico é imparcial acerca de la supuesta creencia de su origen, y voces que han circulado sin concierto, y sin fundamento.—Causas originarias de estas voces, consideradas filosóficamente.—Principio de su aventajada carrera militar.	33
SEGUNDA ÉPOCA.—Origen y espíritu de la guerra civil.—Campana especial de las Provincias Vascongadas.—Hechos de guerra de Lersundi en esta campana siendo oficial.—Sus ascensos.—Heridas que recibió en el campo de batalla.—Crucés de distincion con que premiarón sus heroicos servicios.—Pormenores de su vida militar hasta la conclusion de la guerra.	63
TERCERA ÉPOCA.—Acontecimientos que tuvieron lugar despues de la pacificación de España.—Bosquejo de los sucesos del 7 de Octubre de 1841—Lersundi emigrado en Francia de sus resultados.	159
CUARTA ÉPOCA.—Breve reseña de los acontecimientos políticos de 1843.—Entrada de Lersundi en España, procedente de la emigracion.—Su mando en el Regimiento infanteria de América, núm.º 14, y sitio de Zaragoza.	189
QUINTA ÉPOCA.—Acontecimientos de Galicia en 1846 y servicios prestados por el coronel Lersundi en la seccion de Santiago, ocurrida el 25 de Abril.—Expedicion á Portugal.—Un acto de abuegacion que manifiesta el desprendimiento de Lersundi.—Su vuelta quedando de guarnicion en la Corte.	227
SESTA ÉPOCA.—Los acontecimientos de Francia en 1848, que conmovieron toda la Europa, analizados sucintamente en su origen.—Barricadas en Madrid por espíritu de imitacion.—Hechos de armas de Lersundi en los dias 26 de Marzo y 7 de Mayo.—Es nombrado Lersundi General, y queda de cuartel.—Sus expediciones á Cataluña y á Italia.—Alcanza en ellas títulos de nobleza y consideraciones.—Regresa á la Corte.	273
SÉTIMA ÉPOCA.—Lersundi Diputado, Gefe-Político y Ministro.—Causas que pudieron influir para alcanzar este puesto.—Consideraciones acerca de su elevada posicion.—Opinion general referente á ella.—Servicios que ha prestado en el desempeño de su cargo.—Epilogo.	539
DOCUMENTOS DE NOBLEZA DE LERSUNDI.	569
COPIAS DE OTROS VARIOS DOCUMENTOS.	572
LISTA DE SUSCRITORES.	591



INDEX

1	1
2	2
3	3
4	4
5	5
6	6
7	7
8	8
9	9
10	10
11	11
12	12
13	13
14	14
15	15
16	16
17	17
18	18
19	19
20	20
21	21
22	22
23	23
24	24
25	25
26	26
27	27
28	28
29	29
30	30
31	31
32	32
33	33
34	34
35	35
36	36
37	37
38	38
39	39
40	40
41	41
42	42
43	43
44	44
45	45
46	46
47	47
48	48
49	49
50	50
51	51
52	52
53	53
54	54
55	55
56	56
57	57
58	58
59	59
60	60
61	61
62	62
63	63
64	64
65	65
66	66
67	67
68	68
69	69
70	70
71	71
72	72
73	73
74	74
75	75
76	76
77	77
78	78
79	79
80	80
81	81
82	82
83	83
84	84
85	85
86	86
87	87
88	88
89	89
90	90
91	91
92	92
93	93
94	94
95	95
96	96
97	97
98	98
99	99
100	100

f

L

